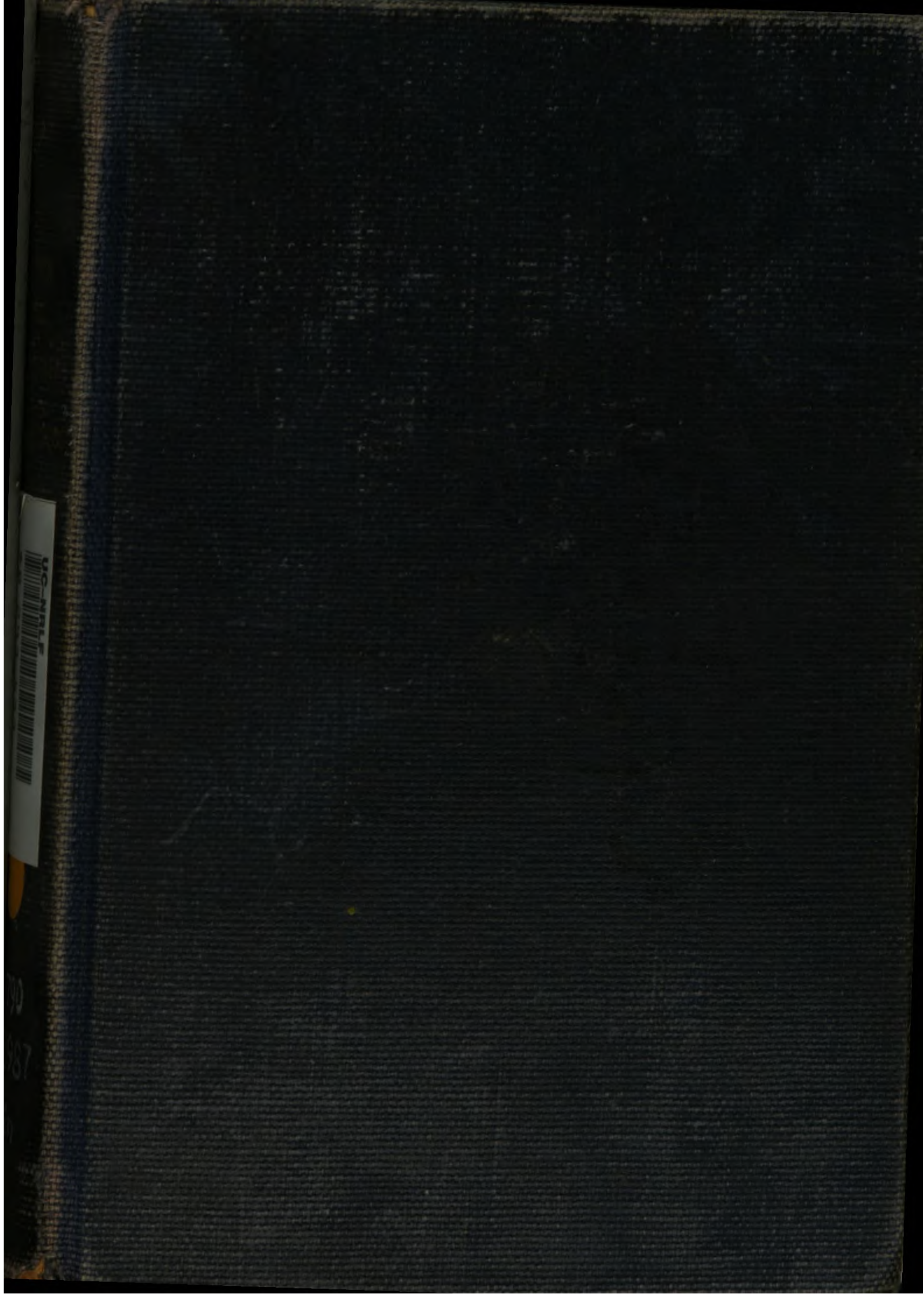
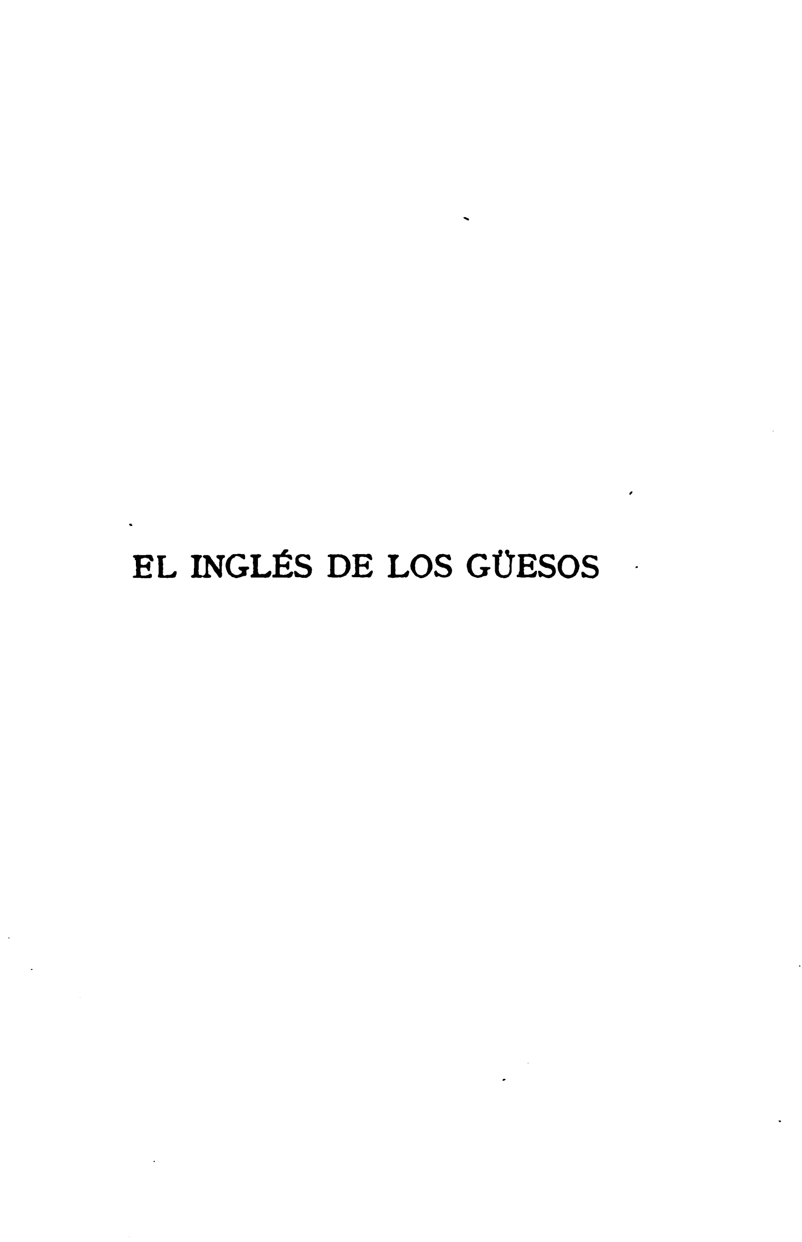

UC-NRLF



EL INGLÉS DE LOS GÜESOS

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.



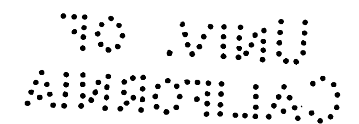
BENITO LYNCH

EL INGLÉS DE LOS GÜESOS

NOVELA



COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA.-CALPE



Talleres "Calpe", Ríos Rosas, 24.—MADRID

BENITO LYNCH

Benito Lynch es uno de los más distinguidos escritores de la República Argentina. Su novela Los caranchos de la Florida, *publicada hace siete años, le dió rápidamente fama de novelista en su país. Ha escrito además* Plata dorada *(1909),* Raquela *(1918) y* Las mal calladas *(1923), y la colección de cuentos* La evasión *(1923).*

I

La llegada de míster James, o mejor aún de *El inglés de los güesos*, como le apodaron todos, provocó en los habitantes del «puesto» de «La Estaca» la más risueña curiosidad y la más franca chacota.

Y por cierto que no era para menos. Apareció de repente, allá por el bajo de la laguna, jinete en el petiso de los mandados de «La Estancia», más cargado de bártulos que el imperial de una diligencia y desplegando al tope de su alta silueta, nítidamente recortada sobre el fondo gris de la tarde lluviosa, un gran paraguas rojo...

Bartolo, el hijo del puestero de «La Estaca», que en ese momento se hallaba en el patio, muy cerca de la puerta de la cocina, fué quien le advirtió primero y denunció su presencia a grandes gritos:

—¡Vean, vean!... *¡Negra!* ¡Mama!... ¡Caracho!... ¡Vean!...

Y manos sobre el vientre y esparrancadas sus piernas de domador congénito, se reía con unas risotadas agudas como relinchos...

Al bullicio del chico salieron de la cocina doña Casiana, la madre; Balbina, la hermanita y «por mal nombre» *La Negra*, y Santos Telmo, hijo de otro de

los puesteros de «La Estancia» y gauchito de aspecto «retobado», que siempre andaba rondando por allí.

—¿Qué pasa, ché?... ¿Por qué llamás?...

Y fué instantáneo. Tan pronto como los reciénaparecidos divisaron a míster James, es decir, a aquel bulto absurdo que, coronado por una enorme margarita roja, venía hacia ellos, deslizándose lentamente sobre el tapiz verde-sucio del bañado, todos estallaron en una alegre y recia carcajada:

—¿Pero qué es eso?... ¡Pero haganmé el favor, Virgen Santísima!... ¿Pero qué laya de hombre es ése?...

Doña Casiana, tan seria y malhumorada de ordinario, se reía con una risa nerviosa, incontenible, que hacía sacudir toda su carne a la manera como sacude el trote el flácido ijar de los vacunos, y hasta la misma *Negra*, contagiada, trastornada sin duda por el general alborozo, llegó a decir a Santos Telmo, que estaba a su lado y a quien «le tenía negada el habla dende hacía días por cargoso y por zonzo», que míster James parecía «el mesmo diablo adrede»...

Pero al fin la risa tuvo que ceder su puesto a una impresión de verdadero asombro. Aquel mozo rubio, seco y largo como una tacuara, era nada menos que un sabio... Así lo decía, sin vuelta de hoja, el administrador, en una carta que el reciénllegado acababa de exhibir al puestero y en la que se ordenaba a éste alojase a míster James Gray de la manera más cómoda que fuera posible y le auxiliara en toda forma, pues debía realizar importantes excavaciones de

carácter científico en la playa de la laguna de «Los Toros»...

—¡Está güeno!... ¿Y qué es lo que va a hacer en la laguna don... si puede saberse?

Y al decir esto, al viejo gaucho, le rielaba la malicia en los ojillos grises.

—¿Y?... Irá a bañarse... ¡pues!...—apuntó alevosamente Santos Telmo, por hacer gracia a *La Negra*, tentada a tal punto de risa, que para no estallar tenía que oprimir con sus dientecillos el extremo suelto del pañuelo...

—Mí trabaca—contestó míster James, sin comprender la mofa—; mí busca huesas antiguos..., viecas, viecas...

—¿Dice que anda buscando viejas?...

—¡Calláte, hombre!—reprendió entonces el puestero, interesado—. ¡Calláte un poco!...

Y prosiguió formal:

—¡Ah, ah!... Usté va a cavar, ¿no?... Pa sacar güeso de indio, ¿no?... De esas usamentas que hay sepultadas en la playa, ¿no?...

—¡Yes!..., güesas india, mí bosca, mí lleva pir miuseun..., ¡yes!...

—¡Ta güeno!..., ¡ta güeno!... ¡Oh!... Lo que es usamentas no le han de faltar... Vea; cuando baja la laguna saben andar las calaveras ¡ansina!... rodando por la playa...

—¡Aoh! ¡Yes!, ¡very well!... Mí precisa mucho esos calaveros...

Doña Casiana creyó oportuno intervenir:

—Vea don... Señor...

—Yeimes Grey...

—Vea don «Yemesgré»... Yo no sé a qué comodidades estará hecho usted... El patrón lo manda, es cierto; pero como nosotros semos pobres, quién sabe si podemos atenderlo a satisfación en estos ranchos...

—¡Aoh, siniora! Mí está acostumbrade; mí come, mí doerme linda no más en todas partes...

Y sonreía amablemente, inclinándose como una pértiga ante la robusta dueña de casa, que, algo ruborizada y con la cara partida de risa, se limpiaba maquinalmente las manos en su delantal azul cuadriculado...

—Güeno. Entonces pase no más, si gusta...

Y aunque las comodidades de la casa no eran muchas, el ingenio de sus habitantes por una parte y la sencillez del viajero por la otra solucionaron fácilmente el problema de su alojamiento.

El ángulo más apartado del rancho, que servía de cocina y que a la sazón ocupaba una gran pila de cueros lanares, resultó, en opinión general, el más adecuado para el objeto, y el mismo míster James se encargó de dirigir el arreglo, que *La Negra* y Bartolo realizaron como una diversión.

A cada frase enrevesada del inglés, la risa de la moza se desgranaba en un trino agudo y sonoro, y frecuentemente ella y su hermano tenían que dejarse caer sobre la pila de cueros con los que estaban formando un tabique, porque les faltaban las fuerzas...

«¡Qué carnaval de hombre! ¡Qué cosa más divertida!...»

Sin embargo, míster James no parecía incomodarse por aquella descarada chacota. Al contrario, sus pequeños ojos, de un azul profundísimo, miraban complacidos la sana alegría de los dos muchachos, y a cada nueva carcajada de la moza un mohín travieso venía a acentuar por espacio de un segundo aquella leve sonrisa que estaba como estereotipada en sus labios finos.

Mientras tanto, desde la puerta del rancho, Santos Telmo, una mano en la cadera y el rebenque colgando del meñique, contemplaba la escena entre grave y risueño. De buena gana hubiese ofrecido su ayuda a los muchachos, pero no se atrevía por temor a una mala respuesta de *La Negra* en presencia de aquel extraño.

«¡Oh, como si la oyera!: —No; no quiero nada con usté! ¡Salga de aquí!...»

¡Y él, una vez más tendría que reírse, que disimular y que tragarse aquel ultraje, como ya se había tragado tantos otros en el espacio de los tres años que llevaba de rondar aquella «prenda»!

¡Pobre Santos Telmo! Su amor sin fortuna era el ludibrio de todos, era más conocido en el pago que la laguna de «Los Toros» o que los «Médanos Blancos», y, sin embargo, él continuaba aún en su empeño, sordo a las burlas que oía zumbar en torno como mangangaes invisibles, y sin conmoverse en apariencia por los desaires de la muchacha, cada vez más

aguerrida y envalentonada por el ejercicio de la práctica cruel...

Antes, al principio, Santos Telmo, en la integridad de sus dignidades de pretendiente, discutía, peleaba con la muchacha, trataba de imponérsele; pero como para todos esos desplantes es necesaria una base con la que no contaba Santos Telmo: la del ascendiente amoroso, poco a poco tuvo que ir cediendo y conformándose con todo, hasta llegar a la miserable situación de mendigo pasional en que se hallaba.

«¡Oh! ¡Recordaba muy bien los comienzos de su infortunio! ¡Porque ella antes no era así por cierto!»

Fué una tarde de verano tan hermosa como era necesario para hacer más rudo el contraste con la negra desolación de su espíritu... Se estaban peleando, como otras veces, por una futileza, por una tontería, y, sin embargo, tanto se excitó al cabo la moza, que con sus gritos atrajo la atención del padre, que la llamó muy serio desde la puerta de la cocina...

Nunca supo Santos Telmo lo que el viejo puestero de «La Estaca» diría o aconsejaría en aquella ocasión a la muchacha; pero la verdad es que a raíz de la breve conferencia ella volvió al lado del mozo, que la aguardaba inquieto castigándose una bota con la zotera del rebenque, y le dijo resuelta:

—Vea, Santos; yo estoy cansada, yo no quiero saber nada con usted... ¿Me ha entendido?

El sintió al oírla como un calor interno, como que se le retorcían las entrañas al igual que esas «achuras» frescas puestas en contacto directo con las brasas.

—¿Por qué?—atinó a decir al cabo, con la cara verdosa de angustia—. ¿Por qué, Balbina?

Pero ella, agresiva y rebosante de feroz egoísmo juvenil, le ratificó silabeando:

—Por-que-sí. ¡Por-que-us-té-no-me-gus-ta; por lo que ya le he dicho mil veces: porque no quiero saber nada con usté!

... Después, él estuvo una semana sin allegarse al «puesto» de «La Estaca»; una semana entera, interminable de ansiedad y de angustia, en la que pensó cien veces degollarse, hasta que, por último, no pudo más y volvió... Volvió con un gran envoltorio de tortas con azúcar negra, compradas en la pulpería de «San Luis» y que la moza aceptó complacida y saboreó sin el menor escrúpulo, sin el menor reproche de su moral primitiva, mientras él, Santos Telmo, la miraba de soslayo, unas veces con ojos de perro y otras con ojos de tigre...

... Y después ocurrió lo que lógicamente tenía que acontecer: Santos Telmo, vencido, pero no resignado, siguió visitando el «puesto» y haciendo a *La Negra* una corte tan humilde y silenciosa como esa que hacen los canes al asador puesto a la lumbre. Y si acaso en un momento dado llegaba a olvidarse de su situación por consecuencia de alguna familiaridad de la moza en el contacto casi diario, ella se encargaba bien de recordársela sin eufemismos.

Así, por ejemplo, decía *La Negra:*

—¡Cómo me gustaría dir alguna vez a Güenos Aires!

Y él entonces, después de meditar un instante con las cejas contraídas, murmuraba mirándola con ojos de reproche:

—¡Oh! ¡Si usté hubiera querido!... — Y luego y en brusca transición y en tono lastimero: —¿Por qué no me quiere?, ¿por qué no me quiere, Balbina, un poco?

Por lo general, la moza no se dignaba contestarle; pero otras veces, fastidiada por aquella insistencia llorona, replicaba agresiva:

—¡No sea pavo!, ¿quiere?

—¡Pero, Balbina!...

—¡Oh! ¡Qué fastidio! ¡No sea zonzo le he dicho!

Y el pobre Santos Telmo, avergonzado, se callaba entonces, girando en torno suyo los ojos cautelosos y sombríos para ver si alguno oyó el ultraje...

Otras veces su impotencia irritaba al mozo y le volvía impertinente, con lo que daba oportunidad a la muchacha para hacer gala de la impudencia con que aprovechaba sus ventajas...

... *La Negra* cosía junto a la puerta, dando la espalda al interior de la cocina, en donde Santos Telmo estaba inmóvil, sentado en un banquito, y en donde doña Casiana se movía en el trajín de sus ollas, rezongando contra el humo de la viznaga húmeda.

De pronto, Santos Telmo llamaba en voz tan baja como un suspiro:

—¡Balbina! ¡Balbina!

Pero la moza, inconmovible, seguía cosiendo.

Entonces él, después de insistir sin resultado y por

largo rato, tomaba del suelo un cascotito y se lo arrojaba suavemente.

—¡Balbina! ¡Balbina!

Y así otro, otro, y otro...

Indefectiblemente, entre el tercero y cuarto cascotito la niña daba un respingo y con el rostro arrebolado se volvía bruscamente hacia Santos Telmo:

—¡A ver, hombre! ¡No sea zonzo! ¡A ver si se deja de embromar!

—¡No sea mala!

Y los ojos del mozo, entre doloridos y amargados, buscaban, a pesar de todo, un nuevo cascotito para arrojárselo a *La Negra*...

A veces doña Casiana intervenía:

—¡A ver, Santos! No me la fastidee... Ya sabe cómo es *La Negra*...

—¡Déjelo, mamá, que es un zonzo! ¡Parece mentira que haiga hombres tan zonzos!

Y mientras la moza volvía a inclinar su cabecita de negras y relucientes crenchas sobre la blanca costura, y mientras doña Casiana hundía el cucharón en la olla para revolver el guiso gorgoteante, Santos Telmo, con una sonrisa triste en los labios pálidos, se ponía a jugar con el cascotito, arrojándolo con la palma de la mano y tratando de recibirlo en el dorso de la misma, y viceversa...

Esta era la verdadera situación de Santos Telmo en el momento de la llegada de *El inglés de los güesos* al «puesto» de «La Estaca», y sin embargo la tarde anterior, interrogado sobre la marcha de sus ya ce-

lebérrimos amores por su leal amigo Deolindo Gómez, le había confiado muy serio:

—¿Y? ¡Lindo no más! Ya vendrá... ¿No sabes que ayer me mandó a que le trujese de «San Luis» un carretel de hilo blanco?

Y era alimentado, sin duda, por tales esperanzas que Santos Telmo seguía allí, junto a la puerta, mientras la moza, riendo como una chicuela, disponía el albergue del extraño huésped...

II

A los quince días de residir en el «puesto» de «La Estaca», míster James era ya tan estimado como popular en todo el pago. *El inglés de los güesos* no molestaba a nadie, y en cambio divertía con sus excentricidades y daba tema de conversación a «todo el mundo».

Era cosa de verle cada mañana, cuando, después de rasurarse convenientemente y de tomar su desayuno, encendía su pipa y se marchaba hacia la playa de la laguna de «Los Toros», llevando en una mano su silla plegadiza y sobre un hombro su saco de arpillera, sus picos y sus palas...

—¡All right!

—¡Cuidao, míster, no vaya a agarrar sol! —solía recomendarle doña Casiana desde la puerta del rancho; y añadía en seguida riendo—: Que con esa gorrita que tiene no sé qué será lo que se tapa...

Pero míster James no temía el sol, ni el frío, ni la lluvia, y con su cara de cangrejo cocido se pasaba todo el santo día estoicamente, en aquella playa desierta, ora escarbando afanosamente como un peludo perseguido por los perros, ora contemplando un cráneo o una pelvis con tanta fijeza como si hubiera querido hipnotizarlos.

Bartolo, a quien agradaba sobremanera conversar con *El inglés de los güesos* para oírle o decirle disparates, solía darse una vuelta por allí cada vez que sus quehaceres se lo permitían, y había que oír los diálogos que se entablaban entre los dos, muy atareado el uno en su trabajo de limpiar huesos y holgazaneando el otro tendido sobre el caballo.

—¿A ver, míster—preguntaba, por ejemplo, el muchacho, señalando con la barbilla un grupo de teruteros reales, que mojaban sus rojas patitas en el agua—; a ver, míster? ¿A que no sabe qué bichos son aquéllos?

—¡Aoh! ¡Yes!

Y desdoblando su larga silueta, míster James miraba curiosamente hacia el sitio indicado, la recia diestra a modo de pantalla sobre los ojos azules, y y decía al cabo, muy contento:

—¡Aoh! ¡Yes! *Imamtopus, Imamtopus*... ¡Aoh! ¡Yes! Mi conoce...

—¿Cómo dice?

—*Imamtopus, Imamtopus brasiliensis*... ¡Yes! ¡Yes!

Y enarcaba las cejas rubias con gravedad cómica,

tratando de convencer al muchacho, que se echaba a reír irreverente:

—¡Qué «Mantopo» ni «Mantopo», míster! ¿No ve que no sabe? ¡Esos son teros reales; ahí tiene, teros reales, pa que aprenda!

Y se retorcía de risa sobre el caballo, divertidísimo con la ignorancia de aquel hombre...

Con *La Negra* también mantuvo míster James cordiales relaciones por espacio de algunos días. A él le atraían visiblemente la belleza, la juventud y la alegría de la niña, y a ella, por su parte, le interesaba también vivamente aquel hombre raro, que tanto sabía de unas cosas y tan poco de otras; que cuando se sonreía parecía tener veinte años, y cuando se ponía serio, más de cincuenta...

Si a *La Negra* le hubiesen preguntado qué edad le calculaba a *El inglés de los güesos* se hubiese quedado tan perpleja como se quedó la tarde aquella en que ese hombre, a quien todos decían tan sabio, le preguntó, lo más serio, en dónde estaba «la dormitorio de las vacas»...

La moza solía encontrar a míster James, al caer la noche, sentado bajo el alero y mirando con ojos nostálgicos en dirección a la laguna, como si en ella hubiera dejado sepultada su alma.

—¿Quiere un mate, míster?

—¡Aoh! ¡Yes!

Y alargaba sonriendo su larga mano hacia el mate que la moza retenía un momento para preguntarle invariablemente:

—¿Se lavó las manos, míster?

—¡Aoh! ¡Yes! ¿Por qué, «Babino»?

—¡Por nada! Como siempre anda manoseando esos dijuntos...

—¡Aoh! ¡Yes! ¡Yes! Mí lava bien; «Babino», no tengue miedo.

Y tomando el mate estiraba sobre la bombilla un hociquillo muy raro, que hacía morir de risa a la muchacha...

Pero la buena amistad de *La Negra* con míster James duró muy poco, y fué la causa del rompimiento una broma grosera sugerida a la traviesa muchacha por Santos Telmo, su consecuente e infortunado amador.

El gauchito, que no pensaba en otra cosa que en despejar de cualquier modo y en favor suyo la cruel adustez de su ídolo, al comprobar desde el primer momento lo mucho que divertían a la niña las extravagancias de aquel *Inglés de los güesos*, y más que todo las bromas alevosas a que se prestaba por su desconocimiento del idioma y de las costumbres camperas, vió en míster James un cielo abierto, un instrumento maravilloso para sus planes, y... usó y abusó de él cuanto pudo.

Al principio, cauteloso y sutil, como buen gaucho, no se aventuraba mucho: comentarios en voz baja, guiñadas maliciosas, expresiones de burla, retruécanos oportunos... Después: «¡Animal lindo pa un apuro!» «Diga, «musiú», ¿es cierto que allá en su tierra los hombres tienen cola?» Y, por último, como no

hay repertorio inagotable ni gracejo que no canse a fuerza de ser repetido, Santos Telmo, que no quería de ningún modo perder la facultad de hacer reír a *La Negra*, que había recobrado, comenzó a recurrir, en forma cada vez más atrevida, al peligroso recurso de las bromas de hecho...

Su mejor éxito lo obtuvo una tarde haciendo golpear al huésped por el petiso de los mandados de «La Estancia», a cuyo efecto había colocado previamente una vértebra de carnero debajo de las bajeras y en contacto directo con el lomo del animal...

Fué tan cómica la caída de *El inglés de los güesos*, «las patas como horqueta por el aire», que *La Negra* lloró de risa... «¡Y qué linda quedaba así la indina, toda encendida y con aquellos ojazos de lumbre llenos de lágrimas!»

Por volver a verla así, Santos Telmo hubiera hecho deslomar de un porrazo a su propio padre.

Después, ya metido en el empeño, el mozo hizo recorrer a míster James casi todo el repertorio de las clásicas bromas gauchas, es decir: el pastel de engaño, el mate de hojas de ombú, el «empacho» con carne de potro; picardías todas en las que colaboraba la niña y en las que el huésped tenía que caer fatalmente, con gran diversión de *La Negra*, del taimado gaucho y de cuantos tomaban conocimiento de la broma; porque si bien es verdad que todos los habitantes del «puesto» experimentaban simpatía por *El inglés de los güesos*, tampoco es menos cierto que ninguno de ellos hizo por evitar o contener los desma-

nes de los dos muchachos; ninguno de ellos, ni los mismos padres; el viejo puestero, quizá porque los ignorase; pero lo que es doña Casiana, que los sabía, siempre se limitó a decir con una sonrisa:

—Tengan cuidado, hombre. ¡No me lo vayan a matar al inglesito!

Bien poca cosa, como se ve. Divertirse a costa de míster James parecía a todos lo más natural del mundo; una institución tan razonable como lo es aquella del manteo en ciertos colegios militares...

Ahora bien; un día, poco antes del almuerzo, y en momentos en que los bromistas acababan de fracasar de la manera más lamentable, porque habiendo pretendido asustar a míster James colócando una araña monstruosa en la jarra del agua con que debería lavarse, resultó que, en vez de atemorizarse el sabio ante aquella suerte de ejemplar rarísimo de *Argiope argentata*, salió alborozado a mostrarlo a todos; Santos Telmo, en su despecho, propuso a *La Negra* la realización de una de las más groseras y perversas bromas que haya inventado la malicia gaucha: caldear la bombilla del mate que ofrecería la moza a *El inglés de los güesos.*

Según unos, *La Negra* se negó rotundamente a ser instrumento de tal atrocidad, y fué Santos Telmo quien, en un descuido de la muchacha, calentó la bombilla en las llamas del hogar; según otros, la cosa se hizo de común acuerdo entre los dos y vencida al fin *La Negra* por las instancias del gaucho. Pero sea cual fuere la versión exacta, el hecho es

que el pobre míster James no escapó al brutal atentado...

Muy contento e inocente a todo, conversaba con doña Casiana a inmediaciones de la puerta de la cocina, cuando se le acercó *La Negra* con un mate en la mano.

—¿Quiere, míster «Yemes»?

Y al decir esto volvía indiferentes hacia las lejanías del paisaje sus bellos ojos sombríos de potranca...

—¡Aoh! ¡Yes!

Pero apenas los labios ávidos se aplicaron a la bruñida bombilla de cobre, míster James, con un sordo rugido, arrojó lejos de sí el mate y se llevó ambas manos a la boca en un ademán de dolor desesperado.

—¡Aoh! ¡My God!...

—¿Qué? ¿Qué le pasa?—gritó doña Casiana—. ¿Qué tiene, míster «Yemes»?

Pero el desdichado no podía responder y se retorcía como una anguila sin pellejo, oprimiéndose la boca con las manos.

—¡Aoh! ¡My God! ¡Aoh! ¡My God!

Doña Casiana se alarmó de veras:

—¿Pero qué tiene este hombre? ¿Qué le han hecho? ¡Decí!

—¿Y? ¡Yo qué sé!—respondía ya la moza, muy pálida y con los ojos bajos, cuando la mirada indecisa de la madre cayó sobre la sospechosa silueta de Santos Telmo, que en ese instante desaparecía fugitiva hacia el interior de la cocina.

—¡Ah! ¡Bárbara!—gritó entonces, comprendiendo

de pronto lo que ocurría—. ¡Ah! ¡Bárbara! ¡Lo has quemao! ¡Lo han quemao! ¡Vení!, ¡tomá!, ¡trompeta!

Y sin vacilar ya, y en un impulso primitivo, doña Casiana se lanzó sobre su hija y, asiéndola por la negra y reluciente cabellera, le aplicó dos sonoras y vigorosas bofetadas...

III

... Y fué atroz el odio que *La Negra* cobró al forastero...

Si en lugar de mujer ella hubiese sido hombre, todo aquel larguísimo cuerpo de *El inglés de los güesos* hubiera resultado corto para albergar sus puñaladas...

Le tenía vergüenza y odio; vergüenza, porque la había visto castigar por la madre delante de «todo el mundo», y odio... «por eso, y por todo... ¡Porque era un sinvergüenza y un loco, que ojalá se muriera!...»

Al principio, en los días que se siguieron al «drama», *La Negra* no podía conformarse... La sola presencia de *El inglés de los güesos* le ponía los nervios de punta, le freía la sangre... Por eso, ni le daba «los buenos días» ni le miraba siquiera, y si por casualidad, hallándose sola en algún sitio de la casa, míster James acertaba a llegar por allí, ella, previos un vigoroso colazo de pollera y una mirada asesina de sus ojos negros, se apresuraba a marcharse...

Míster James, curado ya de la quemadura que sufrió, y que fué tan bárbara que por un par de días casi no le dejó ni alimentarse ni fumar su pipa, parecía haberlo olvidado todo, o por lo menos cargado en cuenta de su filosofía...

Activo y contento iba y venía, observándolo todo, interesándose por todas las cosas camperas y aun queriendo ensayar algunas; tanto era así, que bajo la dirección chacotona de don Juan, trenzador habilísimo, se había puesto a confeccionar un lazo «de ocho tientos» que se proponía llevar a su tierra para obsequiar a un amigo...

El inglés de los güesos no dejaba de saludar a *La Negra*, con un «¡Good bye, Babino», muy amable, aunque la moza no le contestase nunca, y seguía siendo el gran atractivo de las sencillas reuniones del fogón, con sus enrevesadas charlas de divulgación científica, que comenzaban a interesar a todos menos a ella, naturalmente, por más que no dejase por eso de escucharle sin perder una palabra...

El que salió ganando con la ruptura de relaciones entre *La Negra* y míster James—por lo menos en los primeros tiempos—fué Santos Telmo, sin duda.

La niña, en su enojo, tenía necesidad de uno que escuchara sus desahogos contra aquel *Inglés de los güesos*, contra aquella «Caña hueca», contra «El loco de los dijuntos», «El avestruz culeco», «El jediondo», etcétera, y nadie se prestaba a ese papel tan sumisa y voluntariamente como el taimado y enamorado gaucho.

Con su padre, *La Negra* no tenía mayor confianza; la madre le contestaba invariablemente con un:

—¡Calláte, que entoavía tenemos que agradecerle a ese hombre que no se le haya ido a quejar al patrón!...

Y en cuanto a Bartolo, su hermano, si bien era cierto que a veces le seguía la broma, también no era menos cierto que al final todo lo echaba a perder didiciendo, como un pavo:

—Sí, ché; pero es güeno el míster, ¿verdá que es güeno?

«... Al zonzo lo había comprao *El inglés de los güesos* contándole mentiras de su tierra y prometiéndole un relocito...»

Pero con Santos Telmo era otra cosa. El mozo no solamente la escuchaba, sino que trataba de colaborar en toda forma en la venganza pueril de la muchacha.

Siempre tenía algo que agregar a la ya larga lista de las ridiculeces de míster James y de las pruebas de su crasa ignorancia en cuestiones de campo y del idioma.

—Figuresé que ayer, al alabarle don Juan, su tata, ese reló grandote que tiene, le respondió que tenía determinao de comprarse otro «más petiso».

—¡Ja! ¡Ja!

—¿Comprende?

—Sí; quería decir más chico, ¿no?

—¡Ah! ¡Ah! ¿Ha visto que hombre más bagual?

—¡Ah! ¡Ah!

Y *La Negra*, animada, contaba entonces:

—Vea: ayer de mañana, acababa yo de tirar un balde de agua del pozo pa enllenar la jarra, y en el momento en que iba a volcar la que me sobró, llega él, trotiando, y me grita que no la redamase...

—¿Y usté qué hizo?

—¿Yo? ¡Y la redamé no más!

—¡Lindo! ¿Y qué hizo el loco?

—¿Y? Se puso colorao como un pavo que es, y no tuvo más remedio que tirar otro balde de agua...

Pero, como ya hemos dicho, esto fué al principio; y por apasionada que fuera *La Negra* en sus rencores, al correr del tiempo tuvo por fuerza que ir, si no olvidándolos, por lo menos cansándose de exteriorizarlos tan sin fruto.

Se limitaba, por lo general, a no dirigir la palabra a míster James o a decirle alguna guarangada cada vez que la ocasión era propicia. Por otra parte, todos los habitantes del «puesto» se acostumbraron tan pronto a esta cómica tirantez de relaciones entre la moza y *El inglés de los güesos*, que ya ni siquiera hacían bromas al respecto.

Y colocadas las cosas en tal situación, no es de extrañar que los efímeros prestigios que Santos Telmo había adquirido ante la moza fueran esfumándose tan rápidamente como esas tenues neblinas de septiembre, a impulsos de un gran viento.

Y el infeliz, que veía aquello, que lo sentía como si hubiera sido un tapiz movible que se deslizase vertiginoso bajo sus pies, no hizo otra cosa que acele-

rar la ruina con la torpeza de sus procedimientos.. Aturdido otra vez, desorientado, Santos Telmo volvió a amenazar, a rezongar y a suplicar como antes, hasta descender de nuevo al humildísimo plano en que se hallaba colocado cuando *El inglés de los güesos* hizo su aparición en el «puesto» de «La Estaca»...

Todo lo que ideaba en sus noches de insomnio, todo lo que hacía en pro de su interés amoroso, se volvía en contra suya, le resultaba contraproducente, y la única vez en que pudo «tocar el cielo con las manos» a favor de una circunstancia especialísima, el pobre Santos Telmo se condujo con tanta torpeza que, lejos de mejorar su suerte, se hundió aun más, si era posible, en el pantano fatal de su desdicha...

... Fué un domingo de agosto, uno de esos días de lluvia, grises, fríos, interminables, con que suele despedirse el invierno de los hombres, de las bestias y de las cosas... Nadie se había atrevido a salir al campo con tal tiempo, ni siquiera *El inglés de los güesos*, de tal manera que la reunión familiar era casi completa en la cocina: Don Juan, doña Casiana, *La Negra*, míster James, Bartolo, etc. El único que faltaba era él, Santos Telmo, retrasado sin duda por la lluvia o por algún accidente.

Don Juan, el dueño de casa, sentado junto a la puerta, «ingería» con mucha alesna y saliva un lazo chileno cortado en el trabajo; doña Casiana zurcía unas medias blancas a rayas coloradas, ayudándose con la clásica bola de cerda negra y luciente; míster

James, en su silla de tijera y con la pipa en la boca, hojeaba un viejo libro; Bartolo, siempre alegre, jugaba con la perra *Diamela*, tirándole de las orejas, y, por último, *La Negra*, la única que no hacía nada en aquel momento, recostada en el contramarco de la puerta, miraba sin ver, con sus grandes ojos pensativos y absortos, el campo verdegueante que la Naturaleza seguía calando de agua, con el exceso inconsciente de un niño que riega su jardín...

¿En qué pensaría *La Negra*, con sus diez y ocho años bien cumplidos, con sus mejillas morenas teñidas de sangre sana, con los rizos alborotados de su cabellera de seda negra, con aquellos ojos profundos, cargados de interrogaciones, de nostalgias y de misterios, en tanto que así miraba el campo monótono azotado por la lluvia?

Por cierto que no sería en Santos Telmo, que a esa hora vendría ya en su busca, loco de ansias y echando su caballo, sin reparo, en los pantanos más hondos del camino; porque no hacía mucho rato aún que, al comentario intencionado y bromista de Bartolo de «¿Qué le habrá acontecido a Santos? ¿No se habrá ahogao en algún cañadón?», ella, maligna, había respondido entre dientes: «¡Amalhaya!...»

¿En qué pensaría entonces? ¡Vaya uno a pretender adivinarlo! Pero, a juzgar por lo que dijo al cabo y después de desperezarse y de bostezar ruidosamente, sus pensamientos debieron ser de una vulgaridad aplastadora:

—¡Mama! ¿Qué le parece si hiciera tortas fritas?

Y vuelta hacia la reunión y erguida su grácil silueta, la niña, sonriente, se restregaba los párpados como un chicuelo con sueño.

A la proposición de *La Negra* Bartolo palmoteó con entusiasmo; pero la madre, levantando de la costura su gorda cara, entre malhumorada y risueña, opuso algunos reparos:

—¿Tortas fritas? ¡Por dónde te ha dao ahora!

—¿Y? ¿Qué tiene?

—¿Sabés si hay harina?

—Sí, hay.

—¿Y? Güeno, ¡hacé lo que querás!...

Bartolo, fingiendo una gran alegría, se puso entonces a bailotear por el rancho:

—¡Tortas fritas! ¡Tortas fritas! ¿Ha oído, míster «Yemes»? ¡Mi hermanita va a hacer tortas fritas!

Y sacudiéndole por los hombros, obligó al inglés a suspender su lectura:

—¡Aoh! ¡Yes!... ¡Totes fites!... ¡Mi saba! ¡Totes fites!

Y sonreía muy complacido...

—¡Ah! ¡Bagual pa un entrevero, el zaino de mi manada! ¡«Totes» no, míster «Yemes»!; ¡tortas!, ¡tortas fri-tas!, ¡fri-tas!... ¿A que no sabe últimamente lo que son tortas fritas?...

—A ver, amigo—intervino don Juan entonces—. ¡Deje de molestar al señor!...

—¡Pero si no se molesta! ¿Verdá que no, míster «Yemes»?

—¡Aoh! ¡No, no! Mi gusta conversa, mi gusta «chacuto» cun «Bertolo»...

—Güeno; entonces, diga, «chacuto», diga, míster «Yemes»... ¿Cómo son las tortas fritas?

—¡Aoh! Mi sabe, mi comió una vez Uruguay...

—Güeno; diga cómo son...

—¡Tate quieto, Bartolo!

—¡No, que diga!

—... Tote fite is the bread...

—¿De qué?

—... the... the pan... ¡pan!

—¡Ja, ja! ¡Mama! ¡Tata! ¿Han sentido? ¡Dice el «míster» que la torta es pan!

Entonces doña Casiana se creyó en el deber de intervenir doctoral y amable:

—¡Calláte! ¡No! Vea, míster «Yemes», usté se etivoca... Lo han engañao... Pan es una cosa, y torta frita es otra muy distinta. ¿Me compriende?

—¡Aoh, ya!

—El pan se cuece en el horno, ¿sabe?, y la torta se frai en la sartén...

Y la buena mujer se engolfó en seguida en una larga disertación, que míster James siguió atentamente, con sus ojos azules muy abiertos...

... Después, cuando la masa estuvo ya lista, cuando comenzó a chirriar la grasa hirviente en la sartén y el grato olorcillo de las primeras tortas doradas a esparcirse en el ambiente de la cocina, todos se alegraron de pronto, y hasta el mismo don Juan levantó la cabeza para decir a su consorte que le habían venido deseos de tomar un mate dulce...

Entre tanto, *La Negra*, con el rostro arrebolado

por el calor del fuego y la agitación de la faena, peleaba con su hermano:

—¡Salí de acá, angurriento! ¡Mama! ¡Mireló a éste!

—¿Qué hago yo?

—¿Te crees que no te vide? ¡Ya me robaste una! ¡Caramba! ¡Mama! ¡Tata! ¡Mirenlón a Bartolo!

—¡Vamos, amigo!—intervino entonces el padre—; a ver si sale de ahí; ¡no sea cargoso!

—Pero si yo no le hago nada.

Y rezongando, el muchacho se fué entonces hasta la puerta, en donde se puso a comer sin disimulo la torta que había birlado.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Cómo llueve! ¡Pa los patos!—Y añadió en seguida, con la boca llena y después de agacharse un poco: —¡Ah! ¡Ah! Allá viene Santos puel bañao. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ché, *Negra!* Ahí viene Santos, ni mojadura que debe de trair encima...

La moza, que en ese momento colocaba las últimas tortas en la fuente, colmada, se encogió de hombros:

—¿Y a mí qué me contás?

Y en seguida presentó la fuente a su padre:

—¡Sirvasé, tata!...

El viejo, distraído, iba a tomar ya algunas tortas, cuando, recordando sin duda a míster James, que había vuelto a engolfarse en su lectura, retiró la mano y dijo a la muchacha:

—Al míster, hija; brindéle primero al míster...

Pero como la moza insistiese, pasiva y muda, don Juan acabó por servirse, y el fuentón de las tortas

pasó y fué a detenerse ante doña Casiana, que, olvidada ya del mundo, se aplicaba en ese momento con todos sus sentidos a la clausura de un agujero difícil...

—Tome, mama...

—¡Ah! ¡Ah! ¿Qué tal? ¿Salieron lindas?

Y se repitió la anterior maniobra. Doña Casiana, después de haber elegido una torta, miró también a *El inglés de los güesos* y tornó a devolverla a la fuente.

—Al míster, hija; pasále al míster...

—¡Sírvase! ¡Sírvase!

Y doña Casiana, influenciada por el tono decidido de la muchacha, concluyó también por servirse...

La Negra se allegó entonces a su hermano, que recostado en el quicio de la puerta seguía contemplando la lluvia.

—¡Ché, tomá vos!

—¡Ah! ¡Ah!

Y con las dos manos engarabatadas, el mozo trataba de hacer la provisión más pingüe...

—¡Eh! ¡Caramba! ¡Eh! ¡Basta! ¡Angurriento!

—Otra más, *Negra* ¡No seas ansina!

—¡No! ¡No quiero! ¡Te he dicho!

En seguida los ojos estupefactos de la madre pudieron ver cómo *La Negra* se iba con la fuente de las tortas al otro extremo de la cocina, y cómo, después de colocarla sobre la mesa, tomaba tranquilamente una muy grande y muy dorada e hincaba en ella sus blancos dientecillos...

Una oleada de púrpura tiñó la cara gorda de la dueña de casa:

—¡Pero m'hija! ¡Pero *Negra!* Fijáte que te olvidas de míster «Yemes»... No le has ofertao.

Y se sonreía nerviosamente, dispuesta ya a disculpar el olvido de la niña; pero su sorpresa no tuvo límites cuando vió que *La Negra*, lejos de conmoverse, se alzaba sencillamente de hombros y mirando para otro lado se aplicaba a comer su torta. Doña Casiana respingó de cólera:

—*¡Negra!* ¡Te estoy hablando! Te digo que le ofertés al míster, ¡caramba!...

Y como dijo esto ya a grito herido, por fuerza atrajo doña Casiana la atención de todos. Míster James cerró su libro, y don Juan preguntó con ceño qué ocurría.

—Pero ¡no ves que esta cachafaza no quiere brindarle tortas a don «Yemes»!...

El viejo volvió la cara hacia la niña, enarcando las cejas plomizas y encrespadas como plumón de lechuza:

—¿Qué es eso m'hija? ¡Haga lo que se le manda, pues!

Hablaba como sólo hablan los que tienen la absoluta seguridad de ser obedecidos; pero no tardó en palidecer de sorpresa y de cólera.

En lugar de hacer caso, *La Negra*, con los rasgos faciales endurecidos por el enojo, dió un taconazo en el suelo:

—¡No! ¡No quiero!—gritó—. ¡No las hice pa él!

Al oír esto doña Casiana, se puso en pie toda sofocada, y don Juan buscó instintivo un rebenque, con aquellos ojillos que le fulguraban como los de una alimaña. Todos mostraban las caras descompuestas y los ojos coléricos. Solamente *El inglés de los güesos*, hamacándose en su silla, conservaba inalterable aquella su eterna y leve sonrisilla pícara en sus labios finos y en sus pupilas límpidas de azul de prusia...

—¡Te digo que alcancés esa juente!

—¡No!

—¡Cómo que no, trompeta!

E inmediatamente, y como impulsada por un resorte, doña Casiana se lanzó sobre su hija, que se empeñaba en retener la fuente. Hubo una lucha; sonaron algunos mojicones, cayeron algunas tortas al suelo; pero al cabo venció la autoridad materna, y la niña, furiosa y llorando a gritos, se salió al patio bajo la lluvia...

—Sírvase, míster «Yemes», y dispense... Esta muchacha...

—¡Aoh! ¡Siniora! Mí comprende... «Babino» no tiene educación... Mí comprende...

Y mientras doña Casiana, roja de vergüenza y de rabia, le miraba con ojos casi desorbitados y con ganas de emprenderla a rebencazos con todo el mundo, él tomó tranquilamente dos tortas con sus largos dedos y se puso a comerlas con verdadera fruición, siempre sonriendo y siempre hamacándose suavemente...

IV

... Santos Telmo desmontó en el palenque bajo la lluvia, y después de dar vuelta a los cojinillos, para que no los calara el agua, tanteó algo, con cuidado, debajo del grueso poncho de paño que le cubría. «¡Lo único que faltaba era que los hubiera perdido! ¡Si *La Negra* supiera lo que le costaba aquel puñao de confites que traiba tan engüeltos en su pañuelo azul a cuadros blancos! ¡Cinco leguas de galope bajo la lluvia, una costalada «macuca» y, lo que era peor, la pérdida de un par de horas de estar al lado de ella!»

El mozo se quitó el sombrero chorreante, lo sacudió un poco, y tornando a calárselo con cuidado se dirigió a la cocina... El grato olorcillo de las tortas fritas llegaba hasta él, como un heraldo amable de familiar acogida.

Pero de repente Santos Telmo se detuvo asombrado: «¿Y eso? ¿No era *La Negra* la que estaba allí afuera en cabeza bajo la lluvia y al parecer llorando, apoyada de bruces sobre la obscura pared del rancho? ¡Esto sí que está güeno! —murmuró—. En fija que ya me la han castigao...»

Y apresurando el paso se acercó a la niña, inquieto y solícito:

—¿Qué hay? ¿Qué tiene, *Negra?*

La moza, con la cara oculta en los antebrazos, no contestó. Hondos sollozos hacían estremecer y ondular su cuerpo bajo el ceñido percal de su vestido.

Santos Telmo, tímidamente, insistió tocándola en un hombro:

—*¡Negra! ¡Negra!*

Entonces ella se volvió con violencia:

—¿Qué? ¡Ah! Es usté... ¿Qué quiere?

—Nada, *Negra.* La vide... al llegar... ¿Qué tiene? ¿Qué me le han hecho?

Y su voz varonil temblaba de emoción bajo la mirada agresiva de aquellos fieros ojos amados, que barnizaban las lágrimas...

—Diga, ¿qué me le han hecho?

—¡Nada, no me han hecho nada!

Y al decir esto erguía ya la cabecita altanera, mirando con ceño allá, a lo lejos, en donde los tupidos aguaceros, al diluir y mezclar el gris del cielo con el gris del campo, borraban el horizonte por completo...

Pero él insistió:

—¿A que jué otra vez por causa de ese disgraciao? ¡Diga la verdad, *Negra!* ¿A que jué por culpa de *El inglés de los güesos?* ¡Como si lo estuviera viendo!

Ella porfió todavía en su silencio por espacio de algunos segundos, hasta que por último se desahogó rencorosa y violenta:

—«Sí, era por él, por ese sinvergüenza, por ese loco jediondo!» «Ella en su casa era una desgraciada, era como una perra, era la última basura...» «A ella nadie la tenía en cuenta, nadie, ni sus mesmos padres...» «Bastaba que ella dijese o hiciese una cosa para que todo el mundo le llevase la contraria...» «¡Ah! ¡Era muy desgraciada, muy desgraciada!»

Y al echarse a llorar de nuevo, *La Negra* buscaba instintivamente la pared para apoyarse y ocultar la cara en ella, como si fuera una chicuela de cuatro años...

Santos Telmo, conmovido hasta lo más íntimo de sus fibras, reparó, no obstante, en que estaban bajo la lluvia y en que la mojadura comenzaba a marcar sobre los hombros redondos de la moza y sobre el color indefinido del percal de su bata grandes manchas obscuras, y dió una prueba de serenidad masculina:

—Venga—dijo tembloroso—. ¡Se está mojando toda!

Y tomándola por un brazo, cuyo contacto tibio y elástico le hizo estremecer, la llevó sin resistencia hasta aquel sitio en que el moginete del rancho hacía reparo, y sitio en donde el mozo debió de vivir sin duda los únicos minutos de felicidad que le deparó en el mundo su destino, al sospechar quizá por un momento que la que acababa de conducir hasta allí tan muelle y tan sumisa era por fin su Balbina buena, la Balbina aquella de sus locos ensueños...

Y tal vez por eso al infeliz le palpitaba tan recio el corazón, que tenía que abrir la boca para no sofocarse, mientras ella, de espaldas a la pared, el alto pecho henchido de suspiros, estremecidas las finas aletas de la nariz y contraídos los labios voluntariosos, se enjugaba las lágrimas con el revés de los dedos...

—Vea, *Negra;* vamos pa adentro... ¿Quiere?

—¡No!

—Mire que le puede hacer daño...

—¡Qué me importa!

—Pero a mí sí.

Y embriagado de belleza y de amor, Santos Telmo se quedó otra vez mirándola en silencio.

Una ternura honda, que invadía cosquillante todas sus moléculas, le hacía crispar los dedos temblorosos en un deseo indominable de tocarla, de estrecharla, de infundírsela físicamente, como ya la tenía infundida en alma...

Se contuvo, sin embargo, y dijo, hurgando bruscamente debajo de su poncho azul, todo mojado:

—Le truje, le truje, ¿sabe?, unos confites de «San Luis»... Parecen lindos, ¿sabe?

Y al decir esto, el gaucho extrajo y presentó a su amada un modesto envoltorio en papel de estraza.

La niña, al tomarlo, dijo sonriendo y entre malhumorada y caprichosa:

—Me viá quedar aquí toda la noche, ¡meta comer confites!, y no lo voy a convidar a naides...

Al verla bromear así, a él se le iluminó la cara, y una oleada de sangre cálida le hinchó las arterias.

—No se aflija, *Negra*—dijo—, que no ha de faltarle quien la quiera, ni quien sea capaz de hacerse hacer tiras a puñaladas por usté, ¿verdá?

—¿Ah? ¿Ah?

Y habiendo desenvuelto ya los confites y escogido uno muy rojo, que mantenía entre sus dientecillos blancos, retrocedía riendo con inconsciente co-

quetería ante el mozo, que, en su vehemencia, se le aproximaba demasiado...

—¿Por qué no me quiere?—gemía Santos Telmo—. ¿Qué le he hecho yo, Balbina? ¿Por qué me hace sufrir ansina? ¿Por qué no se compadece alguna vez de mí?

Y su vieja pasión, iluminada quizá por una luz de esperanza, daba a su voz ruda y agria modulaciones de elocuencia y suavidades de terciopelo...

Pero como Santos Telmo avanzaba siempre, llegó un momento en que *La Negra*, ya de espaldas a la pared, se vió obligada a poner una mano sobre el pecho del mozo para contenerle.

—¡Eh! ¡Hombre! ¡Cuidado!

Y aquel contacto fué la perdición de Santos Telmo, porque, a su influjo, el mozo, sin poder dominarse, se apoderó violentamente de aquella mano, y después de aquel brazo, y después de aquellos hombros...

... Pero la conquista de Santos Telmo duró muy poco, pues tras una breve lucha, durante la cual el paquete de los confites cayó y se deshizo sobre el suelo, *La Negra* se zafó de los brazos que la aprisionaban, con un tirón salvaje de potranca asustada.

—¡Bruto! ¡Animal!—gritó—. ¡Aura va a ver con mi tata! ¡Qué se ha creído!

Y mientras, roja de indignación y de cólera, la niña entraba en la cocina, Santos Telmo, con una lividez de muerte en su cara adusta, se quedó allí, inmóvil bajo la lluvia, que comenzaba a disolver lentamente los blancos confites desparramados por el suelo...

V

... Y aquella misma tarde, en un minuto de debilidad, de ofuscación, o mejor dicho de verdadero miedo de perder su dicha, Santos Telmo se había sometido a la durísima imposición de *La Negra:* «Si él no quería que ella se lo contara todo a sus padres, que no pisase más en el «puesto»...

Como es de imaginarse, ante la crueldad del dilema, Santos Telmo se había humillado, había implorado, se había retorcido como una culebra partida en dos por una pala; pero todo fué inútil. *La Negra,* no obstante su mucha juventud e inexperiencia, no cedió un punto, porque estaba profundamente ofendida en su decoro salvaje, porque tenía el alma en absoluto exenta de malicias, y, más que todo, porque no amaba. La pasión de aquel hombre había resbalado tan inocuamente sobre su corazón y sus sentidos como resbala la llama de las punas secas sobre los postes de quebracho...

Pero Santos Telmo no se conformó con su destino, ni era su amor de esos amores en los que pueden influir otros miedos que el gran miedo de perder la dicha...

Sin embargo, no sabía qué hacer. Temía que, si faltaba a su compromiso, *La Negra* acababe por cortar el último y miserable vínculo que aun les unía; pero a la vez le resultaba tan insoportable la sepa-

ración aquella, que en determinados momentos le parecía que iba a volverse loco...

Santos Telmo de buena gana hubiera consultado a algún hombre serio y de experiencia. ¿Pero a quién? Al mozo no le inspiraba ninguno de sus conocidos respetables tanta confianza como hubiera sido necesaria para ir a mostrarle las miserias de su corazón huraño y dolorido; y en cuanto a su padre, aquel hombre rudo, más ignorante que él mismo y disgustado desde tiempo atrás por el despego y las veleidades del hijo, ya conocía de antemano la respuesta:

—¿Y a mí qué me cuenta, amigo? ¡Joróbese por zonzo y aprienda a no ser haragán y vago!

Y fué por estas razones que Santos Telmo, al cabo de mucho cavilar, resolvió cierta mañana ir a hacer una visita a Deolindo Gómez, aquel mozo tan amigo suyo y de cuya ruda lealtad tenía tantas pruebas.

«Deolindo—pensó—es medio enemigo de las mujeres, ya lo sé; pero como sabe más que yo de estas cosas, bien pudiera ser que me endilgara pal lao güeno.»

Y como basta a veces una chiribita de luz de esperanza para iluminar las tinieblas de las almas que sufren, aquella pobre idea de ver a Deolindo acabó por parecerle a Santos Telmo salvadora y magnífica. «¡Caracho!» ¿Cómo no se le había ocurrido antes? «Deolindo Gómez, mucho mayor que él, era hombre corrido.» (Jamás se había estado ausente de su rancho dos días seguidos.) «Era hombre corrido, como lo probaba la opinión que tenía de las mujeres.»

(Deolindo, que no había tratado en su vida con otras mujeres que con su honrada madre y hermanas, gozaba entre las muchachas del pago de una bien cimentada fama de Hipólito, y entre los hombres —más severos sin duda—, de otra cierta fama que no hubiera contribuído en manera alguna a las locuras de Fedra.) «¿Quién le decía a él que Deolindo Gómez, «guasquiao» como era y conocedor de las mañas del bello sexo, no fuera el llamado a sacarle del tremendo pantano moral en que se hallaba?»

Y engolosinado con tal pensamiento, Santos Telmo ensilló de prisa su caballo y partió en busca del amigo.

La fortuna hizo que ni tuviese que allegarse a las casas. Le encontró media legua antes arreglando un tiro del alambrado, muy cerca de la tranquera:

—¡Salú, ché!

—¡Salú, Santos!

—¿Trabajando?

—¡Ah! ¡Ah!

Y sin abandonar su tarea de estirar el hilo de alambre, al aire los blancos brazos redondos y con la frente perlada por el sudor, rezongó el mozo:

—Los novillos puercos ésos de tu patrón no me dejan alambre sano.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Querés que te dé una «manito»?

—No, ché; ya acabo...

Y se puso a hacer girar muy despacio el torniquete chirriante, mientras Santos Telmo desmontaba de su caballo.

Después Deolindo ajustó el tope de retenida golpeando con la llave inglesa, recogió una «california» que estaba en el suelo y, por último, se acercó a Santos Telmo, y ambos amigos se estrecharon la mano:

—¿Qué tal, ché?

—¿Qué tal?

Y se miraron en los ojos. Deolindo Gómez con una sonrisita maliciosa a flor de labio, y el pobre Santos Telmo, casi trágico...

El uno sentía la sensación voluptuosa y perversa del muchachuelo precoz que se prepara a atisbar una escena de alcoba, y el otro, aquella ansiedad, fluctuante entre la esperanza y el desaliento, que experimenta el mísero enfermo en trance de exhibir ante el médico la llaga repugnante que le martiriza y avergüenza...

—¿En qué andás?

—Ya lo ves...

—Parece que no marchan muy bien las cosas, ¿eh?

—Sí, no...

Y Santos Telmo, recostado en el caballo, se rascó la nuca indeciso.

—Sí, no... ¿Sabés que nos peliamos, Deolindo?

—¡Ah! ¡Ah! ¡Qué güeno! Contamé eso... ¿Cómo jué? ¿En fija alguna chanchada de ella?

—No; mía...

Y a continuación, Santos Telmo refirió lealmente toda la historia de lo ocurrido.

Hablaba despacio e interrumpiéndose con frecuen-

cia para rectificar algún error de palabra, porque también, como en el caso del enfermo ante el médico, Santos Telmo se daba cuenta de que era necesario decirlo todo.

Si de algo pudo tacharse la parcialidad de su versión fué solamente por causa de una manifiesta y explicable tendencia a achacarse él todas las culpas, para dejar airosa a *La Negra*.

Deolindo Gómez escuchó atentamente el relato de su amigo, y sólo le interrumpió para hacer algunas preguntas o comentarios, como éstos:

—«¿Pero la alcanzaste a besar?» «¡A mí me la había de hacer!» «¡Ah! ¡Ah!» «¡Como todas!» «¡Como todas!»

Cuando Santos Telmo terminó su relación, los dos mozos se quedaron por largo rato en silencio. El uno, entre hosco e interrogador y apoyado un brazo en la cabezada delantera, arrancaba inconsciente vedijas de lana del cojinillo, y el otro, recostado en un poste, sonreía pensativo, mientras mordía con sus bellos dientes la acuosa cañuela de una gramínea.

Al cabo dijo Santos Telmo, en voz muy baja y después de echar una ojeada sobre un grupo de novillos overos negros que pastaban por allí, con gran rumor de hierba arrancada, de muelas que masticaban y del poderoso alentar de sus hocicos relucientes...

—¡Yo no sé!... ¿A vos qué te parece que debo hacer?

Pero como Deolindo, siempre cabizbajo, no contestase de inmediato, el mozo apresuradamente vol-

vió a mirar los novillos, y, como acontece en las pesadillas, se imaginó que para que el otro le respondiese era necesario que aquellas extravagantes manchas blancas que mostraban los animales sobre el fondo obscuro de la piel se extendiesen hasta borrar lo negro por completo... Y en este sentido hizo un esfuerzo mental enorme.

Al fin habló Deolindo, destosiéndose y riendo:

—¿Y? ¿Qué querés que yo te diga, hermano? ¡Lo de siempre! Lo que siempre te he dicho: Lo que vos deberías hacer es agarrar un güen día y alzartéla en ancas...

—¡Bah!...

—Sí, ché; todo lo demás son mamolas... Las mujeres son ansina. ¡Si las conoceré yo! Mientras uno les anda con delicadezas, se güelven puros repulgos de empanada... ¡Creéme: son hijas del rigor, hermano!

Santos Telmo, que había esperado otra cosa sin duda, se quedó un momento silencioso, y después dijo, mirando a su amigo con ojos torvos:

—Esas son macanas, ché... ¡Alzar en ancas! Tan fácil que es alzar en ancas, ¿verdá?

—¿Y por qué no?

—Porque vos sabés muy bien que eso no se puede; que esas son macanas.

Y añadió más bajo y en tono insinuante:

—Lo que yo quiero, lo que yo quisiera es que vos me digás cómo tengo que hacer aura pa volver, pa arreglar este enriedo, vos que sabés tanto, Deolindo.

Y el ingenuo mozo rogaba ya como un chico, mirando a aquel farsante con ojos de agonía...

—¡A ver, pensá, aconsejáme algo, Deolindo; mirá que si no voy a hacer algún bolazo!...

Y Deolindo, metido en el brete que él mismo se había construído, pensó, no tuvo más remedio que pensar cualquier cosa, en homenaje a aquel buen concepto de que gozaba ante su amigo; y... pensó una brutalidad...

—¡Ché, Santos! ¿Decíme una cosa? ¿Y no será no más que a la muchacha le esté gustando algún otro?

A Santos Telmo le fulguraron instantáneamente los ojos.

—¿Cómo otro? —dijo contrayendo el ceño—. ¿Por qué, ché? ¿Por qué decís eso?

—¡No! Digo no más, se me ocurre... Muchas veces... ¡Estas mujeres son tan trompetas!

Y hubo una pausa.

Santos Telmo, con las cejas casi juntas, miraba el suelo con tanta fijeza como si hubiera querido perforarlo con sus ojos buídos, mientras que Deolindo, siempre apoyado en el poste y siempre sonriendo, se acariciaba los labios con las barbillas de una «cola de zorro» recién abierta...

Al cabo levantó la cabeza Santos Telmo y dijo convencido:

—¡Bah! ¡No, hombre! ¡Qué macana! ¿De ande? Vos sabés muy bien que ella no ve a naides mas que a mí dende hacen una punta de años...

Deolindo, entonces, inclinándose para arrancar una

nueva cola de zorro, porque la anterior se le había caído, dijo en tono indiferente:

—¡Ah! ¡Ah! Yo pensaba que quizá el hombre, el extranjero, ¡el diantre ese, ¿cómo se llama?, que está de agregao en el «puesto»!

—¿Quién? *¿El inglés de los güesos?*

—¡Ah! ¡Ah!

Santos Telmo se echó a reír con ganas:

—¡Salí de ahí! ¡No seas bárbaro! ¿De ande sacás eso? ¡Ah!, ¡ah!, ¡cómo no! ¡Al contrario! ¡Viera la rabia que le tiene! ¡Le hace cada hechuría al disgraciao ése!

Y a renglón seguido se puso a referir al otro la interminable serie de «perrerías» de que había hecho víctima a *El inglés de los güesos*, con el concurso espontáneo de la muchacha.

Pero Deolindo Gómez no pareció satisfecho:

«¡Qué quería Santos Telmo que él le dijese!» «¡Pero a veces ande menos se espera rueda el caballo!»

Entonces el otro se empeñó en convencerle:

—¡Pero no, hombre, no! ¡Si vos supieses cómo lo trata, cómo lo fastidea! ¡Si hasta a veces a mí mesmo me da lástima! Y después ¡la facha que tiene el gringo!... ¿Vos no le has visto la laya nunca?

—No; pero asigún se han acordao en casa, es hombre joven entoavía...

Al oír esto, los cuatro lustros escasos de Santos Telmo se alborotaron:

—¿Qué? ¿Joven? ¡Salí de ahí!—exclamó con sincero asombro—. ¡Pero si es viejo, ché! ¡Si es un ca-

pacho viejo, arrugao; si ha de tener treinta años a lo menos!

Y continuó convencido:

—¡Ah!, ¡ah! ¿Joven? ¡Mirá! ¡Quisiera que lo conociese pa que vieras, palabra!

Y al decir esto, el pobre muchacho giraba los ojos en torno, como si hubiese esperado que *El inglés de los güesos* estuviera allí, para que él le tomara el hocico como a un caballo y le hiciera enseñar los dientes, para convencer a Deolindo de la verdad de sus dichos...

Pero míster James no estaba allí, y Deolindo Gómez no parecía participar de la confianza del mozo, sino todo lo contrario. Masticaba ahora la «cola de zorro» con que estuvo jugando y sonreía socarrón moviendo la cabeza.

Santos Telmo, que en el primer momento no había reparado en la actitud aquélla, tuvo de pronto un sobresalto:

—¿Qué?—preguntó con la cara verde de emoción y de desagrado—. ¿Qué? ¿Vos sabés algo acaso?

Pero aun no había movido Deolindo la suya, risueña y gorda, para denegar sin duda y prolongar así un perverso y calculado deleite, cuando Santos Telmo, con los ojos fulgurantes y los rasgos faciales contraídos por el efecto del mortal veneno que acababa de destilar el otro sobre la llaga viva de su corazón, saltó como un tigre:

—¡Decíme, decíme, Deolindo, lo que sabés o te degüello!

Y con los ojos extraviados y la boca torcida por un rictus feroz, el mozo aguardaba, ijadeando como una yegua enlazada...

Ante el espectáculo de aquella furia, el otro se demudó y dijo asustado:

—¡Pero ché! Pero ¿qué querés que te diga? ¡Si yo no sé nada!...

—¡Sí, vos sabés!

Mas en seguida y como si el instinto le advirtiese, a pesar de su ofuscación, que no debería intimidar a Deolindo si quería saber lo que le convenía, Santos Telmo, haciendo un enorme esfuerzo, se contuvo, y después de aspirar una gran bocanada de aire, pudo decir, manso ya y con voz apagada y trémula:

—¡Disculpá, ché! Tengo la sangre tan podrida, que a veces cualquier cosa, cualquier pensamiento me güelve loco... Disculpá y contame, hermano...

El otro, inquieto aún, miró a Santos Telmo entre burlón y enojado:

«¡Ah! ¡Ah! ¡Como para conversar con él era el mozo! Uno no había dicho nada entoavía y ya salía él poniéndose como un toro. ¡Estaba fresco!»

Pero Santos Telmo insistió, rogó, se humilló.

«Si Deolindo era su amigo debía ayudarle, estaba en el deber de ayudarle alumbrándole el camino pa que «otros» no lo ventajiasen aprovechando su ceguera. Deolindo sabía muy bien todo lo que él le estimaba... ¿Cómo iba a dejarlo, pues, ansina metido en el pantano?»

El otro recuperó entonces la sonrisa cínica que le

era habitual cuando hablaba de esas cosas del corazón y del honor de las mujeres.

—¿Pero qué querés que te diga? ¡Vos estás loco!

—¡No!—le replicó Santos Telmo con firmeza—. ¡No estoy loco! He visto en tus ojos que sabés una cosa de ella y del inglés ése, y eso es lo que quiero que me digás si sos mi amigo...

Deolindo Gómez le miró un momento con los párpados entornados, y después dijo alzándose de hombros:

—¿Y? ¡Güeno! Yo no sé más que lo que saben todos, que lo que dice por ahí todito el mundo...

—¿Ah? ¿Ah?

—¿Y? Que el forastero ese se la ha de estar enamorando no más a la hija de don Juan...

—¡Ah! ¡Ah!

Y con los ojos dilatados y la boca entreabierta, Santos Telmo miraba a Deolindo Gómez con la expresión ansiosa del cazador de sangre que espía la entrada de la cueva por donde ha de salir una alimaña...

El otro continuó, escéptico:

—A mí me han dicho; a mí me ha dicho mi hermana Liberata, que a ella le dijo la hermana de Pastor, que la mujer de don Lucas Arroyo se había acordao en el «puesto» e «Los Sauces» que el cuñao de ella en una ocasión los vido en la laguna...

—¡Mentís! ¡Mienten!... *La Negra* nunca jué a la «Laguna»... ¡Si sabré yo, que estoy todos los días en el «puesto»! ¡Si sabré yo!...

El otro, medio ofendido, fijó un rato sus ojos claros en las lejanías polvorosas del horizonte, y después afirmó con energía:

—¡Vos no andás acoyarao con ellos!... ¡Vos vas cuando podés al «puesto» y, en cambio, él está allí noche y día como si juera de la familia!...

—¿Ah? ¿Ah? ¡Qué gracia, si el patrón lo mandó!

—No sé; mandao o no, la cuistión es que él está allí como de la casa, y en sabiendo lo que son las mujeres...

Santos Telmo iba a protestar de nuevo, pero el otro no le dejó comenzar.

—Mirá—añadió—. Tan es así, que mi mesma madre lo sabe decir siempre... Dice que no compriende cómo doña Casiana tiene agallas para aguantar eso...

—¿El qué? ¿Aguantar qué?

—¡Eso! Que le hayan metido un agregao en su rancho, pa dar que hablar a todo el mundo...

Santos Telmo se quedó un rato inmóvil, mirando el suelo. Una oleada de cólera y de angustia, que le subía del corazón hasta el cerebro, le enturbiaba los ojos y le inspiraba como un deseo rabioso, indomable, de matar o de morir a dentelladas... Jamás —lo comprendía muy bien—desde que comenzó a sufrir por causa de aquel amor sin fortuna había experimentado tan atroz martirio como éste que le causaba el veneno mortal corriendo por sus venas...

Santos Telmo, quitándose el sombrero, se pasó la mano por la frente. Tenía los labios blancos y la tez teñida de un lívido verde de aceituna...

—Güeno; yo me voy, ché...

El otro le miró sorprendido:

«¿Cómo? ¡Si no habían arreglao nada entoavía! ¡Si estaban a lo mejor!»

Pero Santos Telmo, que pisaba ya el estribo, se encogió de hombros, violento, y montando a caballo contestó con la voz atiplada por la ira:

—¡Qué m... vamos a arreglar!

... Y sin más, echó bruscamente su colorado a gran galope, haciendo desparramar los novillos overos negros y asustando una lechuza que, silenciosa, se fué con blando vuelo del poste de la tranquera hacia otro poste lejano...

VI

Tres eran las hermanas de Deolindo Gómez, el amigo de Santos Telmo, y las tres tan juiciosas y honestas, según el consenso público, como lo fué «toda la vida» doña Pacomia de la Cruz y Ayala —«de los Ayalas de Lobos»—, la respetable gaucha aquella de blancas cocas a quien debían la existencia y sin cuyo grave y autorizado visto bueno aun no se movía una paja en todo el trozo de campo correspondiente a la administración del «puesto» 2 de «La Indiana», por ella heredado «en güena ley de su dijunto»...

De esas tres hermanas de Deolindo Gómez, dos

habían salido ya de la edad de las esperanzas; pero la otra las alimentaba todavía con ciertos derechos, aunque deformada por aquella adiposidad formidable que le había valido el apodo grosero de *La Talquima* (1), pero que ella paseaba con arrogancia orgullosa, no solamante ante los ojos de Isidro, aquel «gayeguito» que tenían «de lástima» en el «puesto» desempeñando las funciones de «mensual de a pie», y cuya muda y respetuosa admiración por las robustas gracias de ia moza hacían reír tanto a doña Pacomia y a sus hijos, sino delante de «todo el mundo», no ignorando sin duda que el gaucho no tiene otro cartabón estético que el que emplea para los bovinos...

Liberata, la mayor, o sea *El macho tuerto*—sin que se supiera por qué, pues había tan pocos motivos para dudar de su sexo como de la plena integridad de sus pequeños ojos claros—; Liberata, la mayor, y Carmela, la segunda, una mujeruca amarilla y hundida como un limón exprimido, tenían en sus plácidas vidas tres preocupaciones constantes: la primera, enterarse antes que nadie de cuanto ocurría en el pago; la segunda, hacer en todo momento el elogio entusiasta de su hermano Deolindo, «tan serio, tan trabajador, tan güen mozo y tan etc., etc.», y la tercera, comentar la vida de sus vecinos los modestos habitantes del «puesto» de «La Estaca» en la forma más desfavorable que fuera posible...

---

(1) Tarquina, vaca tarquina.

La primera de las preocupaciones enunciadas se justificaba en cierto modo:

El macho tuerto y Carmela, no solamente eran las mozas «más leídas y más escribidas» del pago, sino que también, y por antigüedad sin duda, las mejor empapadas de su historia, es decir, de su historia escandalosa...

Ellas lo sabían todo, o todo lo imaginaban por lo menos, edificando sobre un dato a la manera de esos paleontólogos que reconstruyen un monstruo fabuloso sobre la base de un huesecillo microscópico, y si por acaso sus treinta y pico de años de observación personal y de experiencia no eran suficientes, ahí estaba la venerable progenitora, que de todo solía olvidarse menos de eso; es decir, de cuantas desdichas morales, ciertas o atribuídas, habían afectado a los vecinos del pago a través de los tiempos...

—¡Te digo que sí!

—¡Te digo que no!

—¡Oh, verás! Sienta, mama...

Y la vieja puestera «sentía» de inmediato:

—¿El qué, m'hija?

—Tenemos una alegación con ésta...

—¿A ver? Digan...

Y pausada y tranquila, sin perder su gravedad, la madre de Deolindo Gómez, levantando sobre la frente arrugada las obscuras antiparras, miraba bondadosamente a sus hijas:

—¿A ver?

—¿Imagínese que dice ésta que cuando le aconte-

ció «aquello» a la hija de don Serapio no era nacida entoavía Balbina Juentes, la de «La Estaca»?

—¿Ah? ¿Ah?

Y los pequeños ojos grises de la madre de Deolindo Gómez se abismaban en seguida en la contemplación de alguno de los desgastados ladrillos del piso de la cocina.

—¿Ah? ¿Ah?

—¿Verdá que sí, mama?

—¿Verdá que no, mama?

—Esperénse...

Y mientras ambas mozas, las manos abandonadas sobre la costura, aguardaban el fallo materno, trémulas de impaciencia y de emulación, la venerable reliquia puesteril de «La Indiana» bisbiseaba sus cálculos:

—¡Ah, ah! Entoavía vivía el finao... ¡No! ¡Sí! Jué aquel verano en que lo hayaron muerto al hijo e Perayra..., ¡no! Pa el invierno jué... ¡Ah, ah!... Pa San Pantalión... ¡no! Pa San Bonifacio... ¡Ah, ah! ¡Eso es!... ¡Pa San Bonifacio!

Y con la cara iluminada por la satisfacción inocente, la buena mujer, volviendo los animados ojillos hacia sus hijas, se expedía entonces con aplomo:

—Sí; jué pa el día de San Bonifacio mesmamente, que nació la chica esa... Tiene razón Carmela... La otra, la hija e don Serapio, debió de juirse, me parece... me parece... el mesmo año, pero unos meses antes, allá por los Carnavales me parece... ¡Ah, ah! ¡Eso es! Pa los Carnavales jué, ahura me acuerdo

patente... La trujeron en un breque y todo... ¡Ah, ah!, ahura me acuerdo... De manera, pues, que no era nacida la... arrastradita esa... ¡No! La hija e Casiana nació pa San Bonifacio, estoy bien segura... Tiene razón Carmela.

Y era tal la autoridad que tenían para las mozas las maternas sentencias, que *El macho tuerto*, con ser brava «como ají cumbarí», se limitaba a confesar su derrota:

—¿Y? Güeno, me etivocaba..., tenés razón; pero al fin y al cabo ¿qué importa un mes más o menos? ¡Pa el caso viene a ser lo mesmo!...

Estos antecedentes justificaban, pues, en cierto modo, la primera y principal preocupación de las mozas. Era ya en ellas una cuestión de amor propio, un legítimo y humano afán de perfeccionamiento lo que las impulsaba a averiguarlo todo.

¿Quién abandona «porque sí» una posición conquistada tras largo esfuerzo y quién no trata de afianzarla?

¿Quién que posea una valiosa colección de estampillas o de monedas no tratará de mantenerla completa?

Solamente un loco.

Además, y como es sabido, nada incita tanto al perfeccionamiento como la creencia íntima, sugerida o no, de hallarse cerca de los límites de una perfección cualquiera.

Es probable que si a algún hombre se le reconoce unánimemente un defecto físico cualquiera no haga

nada por disimularlo o corregirlo; pero convénzase a ese mismo hombre de que tiene, por ejemplo, unos ojos excepcionalmente grandes, o un pie maravillosamente pequeño, y en seguida se verá con qué tesón se aplica el desdichado a la tarea de acentuar aquel detalle...

Y ni *El macho tuerto* ni Carmela tenían por qué ser excepciones.

La segunda de las preocupaciones de las mozas, aquella de ensalzar constantemente a su hermano, también tenía su explicación humana y lógica.

En primer lugar el amor, aquel gran amor fraternal que le tenían y que, como todo sentimiento más o menos instintivo, las inhabilitaba para el análisis; y después, que Deolindo Gómez, además de ser un muchacho honesto, un buen hijo y un buen hermano menor, era varón, el único varón que había en la familia del «puesto» 2 de «La Indiana», y ya se sabe lo que significa para un núcleo femenino célibe y curioso el hecho de contar con el concurso de un elemento íntimo que puede introducirse sin resistencia y sin peligro en los campamentos de la masculinidad para descubrir y traicionar sus secretos...

Deolindo Gómez significaba, pues, para sus hermanas, amén de otras muchas ventajas, el puentecillo maravilloso aquél que las ponía en comunicación con el campo vedado de los hombres...

Y el pobre mozo no tenía la menor culpa de ello... Nacido un año antes de la muerte de su padre, fué criado y educado en un ambiente tan absolutamente

femenino, que, al influir por fuerza en su idiosincrasia moral, hizo que quien era físicamente todo un hermoso ejemplar de macho, tuviera, sin embargo, «cosas» que, al decir de sus conocidos, no le «asientaban», porque no eran «cosas de hombre»...

«¿Por qué, de no, una vez, les fué a contar a sus hermanas, tan honestitas como eran, aquello de la enfermedá de Domingo Carabobo, uno de los capataces de «La Indiana?»

«¿Por qué, de no, en otra ocasión, se puso a cueriarlo a Santos Telmo, delante de un forastero a quien vía por piimera vez y en siendo tan amigos como eran?»

No; los mozos del pago no aceitaban a explicarse esas rarezas de Deolindo Gómez, y de ahí que casi todos se acostumbraran a mirarle como algo ambiguo e inquietante, mientras él, bello y risueño, seguía yendo y viniendo despreocupadamente por todas partes, ansioso de oír algo con que regalar la golosa curiosidad de sus hermanas, que, agradecidas a tanta devoción, no podían menos que amarle cada día más y que sentir en todo momento un deseo sincero e imperioso de elogiarle y de enaltecerle, hasta el punto de que si alguno decía, por ejemplo, que tal o cual hermosa muchacha del pago «haría una linda pareja» con él, las tres hermanas, alargando el labio belfo en un gesto uniforme de común desprecio, replicaban con convicción y al unísono:

—¡Ah?, ¡ah? ¡Qué más se quisiera ella!

Pero si, como se ha visto, era posible justificar,

en cierto modo, las dos primeras de las preocupaciones inocentes que animaban la vida sencilla de las hermanas de Deolindo, no ocurría por cierto lo mismo con la última; es decir, con aquella cuyas consecuencias tocaban tan de cerca los habitantes del «puesto» de «La Estaca»...

Ningún antecedente de odio en los anales de ambas familias; ningún interés encontrado; ningún motivo de envidia...

El «puesto» 2 de «La Indiana» pertenecía a un establecimiento, y el «puesto» de «La Estaca» a otro muy distinto, que se denominaba «La Estancia Grande».

Tres leguas bien cabales mediaban entre uno y otro «puesto», y además, un formidable alambrado de siete hilos...

El «puesto» de «La Indiana», establecimiento de propiedad de una Compañía extranjera, no era menos importante que el de «La Estaca», uno de los varios que encerraban en su perímetro los alambrados de «La Estancia Grande».

En el «puesto» de «La Indiana» vivía una honesta y humilde familia, que trabajaba para un amo que se llamaba «The West Company», y en el otro, en el de «La Estaca», otra familia también humilde y honesta, que trabajaba, a su vez, para otro amo, un señor metropolitano que se sorbía la vida y que se llamaba don X.

En realidad, no había entre ambas familias otras diferencias apreciables que aquellas que pudieran sig-

nificar el número y la edad de sus miembros respectivos.

Por un lado, una viuda septuagenaria, tres mujeres maduras y un apuesto mocetón, y por el otro, un matrimonio vulgar con sus dos vástagos: aquel muchachuelo vigoroso y travieso que pastoreaba ovejas y aquella divinidad de mujercita de diez y ocho años que, inconsciente como un pimpollo, se abría al amor y a la vida...

En tal semejanza de situaciones y ante una falta tan completa de motivos de malquerencia, lo más lógico hubiera sido que en una y otra familia sólo nacieran sentimientos de amistad y de humana simpatía, o por lo menos de indiferencia, de esa indiferencia absoluta que viene a ser como el tinte neutro con que el humano egoísmo cubre todo lo que no interesa por mezquino, por ignorado o por imposible...

Pero no ocurría así, sin embargo, con grave desprestigio para la lógica, para el sentido común y para cuantos recursos mentales pudiera emplear el psicólogo en la investigación de aquel caso.

La familia de Deolindo Gómez, no solamente parecía no poder soportar la existencia de la del «puesto» de «La Estaca», sino, y lo que era más extraño, no poder vivir sin ocuparse de ella...

Y no había acción ejecutada por los habitantes de «La Estaca», y por trivial e inocente que fuera, que no tuviese su fase absurda o ridícula o pecaminosa ante el criterio severo y prevenido de los habitantes del «puesto» 2 de «La Indiana».

¿Que *El engañao*—porque hay que advertir que para la familia de Deolindo Gómez don Juan Fuentes no era don Juan «Juentes», sino *El engañao*, sin que se supiese tampoco por qué, pero sin duda por algo muy ridículo—. ¿Que *El engañao* iba a bañar las ovejas?

... Bueno, *El engañao* iba a bañar las ovejas tan temprano, «dejuramente» porque a doña Casiana, que lo dominaba como a un zonzo, se le había metido en la cabeza aquel disparate...

¿Que doña Casiana había comprado en «San Luis» un corte de tartán para hacerse un vestido?

...Bueno, el tal corte de vestido tenía que ser por fuerza de un color rarísimo, de un color... «de diablo afligido, mesmamente»...

Y aquello, que venía desde *illo tempore*, sin que nadie supiese o se explicase por qué, y que doña Casiana soportó sola, durante tantos años, sobre sus robustas espaldas, gravitaba entonces con toda crueldad e injusticia sobre la inocente cabeza de su hija sin que ella lo sospechase siquiera...

Desde que *La Negra* salió de la niñez, es decir, desde que Santos Telmo comenzó a insinuarle sus simpatías, toda la atención de los habitantes del «puesto» 2 de «La Indiana» convergió hacia la muchacha con tal unanimidad, que, a sentirse los pesos morales como se sienten los físicos, doña Casiana, librada de pronto, pudo haber lanzado un gran suspiro de alivio ..

Y fué el bello e inquietante Deolindo el que hizo

a la niña el presente griego de atraerle el interés peligroso de su familia.

El mocetón, que, en el honesto deseo de distraer a sus hermanas, había comenzado por transmitirles al dedillo todas las confidencias que la ingenuidad de Santos Telmo iba depositando ante el sagrario de la santa amistad, al comprender muy pronto que *La Negra* interesaba mucho más a aquéllas que su infortunado galán, concluyó por fantasear y por mentir al cabo, con esa desconsoladora impudencia con que suelen hacerlo ciertas gentes cuando una pasión las enloquece, y aun sin el acicate de pasión alguna.

Y así, ocurrió que cuando el pobre Santos Telmo iniciaba, recién, las primeras manifestaciones torpes de su amor tímido y sin suerte, ya *La Negra* había perdido tanto en el concepto de la familia de Deolindo Gómez, y por ende en el de las relaciones más íntimas de la misma, que por nada del mundo la empacada puestera de «La Indiana» hubiese permitido a sus hijas que se «arrejuntaran» con ella...

Pero como la timidez e inocuidad amatoria de Santos Telmo—ludibrio del pago, por culpa e indiscreción del mozo mismo—constituía la mejor garantía para la virtud de la chica, no tardó en «saberse» en el «puesto» 2 de «La Indiana» y en propalarse por todas partes que *La Negra* llevaba la iniciativa...

VII

Un anochecer, y al llegar «a las casas» de vuelta de su excursión vespertina, míster James se enteró de una ingrata nueva: *La Negra* estaba enferma... Después del almuerzo se había sentido presa de un dolor de oídos agudísimo, y desde entonces yacía ahí, en su cama, gimiendo y retorciéndose de un modo que ponía lágrimas de aflicción en los ojos zarcos de doña Casiana...

—¡Aoh! ¡Carramba! ¡Pobe Babino! ¿Y qué tiene?

—Y ya le digo, míster, le duele el oído, le duele aquí, mire, y yo no sé si será aire o si será que se le habrá ganao algún bicho...

—¿Osté hació remedio?

—¡Y cómo no le voy a hacer, hombre!... Le he echao asaite, humo el cigarro y cuanto Dios crió, pero ¡nada! ¡Como si tal cosa! Jamás vide un dolor de oídos más rebelde. Y ahí nos tiene: la pobre criatura en un grito... Y yo sin saber qué hacer...

—¡Carramba! ¡Carramba!—Y *El inglés de los güesos*, pensativo, se miraba la punta de sus zapatos amarillos, maculados por la arena blanquizca de la laguna—. ¡Carramba! ¡Pobe Babino!

Doña Casiana, que había esperado algún consuelo, algún consejo oportuno de aquel sabio «tan grande», exclamó entonces impaciente, echando una ojeada sobre el campo desierto y entenebrecido ya por el crepúsculo.

—¡Caray! ¡Y ni un hombre en las casas! Yo tenía pensao de mandarla buscar a doña María; ¡pero hasta ese zonzo e Santos Telmo le dió hoy por no venir! ¡Yo no sé!...

Y con una amplia coleada de su pollera, a lunares, doña Casiana, nerviosa, abandonó a míster James en medio del patio y desapareció en la cocina...

El inglés de los güesos se quedó un buen rato allí inmóvil, con su pala sobre el hombro y su silla de tijera bajo el brazo, hasta que al fin, murmurando entre dientes un nuevo «¡carramba!», por el mismo camino que había seguido la dueña de casa fué y se metió en su covacha, hasta donde llegaba la voz de *La Negra*, en un gemir incesante, y en donde se sentó pensativo.

Míster James había tenido, sin duda alguna, lo que se llama «un mal día», y no por *spleen* —no fuera a creerse—, sino por justificados motivos, si bien se analizaba: primero fué el extravío de aquella hojita de libreta en donde tenía anotadas tantas referencias craneométricas; después, aquel astrágalo, que indudablemente no correspondía al esqueleto interesante, como lo creyó en un principio; más tarde, esa absurda actitud del gauchito Santos Telmo, yendo a provocarle, en medio de su pacífica tarea, allá, en la playa de la Laguna, en tal manera y con tanta insistencia y decisión, que hasta le obligó a desnudar el revólver para defender el montón de huesos que el otro quería desparramar de un puntapié; y... por último... por último, y entonces, aquella pobre niña

enferma, que con sus dolorosos lamentos no le dejaría dormir probablemente en toda la noche, y que además, por la atención que reclamaba, perjudicaría sin duda la buena preparación de la comida...

—¡Carramba! ¡Carramba!

Y meneando la rubia cabeza, míster James se incorporó, encendió su lamparilla y después, tornando a sentarse nuevamente, se puso a cargar su pipa.

Los gemidos de *La Negra*, que seguían llegando hasta él, le mortificaban y le ponían nervioso. *El inglés de los güesos* no tenía alma para ver sufrir a nadie, y menos a una pobre criatura inocente como aquélla. Si «el música» continuaba, iba a tener que irse a dormir en el rancho que hacía de galpón y en donde guardaba su colección antropológica..

En estos pensamientos le sorprendió la entrada en la cocina de don Juan el puestero.

—¡Güenas noches! ¿Ha visto qué broma, míster?

—¡Aoh! ¡Ya!

—Pa mí que esta muchacha debe de haber agarrao algún frío con lo que se mojó la otra tarde...

Y el puestero agregó en seguida, en brusca transición:

—¿Usté tuvo hoy un disgusto con Santos Telmo? ¿Verdá, míster?

El inglés de los güesos, así interpelado, levantó sus serenos ojos azules, y después de mirar un momento al gaucho viejo, que aguardaba suspenso, le contó lo ocurrido con Santos Telmo aquella tarde, y concluyó afirmando, en su lenguaje enrevesado, que él no en-

tendía ni le daba importancia a aquel asunto, pero que si Santos Telmo volvía a meterse con sus huesos, él no tendría más remedio que ponerle «un bala de su Colt adentro de la bariga».

Entonces el puestero se puso a hablar nerviosamente:

—Vea, míster; yo le pido que no haga caso, y sobre todo que no le vaya a decir nada al patrón... El muchacho ese está loco e la cabeza, ¿sabe? Por causa e la chica, ¿sabe?... El la quiere y ella no le quiere. Eso es todo. Pero yo le prometo que no ha de molestarlo más... ¿Me compriende?

Míster James volvió a fijar en el viejo sus ojos absortos e interrogadores:

—¡All... right!...

«El comprendía muy bien; pero lo que no podía comprender era por qué se le metía a él en el asunto, y sobre todo, ¿por qué Santos Telmo había querido desparramar sus huesos allá en la playa de la Laguna?»

El puestero se alzó de hombros sonriendo:

«¿Y? ¿Qué quería míster «Yemes», que él supiese? Pero cuando a un cristiano le pasaba lo que le estaba aconteciendo a Santos Telmo, nada debía de extrañar a naides que el hombre se pone lo mesmito que toro embichao, que hasta se pelea con su propia sombra»...

—Mí no comprende, don Cuan...

—Ya sé, míster; ya sé que no compriende... ¡Cómo va a comprender usté, que es tan serio y tan sabio,

estas locuras de muchacho! Pero no tenga cuidao, yo le prometo...

En ese momento doña Casiana llamó a su consorte desde el interior de la alcoba de *La Negra*.

—¡Juan! Vení un poco...

—Con su licencia...

—Vaya, nomás...

Los dolores de *La Negra* deberían haberse exacerbado sin duda como consecuencia de los progresos del mal o de la torpe medicina casera, porque ya no fueron gemidos, sino verdaderos gritos de atroz sufrimiento los que comenzó a lanzar la muchacha.

Míster James, muy repantigado en su silla, las largas piernas cruzadas y la pipa apagada en la boca, se puso a escuchar atentamente.

Las quejas de *La Negra*, que se iniciaban como el plañir de un gatito e iban creciendo después poco a poco hasta alcanzar el diapasón de un aullido, le resultaban excesivas...

Míster James no acertaba a comprender cómo un simple dolor de oídos podía provocar tal baladro... Una vez, en la costa de Bengala, vió arder a un hombre en petróleo, y aquel hombre no gritaba, por cierto, más que *La Negra*...

Pero de pronto míster James debió de conmoverse o de tener una inspiración repentina, porque bruscamente se levantó del asiento y tomando su lámpara fué y extrajo del baúl un pesado cofrecillo de acero, que depositó sobre la mesa.

Era su botiquín de campaña, el botiquín que la previsión ingenua del *El inglés de los güesos* no pudo olvidar al embarcarse allá, en Southamptom, en viaje para estas tierras de América: tintura de yodo, algodón hidrófilo, permanganato de potasio, extracto de Saturno, etc., etc...

Muy gravemente, y sin soltar su pipa, míster James abrió aquel cofre y se puso a revisar las etiquetas de los frasquitos que contenía, militarmente alineados como pomos de acuarela.

Muy pronto encontró el que buscaba: uno lleno de un líquido aceitoso y negruzco, cuya autenticidad ratificó *El inglés de los güesos* destapando el recipiente y acercándolo a su fina nariz, toda paspada.

—¡All right!

Y satisfecho, se puso entonces a extraer con mucho cuidado una pulgarada de algodón del tubo metálico que lo contenía... Y estaba en esto cuando la cabeza eternamente cubierta de Bartolo asomó por la entrada de la covacha.

—¡Güenas, míster!

—¡Aoh! Bertolo, ¿comi va?

—Ya lo ve...

Y comentó en seguida con pena:

—¿Ha visto, míster, la pobre?...

—¡Aoh! ¡Ya!

—¡Parece que la estuviesen degollando!...

—¡Aoh! ¡Ya!

—¿Qué está haciendo? ¿Pa qué es eso?

Pero *El inglés de los güesos* no contestó, y tomando

el frasquito que había extraído del cofre, se salió de su cuartujo andando de puntillas y seguido por el muchacho, curioso e intrigado.

Ante el fogón, sin lumbre, estaba el padre cabizbajo y disgustado por el dolor de la hija.

—¡Don Chan!

—¡Ah! Dispense, don «Yemes». No me lo atienden, ¿verdá? ¡Caracho! Con la enfermedad e la chica, ¿sabe?, la mujer...

Pero míster James no lo dejó continuar.

—¡No! Mí no pide nada; mí quiere solamente poné Babino un remedio...

—¡Ah! Míster «Yemes»... ¡Muy bien! Voy a avisarle a la mujer entonces...

Y alzándose vivamente, el viejo penetró en seguida en la habitación aquélla, en donde la pobre niña seguía lanzando sus desgarradores lamentos...

Y el propósito de *El inglés de los güesos* debió de causar sensación, sin duda, porque se oyó un gran rebullir de acomodo adentro, y porque hasta los gemidos de *La Negra* parecieron disminuir en intensidad y en frecuencia...

—Pase, míster... Pase nomás...

Y los ojos entre esperanzados y temerosos de los padres iban inquietos de la cara de *El inglés de los güesos* al frasquito del elixir misterioso que llevaba en la mano:

—¡Pase, míster, pase!...

En la penumbra de la alcoba y bajo la obscura colcha de cretona, el cuerpo de *La Negra* dibujaba

sus líneas armoniosas, en tanto que su revuelta cabellera de seda ponía como una mancha de tinta sobre la almohada...

—¡Ay, mamita! ¡Yo no puedo más! ¡Ay, mamita; yo me muero!

—¡Vamos, hija, vamos!... ¡Hay que tener coraje! Aquí está el míster, que quiere hacerte un remedio, un remedio muy güeno. ¿Verdá, míster «Yemes»?

—¡Aoh, ya! ¡Mí cura!

Al oír el nombre y la voz de *El inglés de los güesos*, *La Negra* dejó repentinamente de gemir, y abriendo unos ojos muy negros y muy grandes, los fijó un momento con extrañeza en el intruso; pero en seguida, y dándose vuelta en un salto brusco, que hizo crujir los muelles del lecho y que acusó bajo la colcha sombría insospechadas pomposidades de mujer, gritó mañera y colérica:

—¡No! ¡No quiero nada con él! ¡Que se vaya!

Entonces un coro de súplicas familiares comenzó a acuciarla a porfía por todos lados: «¡Pero m'hija! ¡Pero criatura! ¡Pero *Negra*, no seas ansina! ¡Vamos, hija, pongasé en razón!»

La niña, sin embargo, se mantuvo rebelde por buen rato, y a cada nueva exhortación de los suyos sólo respondía con un bote expresivo de aquella comba potente, que no lograba atenuar la discreción de la colcha...

«¡Pero criatura, no seas así! ¡Pero m'hija, pongasé en razón!»

Mas al cabo el dolor pudo más que su entereza, y

poco a poco *La Negra*, acobardada y gimiente, concluyó por entregarse.

—Me va a hacer daño...

—No, no; no tengas miedo... ¡A ver! Vos acercá la luz. ¿Alcanzará a ver, míster «Yemes»?

—¡Yes, yes!

Y grave como un sacerdote, ligeramente inclinado el alto busto sobre el lecho, en donde el perfil de la niña se recortaba como si hubiese sido de mármol, míster James vertió algunas gotas del contenido del frasquito misterioso sobre una bolilla de algodón...

—¡Parece asaite!—comentó Bartolo, que observaba ansioso con su chata nariz a un palmo de la vela—. ¡Parece asaite!

Y su padre, distraído, asintió muy grave:

—¡Ah! ¡Ah!

Pero doña Casiana, con los nervios de punta por el sufrir de la muchacha, después de reprender con un gesto tan inoportunas como triviales palabras, se apresuró a descubrir la orejita de la enferma, apartando con sus gruesos dedos morenos la maraña de seda que la ocultaba, y cuando la orejita aquélla se mostró por fin entre el marco de los rizos de ébano y sobre la blancura mate de la tez, le pareció a *El inglés de los güesos* una de esas flores de duraznero que se desprenden y caen sobre el albo tapiz de azúcar de las traidoras heladas de septiembre...

—¿Se lo va a poner usté, míster?

—¡Yes! Mí pone...

Y a no haber sido por las quejas de la niña, se hubiese podido oír sin duda caminar una hormiga: tal fué el silencio que se hizo cuando *El inglés de los güesos*, inclinado sobre la cabecita yacente de *La Negra*, practicó la operación delicada de introducir con sus largos dedos ganchudos y temblorosos aquel copo de nieve en aquella valvita de nácar color de rosa...

—¡All right!

—¡Bendita la mano que cura!—murmuró entonces doña Casiana persignándose—. ¿Ya está, míster «Yemes»?

—¡Yes! Ora no doile más, Babino... ¡no!

—¡Ah! ¡Muchísimas gracias entonces, míster! ¡Que Dios se lo pague! ¡Muchísimas gracias!

Y aunque *La Negra* seguía quejándose aún, todos, con excepción de doña Casiana, se salieron inmediatamente de la alcoba, muy satisfechos y con la sensación plena de haberse quitado un peso enorme de encima...

Bartolo sobre todo parecía contentísimo y no dejaba de repetir, palmeando con entusiasmo a *El inglés de los güesos:*

—¡Ah gaucho lindo! ¡Ah inglés loro! ¡Qué mano que había tenido!

Y quién sabe cuánto tiempo hubieran seguido padre e hijo haciendo comentarios sobre la maravillosa ciencia médica de míster James, si de pronto éste, que había comenzado a ponerse mustio, no hubiese dicho al muchacho con voz lastimera:

—¡Aoh, Bertolo! ¡Mí tiene hambro; mí no comió nada, Bertolo!

¡Pobre míster James! Era cierto. Con el trastorno de la enfermedad de *La Negra*, no solamente la madre, sino que todos habían olvidado en absoluto la preparación de la comida.

—¡Perdone, míster, perdone!

Y tanta prisa se dieron, que antes de cinco minutos ya ardía en el hogar un gran fuego de biznaga seca, y las primeras gotas de grasa de una robusta media res de capón comenzaban a desprenderse y a caer de la carne...

Después, y en momentos en que Bartolo acababa de soltar una de sus habituales carcajadas sonoras, apareció en la cocina doña Casiana, sonriente y con un dedo en los labios:

—¡Chist!—recomendó muy suavemente—. No hablen juerte...

Y después, más bajo aún:

—Ya se ha dormido...

VIII

Apoyado en el brocal del pozo y bajo las tibias caricias del sol de primavera, *El inglés de los güesos* se hallaba una mañana muy absorbido por la lectura de un periódico, cuando *La Negra*, con un balde en cada mano, se allegó allí resueltamente:

—¡Con permiso!

—¡Aoh, yes!

Y sin levantar los ojos, míster James caminó lentamente algunos pasos y fué a apoyarse en la pared del rancho, en la misma actitud en que se encontraba antes junto al pozo.

Y es que *El inglés de los güesos* estaba leyendo en ese momento una información sobre cierto valioso donativo antropológico hecho por un museo británico a... otro museo británico...

Si no, hubiera podido constatar de inmediato dos observaciones interesantísimas. Primero: que *La Negra*, en vez de lanzar un «¡chist!», o un «¡a ver!», como lo prescribía, sin duda, su protocolo social para estos casos de tirantez de relaciones entre las personas, le había dicho muy amable: «¡Con permiso!»; y segundo: que la niña aquella mañana parecía extraordinariamente contenta. Lo primero, aunque raro, quizá tuviese su explicación en un descuido, porque, justo es decirlo, a pesar del servicio que le prestó durante su enfermedad, *La Negra* no se había creído obligada hacia *El inglés de los güesos* en forma alguna... Tanto era así, que ni sus mismos padres pudieron decidirla a darle las gracias, aunque más no fuera, por mera fórmula. La niña instada se «empacaba» y lanzaba tantos «¡tsts!» despectivos alzándose de hombros, que hubo que dejarla... ¿Sí, pero lo otro? ¿Por qué estaba alegre y tan activa aquella mañana de primavera, ella, de ordinario tan haragana y que siempre solía amanecer «con la luna»?... ¿Por el hecho de estar regando su jardinillo, no más grande que un pañuelo,

y en el que alternaban las flores pretenciosas con las humildes hortalizas? ¡No por cierto! Míster James la había visto otras veces ocupada en la misma tarea; pero ¡con qué cara y con qué desgana! ¿Porque había encontrado la primera flor en el duraznerito aquél que plantó con sus propias manos, allá, detrás del gallinero? Pudiera ser... Pero, a decir verdad, resultaba desproporcionada su satisfacción para la mezquindad de tal hallazgo. La soga del balde estaba toda enredada; pero, en vez de incomodarse como otras veces por el trastorno, la muchacha se aplicó resignada al trabajo de hacerlo desaparecer canturreando entre dientes:

«El aniyo que me diste
jué de vidrio y se rompió...
y el amor que yo te tuve
fué poquito y se acabó...» (1).

Y al verla así, bajo el sol, con su pulcro vestidito rosa, los frescos brazos desnudos, la cabellera revuelta y las morenas mejillas arreboladas, se hubiera dicho que era la Primavera misma que se aprestaba a sacar de aquel pozo, para derramarla luego a baldes plenos sobre la Creación entera, el agua maravillosa de la belleza, de la juventud y de la vida...

«El aniyo que me diste
jué de vidrio...»

---

(1) Canción popular.

«¡Caray!» —aquella soga estaba enredada como un demonio...—. «¡Quién habría sido el bestia!...»

«¡El aniyo que me diste!»

Y las manos de *La Negra*, ya temblorosas de impaciencia, proseguían su lucha contra los retorcidos y portiados meandros de la gruesa cuerda mojada:

«El aniyo que me diste...
¡El aniyo que me diste!»

Y de repente: ¡Pumba!—son característicos de la primavera estos bruscos cambios—; de repente, ¡pumba! ¡Allá fué el balde de un tirón a chocar contra la pesada roldana que pendía del horcón del pozo!

Al estrépito, *El inglés de los güesos* levantó los ojos, y al darse cuenta de lo que ocurría, una leve sonrisa burlona animó sus labios:

—¡Ya se inocó Babino!

Y como quien se apresta a presenciar un espectáculo que promete diversión honesta, míster James bajó su diario y se puso a mirar con interés a *La Negra*. Ella le miró también un instante de reojo; pero en seguida, con la carita enrojecida aún por el despecho y la cólera, volvió a inclinarse y a luchar de nuevo con la soga. Pero fué inútil su empeño. Las manos de la niña, cansadas y doloridas, resbalaban sin fuerza sobre la áspera y húmeda superficie del cáñamo, y los rizos sueltos de su cabellera desordenada, cayéndole sobre los ojos, le producían un fastidio enorme...

No obstante, en un momento dado y en un supremo esfuerzo, creyó vencer: había puesto un pie sobre uno de los meandros rebeldes, y tomando otro de éstos con las dos manos, la boca contraída en un gesto de esfuerzo, delicioso y pueril, torcía y torcía...

Pero su ilusión duró poco. Apenas levantó el pie, la soga odiosa, con un salto ondulante y brusco de víbora pisada, recobró su perversa posición primitiva...

Y... ¡adiós alegría! entonces... ¡Adiós sonrisas de septiembre! ¡Adiós «aniyo que me diste»!... Todo el cosmorama de luz y de colores que llenaba las retinas de la niña huyó y desapareció de pronto, como un leve «panadero» de cardo soplado por el viento, para dejar por único espectáculo el de aquel monstruoso retorcimiento de cuerda morena y húmeda que era necesario desenredar a toda costa en una tarea atroz de pesadilla...

Y aunque luchando siempre, *La Negra*, convencida de su impotencia, empezó a suspirar primero, luego a gemir, y por último, no pudiendo más con sus nervios que con la cuerda aquélla, rompió a llorar desconsoladamente...

Por fin, *El inglés de los güesos* se creyó autorizado a intervenir:

—¡Aoh, Babino! ¡Pobe Babino! Deca a mí... ¡Deca a mí!...

La Negra tuvo aún energía para esbozar un ademán de repulsa levantando una mano; pero la tentativa quedó trunca y se resignó a admitir el auxi-

lio, limitando su protesta a una acentuada contracción de cejas y a cierta muequecita mañera del borde de sus labios...

... La soga estaba en verdad endemoniadamente enredada; pero... ¡qué enredo resistiría a aquellas manazas y aquellos pies de míster James! *La Negra* acabó por reírse. Le hacían gracia la soltura, la habilidad y la fuerza con que *El inglés de los güesos* atacaba y vencía al odiado enemigo... El hombre aquel había tenido unas muñecas como «caracuses de güey», unos dedos «como ganchos de colgar carne» y unos «pieses», ¡Virgen Madre!, que «ande se plantaban no dejaban mover a naides».

—¡Así, Babino, así!...

Y esparrancado sobre la soga, *El inglés de los güesos* torció y pisó aquí y acullá con tanta fuerza y maña, que antes de un minuto todo trastorno había desaparecido...

—¡Gracias, míster «Yemes»! ¡Muchas gracias!

—¿Mí saca el agua?

—No, míster, no; no se incomode...

Y *La Negra* seguía sonriendo, algo turbada, sin duda, por la circunstancia de hallarse por primera vez a solas y hablando así amistosamente con aquel mocetón tan raro...

—¿Mí saca?—repitió él.

—¿Y? ¡Güeno!...

Después que los dos baldes estuvieron llenos, míster James ofreció de nuevo muy serio:

—¿Mí lleva?

Pero *La Negra* no lo consintió de ningún modo. «No; ¡muchas gracias! Ella podía... Demasiado se había incomodado ya míster «Yemes»..., no... ¡Muchas gracias!»...

El inglés de los güesos, después de insistir un par de veces, se alzó de hombros e iba sin duda a echar mano nuevamente a su periódico, cuando reparó en que *La Negra*, no sólo no se iba, sino que ni siquiera tomaba sus baldes... La niña, silenciosa, con los ojos bajos y el índice diestro en los labios, estaba haciendo un agujero en el suelo con el tacón de su zapato, y todo su hermoso cuerpo oscilaba en un vaivén de indecisión elocuente.

—¿Qué, Babino?

—¡Nada!

Pero en seguida reaccionó y añadió en tono mimoso y gruñón, sin mirar a *El inglés de los güesos:*

—¡Nada! Una pavada... ¡Me da vergüenza!... ¡Güeno!, ¿sabe?... Quería darle las gracias por aquello de la otra vez .. ¡Nada más!

Y roja como una guinda, miró para otro lado con cara de enojo.

El no comprendió al principio. La miraba con sus ojos azules, algo inquietos, y enarcando mucho las cejas.

—¿Qué, Babino? ¿Qué? Mí no comprende...

—¿Y? Por eso, hombre; porque me curó, ¡caramba!

Y, ruborizada y confusa, como si hubiera dicho una tremenda impropiedad, *La Negra* alzó sus baldes y se marchó de allí bruscamente, sin volver la

cara y contoneando el cuerpo flexible bajo el delgado percal de su vestido...

... Y *El inglés de los güesos* se quedó con la boca entreabierta mirándola alejarse. Quizá esperara, al verla tan hermosa como una primavera pampa, que en su homenaje comenzaran a nacer rosales en aquellas dos rectas hileras de charquitos negros que iba marcando, a través del patio, el agua que se derramaba de los baldes, en los vaivenes de su andar brioso...

... Después, míster James meneó la cabeza pensativo, y volviendo a recostarse en la pared del rancho, tornó a engolfarse en la lectura de su diario...

IX

Mientras bajo la cruda luz de la mañana y sobre el tapiz ondulante de las verdes lomas, «las dos mil y tantas» ovejas del «puesto» de «La Estaca», confiadas a la custodia de Bartolo, se movían pastando y balando, en enormes e irregulares manchas grises, que los corderitos plañideros y triscadores orlaban y salpicaban con su blancura nívea de jazmines, el muchacho y su perra *Diamela* trabajaban afanosamente cavando una cueva.

Tanto el chico como su inseparable compañera de aventuras cinegéticas habían visto—sin que pudiera asegurarse cuál fué el primero—entrar y desaparecer

en aquella cueva—que a todas luces «no era la suya», sino refugio ocasional—«un bicho raro», que, sin ser hurón, ni ser cuís, ni ser lagarto, tenía, sin embargo, algo de cada una de esas alimañas; y, como es de imaginar, ninguno de los dos se hallaba dispuesto a perder una presa semejante, aun a riesgo de dejar mixturar la majada con la del vecino o de atrapar un tabardillo.

El muchacho con la cara como una brasa, y la perra con tamaña lengua afuera, se empeñaban en la obra común con igual denuedo. Unas veces era él quien desmoronaba la cueva valiéndose de su cuchillo mocho, mientras la perra aguardaba impaciente, y las demás veces era la perra la que, gimiendo de coraje, excavaba vertiginosamente a uña y mandíbula, en tanto que él, solícito, apartaba con ambas manos la tierra removida.

En otras ocasiones había como un compás de tregua emocionante, y era cuando los dos cazadores se ponían a escuchar, conteniendo el resuello; la perra, metida hasta medio cuerpo en el estrecho agujero, y Bartolo, mejilla en tierra, tratando de advertir por la vibración del suelo el trabajo subterráneo del animal perseguido...

Pero estos descansos eran breves. Bien pronto la perra, como excitada por algún indicio claro, se echaba bruscamente hacia atrás cubriendo con la arena que proyectaban sus patas la cara, el sombrero y las ropas del muchacho, y volvía a renovarse la ardorosa labor en medio de un sordo concierto de respi-

raciones anhelantes, de tierra que se rompe y de raicecillas arrancadas...

—¡Metéle, *Diamela*, metéle!

Y fué estando así, con los cinco sentidos puestos en aquella cueva, que Bartolo oyó de pronto que una voz conocida le llamaba por su nombre:

—¡Ché, Bartolo! ¡Pero ché!

Con la cara congestionada y levantando el ala de su viejo sombrero, agujereado y polvoriento, el mu chacho se volvió bruscamente; y sin que pudiera explicarse cómo ni de dónde había salido, vió que Santos Telmo estaba allí, junto a él, y teniendo su colorado grandote del cabestro...

—Un bicho, ¿no?

—¡Ah! ¡Ah!

—¿Peludo?

—No sé..., ¡quizá no más!

Y mientras Bartolo le miraba entre sorprendido e interrogador, el mozo, a su vez, fijaba sus ojos tristes y turbios en el lomo retinto de la perra, que, estremecida y ahogada de fatiga, se encarnizaba aún en la faena.

Había enflaquecido Santos Telmo y tenía los rasgos faciales como fatigados y marchitos... Después de mirar un momento, se pasó la mano por la frente.

—¡Está güeno!... ¿Y cómo están por allá?

—¿Y? Bien...

—¿No ha sucedido nada malo?

—¿Y? ¡Qué va a suceder!

Y al decir esto, el muchacho sonreía con sincera extrañeza.

Santos Telmo suspiró profundamente, se arregló el tirador, y después de dirigir hacia el campo una mirada circular y escudriñadora, dijo inclinándose y bajando la voz:

—Mira, Bartolo; yo necesito que me hagás una gran gauchada...

El muchacho, al oírle, abrió mucho los ojos y algo también la boca.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Qué?

—Yo necesito que me le llevés un papel a tu hermana, ¿sabés?, una carta...

—¡Ah! ¡Ah! ¿Y pa qué?

—Porque sí; porque yo no puedo dir a verla y tengo que decirle una cosa...

Bartolo se puso serio y miró el suelo, rascándose la nuca.

—¿Un papel?

—Sí, una carta... ¿No te animás?

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

Como se comprenderá, no era cosa fácil para el muchacho eso de explicar el «porqué» de su «pero». El pobre tuvo quizá la intuición de que aquello que le pedía Santos Telmo no era bueno, no era correcto; pero no supo, en su inocencia, concretar el reparo, y concluyó por ceder al fin.

—Sé hombre, ¡sé gaucho, Bartolo! ¡Mira que me hacés un gran servicio!

Y Bartolo, que había sonreído hasta entonces, indeciso y meneando la cabeza, no pudo resistir a la eficacia de tales argumentos.

—¡Y, güeno!...

Si llevarle cartas a la hermana era cosa de hombre y de gaucho «¡Y, güeno!», él, que aspiraba a ambos títulos, no podía negar a Santos Telmo ese servicio. Y entre aquel vago reparo de su conciencia y el temor de hacer un daño efectivo a quien en tal forma le suplicaba, Bartolo cedió, tuvo que ceder... porque no sabía, porque no podía saber aún que de cada mil infamias que se cometen en el mundo novecientas noventa y nueve sólo se apoyan sobre esa base que él ofrecía; la base de la generosidad juvenil y del candor humanos.

—¿Me vas a hacer el servicio entonces, Bartolo?

—¿Y? ¡Güeno!

—¡Ah! ¡Gaucho! Mirá, te viá regalar un rebenquito más lindo que he visto en la pulpería... Mirá: ¡todo trenzao y con una virola macanuda!...

—Güeno. ¿Y cómo tengo que hacer?

—Y nada; vas y en cuanto la hayés sola a tu hermana le das el papel... y le decís que se lo mando yo... Mirá; aquí está... ¡tomalo!

Y hurgando en un bolsillo del tirador, Santos Telmo extrajo un papelito cuidadosamente doblado y que denunciaba a la legua su condición prosaica de hoja arrancada a una libreta de pulpería.

—Tomá y guardalo bien; no lo vayas a extraviar.

—¡No! ¿Ande lo pongo? ¡A la pucha! ¡Cómo jiede lindo!

—¡Ah, ah! Ahí en el tirador...

—¿Deande? Si no tiene bolsicos...

—¿Y? En el sombrero entonces...

—¡Ah, ah! Paque se me salga por algún aujero... No, esperate...

Y, diligente, Bartolo se quitó del cuello su pañuelo rojo, todo descolorido y desgarrado:

—Aquí lo metemos, aquí, si te parece... ¡Ah, ah! Ansina no se ha de perder de juro...

—Eso es, ceñí bien el ñudo...

Y al decir esto los ojos de Santos Telmo miraban conmovidos e inquietos el bultito cuadrado que acusaba su pobre misiva a través de la delgada tela del pañuelo...

—¡Ya está!

—Güeno, Bartolo, ya sabés...

Pero el infeliz, en el estado de hipersensibilidad en que se hallaba, tuvo que interrumpirse y, con las mandíbulas contraídas por esa ola de llanto que ya entonces y a cada rato y con cualquier motivo le subía desde el fondo del corazón a la garganta, volvió la cara y se puso a mirar a lo lejos, hasta que sintió que, a pesar del esfuerzo hecho para contenerlas, las lágrimas habían llegado hasta el borde de sus párpados...

Bartolo, que, ajeno a todo y puesta una rodilla en tierra, se ataba una liga, vino a sacarle de su apuro:

—Güeno, ¿y adónde te veo?

—Yo vendré esta tarde—contestó el mozo—. Yo vendré esta tarde cuando estés arrejuntando las ovejas...

Y Santos Telmo, montando a caballo y echando una mirada triste y ansiosa hacia los ranchos del «puesto» de «La Estaca», se alejó lentamente...

X

Aquel mismo día, cuando regresó «a las casas», Bartolo tuvo una desagradable sorpresa. Sin darle tiempo a desmontar tan siquiera, su padre, que le estaba aguardando, le interpeló bruscamente:

—¿Qué estuvo haciendo hoy en el campo, amigo?

—¿Yo, tata?

Y a la vez que se ponía rojo hasta el cogote, el muchacho hacía mentalmente un recuento relámpago de sus «pecados» de la mañana: «¿El cigarro de papel de estraza? ¿La boleada del carnero viejo? ¿La cueva del bicho? ¿Santos Telmo?»

—¿Yo, tata?

—¡Sí!, ¡usté! ¿Con quién se hayó en el campo esta mañana?

—¿Y? Con Santos Telmo...

—¡Con Santos Telmo? ¿Y no se le ha dicho mil veces que no tiene que arrejuntarse pa nada con Santos Telmo?

—¿Y? El vino...

—¡El vino!, ¡él vino! Güeno; sepa que no tiene que venir, y que no me lo vea yo más en conversaciones con ese hombre... ¿Me ha comprendido?

—Sí, tata...

—¡Pues amigo; no faltaba más!

Y creyendo sin duda haberlo arreglado todo así tan fácilmente, el puestero de «La Estaca» se marchó mascullando rezongos, mientras el pobre Bartolo, sorprendido por el exabrupto paterno, se quedaba inmóvil junto al palenque, con gran sorpresa de *Diamela* y de su tordillo viejo, que, fastidiado al ver que el chico no desmontaba, volvía la cabeza y trataba de morderle los pies...

—¡Ta güeno!, ¡ta güeno!—murmuró por fin Bartolo; y suspirando ruidosamente, como para desalojar el coraje infantil que le llenaba el pecho, desmontó, quitó el freno a su caballo y se fué también hacia adentro, seguido de la perra...

Pero en el momento en que iba a pisar el umbral de la cocina se detuvo indeciso.

«En fija que si dentraba, la madre iba a retarlo también por lo de Santos Telmo, y además, ¿no tenía que entregarle aquel papel a *La Negra?*»

Entonces, cautelosamente, alargó el pescuezo y se asomó a la cocina. Sólo estaban allí su padre, míster James y doña Casiana, que se ocupaba en regar el piso de tierra haciendo aspersiones con la mano...

En consecuencia, Bartolo dió la vuelta a la casa. Con seguridad que *La Negra* estaría allá, en el gallinero, desde donde llegaba hasta el muchacho el rui-

do escandaloso de un gran alboroto de aves asustadas.

Y así era en efecto. La moza, con un pañuelo blanco atado a la cabeza y con la cara empurpurada por el enojo o por la fatiga, estaba luchando por hacer pasar un gallo rebelde de una a otra de las divisiones del gallinero.

—¡Chifi! ¡Chifi! ¡Animales odiosos, animales inmundos!

Y enarbolando una vieja escoba de ramas, *La Negra* se agitaba en medio de un infernal griterío y de un verdadero remolino de alas.

De pronto advirtió a su hermano:

—¡Ah! Sos vos... ¡Vení ponéte acá!

Después, y cuando, con su ayuda, la niña hubo conseguido su objeto y cerrado la puerta del corral, donde las gallinas, asustadas, continuaban su inútil alboroto, Bartolo dijo a su hermana, malicioso y sonriente:

—¿A que no endivinás lo que te traigo?

Ella, excitada aún por su reciente enojo con las gallinas, le miró un instante, y después dijo, torciendo, en una mueca expresiva de desdén, aquel labio superior, aterciopelado y madoroso, en donde la pubertad había puesto su pincelada de sombra:

—¿Vos? ¿Qué vas a trair vos?

—No sé. ¡Endeviná!

—¿Un güevo e tero? ¡Bah, tengo una punta!

—No; no es güevo...

—¿A ver?

—No. ¡Endeviná! ¡Endeviná!

Y, contento, saltaba en torno de la muchacha burlándose de ella.

—Ya sé. ¿Algún pichón?

—¡No señor! Otra cosa... Me la dió un mozo pa vos, en el campo...

—¡Ah, Santos Telmo!... ¿Confites, verdá?

Y, alegre y risueña, *La Negra* alargaba ya su mano resuelta hacia el envoltorio misterioso, porque hay que tener en cuenta que, para su rudimentaria moral, no hubiera tenido «nada de malo» aceptar y aprovechar un obsequio de Santos Telmo en tan espinosas circunstancias...

Ella, que ese mismo día se creyó honestamente obligada a devolver a míster James «un precioso» papelito de seda rojo que halló volando por el patio, no hubiera vacilado, sin embargo, para aceptar, no ya confites de Santos Telmo, un collar de brillantes o unas enaguas...

«No puede haber mal alguno en acetar lo que se ofrece de güena voluntá. ¡Lo malo sería robarlo!»

—A ver, ¡dame! ¡Trai pa ca!...

Y *La Negra* se ponía seria, segura ya de la indiscutibilidad de su derecho.

—¡A ver! ¡No te hagas el zonzo, Bartolo!

Pero el muchacho insistía, retrocediendo y ocultando el objeto detrás de su cuerpo:

—No; no son confites, no son confites... ¡Endeviná, *Negra!*

Ella entonces, intrigada, meditó un instante, el

bello entrecejo contraído y el pulgar sobre el filo de los dientes.

—¡Ah! ¡Ya sé! ¡Tortas!—dijo.

—¿De ande? ¿De ande? ¡Endiviná! ¡Endiviná!

Y, alborozado, volvió a reanudar su baile burlón y grotesco en torno de la muchacha.

La Negra concluyó por impacientarse.

—Güeno —dijo—, no sé; pero... ¡Trai p'acá de una vez, te he dicho!

Y como el chico hiciese ademán de resistir aún, ágil y veloz como una gata, ella se le echó encima y le atrapó por los hombros.

—¡Trai p'acá!

Y lucharon.

—¡Trai p'acá te digo!

—¡No!

—¡Trai, demonio!

—Mirá que lo vas a romper...

Y se revolvían jadeantes entre bromeando y enojados, como cachorros que juegan...

Por fin, y como siempre, tuvo que ceder Bartolo. La muchacha le dominaba siempre, no solamente por los prestigios de la mayor edad, sino que también por la inteligencia y por la fuerza...

—Güeno, tomá... ¡Bárbara! Me has clavao aquí las uñas...

—¡Embromáte!

Y extrañada por lo exiguo del bulto que acusaba «el regalo» de Santos Telmo a través del viejo pañuelo, *La Negra* lo desenvolvía apresurada y curiosa.

—¿Qué es, ché?

Y añadió luego, al terminar la operación y en un tono mezcla de desengaño y de sorpresa:

—¡Oh! ¡Un papel! ¡Un papel, ché! ¿Y pa qué?

Bartolo, medio enfurruñado aún y rascándose el hombro, que le escocía, sentenció entonces:

—¡Chá! ¡Que baguala! ¿No ves que es una carta?

Ella le miró con sus grandes ojos asombrados.

—¿Una carta, decís? ¿Y pa mí?

—No ¡pa *Diamela!*...

Y despectivo y burlón, iba a marcharse ya, sin dejar de rascarse; pero *La Negra* le detuvo autoritaria:

—¡Vení, no te vayas!—dijo.

—¿Qué hay?

—¿Decís que Santos Telmo te dió esto para mí?

—¡Ah! ¡Ah!

—¿Y qué dice?

—¿Quién?

—¡El papel, burro, el papel!

—¿Y? ¡Qué se yo!... ¡Leélo!

—¿Vos no lo has leído?

—¿Y? ¡De ande! ¿Y pa qué?

—Güeno, vení; vamos a leerlo entonces...

Y mientras el muchacho se le aproximaba con desgana, ella, llena ya de inocente curiosidad, desplegaba la misiva escrita con lápiz, en gordos y zurdos caracteres y sobre la hojita cuadriculada en rojo de una libreta de almacén...

Y fué encantador aquello:

—¡Ah, ah! «Mi-mi-mi muy-es-es-ti-ma-da-estima-

da.» —comenzó *La Negra*, deletreando dificultosamente, mientras Bartolo, grave y ceñudo, alargaba el pescuezo para mirar también—. «Mi muy estimada Bal-bina.»

—¡Ah ¡Ah! ¿Has visto? «Mi muy estimada Balbina»... ¿Has visto?

—«Mi muy estimada Balbina»...

—Güeno, ¡seguí!...

—«Mi-mi-muy»... ¡Ah! A eso ya lo leimos...; aquí, ¡a ver!: «El-o-o-oje-el-ojep-to, el ojepto-de-de-la-de la-per-de-la-per...»

Aquí Bartolo, cansado ya del esfuerzo mental que estaba haciendo, no pudo contenerse e interrumpió a la lectora:

—¡Salí de ahí! ¡Estas macaniando!

Ella le miró ofendida.

—¿Por qué?

—¿Y? ¡Cómo no! Estas meta «de la», «de la», y de ahí no salís... ¡Yo no entiendo nada!

—¡Porque no te fijas!, ¡porque sos un burro!...

—¿Ah, ah? Y vos entendés mucho, ¿verdá?

—¡Entiendo más que vos! ¿Sabés?

Y después de fulminar al hermano con una mirada de enojo y de desprecio, *La Negra* volvió a inclinar su gallarda cabeza sobre el jeroglífico hermético.

—«O-je-ojepto-de-la-de-la...»

—A eso ya lo leiste...

—¡Calláte!... «Ojepto-de la per-sen-de la, de la per-sen-te...» ¡Ah! !Ah! ¿No ves? «De la persente»...

—¡Ah! ¡Ah! ¿Y qué es eso?

—¿Y qué va a ser? Una palabra; ¡una palabra como cualquier otra!...

—Sí; pero ¿qué quiere decir?

—¡Esperáte! Ahora vamos a ver...: «persente, de la persente, es-pa-pa-pa-ma-pa-ma-mí...»

—¿Maní, dice?

—¡Calláte, hombre!

Y *La Negra*, después de restregarse los ojos, continuó, abriéndolos mucho: «pa-ma-mi... pes... pes...»

—¡Aura si que se encajó el carro!...

—Vos sos muy diablo... ¡Como me ayudás! ¿No?

—¿Y? ¿Cómo querés que te ayude?

—¿Y? ¡Ayudandomé!.. ¡A ver!, ¡decí! ¿Qué letra es ésta?

—«¡Vamos a ver, dijo un ciego!»...

Y después de restregarse a su vez los ojos, Bartolo miró la carta con ceño.

—¿Cuála?

—Aquí, aquí, ¡ésta!

—¡Ah, ah!...

—¡Ah, ah! ¿Qué es?

Bartolo miró la sílaba que indicaba la uñita agresiva de la moza; pero no se atrevió a decir nada. «¡Vaya a saber uno lo que podría ser aquello!» «¡Hay tantísima letra!»

Pero como la hermana le apremiase, soltó al fin con cierta timidez:

—«A» no parece que sea..., ¿verdá?

La Negra, al oírle, se rió de puro enojada.

—¡Pucha, que sos animal, Bartolo! ¡Con razón la

maistra siempre decía que eras el burro más grande que había visto en toda su vida!...

—¿Y? Güeno: «cú» entonces...

—Pero cómo «cú», ¡infeliz!, ¿no vez que hay una «fé» o una «pe» aquí? ¿Cuándo has visto que «cú» se escriba con «pe»?

—¿Y? Güeno. ¡Yo no sé entonces!

—¡Porque sos un burro!...

—¡Tanto que sabés vos!...

—¡Mas que vos al menos!...

—¡Ah, ah!

—¡Calláte! ¡Pavo!

Y con las mejillas arreboladas por la excitación, *La Negra* trató de insistir en la tarea... Pero... ¡inútil empeño! Cuanto más se esforzaba, más obscuro y enredado se ponía aquello: «Pa-ma-mí... pa-ma-mí... pes-par-le...» ¡Vaya al diantre! Y lo peor que ya les llamaba la madre para el almuerzo...

—¡Ya voy, mama! ¡Ya vamos!

—¡Güeno! ¿Y qué hacemos?—preguntó Bartolo—. ¿Qué le digo?

—Esperáte.

Y previa nueva restregada de párpados, *La Negra* intentó otra embestida al jeroglífico:

—«Pa-ma-mí... pa-ma-mí...»

Bartolo, que, impaciente, porque sentía mucho apetito, no podía estarse quieto, tuvo una idea luminosa:

—Pero ¡ché!, ¡pero *Negra!* ¿Por qué te emperrás ansina? Deja el «pamamí» ese y leé más adelante... Quizá podás agarrar l'hebra...

—¡Es cierto! Tenés razón... ¿A ver?

Y la niña, acercando tanto el papel a sus ojos que casi lo tocaba con sus largas pestañas, se puso a silabear otro párrafo: «Ju-ju-jui... juir... le-gos, legos... ye-yeva-yeván... yevándomela en...»

En esto la voz robusta de doña Casiana volvió a resonar estentórea allá, del lado de la cocina.

—¡Eh! ¡Balbina! ¡Bartolo! ¡Muchachos de porquería!... ¿Qué están haciendo?

—¡Ya vamos, mama! ¡Ya vamos!

Y la niña, con manos temblorosas de emoción y el entrecejo contraído, volvió a acercar el papel a la cara: «Ye-ye-yevan... yevandomelá enan... cua...»

Bartolo bailaba nervioso sobre sus jarretes:

—¡Ché!, ¡vamos, caracho, que mama se enoja!...

—Esperáte... ¡embécil!

Pero la niña no pudo reanudar su lectura. La gruesa silueta de la madre acababa de destacarse, resuelta y amenazadora, allá junto a la cabecera del rancho.

—¡Pero Balbina! ¡Pero Bartolo! ¿Pero quieren que los vaya a trair de las orejas?

—¡Ya vamos, mama! ¡Caramba!

Y estrujando nerviosamente el papel, *La Negra* se dirigió hacia la casa taconeando recio y con la cara muy preocupada y muy seria...

—Güeno, ché... ¡Y qué le digo!

—¡Decíle que se vaya a...!

—¡Oh!... ¡Lo que dijo!... ¡Oooh!...

Y fingiendo gran escándalo, Bartolo se llevó las manos a los oídos.

Ella, arrepentida, y entre seria y risueña, trató de defenderse hipócrita.

—¿Yo? ¿Qué dije?

—¿Y? Dijiste una mala palabra...

—No es cierto, ¡mentira!

... Y un tanto ruborizada, entró en el rancho...

XI

Una hora más tarde, míster James estaba en su covacha disponiéndose para marcharse a sus tareas habituales, cuando una risita cristalina, que se desgranaba a sus espaldas, le hizo volver la cabeza:

—¡Aoh! ¡«Babino»!

Era *La Negra* en efecto; *La Negra*, que, con la hermosa cabeza apoyada en el tabique de pieles de carnero, le estaba mirando con esa expresión que suelen poner los chicos mimosos cuando están por pedir alguna cosa...

—¡Entra, Babino, entra!

Y verdaderamente sorprendido por la inesperada visita de su enemiga, *El inglés de los güesos*, muy risueño, se apresuraba a ceñirse el cinturón:

—¡Entra, Babino... entra!

Pero ella ni entraba ni decía una palabra, ni tan siquiera se reía ya. Había bajado la cabeza, y vuelta de cara hacia el tabique, se ocupaba seriamente en tironear un rabo lanudo que sobresalía de la pila.

Míster James entonces se le acercó solícito:

«¿Qué quería, Babino? ¿En qué podía servirla?»

Pero Babino parecía haber perdido el uso de la palabra y se ocupaba seriamente en imprimir una rotación vertiginosa a la cola aquélla de carnero, a la vez que «hacía monitos» con los labios.

Míster James, extrañado, insistió entonces:

—¿Osté busca algue, Babino? ¿Osté perdió alguno cosa?

—¡Yo no!...

Y fueron tremendas las sacudidas que tuvo que soportar entonces el rabo de carnero. La niña, con la frente baja y sin mirar a *El inglés de los güesos*, tiraba tanto del lanudo apéndice, que no parecía sino que tratase de arrancarlo...

Por fin, y cuando ya míster James no sabía qué hacer ni qué pensar, *La Negra* le dijo de pronto, soltando la cola y mirándole de hito en hito:

—¡Y, güeno! Yo quería preguntarle una cosa...

—¡Aoh! ¡Very well! Mí risponde... ¡Mí gusta mocho risponde!

Y, muy complacido, *El inglés de los güesos* se ceñía aún más el cinto, como para demostrar a *La Negra* que estaba dispuesto a cualquier emergencia.

—¡Prigunta, Babino, prigunta!

—¿Y? ¡Güeno! Yo quiero que me lea una carta... ¿sabe?

E instintiva se volvía ya hacia la pila de cueros, para apoderarse quizá otra vez del rabo; pero míster James, aleccionado sin duda por la experiencia, se le interpuso resuelto:

«¿Una carta? ¡Con mucho gusto! ¿A ver? ¿Dónde estaba esa carta?»

—¿Y? La tengo aquí... ¡vea! —respondió *La Negra*, y con un movimiento lleno de gracia infantil mostró el papelito aquel de Santos Telmo, que había conservado oculto en la mano derecha, mientras que con la otra tironeaba del cuero.

—¡All right!

Y después de apoderarse de la misiva con dos de sus dedazos largos y encorvados como pinzas de cangrejo, míster James, recostándose en el tabique de cueros, se aplicó a la lectura, vigilado por los ojos negros de la niña, que, inquietos, saltaban incesantemente de la carta a la cara del lector, y viceversa.

—¿Puede, míster «Yemes»?

—¡Aoh! ¡Yes!

Pero desde el primer momento *La Negra* tuvo motivos para sospechar un fracaso tan completo por parte de *El inglés de los güesos* como lo había sido el suyo, «y sobre todo» el de Bartolo...

Míster James, no solamente contraía también mucho las cejas y se restregaba los párpados, sino que hasta cambiaba con frecuencia de postura, murmurando ininteligibles rezongos: «¡It is strange!» «¡What a bother!»

Unas veces se erguía tanto y levantaba en tal manera la carta aquélla, que no parecía sino que iba a fijarla en el techo, y otras veces, en cambio, se agachaba tanto para mirar el papel, que se hubiera dicho

que estaba por sentarse en el suelo para continuar allí la lectura.

Y *La Negra* comenzó a desalentarse, y con mucha razón.

«¿No ve?—pensaba—. Tan sabio que es y no ha leído ni una letra entoavía... ¡Yo sin tantas pinturas me leí solita una punta!...»

—¿No puede, míster «Yemes»?

—¡Aoh! ¡Yes!

—¡Ah! ¡Ah! ¿Y cómo no lee entonces?

El no contestó; pero, sonriendo y con los ojos brillantes, como cuando hacía una comprobación satisfactoria, allá, en la playa de la Laguna, fué hasta su baúl, y tomando un libro grande se puso a hojearlo con mucho interés...

La Negra, al ver aquello, tuvo unas ganas locas de decirle que de lo que se trataba era de leer la carta de Santos Telmo y no otro libro cualquiera; pero se contuvo y optó por preguntarle con cierta sorna:

—¿Y éso pa qué, míster? ¿Pa qué agarra ese libro aura?

El se rió:

—Pera, Babino, pera... Yo mira aquí primera, dispoés yo sabo... ¿Mi comprende?

—¡Ah, ah!

Pero, a decir verdad, *La Negra* no comprendía «un pito»... ¡Si iba a ponerse a aprender recién a leer míster James para descifrar después la carta, estaban

aviados! ¡Esas no eran cosas de aprenderse en un rato!... Nadie mejor que ella lo sabía; ella que estudió más de un año «la letura»...

Pero *El inglés de los güesos* no parecía participar del desaliento de la niña, y así, mientras ésta entretenía la espera paseando sus ojazos curiosos sobre las muchas cosas raras que allí había, él se aplicaba cada vez con más ardor a la tarea de descifrar el manuscrito:

—... «Anco»... «anco»... ¡Carambo! ¡Carambo!... ¿Dícime, Babino... Comi se llama cuando il hombro va aiiba de la caballa, con otra hombro ariba del cola?

Y *La Negra*, sorprendida en la contemplación atentísima del retrato de cierta «miss» rubia y rizada que míster James tenía sobre su mesa, se volvió con sobresalto:

—¿Yo? ¡Ah! ¿Cómo dice, míster?

El, grave y absorbido por su trabajo, repitió entonces:

—¡Yes!... Uno hombro va incima de la caballa, y el otro hombro per detrás incima de la cola... ¿Cómo se llama esto maniero?

—¡Ah! Usté quiere decir en ancas... ¡en ancas, míster!... Se dice dir «en ancas»...

—¡All right!

Y, satisfecho, *El inglés de los güesos* volvía a inclinarse ya sobre su tarea, cuando la voz de la niña le detuvo:

—¿Quién es «ésa», míster?

Y a la vez que indicaba el retrato con el mentón, *La Negra* acentuaba la impropiedad de su pregunta

con una mueca de desdén tan insolente como expresiva.

—¡Ah! ¡Ya! Ese está uno muchacha, uno muchacha, Babino...

Pero *La Negra* no sólo no se dió por satisfecha, sino que replicó con energía:

—Sí, ya veo que es una muchacha... Pero ¿quién es? le pregunto...

El la miró contrayendo las cejas.

—¡Aoh! Osté no conoce, Babino... Está uno siniorita, uno siniorita de «Music-Hall»...

—¿Hermana suya?

—¡Aoh! ¡No!, ¡no! ¡Carambo! ¡Mí dijo osté uno siniorita de «Music-Hall»!... Babino...

—¿Y eso qué es?

Y, seria ya, *La Negra* interrogaba a míster James con unos ojos escudriñadores de juez del crimen...

El entonces, con mil dificultades, trató de explicarle: Era el retrato de una «siniorita» que bailaba y que cantaba «moi linda» allá en su país..., una «siniorita» que se llamaba Erlienne; en fin, «un coso mucho largo» y muy difícil de hacer comprender a «Babino».

Cuando terminó, la niña, que le había escuchado con suma atención, afirmó convencida y en tono de reproche:

—¡Es su novia!...

—¡Aoh! ¡No! ¡No! ¡Babino! ¡Aoh! ¡No!

Y se reía dándose puñetazos en las flacas rodillas...

La Negra, después de echar una nueva mirada al retrato, preguntó despectiva:

—¿Y por qué está así?

—¿Come, Babino?

—Así, en esa facha... toda desnuda...

—¡Aoh! Ella no está todo desnudo, Babino; ella está vestido de fieste, vestido de paquete. ¿Mi comprende? Siniorítas visten así per la fieste... ¿Mi comprende, Babino?

—¡Ah, ah!

Y los ojos, entre curiosos y desconfiados, de *La Negra* se pusieron a viajar del retrato a la cara impávida de *El inglés de los güesos*...

Este le preguntó, entre paternal y burlón:

—¿Osté no sabe eso, verdad? ¿Osté no vió eso nunca, Babino?

—Yo no.

Y había como un dejo de melancólico reproche en aquel «Yo no» de la muchacha... Se hubiese dicho, al oírla, que míster James tenía la culpa de que ella y tantos otros millones de hermosas muchachas estuviesen condenadas a morir sin gustar nunca jamás de tales maravillas. Pero *El inglés de los güesos*, que no podía advertir esas sutilezas, agregó en seguida riendo:

—Cuando Babino vaya en Buenos Aeres, pone también así...

—¿Yo? ¡Ah! ¡Ah! ¡Está fresco!

Y entre seria y risueña y un tanto ruborizada, la moza se puso a jugar con un cráneo de gato montés que había sobre la mesa, mientras míster James se aplicaba de nuevo a su tarea:

«Anque»... «anco»... «anco»... ¡All right!... «Pa»... «pa»... «dinos»... «pa dinos lecos»...

Pero *La Negra*, que parecía haber perdido todo interés por la traducción aquélla, volvió a interrumpirle:

—¡Diga, míster «Yemes»!

El, fastidiado quizá, la miró con una leve contracción de cejas, pero tornó a sonreír en seguida.

Era imposible estar serio ante aquella primavera riente; ante aquella maravilla de flor humana, que hablaba y que preguntaba deliciosas tonterías, metiendo inconscientemente un dedo gordito y sonrosado entre las abiertas y erizadas mandíbulas de la calavera de gato que tenía entre las manos...

—Dica, Babino, dica...

—¿Queda muy lejos su tierra, míster «Yemes»?

El, riéndose, le corrigió una vez más:

—«Ye-i-mes»... Babino, «Ye-i-mes»...

—¡Sí, ya sé; ¿queda muy lejos? ¿no?

—¡Aoh! ¡Ya!

Y pasó, al decir esto, como una sombra nostálgica por los ojos azules de *El inglés de los güesos*, a pesar de su risa...

—¿Más lejos que Güenos Aires?

—¡Aoh! ¡Ya!

—¿Hay que pasar la mar, dicen?

—¡Aoh! ¡Ya!

—En un buque, ¿no?

—¡Aoh! ¡Ya!

Y como siguiera mirándole sonriente y como dis-

puesto a continuar con la muletilla burlona, *La Negra*, advertida, le remedó con fastidio.

—«¡Aoh!» «¡Ya!» ¿No sabe otra cosa? ¡Caramba!

El entonces se retrepó suavemente en su silla y dijo con malicia, mirando a la niña de reojo:

—¡Aoh! ¡Mí sabe también otre cose!

—¡Ah!, ¡ah! ¿Qué sabe? ¡A ver, diga!

—¡Que Babino pone mucha lindo ahora!...

—¿Eh?

Y ocurrió entonces algo cómico.

Ella, ruborizada, bajó los ojos y se puso a restregar la mesa con la calavera de gato que tenía en la mano, y él, visiblemente emocionado al advertir sin duda el trastorno de la niña, bajó también la vista y se refugió atropelladamente en la carta de Santos Telmo.

—«En anco», «en anco»... «leja», «leja»...

Y hubo como un compás de hostil aislamiento entre ambas partes.

El trabajaba en silencio, y ella, de pie al otro lado de la mesa y jugando siempre con la calavera de gato, ejecutaba un concierto de silbiditos a la sordina que podía ser interpretado de cien maneras distintas.

Por fin, míster James, que poco a poco había vuelto a tranquilizarse y a engolfarse en la traducción de la carta, suspendió de pronto el trabajo y, apartándolo de sí, miró a *La Negra* muy serio.

El inglés de los güesos tenía el entrecejo contraído y parecía disgustado.

Ella le miró a su vez también por un momento;

pero viendo al fin que míster James seguía contemplándola casi agresivo, pero sin decirle una palabra, no pudo más y se echó a reír.

—¡A ver! ¡Oh! ¿Qué me mira?

Pero como, en lugar de contestar, míster James, siempre grave, meneaba la cabeza con aire de reproche, *La Negra*, alarmada, se puso seria también.

—¿Qué? ¿Qué, míster?

Y, toda inquieta, miraba en torno, como buscando las causas de aquel efecto en el tabique de cueros, en el techo del rancho y hasta en el catre de campaña de *El inglés de los güesos*...

Por fin, míster James, señalando con el lápiz ama rillo que tenía en la mano la carta de Santos Telmo, preguntó incisivo y conciso:

—¿Quién escribe eso?

—¡Ah!

Y *La Negra*, tranquilizada, explicó entonces:

—¡Ah! ¿Y quién iba a ser? ¿Y? Santos Telmo, pues, Santos Telmo, que como aura no podía venir a molar la paciencia, agarraba y escrebía cartas.

Y al decir esto, la niña sonreía como esperando la aprobación de míster James, que, pensativo y ceñudo, daba golpecitos con el lápiz sobre la mesa.

—¡Very well!, ¡very well!

—¿Qué, míster?

—¡Que si mí estaba su padre de osted, mi gara uno rebenco y mí pega uno gran palizo ese hombro!..

—¡Ah!, ¡ah! ¿Y por qué, míster?

—Porque esto carto no si escribe a uno siniorita,

perque esto carto dice une cose moi feo, moche porquerío... ¿Comprendemí, Babino?

Al oír esto, los ojos de la niña se dilataron de asombro y de curiosidad.

—¡Ah!, ¡ah! ¿Y qué? ¿Qué dice, míster «Yemes»?

—Mí dició ya osted, Babino... Dice mocho feo, mocho porquerío...

—¡Ooh!

—¡Yes! ¡Ese hombro, Inglatera, ¡carambo!...

Y, muy disgustado, *El inglés de los güesos* abandonó su asiento y se puso a recoger sus bártulos, como dispuesto a marcharse, cuando *La Negra* insistió decidida:

—Sí; pero ¿qué dice la carta, míster? Dígame lo que dice...

Y se veía a las claras que, sobre todo sentimiento, el de la curiosidad primaba imperioso en el espíritu de la muchacha, cuyos ojos iban incesantemente de la cara de *El inglés de los güesos* a la misteriosa carta aquélla, que estaba sobre la mesa.

—¿Qué dice? ¡Leamelá, míster, leamelá! ¿Por qué no me la quiere leer? ¡Caramba!

Y como míster James continuara negando con el gesto, la pobre muchacha, que no podía comprender la delicadeza que había en la actitud del mozo, concluyó por enojarse y por decirle guaranga:

—La carta es mía, ultimamente..., ¿sabe? Y me parece que p'algo le pedí que la leyera.

Y al decir esto había empalidecido ya de cólera, como siempre que se contrariaba o discutía con al-

guno, y toda la violencia salvaje de su carácter arrebatado se asomaba a sus negras pupilas como una llama...

Al oírle hablar así, *El inglés de los güesos*, que en ese momento se echaba al hombro sus herramientas de trabajo, se detuvo y la miró entre sorprendido y sonriente; pero en seguida, y como ella continuara mirándole de firme y con ojos agresivos, míster James se puso también serio, y después de depositar suavemente su carga en el suelo, dijo con voz fuerte y cuadrándose como un soldado ante la niña:

—¡Il hombro eso pide osted, Babino, avisa cuándo viene llevarlo ariba del anco de so caballa!...

Y después de decir esto de un tirón y como quien transmite una orden militar en medio del fuego graneado de la fusilería, *El inglés de los güesos*, cejijunto y frío, recogió sus bártulos y se dispuso a salir con lentos pasos... Pero ella entonces, que se había quedado un poco sorprendida, reaccionó de pronto con su acostumbrada risita cristalina.

—¡Ja!, ¡ja!... ¡Qué pavo!, ¿no? ¿Ha visto, míster «Yemes»?

Pero míster «Yemes» ni la miró siquiera... Aupando sus bultos sobre la espalda y con el entrecejo contraído, como quien analiza un pensamiento desagradable, *El inglés de los güesos* se ajustaba de nuevo el cinto con unos tirones tan rudos como los que daría cualquier mayoral de «galera» para cinchar un ladero...

La Negra, sin embargo, que no había advertido el

enojo de míster James, sin duda porque al hablar miraba para otro lado, según solía, insistió ingenuamente:

—¡Pero qué estúpido! ¿Eh? ¿Ha visto, míster «Yemes», qué estúpido?

Pero como él guardase aún un hosco silencio, la niña, sorprendida, le miró en los ojos:

—¡Oh! ¿Se enojó, míster?

Y había ya en aquella dulce y cálida voz de mujer un acento tan sincero, de asombrada pena, que *El inglés de los güesos*, conmovido y ablandado de pronto, no supo en el primer momento qué contestar, y solamente cuando *La Negra*, aproximándosele hasta casi tocarle, le repitió la pregunta, se resolvió a decir, bajando la cabeza y con el tono caprichoso de un muchacho mimado y regalón:

—¡Yes! ¡Mí enoca!

—¿Ah, ah? ¿Y por qué, míster?

Míster James depositó nuevamente sus bártulos en el suelo, y después dijo con amargura, pero con energía:

—Mí no quería leer eso carta, pir no poner porquería in oreja de osted, Babino... ¡Mí, un *gentleman!* ¡Mí no comprende osted, Babino!

Y, muy enojados, los ojos azules y fríos de míster James se fijaban en los negros y fúlgidos ojos de la muchacha, que al principio sostuvieron la mirada, pero que a poco se bajaron y se velaron, como indecisos y arrepentidos, detrás de las sedosas pestañas:

—¿Y? ¿Qué hecho yo?—dijo al cabo, volviendo a

mirar a *El inglés de los güesos*—. Yo no hice nada, míster...

Él concretó entonces, siempre serio y tratando de fijar sus ojos en los de *La Negra*, que entonces le huían esquivos:

—Sí, Babino; mí teñía el delicado de no decir osted el porquerío ese, porque mí está uno *gentleman*. Osted obligó mí a decirlo... Eso moi feo, Babino; eso no hace uno siniorita...

Ella, mortificada, contrajo el entrecejo, y sin mirar a míster James, trató femeninamente de tergiversar la cuestión.

—Yo no dije que me escribiera, me parece. ¿Qué culpa tengo yo que él me haya escrito?

Pero *El inglés de los güesos*, siempre a cien leguas de toda sutileza psicológica, afirmó rotundo:

—No; mí no habla de ése. Mí dice solamente que osted no debió pedir mí ripita porquerío de eso hombro; que osted debió quedar tranquilo cuando mí dice osted que era uno coso mucho feo por uno siniorita... ¿Mi comprende?

¡Vaya si comprendía *La Negra!* Pero no contestó nada, y con la cabeza baja se quedó por largo rato mirando el suelo, y solamente cuando míster James, ya cansado de observaıla en silencio, esperando una respuesta, se inclinó para recoger una vez más sus bártulos, dijo por fin entre dientes y con voz quebrada:

—Yo no sabía que eso juera malo...

Y estaba así, contrita y apesadumbrada, tan bella

y tan mujer, que míster James, con ser inglés y además hombre de ciencia, no pudo menos que arrepentirse de su severidad y decirle muy conmovido:

—¡Aoh! ¡Babino! ¡Mí comprende, mí comprende! ¡Mí no quiere que osted venga triste ahora! ¡Carambo!

Y, muy agitado, se movía en torno de la muchacha dando muestras de la mayor inquietud.

Felizmente, la misma *Negra* vino a sacarle del atolladero galante en que se hallaba, diciéndole, entre resentida y risueña, a tiempo que se enjugaba los ojos:

—¡Es malo, míster «Yemes»; es malo!...

El inglés de los güesos se destosió, miró primero la mesa, luego la caja del microscopio, que estaba sobre una valija; después el winchester, que pendía de un clavo a la cabecera de la cama; más tarde unas botas de caucho que estaban en un rincón, y, por último, tornó a mirar a la niña. Le temblaban ligeramente los labios, y parecía que iba a decir algo con mucha vehemencia, algo que la niña aguardó estremecida y con los ojos bajos; pero míster James no dijo nada al cabo... Se limitó a suspirar profundamente y a dar algunos pasos por el reducido recinto de su cueva, mirando el techo y con los dedos enclavijados en el cinto...

Entonces *La Negra* murmuró con desaliento:

—¿Y aura qué hacemos, míster?

Al sonido de la voz de la niña, él, que miraba otra vez el winchester, giró sobre sí mismo.

—¿Come hacemos?

—Sí, ¿qué hago? ¿Qué hacemos con la carta?

El inglés de los güesos se alzó de hombros sonriendo levemente y contrayendo las cejas.

—¿Si da a tata?

La Negra denegó con energía:

—¡No! ¿Pa qué?

—Mi parece que corrisponde...

—¡No, eso no! ¿Pa que haiga disgustos? ¡No!

El tornó a alzarse de hombros y se quedó pensativo por largo rato, hasta que ella volvió a interrogarle:

—Güeno, ¿qué hago, míster? Digamé qué tengo que hacer...

—¿Y? Devoilve carto ese hombro. ¿Quí lleva?

—¿Cómo, míster?

—Mí pregunta ¿quí lleve, quí trajo usted esa carte?

—¡Ah! Me la trajo Bartolo esta mañana.

—¡Aoh! ¡Schooking!

Y sonreía en una mueca, meneando la cabeza.

—¿Qué, míster?

—Hace mucho malo Bartolo. ¡Aoh! ¡Cose moi fea hació Bartolo, Babino!

—¿Por qué, míster? ... ¿Porque me trajo la carta?

—¡Yes!, ¡yes!

—¿Y? ¡Qué sabe el pobre!

El la miró entonces severo:

—Osted enseña, Babino. ¡Carambo!

Ella, avergonzada, pero rebelde, se encogió de hombros.

—¿Y? Güeno, ya sé.

Y ambos tornaron a quedarse pensativos y silen-

ciosos, hasta que la niña insinuó tímidamente y como quien propone una complicidad vergonzosa.

—¿Y si la rompierámos, míster?

—¡Yes! Mi parece lo más mecor, Babino.

—¿Sí? Güeno. Entonces...

Y mientras *El inglés de los güesos* la miraba sonriente, *La Negra* tomó la carta y se puso a romperla en mil menudos pedazos.

—¡Ahí está!, ¡ahí está!, ¡ahí está!

Pero luego que la tarea estuvo concluída, la niña tuvo una duda. ¿Adónde arrojaba aquellos fragmentos? Al mirarlos así, amontonados en la palma de la mano, los papelitos se le ocurrían perversos y peligrosos como una sabandija. ¿Y qué hago ahora, míster?

El, que la miraba sonriente, hizo un gesto de indiferencia.

—¡Ahora tira, tira no más, Babino! ¡Quí va a hacer!

Pero ella no quiso tirarlos en cualquier parte, y cuando míster James salió para la Laguna, se empeñó en acompañarle hasta allí no más, hasta las cortaderas. Y por primera vez *La Negra* y *El inglés de los güesos* atravesaron juntos, riendo y bromeando como dos verdaderos amigos, el patio del «puesto» de «La Estaca».

Doña Casiana, que en ese momento y debajo del alero cosía a su consorte un botón que se le había desprendido de la bombacha, no pudo menos que reparar en el extraño caso.

—¿Qué me decís de eso?

—¡Ah!, ¡ah! ¿Has visto?

—Andan aura a partir de un confite...

—¡Ah!, ¡ah!

—Con tal que no les vaya a dar por mal lao...

Pero don Juan, tironeando el botón para convencerse de que había quedado firme, se rió de su mujer:

—¡Salí de ahí!—dijo—. ¡Mirá qué piedra pa yesquero!...

XII

... Nunca pudo saberse a ciencia cierta quién llevaría a «La Estancia Grande» el chisme de lo ocurrido entre Santos Telmo y *El inglés de los güesos;* pero, en cambio, a los dos días del hecho ya nadie ignoraba en el establecimiento cuáles habían sido sus inmediatas consecuencias, pues, aunque ausente el patrón, don Lucas el administrador—aquel «cara de perro» que para hacer daño era «como mandao»—se empeñó en dar tanta trascendencia al asunto y molestó a tanta gente, «que no parecía sino que el mundo se juera a venir abajo», según la expresión de doña Casiana y de alguna otra puestera más o menos levantisca y gorda...

No solamente don Juan, el encargado de «La Estaca», y el padre de Santos Telmo, que lo era de «La Rinconada», sino que también otros varios puesteros que en realidad nada tenían que ver en el asunto fueron llamados al «escritorio», y hasta el mismo míster

James tuvo que atender al administrador, una mañana, a eso de las seis, allá en su amplio bufete de la playa de «La Laguna»...

En resumen, y al cabo de tanto ruido inútil y «como el tiento se corta por lo más delgado», quedó resuelto por el administrador y acatado por sus subalternos que Santos Telmo no debería «ni entrar siquiera» en el cuadro de «La Estaca», so pena de ser expulsado de la estancia...

Cuando su padre le hizo conocer esta resolución en duras frases y estremecida la híspida pera por la vibración de su contenida cólera, el mozo no dijo una palabra, pero, levantándose de donde estaba sentado, fuése esquivo como un perro enfermo a apoyarse en un poste del corral de las ovejas...

Se entraba el sol en aquellos momentos, y ante el espectáculo del astro rojo cayendo en un caos de nubarrones sombríos, a Santos Telmo se le ocurrió que aquel sol era un ser como él, herido de muerte y como él perseguido, al que los nubarrones, como una banda de «aguaraes» famélicos, acosaban y desgarraban a dentelladas manchándose con su sangre...

—¡Oh!:

«Como fiera perseguida
pisé una senda de abrojos,
sin llanto para mis ojos,
ni venda para mi herida...»

... Y al filtrar lentamente entre sus labios pálidos los amargos versos de la vieja canción, Santos Tel-

mo, con las mandíbulas y la garganta contraídas por un espasmo de angustia, no pudo más y lloró sobre el poste su desaliento infinito:

—¡Ay, madre! ¡Ay, madrecita!

... ¡El tributo inútil de la humana miseria, la vibración absurda del instinto en la hora suprema de los desamparos absolutos!

Santos Telmo era varón y, además de varón, dos veces «guacho»... ¿Qué podía esperar del mundo con flaquezas? ¡La ternura del retorcido poste de ñandubay en que se apoyaba, la ternura de aquel hombre de pera tordilla, que mientras él sufría andaba por allí descolgando unos cueros con la misma cruel indiferencia con que, veinte años antes, ensilló su caballo, una mañana, para irse a otros pagos, abandonando al horror de su destino a unos bellos ojos de mujer, suplicantes y enrojecidos de llorar, porque el que se había atrevido a ser padre no se atrevía a ser marido!...

Por eso mismo sin duda no tardó en reaccionar Santos Telmo, y como avergonzado de su debilidad, sacudió la cabeza, enjugó sus lágrimas, y echando una última y hosca mirada sobre aquel gran espectáculo del sol herido que se ahogaba en su propia sangre, fuese muy lentamente y entró en el rancho, pensativo y sombrío.

Momentos después, al atravesar el patio con una carga de cueros lanares sobre el hombro, su padre pudo verle, sentado en el umbral y afilando a conciencia su cuchillo...

XIII

El viento norte y el calor anormal debían de influir sin duda poderosamente en los nervios de la puestera de «La Estaca», pese a sus apariencias de mujer sana y robusta, porque desde que se puso a lavar aquella tarde no dejó de gruñir un solo momento, ya contra los mosquitos que se encarnizaban en sus gruesos brazos desnudos, ya contra la mugre oleosa que ponía el sudor de los caballos en las perneras de las bombachas de los hombres; ya, en fin, contra *La Negra*, que no servía para nada y que, en vez de ponerse a componer un poco de ropa, estaba «paviando» allí, junto al pozo, empeñada en cazar con aquella trampa que le había «frabicao» *El inglés de los güesos* los pechi-amarillos que acudían al olor del agua...

—¡Pucha con la vida e porra!... ¡Si a veces daba ganas de agarrar un rebenque y de emprenderla a guascazos con todo el mundo!

Y esto pensando y esto diciendo casi en voz alta, doña Casiana, arreboladas las mejillas y duro el ceño, restregaba con sus recias manos, ora una bombacha «a cuadritos» de su marido, ora una camisa color de rosa de Bartolo, que a juzgar por el aspecto debería haber servido para tapar alguna cueva... ¡Hasta el jabón que habían traído de «San Luis» no podía ser «más pior» aquella vez... ¡Puro sebo!

—¡Balbina!

—¿Mama?

—¡Vení p'acá!

—¡Voy, mama!

Y sin apartar los ojos de la trampa, la niña comenzó a acercarse retrocediendo.

—Pero... ¡movéte, «hombre»!

Y como tenía las manos mojadas, doña Casiana trataba de apartarse con el rollizo antebrazo los cabellos que se le caían sobre la frente...

—¿Qué quería?

—¡Qué quería! ¡Andá ligero y traéme de adentro ese pedazo del jabón viejo que está en la cómoda! Este es una porquería...

Y como *La Negra*, sin contestar, continuara mirando hacia donde estaba la trampa de míster James, un grito descompuesto de la puestera la hizo estremecerse y marcharse de allí más que de prisa.

—¡Oh, también!

—¡Te me estás poniendo muy mal mandada, vos!

—¡Oh, también!

Y ya a cubierto de las miradas maternas, *La Negra* puso tranquilamente un pie sobre el umbral de la puerta, y en tanto que se estiraba una media, volvió a mirar, curiosa y sonriente, por buen espacio de tiempo, lo que tanto la interesaba...

Después hizo chasquear la liga, y penetrando en la desierta y fresca cocina, se dirigió a través de ella hacia la alcoba de sus padres, en donde se hallaba el vetusto mueble que doña Casiana denominara pomposamente cómoda, y que del mismo modo se usaba

para guardar ropas femeninas íntimas, como artículos de almacén o productos de la huerta.

El sol atravesaba los vidrios de la ventana en un bello haz luminoso, e iba a poner en el suelo y ante la cómoda un gran cuadrángulo dorado en donde jugueteaban las moscas agitando sus alas...

La Negra, arrodillándose ante el viejo mueble, abrió uno de los últimos cajones, revolvió en él por breve espacio y como con desgana, y, por último, se quedó inmóvil y pensativa, las manos en la falda y sentada sobre los talones...

La serenidad y el silencio que reinaban en la modesta pero pulcra alcoba de la puestera hubieran podido justificar quizá esa actitud de la niña...

Afuera hacía calor; soplaba un fiero viento, que levantaba nubes de polvo, y además la cruda luz del sol ofendía las retinas...

Allí, en cambio, todo era silencio y tranquilidad y frescura... Recordaba aquella alcoba de doña Casiana uno de esos sitios misteriosos, pero apacibles, que en las costas del mar o en la montaña o en lo más intrincado de las selvas vírgenes hacen pensar a veces en lo bueno que sería poder quedarse allí para siempre...

Pero no fué sin duda esa sensación la que experimentó *La Negra* al hallarse sola en aquel minúsculo y silencioso cuartito, que, sin que pudiera explicarse por qué, siempre tuvo para ella como una vaga solemnidad de santuario... ¡No! Si la niña se había quedado así, pensativa e inmóvil, no fué porque sintiese

en manera alguna el efecto sedativo del ambiente; fué porque de pronto, y ante la cómoda abierta, recordó algo en que ya había pensado en otras oportunidades y que le hizo estremecer esta vez de emoción y de pecaminoso deleite...

Y tanto fué así, que, apenas transcurridos algunos segundos, *La Negra* se incorporó de pronto y, después de mirar en torno con un brillo de inquietud en los ojos, se allegó a la ventana y se puso a atisbar cautelosamente a través de los vidrios.

Bajo los sauces, doña Casiana seguía lavando ceñuda, seguía golpeando vigorosamente la ropa mojada sobre la tabla de la batea, y el sol, al filtrarse entre las ramas agitadas por el viento, ponía en su rostro y en sus brazos y en su cuerpo entero como una danza loca de luminosas figurillas geométricas que la hacían aparecer toda vibrante...

La Negra, después de asegurarse de que la madre estaba allí siempre, se sonrió levemente y en seguida, con muchas precauciones, abandonó la pieza...

Caminaba de puntillas, y a cada instante se detenía para escuchar los rumores que le llegaban de afuera...

Así atravesó la cocina y se asomó a la covacha de míster James, con tantas precauciones como si hubiese temido que *El inglés de los güesos*, en lugar de estar allá, en la laguna, bajo el sol de fuego y entre las polvaredas del viento recio, pudiera estar acostado ahí en su catre y espiándola de reojo...

La Negra observó, escuchó un buen rato, aspiró

a plenos pulmones el conocido olor del tabaco de míster James, que saturaba todas sus cosas, y luego, estremecida y miedosa, avanzó con lentos pasos...

Y era tal el silencio que reinaba en el estrecho recinto, y era tal la nerviosidad de la niña, que el ruido que produjo un moscardón atontado al chocar contra la pantalla de porcelana de la lámpara la dejó sin alientos por espacio de algunos segundos...

Pero *La Negra* reaccionó. Se veía a las claras que sobre sus miedos triunfaba el gran interés que la empujaba a aquella aventura, quizá la más grave de su sencilla existencia...

Inmóvil y con una mano apoyada en la mesa, la niña lo observaba todo: la cama de míster James, cubierta con un poncho leonado; el winchester que pendía de la pared, la caja del microscopio, las botas de caucho... y, por último, allá, en el rincón, junto al lavabo, aquel gran baúl misterioso, forrado en cuero de vaca, y en el cual, al decir de Bartolo, «el míster escuendía todas sus macanitas»...

La Negra, indecisa, estuvo contemplándolo por largo espacio, hasta que al cabo, y tras una ojeada instintiva hacia la puerta, se aproximó al mueble aquél, cautelosa como una ladrona... Sabía que hacía mal, pero no podía dejar de hacerlo, y en razón de esta lucha de sentimientos encontrados, *La Negra* ponía una cara de ansiedad y de angustia que eran un encanto, mientras sus manos, temblorosas, levantaban la tapa...

—¡Ya está!

Y arrodillada ante el cofre abierto, se quedó un rato inmóvil, mirando el contenido multicolor y multiforme, sin atreverse a tocar nada...

Le parecía que si alargaba una mano sobre alguna de aquellas cosas iba a ocurrir una catástrofe...

«... Libros..., ¡ah!, ¡ah!, libros... Unos overitos y otros coloraos... Ropa..., ¡ah!, ¡ah!, ropa... Una gorra «a cuadritos», una caja, ¡ah!, ¡ah!, y una cajita también... ¡Ah!, ¡ah! La caja esa de fierro debería de ser la de los remedios... Aquello era tabaco... *La Negra* reconocía muy bien los paquetes amarillos con letras encarnadas. ¿Y esto otro?... Esto sí que no sabía *La Negra* lo que pudiera ser... Parecía una carta, pero una carta muy grande, una carta enorme, con un sobre de media vara de largo...»

E inclinando el busto cuanto podía sobre el mueble abierto, se puso a examinar aquello de cerca:

«¡Ah!, ¡ah! Era efectivamente un sobre... ¡Pero qué sobre, mamita! ¿Y qué podría tener adentro? Güeno pa abrirlo... ¿no?... ¡Ah!, ¡ah! ¿Y si se desacomodaba? ¿Y si dentraba alguno un redepente? ¡Ah!, ¡no! Ella sabría conternerse... Ella sólo quería mirar «por encimita no más»... En eso no podía haber nada de malo, ¿verdad?»... «¿Y aquello otro? ¡Ah! Esos eran los «antiojos» de míster «Yemes». ¡Bastante que la hizo mirar con ellos aquel día de lluvia! Por un lao las cosas «se vían grandotas y contrita» y por el otro muy lejos y muy chicas... Ella sabía manejarlo; ella podía muy bien manejarlo si quería...»

¡Y cosa curiosa! Aquel simple deseo de probarse

a sí misma lo que dudaba mucho, es decir, su capacidad para manejar el anteojos, fué lo que dió a *La Negra* el atrevimiento necesario para quebrantar el propósito decidido que tenía de no tocar nada de lo que el baúl encerraba...

Con cuidado, y previa mirada atrás, la muchacha alargó una mano hacia el negro estuche de cuero... Le temblaban los dedos y, sin embargo, sonreía, poseída de íntimo deleite...

Pero muy pronto se convenció *La Negra* de que sin la ayuda de míster James no era fácil manejar aquel aparato. A pesar de ponerlo ante los ojos y bien apuntado al winchester, a la lámpara o a cualquier otra de las cosas que en la habitación había, la niña no veía cosa que valiera la pena y, por lo tanto, no tardó en cansarse y en devolverlo a su estuche:

«Era más mejor, no juese a descomponerse»...

Pero como, después de haberse atrevido con el anteojos, no tenía por qué no atreverse con las demás cosas del baúl, *La Negra*, luego de colocar el aparato en su sitio, se apoderó, resueltamente ya, del sobre grande que tanto la intrigaba...

... Y vió que lo que había adentro era una fotografía, muy grande también, una fotografía «con una punta» de hombres, unos vestidos de blanco, otros vestidos a rayas; unos de pie, otros sentados...

—¿Y esto?

Y *La Negra*, intrigada, paseaba sus ojos curiosos sobre aquella exposición de caras, ya nobles, ya vi-

llanas, ya graves, ya risueñas, ya armoniosas o ya ridículas, cuando de repente tuvo un estremecimiento y, ligeramente ruborizada, se inclinó sobre el cartón.

Y fué que en el centro mismo de aquel grupo de hombres desconocidos acababa de descubrir de pronto a míster «Yemes», al propio míster «Yemes», que, con la cabeza descubierta y «todo vestido de blanco», le sonreía con su vaga y eterna sonrisa burlona, mientras se apoyaba gallardamente en el hombro de uno de sus compañeros...

¡Qué sorpresa la de *La Negra!*... Miraba atentamente el retrato y, luego, entre contenta y enojada, levantando los ojos, los giraba en torno suyo, como buscando a quién comunicar sus impresiones o con quién pelearse por lo menos...

Míster «Yemes» estaba tan bien, «tan patente», que a *La Negra* le daba risa, y... ¿por qué no decirlo?, «un poco de rabia también»... ¡Estaba demasiado lindo!

«¡Oh, sí! Visto entre todos aquellos hombres parecía mucho mejor..., el mejor de todos sin duda...» «¡Bah! ¡Mire la cara de ese gordo!... ¿Y la del otro? ¿Y la del de más allá? ¡Ya lo creo!»

Y *La Negra*, que insensiblemente se había acercado a la ventanilla del cuartito en busca de mejor luz, volvía a examinar detenidamente el retrato.

Unas veces, después de alejarlo cuanto podía, lo miraba sonriendo y con los párpados entornados, y otras veces, poniéndose seria, lo escudriñaba desde muy cerca, enarcando las cejas...

Así permaneció largo rato, olvidada por completo de todo. Ya no se acordaba de la trampa, ni de los pechi-amarillos, ni del jabón que había ido a buscar con tanta prisa, ni de que estaba en la alcoba de *El inglés de los güesos*, ni le hacían ya efecto alguno los repetidos y ruidosos trompicones que el moscardón se estaba dando entonces contra los vidrios de la ventana...

... Y con ojos pensativos seguía mirando el retrato, cuando de pronto tuvo un sobresalto: le pareció oír lejanas voces afuera, y oprimiendo el cartón contra el seno, escuchó inmóvil y atenta. Nada se oía... ¡El gran viento sin duda!

Pero, vuelta a la realidad por aquella incidencia, *La Negra* resolvió poner la fotografía en su lugar:

«¡Caramba! ¡Bastante se había tardado ya!»

Sin embargo, volvió a mirar el retrato, y al mirarlo, entornando las negras y largas pestañas, una leve sonrisa vino a animar de pronto sus finos e imperiosos labios, y entonces, en un impulso irreflexivo y travieso, la niña lo besó, besó, sí, aquel retrato con un beso leve y furtivo, como la caricia de un rizo o del ala de una mariposa, y en seguida, muy seria y muy encarnada, se apresuró a ponerlo en el cofre...

Y estaba en esto cuando un grito agudo de mujer, estallando afuera, en el patio, la hizo erguirse de un salto.

—¡Virgen de los Desamparados! ¿Qué es eso?

Y sin cerrar el baúl, y olvidada de todo en su trastorno, *La Negra* echó a correr hacia afuera...

Pero su carrera fué corta.

Al llegar a la puerta de la cocina, un espectáculo inesperado y horrendo la dejó clavada en el sitio.

A través del patio, y acercándose penosamente hacia ella, su padre y otros hombres conducían en brazos a *El inglés de los güesos...*

La Negra, en su espanto, sólo alcanzó a ver, como entre las nieblas de una pesadilla, que la rubia y despeinada cabeza de míster James oscilaba al compás del andar como la de un carnero degollado; que la sangre chorreaba por todas partes, y que el patio y los árboles y el campo entero comenzaban a girar ante sus ojos...

Entonces, engarabató los dedos sobre las negras crenchas, taconeó furiosa el suelo y, por último, con un gemido extraño, se dejó caer blandamente...

XIV

Tres veces había entrado *La Negra* en la cocina y otras tantas se había marchado nuevamente, muy activa y risueña, sin que doña Casiana se resolviese a hacerle la pregunta. Y era que la puestera de «La Estaca», aunque estaba «bien segura» de haber visto «aquello», no lo estaba tanto sin duda cuanto hubiera sido necesario para no sentir vacilaciones ante paso de tanta trascendencia. ¿Y si no fué así? ¿Y si le hubiese parecido? ¡Caramba!... ¡También eso de «abrirle los ojos» a un inocente por un exceso de malicia!

No; pero doña Casiana estaba segurísima; *El inglés de los güesos* le estaba besando la mano a *La Negra* cuando ella «dentró». «¡Ah, ah! ¡Ya lo creo! ¡Bien que se la besaba el muy bandido, el mosca muerta! ¿Y de no? ¿Por qué se puso la otra como un tomate y se hizo la que estaba arreglando las almohadas?» ¡Ah! Era preciso cortar aquello cuanto antes... Y doña Casiana se dispuso a no desperdiciar la nueva ocasión que iba a ofrecérsele de abordar a la muchacha.

Así, cuando *La Negra* volvió a entrar con el mate —pues mate estaba cebando la niña para *El inglés de los güesos*, postrado allá en su camastro—, doña Casiana le dijo, sin mirarla y disimulando su objetivo, como esos gallos que picotean cascotitos mientras se aproximan con sesgos pasos, apercibidos para atropellar al adversario:

—¿Te fijastes si estaba seca la ropa?

—¡Ah! ¡Ah! ¿Seca? ¡De ande! ¡Sucia querrá decir más bien!

—¿Cómo sucia?

—¡Caramba, mama! ¡Con esta ventolina y con la tierra que hay no sé cómo quiere que esté!

Y agregó en seguida, irrespetuosa, mientras revolvía «la cebadura» con aquella misma bombilla de cobre que sirvió algunos meses antes para quemar a *El inglés de los güesos:*

—Yo ya sabía... ¡Lavar también con este tiempo!

Y en la culpa halló el castigo *La Negra*, porque con aquel comentario ofreció a la madre el asidero

diplomático que le estaba haciendo falta desde hacía rato, es decir, el pretexto necesario para enojarse, ya que, sin estarlo, la puestera de «La Estaca» era y se reconocía incapaz de la más simple iniciativa.

—¿Ah, ah? Muy lindo, ¿no? ¿Es decir, que si el viento soplaba un año entero, la ropa no se iba a lavar, ¿no?; y todos se iban a podrir entre la mugre, ¿no?

—Yo no digo eso...

—¡Yo no digo eso! Calláte, no seas zonza; vos ibas a lavar toda la ropa que se hubiese amontonao, después que pasase el ventarrón, ¿verdá?

—¿Y por qué no?

—¡Calláte! ¡Qué vas a lavar vos!... Por eso es que has lavao el vestido azul... Hace un año que estás por lavarlo, y, sin embargo, no te determinás nunca...

La Negra, mirando a su progenitora con ojos agresivos, replicó entre dos chupadas de mate:

—Ya sabe por qué... Demasiao sabe por qué...

—¿Yo? A ver; decí qué es lo que sé, ¡cachafaza!

Y al oír el tono de los dichos y al ver las fieras miradas que se dirigían las dos mujeres, tan semejantes en su temperamento ardoroso, se hubiera creído que aquel «porqué» enunciado por *La Negra* se refería a alguna atrocidad, a algo monstruosamente infame y capaz de deshonrar a doña Casiana y a toda la familia; cuando en realidad—y como se aclaró en seguida—sólo se trataba de que la puestera «demasiado sabía» que la pollera del tal vestido azul estaba un poco corta...

Es posible que, si por *La Negra* hubiera sido, el in-

cidente hubiese terminado allí, no más por falta de combustible; pero doña Casiana se encargó de prolongarlo por dos poderosas razones:

Una de ellas, que cuando la robusta puestera de «La Estaca» comenzaba a discutir era, como temporal de invierno, para no terminar en mucho tiempo, y la otra, que esta vez estaba además firmemente resuelta a hacer a su hija aquella observación que creía indispensable.

Por eso, tras un breve compás de silencio, agregó malhumorada:

—En vez de ser tan soberbia con tu madre, deberías de pensar más bien un poco y avergonzarte... ¡Caray! ¡Me parece que ya no sos una criatura, Balbina!

Al oírle *La Negra*, que se disponía a salir con el mate, se volvió bruscamente:

—¿Yo?—dijo—. ¿Y de qué? ¡A ver, diga! ¿De qué tengo que avergonzaıme?

Y al decir esto depositó sobre la mesa el mate cebado, como si hubiera querido tener sus dos manos libres para cualquier emergencia.

—¡A ver, diga!

Doña Casiana, sin mirarla, movió la cabeza con aire convencido.

—¡Caray! ¿Y todos los disgustos que nos has dao? ¿Te parece poco? ¿Y todo el escándalo que está pasando? ¿Y todas las desgracias que han acontecido? ¡Ah!, ¡ah! Te parecen poco, ¿no?

—¿Y qué culpa tengo yo?

—¡No sé! Pero por tu causa ha sido...

—¿Por mi causa, dice?

—¿Y de no?

—¡Salga de ahí, mama! ¡Parece mentira!

Y tomando nuevamente el mate que estaba sobre la mesa, la niña, con un mohín irrespetuoso en los labios y un alzamiento de hombros más irrespetuoso aún, se disponía a marcharse, cuando la voz enérgica de doña Casiana la dejó como clavada en el sitio.

—¡Vení p'acá; no te vayas!

—¡Oh, también! ¿Y qué quiere?

—Vení p'acá; oíme...

... Y hete aquí que en el momento más oportuno para salir del paso que tanto la preocupaba, la puestera de «La Estaca» se encontró de pronto otra vez con que no sabía cómo empezar...

Felizmente para ella, un gesto de impaciencia, un tanto atrevido, de la muchacha vino a administrarle la dosis de enojo que le hacía falta para «arrancar», y... doña Casiana «arrancó» de la manera más ilógica y arbitraria que pudiera darse, pero a la vez más positiva:

—¿Pa quién llevás ese mate?

—¿Y? Pa «Yei...», p'al míster, ¡pa quién va a ser!

Y la cara de *La Negra* demostraba al decir esto el más indignado asombro...

Doña Casiana continuó:

—¡Ah! ¡Ah! ¡P'al míster! ¡Ta güeno! ¡P'al míster! ¿Y decíme una cosa, m'ija?... ¿A vos no te parece

que me le estás dando demasiada confianza al hombre ese?

—¡Yo! ¿Por qué?

Y *La Negra*, con los ojos fulgurantes de sorpresa y de cólera, enrojeció en una forma que venía a ser la ratificación más absoluta del fundamento de las sospechas maternas.

—¿Yo?

—¡Sí, vos! ¿Te creés que soy ciega, ¡caramba!?

Pero en seguida, e insegura, como en realidad lo estaba, doña Casiana, diplomática y suavizando el tono, quiso aconsejar práctica y amistosamente a su hija:

«Aquello no estaba bien... Doña Casiana sabía que ella podía tener toda confianza en *La Negra;* pero había que tener mucho cuidado con los hombres, porque «saben ser el mesmo diablo»... Que no se creyera *La Negra* que porque *El inglés de los güesos* fuera un infeliz podía dársele tanta confianza. «Se habían visto más casos»...

Pero la moza, de cuya cara ya había desaparecido toda huella de rubor, no la dejó continuar.

«¿Qué quería decirle su madre? ¿A qué confianza se refería? ¡A ver! ¡Que dijese, porque ella no comprendía una palabra!»

Doña Casiana, ya tranquila, insistió entonces con suavidad, pero con firmeza:

«¡No! *La Negra* no debería hacerse la zonza... Si ella le decía aquello era porque había visto muy bien, porque estaba segura de lo que decía y...»

La muchacha entonces volvió a encresparse como una fierecilla.

—¿Qué? ¿Qué ha visto? ¡Diga lo que ha visto! ¡A ver, diga!—Y se veía a las claras que tomaba por inseguridad de la madre lo que sólo era en ésta reparo pudoroso de entrar en detalles—. ¿Diga qué ha visto? ¡No ve que no dice!

Y *La Negra* volvió a cometer un error, porque, enojada nuevamente doña Casiana por aquella insistencia cínica, le arrojó a la cara su acusación de la manera más cruda y más rotunda:

—¡Calláte, sinvergüenza! ¡No sé cómo tenés alma pa alegar entoavía! ¿Me vas a negar que ese hombre te estaba besando la mano hoy cuando dentré al cuarto? ¡A ver! ¡Atrevéte!

Al oír esto, y bajo la mirada agresiva y escrutadora de la madre, la niña sintió que las piernas se le doblaban, que una oleada de púrpura invadía sus facciones, y se quedó un instante muda e inmóvil, como galvanizada por la sorpresa... Hubiera querido que el piso de la cocina se abriese y la sepultase en sus profundidades por toda la eternidad...

Pero como tenía una idiosincrasia muy semejante a la de doña Casiana, la misma violencia de su situación acabó por enojarla, y, una vez enojada, *La Negra* se sintió con todo el coraje necesario para defenderse, y se defendió bravamente.

«¡Qué! La madre no podía haber visto nada porque nada había ocurrido; sólo decía aquello para mortificarla, para hacerle daño. ¡Estaba rabiando todavía

porque ella nunca le hizo caso a Santos Telmo, como hubiera sido su deseo, en su afán de deshacerse de ella! ¡Sí! ¡Eso era todo, gusto de mortificar no más!... ¿Le parecía acaso que ya iba a ser demasiado dichosa porque «Yei...», porque *El inglés de los güesos* le enseñaba «su habla», ¿no? Porque le contaba cosas de su tierra, ¿no? Porque prefería que ella le hiciera todas las cosas, ¿no?... ¡Güeno! Si la madre quería, ella no volvería a dentrar en la pieza del pobrecito hombre enfermo ni pa alcanzaile una «se» de agua... ¡Qué más quería ella! ¡Mucho mejor! ¡Menos trabajo!...»

Y era tan vertiginoso el discurso de la muchacha y tan arbitrarias y absurdas las razones que ensartaba en él, que por un momento doña Casiana, roja de indignación, no pudo hacer otra cosa que menear la cabeza, abrir la boca y agitar las manos locamente como un «pueblero» a quien acosa la sabandija brava de los campos...

Pero, justo es decirlo también, en cuanto la robusta puestera logró meter baza se resarció plenamente de su forzado silencio, y madre e hija se enredaron en un larguísimo y complicado debate, que, apartándolas de la cuestión principal, las llevó a discutir acaloradamente sobre cierto viejo asunto de un tubo de lámpara que, sin que se supiese cómo, apareció roto un anochecer del anterior invierno...

Y, por último, concluyeron por quedarse la una frente a la otra, mudas de cansancio y de encono y en una inmovilidad casi absoluta...

Y quién sabe cuánto tiempo hubieran permanecido

en aquella actitud si *El inglés de los güesos* no hubiese reclamado de pronto la presencia de su enfermera con aquel largo silbido que era la señal convenida...

Al oír el llamado, *La Negra* se estremeció ligeramente y se dispuso a salir en silencio; pero como en el momento en que tomaba el mate, ya frío de tanto aguardar sobre la mesa, doña Casiana deslizase entre dientes un «¡Güeno, ya sabés entonces!»..., la niña, llena de coraje, volvió a gritar que ella «no sabía qué era lo que tenía que saber, porque ella no había hecho nada»...

Y se marchó sin más, furiosa y haciendo crujir las faldas...

XV

... Sin embargo, *La Negra* había mentido. No solamente era cierto lo que creyó ver doña Casiana al entrar de pronto en la alcoba de *El inglés de los güesos*, sino también que «el hecho delictuoso» se venía repitiendo desde hacía tiempo, con todas las características de una costumbre inveterada...

¡Si la buena doña Casiana hubiese sabido!

Desde el día aquel en que el doctor Paláu, que le asistía, declaró a míster James fuera de peligro, agregando que *El inglés de los güesos* debería tener «sept vidas com es moix», hasta la fecha, en que doña Casiana creyó descubrir confianzas excesivas entre el huésped y su abnegada enfermera, habían florecido ya más besos en las manos morenas de *La Negra* que

margaritas rojas en las diez mil hectáreas de campo bien cabales que encerraban los alambrados de «La Estancia Grande».

Era la moneda con que «Ye-i-mes»—así, muy bien pronunciado, y no ya míster «Yemes»—retribuía a la niña ruborizada y sonriente sus pequeños y múltiples servicios diarios. Con aquellos besos se pagaba todo: el arreglo del embozo de las sábanas, el favor de alcanzar algo del baúl, las tazas de caldo, los mates, las cucharadas de medicina...

Al principio, la primera vez pareció una atrocidad. Míster James, que recién salía del letargo casi mortal en que le tuvo sumergido por espacio de mucho tiempo la pérdida de sangre, consecuente de la alevosa puñalada que le infirió en la espalda Santos Telmo, quiso una tarde expresar a *La Negra* la honda ternura, el agradecimiento profundo que le inspiraban sus hábiles y cariñosos cuidados de mujer...

Era la hora de encender la lámpara, y por la alcoba, ya sumida en una suave penumbra, *La Negra* iba y venía muy atareada, terminando el arreglo vespertino. De pronto, un leve gemido de *El inglés de los güesos* la hizo volver la cabeza y aproximarse hasta el lecho:

—¿No ve? ¡Esa almohada se corre! Ya se corrió otra vez... ¡Qué porfiada que es mama! ¡Caramba!

E inclinando el busto armonioso y flexible sobre el rostro pálido de míster James, sobre sus inmóviles ojos azul de prusia, que el dolor parecía haber agrandado, se aplicó resuelta a remediar el trastorno. Y

al hacerlo, en su despreocupada inocencia, la niña respiraba sobre la cara del mozo y le paseaba los rizos por la frente...

Míster James dijo algo como murmullo.

—¿Qué? ¿Le hago mal, míster?

—¡Aoh! ¡No! ¡No! ¡Babino! ¡No!

—Güeno, güeno. ¡No hable!... ¡No hable, míster! Ya sabe que el dotor se enoja...

Y fué entonces, y en el momento en que la niña arreglaba el embozo de la sábana, que *El inglés de los güesos*, en un impulso primo de efusión, se apoderó de aquellas pequeñas manos tibias y las besó por primera vez con transporte.

—¡Aoh! ¡Thank you! ¡Thank you!...

Pero *La Negra*, sorprendida y arrancándose a la caricia con un tirón tan brusco que hizo gemir al mozo dolorido, huyó a refugiarse en lo obscuro, entreabierta la boca y oprimiéndose el corazón con ambas manos...

Mas aquella actitud de la niña duró poco. Al apartarse había oído gemir a míster James, y aquel gemido se le iba hundiendo en la entraña al correr de los segundos, como un remordimiento o como una daga. Al fin no pudo más y preguntó muy bajito:

—¿Le hice mal, míster?

—¡Aoh! ¡No! ¡Babino!

—¡Sí, hombre! ¡Caramba! ¡Soy una bruta!

—¡No! ¡No!

—Sí, sí. ¿Pero por qué hizo eso, míster?

Y había en la voz de la niña un acento tan cando-

roso y conmovedor de tierno y sumiso reproche, que *El inglés de los güesos*, arrepentido y olvidándose por completo de la tremenda herida que le inmovilizaba, trató de incorporarse en el lecho, pero no pudo: le traicionaron las fuerzas, y su rubia cabeza se abatió blandamente sobre la almohada...

—¡Pero míster, por Dios!

Y los ojos negros y los ojos azules volvieron a mirarse como asustados a través de la penumbra creciente de la alcoba...

Míster James, en medio del silencio, oía los latidos del corazón de la niña.

—¡Babino!

—¿Qué, míster?

—¿Osted inocó con mí?

—¡No, míster; no!

—¡Mí pide perdona osted!...

—¡Sí, míster, sí!

—¡Aoh! ¡Thank you! ¡Osted mocho buena; mí quiere mocho Babino!...

—Sí, míster, sí...

Y como, en su efusión, el mozo volviese a apoderarse de una de las manos de *La Negra* y a besarla frenético, la niña, trémula, agregó con un extraño timbre en la voz y desprendiéndose suavemente:

—¡Sí, sí! ¡Pero güeno! ¿No ve que hay que encender la lámpara..., míster...?

... Después ya no asustaron a *La Negra* aquellos besos. A medida que la savia vigorosa completaba en el férreo organismo de su James la reconquista ini-

ciada por la ciencia del obscuro galeno mallorquino; aquel mísero rincón de rancho, limitado por una pila de cueros de carneros, se fué convirtiendo para ella, «en todo el mundo», en todo un bello mundo de ilusiones, de luz y de esperanza...

Y si la flor del amor, la más hermosa de cuantas puede producir el árbol sombrío del espíritu humano, tiene, como las rosas, forma y tamaño y colorido diversos, el amor de *La Negra* debió de ser una flor muy grande, muy blanca, muy turgente, muy vigorosa y muy perfumada... Una de esas flores enormes de los trópicos cuya pureza extraordinaria da la sensación cabal de lo impoluto, cuya consistencia asombra y cuyo aroma violento embriaga los sentidos...

De la misma manera primitiva y arbitraria con que se burló de él en un principio, y con que le odió en seguida, *La Negra* se enamoró después de míster James. Su temperamento no admitía términos medios, y por eso, así como desde el instante en que amó a *El inglés de los güesos* le consideró cosa suya, así también se dió a él sin ninguna reserva.

En tales condiciones, es más que probable que si en vez de míster James se hubiese tratado de cualquier otro hombre, la salvaje e ingenua virtud de *La Negra* hubiese corrido de inmediato los más graves riesgos; pero, por fortuna para ella y para el candor de su novela, *El inglés de los güesos* era «tan raro» en su modo de ser y de pensar, que con sólo la mitad de sus rarezas hubiese bastado para hacer desternillar

de risa a Deolindo Gómez y a todos los Deolindos de cincuenta leguas a la redonda de «La Estancia Grande».

Aparte de aquellos besos, míster James no pretendió jamás otra ventaja...

¿Era que se dejaba querer por cálculo mezquino de comodidad? ¿Era que no advertía los síntomas de la fogosa pasión que había encendido?

¡Vaya uno a saberlo! Sólo *La Negra* parecía penetrar el misterio hermético de aquellos profundos ojos azules, de aquellos finos labios, en donde las impresiones únicamente se manifestaban por una mayor o menor acentuación de la leve sonrisa enigmática que eternamente jugaba en ellos.

—¿Se enojó, míster?

—¡Aoh! ¡No, Babino!

—Sí, se enojó porque mama le trujo el caldo, ¿verdá? Pero yo no tuve la culpa, míster. Ella se empeñó en trairlo... ¡Ah, ah! ¿Se ríe de mi cabeza, míster?

—¡Aoh! ¡No, Babino!

—Sí; parece un nido de carancho. Es que anoche me la lavé...

Y, sin embargo, para cualquier otro observador, ni los ojos ni los labios de míster James habían cambiado en un ápice su expresión impasible...

Más adelante, y a medida que el mozo se iba reponiendo y familiarizándose los dos con las dificultades de sus distintos idiomas, las conversaciones entre la niña y *El inglés de los güesos* se hicieron más animadas e interesantes.

Parecían dos hermanos de edad muy diversa. Ella preguntando siempre, y él haciendo esfuerzos pacientes por hacerle entender sus respuestas.

Cuando *El inglés de los güesos* hablaba la niña le miraba con expresión tan atenta, que se hubiera dicho que veía salir las palabras de la pequeña boca aquélla, de firmes y apretados labios...

—¿Mi comprende, Babino?

—¡Sí, sí! Siga, míster...

Y *El inglés de los güesos* seguía, seguía hablando; de la manera más sencilla y clara que le era posible, sobre algún fenómeno de la Naturaleza, sobre alguna rara costumbre de otros países o sobre cualquier aventura de su movediza existencia...

Pero nada complacía tanto a la niña como oírle hablar de su casa, de su familia, de su vida anterior, allá en la nebulosa ciudad de donde venía. Entonces había que verla, muy abiertos los ojos, un codo sobre el muslo y la palma de la mano en la barbilla, poniendo en el relato todos sus sentidos y animando a míster James con un «¡Ah, ah!» isócrono, que poco a poco se iba apagando hasta convertirse en un suspiro, pero que a la menor vacilación del narrador volvía a iniciarse con firmeza.

Así supo *La Negra* cómo se llamaban los padres de *El inglés de los güesos*, cómo la hermanita, cómo se jugaba al *foot-ball*, cómo míster James iba a la iglesia los domingos...

Y en tal manera seducían a la moza estos inocentes relatos, que a menudo, y cuando *El inglés de los*

güesos acababa de referirle, por ejemplo, cómo una vez su padre estuvo a punto de ser aplastado por un tren, ella, después de suspirar levemente, le decía sonriendo como una chicuela engolosinada con el relato de una fábula:

—¡Ah, ah! Cuentemé otro, míster, ¡otro!...

Y retrepándose en el asiento, alargaba hacia él su carita crispada de curiosidad y de impaciencia...

Si míster James se sonreía, ella, sospechando haber dicho alguna tontería, miraba avergonzada hacia otro lado o se aplicaba muy grave a arreglar los plie guecitos de la caída de la colcha, sin atreverse a levantar los ojos.

Y él entonces, ya malicioso y práctico, la hablaba suavemente.

—¡Babino!

Pero «Babino», haciendo «monitos» y alzando levemente un hombro, ni le miraba siquiera. Estaba, al parecer, ocupadísima en el arreglo de la colcha.

—¡Babino!

Repetía él entonces varias veces su pregunta, con idéntico resultado, hasta que, por último, se decidía a atrapar una de las manos de *La Negra*, y le decía conciliador y suave:

—Venga per acá, Babino. ¿Per qué inocó, Babino?

Y tras de forcejear un poco, por fórmula, al cabo cedía la niña:

—Usté es malo, míster... ¡Usté se burla de mí!

—¡Aoh! ¡My God!

Y después de fingir un gran asombro, *El inglés de los güesos*, ya serio, se empeñaba en hacerle comprender el motivo de su sonrisa... Consecuencia de esas lecciones era el hecho de que *La Negra* pronunciara ya con toda corrección el nombre de míster James...

Cierta mañana—la víspera precisamente de aquella otra en que la puestera de «La Estaca» tuvo la prueba evidente de la extraña conducta de su hija—*La Negra*, en un impulso de sinceridad apasionada, hizo a *El inglés de los güesos* una confesión que hubiese preocupado a éste si el egoísmo de las graves ciencias no hubiese sido tan duro con la psicología amatoria en el reparto de aquel cerebro...

El hecho ocurrió así:

Míster James, tendido de espaldas en la cama, estaba leyendo un diario... Junto a su cabecera, *La Negra*, en la vieja mecedora de doña Casiana, descosía una prenda de ropa, y el grato silencio que reinaba en la alcoba sólo era turbado por el rumoroso volar de las moscas, por los leves crujidos del papel del diario o por algún suspiro inconsciente de la doncella...

Pero de pronto *La Negra* se alzó de la mecedora, sofocando un grito de susto.

—¡Ay, míster...!

—¿Qué, Babino?

—Me pinché, me pinché, míster... ¡Ay, ay, ay!

Y de pie y llena de encantador azoramiento, la niña mostraba uno de sus deditos minúsculos florecido de sangre...

—¡Ay, ay, ay, míster!.. ¡Ay, ay, ay!

El inglés de los güesos, riendo, trató de tanquilizarla.

—¡Bah!, ¡bah! ¡Ese nada, Babino! ¡Une cose de nada, carambo!

Pero la niña no se conformaba.

—¿Sí? ¡Nada! Mire cómo me sale..., ¡mire!... ¡Ay, ay, ay!

Y, toda estremecida de miedo, iba y venía por la estrecha alcoba, tropezando con las cosas y mostrando en alto su dedito herido...

Míster James tuvo que gritarle para que le hiciera caso.

—¡Pero Babino!

—¿Qué? ¡Ay, ay, ay!

—¡Venga per acá!

—¡Sí, míster, sí!... ¡Ay, ay, ay!

Era una nonada... Un pequeño pinchazo de la tijera en la falangeta del índice izquierdo.

Míster James, después de examinar aquello, se echó a reír mirando a *La Negra*, que, toda trémula, le interrogaba con sus ojazos llenos de lágrimas.

—¡My God! ¡Quí ojero! ¡Mí precisa la microscopia per discubre!...

—¡Así! ¡Cómo no!—replicó ella entonces.

Y muy seria y asustada todavía alcanzó el botiquín a míster James para que le practicase la primera cura.

Y hay que confesar que esta operación se llevó a cabo a conciencia.

Un beso en el dedito herido después de restañar la sangre; otro beso después del apósito; otros varios sobre cada vuelta de venda, y... una serie completa sobre la atadura final.

—¡A ver!...

—¡All right! ¿Doile más?

—No, «Yemes», no... ¡Gracias!... ¡Es que soy más floja, ¿sabe? ¡Cualquier lastimadurita me duele más!... Me corre una cosa «así» por todo el cuerpo... ¡Palabra!

E instalada de nuevo en la mecedora, la niña, ya tranquila, se puso a explicar a *El inglés de los güesos* a qué extremos llegaba su pusilanimidad para el sufrimiento, ya fuera éste moral o físico, y cómo el dolor la acobardaba al punto de que en más de una ocasión había pensado si sería acaso ella «la única así» que habría en el mundo...

«Y que no fuese a pensar James que eso era nuevo, de ahora... ¡Qué esperanza! ¡Desde chiquita, desde que tuvo uso de razón!... El podía preguntarle a la madre... ¡Caramba! ¡No tenía seis años, cuando se quiso matar una vez, ahorcándose con un cinchón, porque su padre le había amenazado con unos azotes para la hora en que volvería del campo!»

«¡Ah, no! ¡Que no le hablaran a ella de sufrimientos! ¡Sufrir era una cosa muy fea!»

Míster James, que la escuchaba serio y atento, no pudo menos que admirarse al oírla. ¿Cómo era posible que una personita tan joven y tan sana como *La Negra* hubiese podido sufrir ya en la vida como para quedar acobardada de esa manera?

—Osted moy chico todavío, Babino... ¡Carambo!

—¡Ah!, ¡ah! ¡Hubiera pasao usté las que yo pasé cuando estuve enferma la vez pasada!... ¡Ah!, ¡ah!

El inglés de los güesos se mostró sinceramente compasivo entonces:

—¡Aoh! ¡Ya! ¿Osted infermó grievemente un vez?

—¡Caramba! ¿Y no se acuerda cuando me enfermé del oído?... ¿Cuando usté mismo me curó?

Míster James, al oír esto, abrió unos ojos desmesurados.

—¡Sí! ¡Sí! ¿Qué me mira? ¿De qué se ríe?

—¿Osted no tenió nunca otra enfermedá más grande qui eso?

—Yo no, James... ¡Le juro!

Y como *El inglés de los güesos* se echara a reír con ganas exclamando: «¡Qué Babino esto! ¡Qué Babino!», *La Negra*, desorientada y quizá un poco resentida, insistió muy seria:

—¿Por qué? ¿De qué se ríe?

—¡Aoh! ¡My God! ¡Babino, porque osted puede venir contento si no sufrió más que eso hasta ahora!

Pero *La Negra* no se dió por vencida.

—¿Y le parece poco?

—¡Aoh! Mí cambiaba, ¡carambo!, por esto ojero que mí tiene a la espaldo...

—¡Ah! ¡Qué gracia! Porque a usté no le duele... ¡Qué gracia! El dotor ha dicho que usté es un hombre de fierro... Pero yo no, James; a mí me duelen mucho las cosas...

Y tras un breve compás de silencio, durante el cual pareció estar contemplando muy amargos recuerdos con los ojos del pensamiento, la niña continuó convencida:

—¡Ah, ah! ¡Le aseguro que preferiría morirme antes de tener que volver a aguantar una cosa igual!

Míster James sentenció entonces muy grave:

—¡Eso malo, Babino! ¡Eso mucho malo! Vida todo trabaca, todo sofremienta, y osted tiene que acostumbra per fuerza...

—¿Yo? ¿Ah, ah? Mire: le juro que creo que el día que me llegase el caso de tener que penar mucho, ¡no sé!, pero me parece que no sufriría ¡ni esto!

Y *La Negra*, muy seria, señalaba la exigüidad de su probable paciencia apoyando la uña del pulgar derecho sobre el pulpejo del índice.

—¡Ni esto! Mire. ¡Ni esto! ¡Ah, ah!...

Míster James tornó a reírse.

—¿Y cóme hace ese? Aprende... enseña mí, Babino...

—¡Ah! ¡Yo sé, yo sé muy bien!

Y volvió a quedarse un momento pensativa, mirando el suelo con ojos ensombrecidos, en tanto que *El inglés de los güesos* la miraba a su vez esperando la respuesta con una leve sonrisa burlona en los labios finos. Pero bien pronto, y como una mosca de las muchas que revoloteaban por la alcoba viniera a posarse en sus cabellos, *La Negra*, espantándola con un movimiento maquinal de la mano, dijo ya riendo y muy animada:

—¡Ah! Mire, James, ¿quiere saber por qué yo lo quiero tanto a usté?

—¿...?

—¿Y? ¡Güeno! Lo quiero por eso..., ¿sabe? ¡Por eso justamente! Yo..., yo estaba sufriendo que ya no podía más, que ya me iba a morir de dolor, y entonces vino usté y me curó «un redepente»...

Y la niña continuó, bajando la voz y con un acento de honda emoción en sus palabras:

—¡Ah James! ¡Usté no sabe! ¡Qué cosa más linda! ¡Pensar que nadie en el mundo podía quitarme aquel dolor, sólo usté, y que usté vino, sin que yo lo imaginara siquiera, sin que yo lo llamara, como lo llamaría ahora aunque estuviese muerta... ¿Verdá?

El inglés de los güesos se sonrió.

—Osted equivoca, Babino... La rimedio que mí puso pone otro coalquiera... ¡Aoh!, mocho fácil.

Pero la niña, que le miraba con infinita ternura, los grandes ojos empañados de lágrimas, denegó convencida:

—¡Salga de ahí! ¡Cualquiera! Y entonces, ¿por qué no me lo puso mama? ¿Por qué no me lo puso algún otro?

—¡Aoh, Babino! Mama no tenía la remedio; ninguno tenía; pero, si tiene, cualquiera cura lo mismo...

—¡Ah, ah! ¡Si tiene; pero el caso jué que no tenía; que naides tenía, y que yo me hubiera muerto si no hubiese sido por usté!

—¡Aoh, no!

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo! ¡Usté no sabe, James!

Y como *El inglés de los güesos* tornara a sonreírse, moviendo la cabeza dubitativamente, ella entonces, inclinándose sobre él, le dijo rápidamente y en ese lenguaje entre mimoso y burlón con que suele hablarse a los chicos:

—Sí. ¡Si yo me estaba muriendo! ¡«La pobe *Nega*» se estaba «muliendo», y «entonches» vino él y la curó en un momento, con esa manota que «tene» que todo lo cura!...

XVI

El patrón no estaba en «La Estancia», sino en Buenos Aires, el día en que Santos Telmo intentó matar a *El inglés de los güesos;* pero tuvo conocimiento del hecho aquella misma tarde por un largo y afligido telegrama del administrador, que le sorprendió en el vestíbulo de su casa de la avenida Callao, en momentos en que, poniéndose los guantes, se despedía de su mujer con el consabido y eterno:

—Si no vengo a comer te daré «un golpe» de teléfono..., ¿no?

Como es de imaginarse, la noticia le hizo un pésimo efecto.

—¡Qué embromar, hombre! ¡Caramba!

—¿Qué? —interrogó, inquieta, la esposa—. *Chelita* para él, para todo el mundo y hasta para ella misma, sin duda, puesto que así firmaba sus misivas sociales, no obstante frisar en los cuarenta—. ¿Qué? ¿Alguna mala noticia, Luis?

—¡No, hombre! ¡Imagináte!... ¡Qué animales! Imagináte que lo han herido a míster Gray allá en «La Estancia»...

—¿Quién es míster Gray?

—¡Pero, hombre! ¿No te acuerdas?... ¿El sabio ese, el naturalista..., el inglés loco aquel que tanto me recomendó el ministro? ¡Caramba!

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y cómo ha sido?

—¿Y? ¡Qué sé yo!... Aquí sólo me dice este zonzo que un tal Santos Telmo, un chiquilín, el hijo de un puestero, ¿sabés?, le ha pegado una puñalada tremenda, y que está gravísimo...

—¡Oh!...

—¿Has visto? ¡No puede uno recomendarles nada a estos animales! Parece que lo hicieran a propósito! ¡Basta que uno se empeñe particularmente en algo para que se lo hagan todo al revés!

Y al decir esto, el mozo recordaba con ira cierto papelón que le había hecho hacer la víspera su ayuda de cámara al confundir la destinataria de cierto obsequio galante...

—¡A ver! Llamálo a ése, *Chelita*, hacé el favor.

En el momento en que oprimía con un dedito muy rollizo el timbre disimulado entre las complicadas molduras del friso de caoba, la señora dijo con una entonación de mimosa ternura, muy sincera sin duda, pero que, por desgracia, ya no se avenía con la adiposa madurez de su físico:

—¡Pero *Bebe*, no te pongas así!

Pero «el Bebe» no advirtió o no quiso advertir

aquel reflorecimiento romántico, y después de replicar, entre malhumorado y risueño, con un: «No, ¡si me voy a reír!», se quitó los guantes y se puso a escribir con lápiz y en una hoja de agenda el borrador de un despacho telegráfico para el administrador de «La Estancia», y en el que ordenaba no se reparase en gastos para atender debidamente a *El inglés de los güesos*, ya trayéndole a la capital, ya llevándole a la ciudad más cercana.

Redactaba con tanta rapidez y soltura, que, aunque escribió, es cierto, «impugne» por «impune» y «peliar» por «pelear», antes de un minuto ya tuvo hecho el telegrama.

—Vas a llevar este despacho en seguida.

—Sí, señor...

—Pero en seguida, ¡en seguidita!

—Sí, señor; sí.

Y aunque a esto se redujo lo que el patrón pudo hacer desde Buenos Aires en obsequio del naturalista, o mejor dicho de su recomendante, el ministro de S. G. M., a quien veía todas las tardes en el Club, veinte días después, y apenas llegó a «La Estancia» y supo con disgusto que míster James no había sido trasladado a otra parte, se apresuró a hacerse conducir hasta el puesto de «La Estaca». Quiso presentar personalmente sus condolencias y ofrecimientos a *El inglés de los güesos* y enterarse a la vez «de visu» de la verdad de lo ocurrido, porque, a pesar de las protestas del administrador, el patrón no concebía, no podía concebir que un hombre como míster James, a

pesar de las rarezas que se le atribuían, pudiera haber llegado a extremos tales como el de negarse a salir de aquellos ranchos en la situación delicada en que se hallaba.

—No ha querido, señor; no ha querido por nada —repetía el administrador, con la cabeza oscilante por los barquinazos del break y la gorda cara congestionada de emoción ante el temor de que *El inglés de los güesos* no fuera a ratificar ante el amo sus anteriores negativas—. No ha querido, señor... ¡Cómo puede creer! ¡Usted no sabe! ¡Desde el primer día se hizo todo lo posible por convencerlo; pero inútilmente!... Decía que no era nada; que él no tenía nada; que en peores se había visto; que se hallaba muy bien allí, y que allí permanecería. ¡Y gracias que todavía consintió en que lo viera el médico! ¡Qué hombre, señor! ¡Parece mentira!...

—¡Está bueno!... ¿Y quién lo atiende? ¿Porque supongo que no lo habrán dejao tirao como un perro?

—¡Ah no, señor! El doctor Paláu viene todos los días, y además la familia de Juan Fuentes, el puestero... ¡Oh! Yo lo he recomendado bien, señor.

Y el ogro de «La Estancia Grande», al decir esto, arqueaba el lomo y hacía serviles visajes caninos, espiando en el rostro del amo un gesto aprobatorio...

—¡Está bueno!

Y mientras los tres poderosos bayos negros «de anca partida» y de flotantes crines trotaban fieramente cortando campo, el patrón aquél, que para el

pobre y gelatinoso hombrecillo que le acompañaba era entonces como un Zeus malhumorado e inflexible, sentía una vez más amilanarse su espíritu ante la idea del mal efecto que podría producir aquella repentina y obligada escapatoria suya en el temperamento irritable de cierta señorita gallega que cantaba tonadillas.

La visita del amo fué una verdadera sorpresa para los habitantes del «puesto» de «La Estaca», que se enteraron de ella recién cuando los tres bayos negros que arrastraban el break de «La Estancia» hacían salpicar con sus cascos el barro del bañado a pocas cuadras de «las casas».

«¡Y todo por culpa de ese odioso de don Lucas, el administrador!» «¡Poco le hubiera costao al indino mandar avisar con un muchacho cualquiera pa que no la agarraran a una hecha una mugre!»

Y después de retorcerse furiosamente el cabello ante el espejo, doña Casiana no tuvo más tiempo que el necesario para gritar a *La Negra* que se arreglase un poco y para mandar a Bartolo que se escondiera en cualquier parte con aquella bombacha que daba fiebre y aquel «capacho» que, más que sombrero, parecía un tacurú pisado por un caballo...

La puestera de «La Estaca» hubiera querido, si no deslumbrar al visitante con el lujo de los suyos y de su rancho, hacer gala por lo menos de esa limpieza que es una de las virtudes domésticas indiscutibles de nuestras viejas criollas. Pero como el pillo del administrador no se lo permitió, en su apuro de oír

decir a míster James que si él estaba allí era porque materialmente no había habido poder humano capaz de quitarle del «puesto», la pobre doña Casiana no tuvo más remedio que conformarse...

—¡Buenos días! ¿Qué tal?

—¡Güen día, patrón!

—¡Hola! ¿Cómo le va, Casiana?

Y el patrón, precedido del administrador, que caminaba muy de prisa, se dirigió hacia el rancho, después de tender una pálida mano a la puestera, que iba toda sofocada de cólera por la grosería del hombrecillo aquel que con tanto apuro remolcaba al amo, sin dejarle hacer los honores de la casa ni tenerla en cuenta siquiera...

—¡Por aquí, señor, por aquí!

Pero en su misma desconsideración para con la puestera halló el administrador su castigo, pues, olvidado de la configuración de la casa, en vez de conducir al señor a la puerta de la cocina que daba acceso a la alcoba de míster James, le condujo a otra puerta...

—¡Por ahí no! ¡Por aquí, patrón, si gusta!

Y doña Casiana, triunfante, a la vez que con una amplia mímica teatral indicaba el verdadero camino a la visita, dirigía al administrador una mirada llena de burla y de rencores...

A la entrada de la alcoba de *El inglés de los güesos* el patrón tropezó con *La Negra*, que tímidamente bajaba los ojos, envuelta en aquel mismo vestidito azul de la discusión famosa...

—¿Cómo te va? ¡Qué grandota estás!

Y a pesar del disimulo, vibró de concupiscencia la voz engolada, en tanto que la mano pálida y suave acariciaba al pasar, alevosa y villana, la cara de *La Negra*, que, sonrojada y sonriente, aceptó el manoseo, porque no podía sospechar jamás, en su bárbara inocencia, que aquel hombre le tocaba la cara porque ella era «ella» solamente, y que aquel mismo hombre no se hubiese atrevido a tocársela nunca si, en cambio, hubiera sido Florencita Wilson, por ejemplo, aquella otra virgen de diez y ocho años, cuyo padre—un señor muy intransigente—opuso al patrón tantas dificultades, tres lustros antes, cuando éste gestionaba su admisión en el círculo casi hermético del «Pocker Club»... *La Negra* creyó quizá que aquel hombre viejo podía tomar sinceramente por una chicuela a una hermosa mujer en plena florescencia y que le llevaba un palmo de estatura, y además ignoraba que no hacía un mes aún que *Chelita* había tenido que despedir de la casa a una niña de catorce años, ayudante de la costurera, porque «el señor»..., el señor, no la dejaba en paz ni a sol ni a sombra...

Pasó, pues, como un favor el ultraje hipócrita, y todos, siguiendo al amo, se metieron en la alcoba de *El inglés de los güesos*, atropellándose unos a otros, como si estuviesen abocados a la contemplación de alguna maravilla.

El inglés de los güesos, de espaldas en el lecho, tendió sonriente una mano al patrón.

—¡Aoh! ¡Thanck you, sir!

Y éste, muy contento de hallarle de tan buena apariencia, bromeó satisfecho.

—¡Que thank you, ni thank you! ¡Bueno estoy yo con usted, míster!

Y hubo entonces largas y urbanas explicaciones entre los dos hombres, al cabo de las cuales el estanciero tuvo que convencerse de que *El inglés de los güesos* estaba allí muy bien, muy a su gusto, y de que el gelatinoso administrador «había hecho lo posible»...

Después, al despedirse y en momentos en que estrechaba de nuevo la mano de míster James, el patrón, a quien éste había enterado ya de las excelencias de *La Negra* como enfermera, le dijo bajando la voz y señalando a aquélla con el mentón y con un guiño intencionado y libertino:

—Ahora me explico todo... ¡Cuidado, míster!

Pero *El inglés de los güesos*, ruborizándose para sus adentros, le replicó muy serio:

—¡Aoh! ¡No! ¡Mí un *gentleman!...*

XVII

Satisfecho y risueño como siempre, Bartolo llegaba de «San Luis» con un paquete de tabaco negro para su padre y una carta para *El inglés de los güesos*. cuando su hermana le detuvo a la puerta de la cocina,

—¿Qué es eso?

—¡Nada! Tabaco y una carta p'al míster.

—¿Ah, ah? ¿A ver? ¡Trai!

—¡No, dejáme a mí! —imploró el muchacho—. Dejáme a mí que se la dé, Balbina...

Pero *La Negra* estuvo intransigente:

—¡No! ¡Trai p'acá te digo!

—¡Oh! ¡No quiero!

Y como la moza hiciera de inmediato ademán de atraparle, Bartolo, de un salto, se puso en mitad del patio, repitiendo con energía:

—¡No quiero! ¿Sabés?

—¡Mama! ¡Mireló a éste!

—¡A ver, Bartolo!

Y la voz de doña Casiana llegó lánguidamente desde el interior de la cocina:

—¡A ver, Bartolo!

Pero el chico, sin darse por advertido, continuó porfiando:

—¿Por qué? ¡No quiero! ¡Caracho! ¿Por qué has de ser vos siempre?

Ante tal desacato, la niña perdió la paciencia del todo, y taconeando con fuerza gritó colérica:

—Pero... ¡Mama! ¡Mire este mocoso! ¡Mireló!

Y lo dijo con tanta indignación y evidencia de escándalo, que la madre, alarmada, asomó a la puerta de la cocina:

—¿Qué es eso? ¿Qué hace Bartolo?

—Nada, mama; que no me quiere dar esa carta para «Yeim...», para el míster.

—Nada, mama; que yo se la quiero dar al míster y ella nunca me deja.

Doña Casiana, ante el pequeño problema doméstico, contrajo las cejas, meditó un instante y después dijo sonriendo:

—Traiga eso p'aca m'hijito, y deseló a su hermana mayor.

Bartolo, en su despecho, vaciló un momento; pero muy luego, y convencido sin duda de la inapelabilidad de los fallos maternos, entregó la carta a su hermana, diciéndole con mal reprimido enojo:

—¡Tomá! ¡tomá! ¡angurria! ¡Ni que juera tuyo el místerl...

—¿Qué? ¿Qué decís, sinvergüenza?

—¡Nada, nada; no digo nada!...

Pero Bartolo tenía razón; ¡Ni que fuera de *La Negra El inglés de los güesos;* ni que lo hubiera comprado en la pulpería como quien compra una bombacha!

Desde el día en que la niña, sin comprender aún muy bien por qué, se dió cuenta de la atracción irresistible que aquel hombre extraño comenzaba a ejercer sobre su espíritu, desde ese mismo día también empezó a considerarle como una cosa suya, como un raro y delicado objeto de su exclusiva propiedad y sobre el cual debería velar ella sola con todos sus sentidos...

Su temperamento apasionado y su carácter autoritario no podían reaccionar de otra manera bajo el imperio de aquellas sensaciones nuevas, de aquellas deliciosas embriagueces, nunca gustadas hasta entonces por su corazón de virgen.

La Negra era muy joven, muy ingenua y muy ig-

norante sin duda; pero su poderoso instinto de mujer la guió, la empujó desde el primer momento hacia el camino de ese exclusivismo absoluto, que viene a ser al cabo el ideal supremo de los amores humanos...

Y así, ocurrió que poco a poco fué acaparando para sí todas las funciones domésticas que pudieran tener en la casa alguna relación con *El inglés de los güesos.*

Nadie sino ella le servía; nadie sino ella manejaba las cosas de su pertenencia, y si al principio alguien —doña Casiana, por ejemplo—solió prestar algunos servicios al enfermo, bien pronto tuvo que renunciar a ello porque *La Negra* siempre los halló torpes o deficientes; siempre encontró motivos para hacer comentarios que eran de lo menos a propósito para fomentar reincidencias...

—¡Vaya un caldo pa un enfermo! ¡Parece agua sucia!... ¡Vean ande vinieron a poner la lámpara! La lámpara debe de estar aquí, ¡caramba! ¿Y por qué no me dejó a mí que lo hiciera? ¡Qué embromar también ahora! ¡Yo no sé pa qué se meten! ...

Al principio a veces doña Casiana solía darle cara:

—¿Qué? ¿Qué tiene el caldo? ¿Quiere decirme «güeselencia» qué tiene el caldo?

—Nada, mama; que parece l'agua ande «Yei...» ande el míster sabe lavar los güesos...

Y sonreía de una manera insoportable, que hacía montar instantáneamente en cólera a la buena de doña Casiana.

—Mira, Balbina, ¡no seas atrevida!

Hay que advertir que la puestera de «La Estaca»

sólo llamaba a *La Negra* por su nombre cuando estaba enojada y para dar sin duda mayor solemnidad a sus expresiones de reproche.

—Mira, Balbina, ¡no seas atrevida!

—¿Y yo qué digo?

—Has dicho que el caldo estaba fiero... ¿Qué tiene el caldo? ¡A ver, decí!

—¿Y? ¡Parece todo regüelto!...

—¡Regüelto, regüelto!... Regüelta tenés vos la cabeza—alusión sutil y perversa de la puestera a los sentimientos que su instinto de madre comenzaba a vislumbrar en el corazón de la muchacha—. ¡Regüelta tenés vos la cabeza, porque sos una zonza!...

Y doña Casiana se salía tan bruscamente de la alcoba como si hubiese temido no poder contenerse y, en un rapto de cólera, emprenderla «a puñete limpio» contra su hija, contra *El inglés de los güesos* y hasta contra aquel «mircoscopio» que estaba allí sobre el baúl...

Estos conflictos, por un lado, y por el otro las muchas atenciones de índole doméstica que reclamaban a la puestera, hicieron que poco a poco, y sin mayor violencia, *La Negra* pudiera llevar a la práctica su pequeña campaña de absorción, y que muy pronto llegara el momento en que, como se ha visto, tan sólo ella atendió a míster James, tan sólo ella manejó sus efectos con un celo y una meticulosidad que ya rayaban en manía.

Nadie parecía tener derecho a estar en la alcoba del enfermo sino ella, y así fuera el padre, la madre o

el mismo doctor Paláu el que entraba, durante la visita los negros e inquisidores ojos de la niña no se apartaban un instante del intruso, como si hubieran temido que pudiese llevarse alguna cosa, causar algún daño a aquel tremendo mocetón de mármol, de ojos azules enigmáticos...

Bartolo, el pobre Bartolo, ya se ha visto: en él la tiranía de la niña, fomentada por la debilidad o por el error materno, se ejercitaba sin reparos. Ni podía entrar ya siquiera a preguntar a su amigo, «El míster», cómo se llamaba a las boleadoras allá en su tierra...

Pero aun había algo más grave, algo que ya arrastraba el amor de *La Negra* hacia los obscuros y peligrosos senderos de la pasión enfermiza. Y era que, no contenta todavía con todo lo que queda dicho, la niña, en su extravío, llegaba a extremos tales como el de no poder sufrir que una cosa que hubiese pertenecido a *El inglés de los güesos*, por ínfima o despreciable que fuera, pudiese andar en manos de todos o ser arrojada «a las basuras»...

Sabido es que míster James, como buen inglés que era, fumaba en pipa como una chimenea, fumaba día y noche un tabaco rubio, que venía en unas envolturas de papel amarillo con muchas inscripciones en tinta roja, y sabido es también qué cantidad de fósforos consume un fumador de ley al cabo de los días... Pues todas esas envolturas amarillas y todas esas cajas de fósforos vacías consumidas por *El inglés de los güesos* en las largas horas de su reclusión for-

zosa eran cuidadosamente recogidas y guardadas por *La Negra*, como preciosas reliquias, en cierto cajoncillo que había en su alcoba, y que, después de haber sido de fideos, ascendió a las delicadas funciones de «chiffonnier» o cosa parecida.

La Negra hubiera considerado como un gran ultraje a la delicadeza de sus sentimientos que alguno de aquellos paquetes vacíos pudiera andar rodando a la intemperie, allá del otro lado del corral de las ovejas, adonde iban a parar las cosas inservibles...

Lo que había sido de «él», lo que habían tocado sus grandes y recias manos, quedaba de hecho asegurado contra toda profanación o promiscuidad humillante...

Hasta las basurillas recogidas en la estancia del mozo no iban al «osario común», como quizá pudiera suponerse, ¡no!, tenían romántica y coqueta sepultura al pie mismo del duraznerito aquel plantado por las manos de *La Negra*...

De manera, pues, que si Bartolo tenía motivos más que sobrados para acusar a su hermana de creerse dueña de *El inglés de los güesos*, también tenía ésta méritos adquiridos como para que resultase absurda y loca la pretensión del muchachuelo de hacer llegar a míster James aquella carta con raras estampillas, por otras manos que no fueran las de su dulce y celoso cancerbero...

—¡Ah, ah! ¡No faltaba más!

Y *La Negra*, una vez triunfante y después de echar una larga mirada inútil al sobrescrito, tan indescifrable para ella como lo era la expresión de los ojos

azules de míster James para doña Casiana, penetró suavemente en el palacio encantado de sus sueños...

El inglés de los güesos, con los párpados entornados, seguía beatíficamente tendido de espaldas en su catre, y un tenue filamento de humo, surgiendo del horno de su pipa, se alargaba tembloroso hasta alcanzar el techo.

Al oír entrar a la niña, míster James abrió los ojos, sorprendido y risueño.

—¡Merevilouso, yes, merevilouso!

—¿El qué?

Y *La Negra* escondía la carta detrás del cuerpo, quizá con el propósito de bromear un rato antes de entregarla.

—¿El qué, James?

—Mí sonia, Balbino; mí tiene una linda sonia!

—¡Ah, ah! ¿Y qué? ¿Con quién soñó?

Y al decir esto, ya pasó y repasó por los grandes ojos inquietos como una sombra de angustia.

—¿Con quién, diga, con quién soñó?

El, sacudiendo lentamente su pipa y sin mirar a la muchacha, declaró con expresión de íntima e ingenua complacencia:

—Mí sonia con usted, Babino... ¡Mí sonia una linda sonia, carambo!

Al oír eso, *La Negra* se puso primero encarnada y después pálida.

—¡No, mentira!

Y había en su voz, trémula de emoción, todo un poema de duda y de esperanza...

—¡No, mentira!... ¿verdad? Usté me dice de gusto...

El se puso serio entonces, y dijo, enarcando las rubias cejas, como solía hacerlo toda vez que deseaba ser convincente:

—¡Aoh, no! ¡Mí dice cierta; mí soña con osted; uno bonito cose, Babino!

Y haciéndola sentar allí, a su cabecera, en la vieja mecedora materna, y acariciando distraída y castamente una de sus manos, regordetas y tibias, *El inglés de los güesos* contó a *La Negra* su sueño...

«No hacía seguramente dos minutos que había encendido su pipa, cuando, de repente y como por arte de magia, se halló andando, en compañía de *La Negra*, en medio de la muchedumbre enorme que llenaba las calles de una populosa ciudad desconocida...

»Ella, toda de rojo y con una sombrilla también roja, estaba bellísima, y ambos iban entre la gente, riendo y saltando como dos chicuelos, cuando de pronto a él le asaltó una inquietud terrible:

»¿Y si *La Negra* se perdiese? ¿Y si *La Negra*, separándose de él, se extraviase de repente en el «mare mágnum» de aquella multitud sombría y bullente?

»Y fué pensar en esto míster James, y fué desaparecer *La Negra* de inmediato entre el oleaje de la muchedumbre ciega y los hoscos misterios de la inmensa ciudad desconocida...

»¡Pobre Babino! ¡Qué iba a ser de ella, tan niña, tan ingenua y tan inexperta, en medio de los peligros de la ciudad extraña y a mil leguas de su país y de su casa!

»*El inglés de los güesos*, desesperado, corrió, llamó,

inquirió; pero todo fué en vano... *La Negra* había desaparecido sin dejar rastro, y, para colmo, él, en el preciso momento en que podía serle más necesario, se encontraba de pronto navegando por el océano, a bordo de un transatlántico y con la sensación plena y exacta de la enormidad del tiempo y la distancia que le separaban de la niña!

»¡Aoh! Míster James se sintió morir de angustia, y se hubiese muerto sin duda a no haber ocurrido que, de pronto también, se presentó a sus ojos una visión de maravilla...

»Con su vestido rojo y su sombrilla desplegada, *La Negra* corría ansiosa detrás del paquebote, convertido a la sazón en un tranvía, y le llamaba desesperadamente, haciéndole señas con la mano...

»Y fué tan bello y conmovedor el espectáculo de aquella persecución impotente y pueril, y fué tan intensa la dicha que le produjo la reaparición de aquella *Negra* quimérica, del rojo y elegante vestido, que *El inglés de los güesos* se arrojó del tranvía como quien se arroja al agua, y... despertó, emocionado y feliz, en el preciso momento en que *La Negra* real, penetraba en la alcoba con su modesto vestidillo azul muy bien planchado...»

Cuando *El inglés de los güesos* terminó de hablar, la niña, un poco pálida y con los negros ojos aún absortos ante el espectáculo de la narración cuyas maravillas exaltaba su propia fantasía, sólo atinó a decir, con un suspiro apagado y una sonrisilla nerviosa, que más bien pareció una mueca:

—¡Ay, qué lindo! ¿verdad?

Y después ambos se quedaron por un buen rato en silencio. El, sonriendo y con una ligera contracción en sus cejas rubias, le acariciaba maquinalmente una mano, y ella, muy seria y pensativa, parecía absorbida en la contemplación de alguna cosa lejana...

Por fin, *La Negra* rompió el silencio y dijo, ingenua y sonriente, mirando a *El inglés de los güesos:*

—¡Qué lindo! ¿eh?

Y él, sin mirarla, asintió pensativo y con un leve dejo de melancolía en el timbre grave de su voz:

—¡Aoh, ya! ¡Moche linde!

Y tornaron a quedarse en silencio, hasta que un grito furioso de doña Casiana, dirigido sin duda contra la perra de Bartolo, que le pisaría la ropa tendida allá al sol sobre el pasto, les trajo de nuevo a la realidad y les hizo sonreír con malicia.

—Si inocó la mamá, Babino...

—¡Ah, ah! ¿Ha visto?

Entonces recién se acordó *La Negra* de la famosa carta de los sellos raros, sobre la cual se había sentado al ocupar la mecedora, y con el propósito de ocultarla quizá, para bromear un rato con míster James...

—¡Ah! La carta—dijo confusa—. Una carta, James; mire, disculpe... La trajo Bartolo recientito de «San Luis», y yo me había olvidado como una zonza... ¡Estaba sentada encima! ¿Ha visto qué cabeza?

—¡Aoh, yes! ¡Lindo cabezo!

—¡Malo!

Y coqueteando por instinto como una refinada da-

misela, le alargó el sobre rojo con el extremo de los dedos, a los que *El inglés de los güesos* besó, según era práctica establecida para esos casos corrientes de dar y de tomar...

—¡Thank you, miss!

—«¡Verigüel!»

—¿Come, Babino?

Ella se puso como una guinda.

—¿Qué, James, qué?

—There is not cause, Babino...

—¡Ay, es cierto! ¡Yo sabía, caramba! ¡Qué rabia! ¿No ve?

Y a punto casi de llorar, *La Negra*, en su trastorno, retorcía nerviosamente sus manos.

—¿No ve, James? ¡Si soy una bruta, una burra; si no voy a aprender nunca!

El entonces, como tantas otras veces, la atrajo hacia sí, y, como tantas otras veces también, la tranquilizó y reconfortó con blandas y cariñosas palabras: «Había que tener paciencia, ¡carambo!...» «Nada de lo que es realmente útil y beneficioso en la vida puede aprenderse en un momento, ni nada deja de aprenderse cuando el empeño es firme!»

«*La Negra*, que no era «bura», sino que, por el contrario, muy inteligente, podría aprender a hablar tan bien como él mismo en muy poco tiempo»...

—¡Ah, ah!

—¡Yes, yes! Babino... ¡Mí asegura osted mocho inteligente!...

—¡Salga! ¡De ande viá ser; soy una bruta!

Y, un poco resentida aún, *La Negra* se instaló de nuevo en la mecedora materna, desde donde se dispuso a espiar, también como otras veces y de rabillo de ojo, todas las impresiones que pudiera reflejar la lectura de la carta aquélla en el pálido rostro de *El inglés de los güesos*...

Largo era el documento, y fué leído por míster James con detención e interés visibles; pero aquella lectura no tradujo a la atenta observación de la niña otros signos que una pronunciada contracción de cejas desde el principio hasta el fin, y uno que otro movimiento aprobatorio y casi imperceptible de la dorada cabeza de su amigo.

—¡All right! ¡Pretty well!

Y depositando la carta sobre el cobertor, *El inglés de los güesos* se quedó pensativo y ceñudo.

Y a fe que había causa para ello.

Su corresponsal, que era nada menos el ilustre antropólogo y profesor de Cambridge míster Douglas Amstromg, que por aquel entonces estaba terminando de preparar el volumen LIV de su monumental *History of the Savage Men*, disgustado por su tardanza, le conminaba formalmente a que apresurase su regreso...

¡Y era por obra y gracia del dinero y de la decidida protección de aquel hombre que él, míster James Gray, su aventajado discípulo y su único candidato a una muy disputada cátedra en la Universidad de K, había venido al país, hacía un año, a escarbar de prisa en determinados sitios de su dilatada campaña!

Por eso fué que, aunque *El inglés de los güesos* tuviera su conciencia tranquila con respecto al empleo de su tiempo, la carta aquélla no dejó de mortificarle en gran manera.

¡También había sido fatalidad la suya! Mire que tropezar con semejante accidente en la última y la más fácil de las etapas de su jornada!

¡Por su culpa o sin ella, la cuestión era que el ilustre profesor de Cambridge tenía razón; que por A o por B, él, míster James, había invertido mucho más tiempo que el calculado como necesario para realizar su gestión, y, lo que era peor aún, continuaba allí, inactivo, tumbado en su cama y con una puñalada en la espalda como una puerta cochera!

Y algo debió de dejar traslucir de aquello el rostro de *El inglés de los güesos*, porque *La Negra*, que le observaba solícita, le preguntó en ese instante:

—¿Qué, James, qué tiene?

El entonces se explicó con un dejo de mal humor y haciendo dolorosos visajes mañeros al moverse pesadamente en la cama.

—¡Nada, Babino! Mí no tiene nada; pero mí precisá levanta per trabaca...

La Negra, al oír aquel despropósito, protestó con toda su grave autoridad de enfermera.

«¿Cómo? ¡Ah, ah! ¡Cómo no!... Ya sabía James que hasta el jueves no podría levantarse, y eso un ratito... ¡Ah, ah! ¡Bien claro que lo dijo el dotor!»

Pero *El inglés de los güesos* insistió quejoso:

«¡No!; él había perdido ya demasiado tiempo, ¡ca-

ramba! A él ya no le era posible postergar la reanudación de sus trabajos, aunque el médico pensara de otra manera.

»En aquella carta con sobre encarnado que *La Negra* estaba viendo allí, sobre la colcha de la cama, míster Douglas, el patrón, ¿comprendía *La Negra?*... míster Douglas le recriminaba su tardanza y le acusaba de causarle con ella serios perjuicios»...

La niña no pudo contenerse:

—¡Pero usted está enfermo, James!... ¿Ese hombre no sabe acaso que usted está enfermo, James? ¡Oh, también!

El sonrió levemente.

«No. Míster Amstromg ignoraba su enfermedad; pero no era ésa la cuestión»...

—¿Por qué no le escribe una carta entonces —volvió a interrumpir la niña—; una carta «ande» le diga todito lo que ha pasao?

—No, Babino, no...

Y trató de hacerla comprender el «porqué» de su apuro.

«La cuestión no estaba en la enfermedad, que ya se acabó, y que después se explicaría; la cuestión estaba en que «su patrón» necesitaba que él estuviese de regreso en Europa, con sus trabajos terminados, para los primeros días de marzo, y que él, míster James, iba a tener que apurarse mucho, muchísimo, para poder dar cumplimiento a eso»...

Y sin reparar en la expresión de extraordinaria atención con que *La Negra* escuchaba sus explica-

ciones, míster James prosiguió, entornando los párpados y en voz tan baja como si hubiese hablado consigo mismo:

—¡Aoh, yes! Mí tiene apura. ¡Carambo!... February, March... ¡Yes!... ¡Mí termina January 25, mí embarca primero February per Urope!...

—¡Ay, Dios!

Y, aunque medio ahogado por el ruido que produjo la mecedora, violentamente rechazada por las piernas nerviosas, fué tan atroz el gemido de dolor y de espanto que envolvió la imprecación de *La Negra*, que *El inglés de los güesos*, asustado, se incorporó de un salto en el lecho.

—¡Qué!

... Y vió entonces cómo *La Negra*, con las mandíbulas desencajadas y la lividez de la muerte en el semblante, retrocedía hacia la puerta, mirándole al andar con unos ojos siniestros de vértigo o de locura.

Míster James sintió que una aguja de hielo le perforaba la medula.

—Pero... ¡Babino! Pero... ¿qué tiene, Babino?

Ella, al oírle, reaccionó un tanto, y sin perder la conmovedora expresión de estupor y de azoramiento que mostraba en la cara y en los ojos, gimió tan bajo como un suspiro:

—¡Nada, James, nada!...

... Y mientras *El inglés de los güesos*, en su asombro infinito, no sabía qué hacer ni qué pensar, *La Negra* se salió de pronto de la alcoba, llevándose las manos a la frente...

XVIII

Solamente cuando la pobre muchacha, en un ramalazo de angustia indominable, le imploró a grito herido que se fuese, que la dejara sola, «¡Por Dios y por la Virgen!», doña Casiana se decidió a apartarse de la puerta de la alcoba, desde donde hacía más de media hora que la estaba martirizando con toda la buena fe de la ignorancia.

—Yo te lo dije dende un principio; ¡pero no quisiste hacerle caso a tu madre!... ¡Ahí tenés!... ¡Con llorar no vas a sacar nada, ahora!... ¡Hacer que se burle de vos todo el mundo!... Levantáte mejor, y vení a tomar una taza de caldo, que te estás debilitando...

Y esto repetido hasta el infinito, en ese argumentar monocorde de las gentes brutas, era todo lo que en realidad doña Casiana podía hacer en favor de *La Negra*, que, equivocada o no, tenía la sensación plena de que en el trance se jugaba la vida y de que el único auxilio humano que pudiera llegarle dependía exclusivamente de la cruel voluntad que lo negaba...

Así, cuando la madre, intimidada por sus gritos, se retiró de la alcoba, en un ademán de aturdimiento, *La Negra*, tendida de espaldas en el lecho y alentando aceleradamente, volvió a extraviarse en el dédalo de aquellas dolorosas reflexiones que unas veces la obligaban a morder la almohada para no llorar a gritos, y que otras veces le provocaban impulsos casi

irresistibles de levantarse de la cama y de echar a correr como una loca...

¡Ah! Ella no podía ni quería resignarse a su desdicha, y por eso, a pesar de la honda sensación de vacío y derrumbamiento interior completo que tenía en el alma, continuaba luchando por abrir un camino a la esperanza a través de los cuatro muros formidables en que la realidad la había encerrado...

«¿Pero qué hacer, Señor?... Ella ya se lo había pedido de todos modos; a ella ya no le quedaba manera de pedírselo, y él, sin embargo, no le hacía caso y seguía porfiando como si no la comprendiese, como si no fuera ya aquel mismo James de antes, cuyos ojos azules le decían tantas cosas buenas y formulaban tantas promesas en su lenguaje sin voz y sin palabras...

»¿Habría estado loca acaso? ¿Se habría hecho ilusiones «de puro zonza, no mas» como decía la madre?

»¡Ah, no!... A pesar de su ofuscación, *La Negra* estaba segura «de que no»... «¡Caramba!... Ella no era ninguna bruta!...» «¡Bien que él le había dado a entender que la quería; bien que se lo había dicho, y no solamente con los ojos o con las expresiones de la cara, sino «que hasta» con la boca, sí, con toda la boca y muy clarito!

»¡Ah, ah! ¿Y de no aquella vez que le estaba cosiendo el botón en la camisa azul? ¡Ah, ah! ¿Qué fué lo que le respondió cuando le dijo que al mes de estar en Uropa... a que ya no se acordaría «ni esto» de ella?... ¡Ah, ah! Por Dios, por esta cruz, que le dijo así, sin

quitarle ni ponerle un chiquito; le dijo: —¡Aoh, no! Babino... Mí quiere mocho osted per olvida!...

»¡Ah, ah! ¿Y aquella otra vez también no le dijo acaso que él nunca la dejaría sufrir pudiendo evitarlo, y que, así estuviese en el fin del mundo, más tardaría ella en llamarle que él en venir a la carrera?

»¡Ya lo creo!... Esas y otras muchas cosas le había dicho, que ahora, sin embargo, parecía haber olvidado por completo...

»¿Que si acaso no sabía ella, como todos, que él no iba a estarse toda la vida en el «puesto»; que algún día tendría que marcharse?

»¡Claro que lo sabía!... Pero era que, aparte de que siempre le pareció que para eso «faltaba una barbaridá», ella había confiado en que en todo ese tiempo él se habría acostumbrado ya tanto a su cariño, que, aun cuando lo deseara, no podría irse... ¡irse!...»

Y la pobre muchacha, después de cerrar por un instante los ojos como para concebir mejor la magnitud del desastre que encerraba para ella la significación de aquel vocablo, tornaba a abrirlos con el espanto del que, medio dormido, se siente precipitar en un abismo...

«¡Ah, no!... Eso no era posible; todo menos eso; todo menos que dejarle ir, que dejar de verle para siempre, que pasar por el trance horrendo de esa caída sin fin en la sima pavorosa de la ausencia eterna!

»Pero ¿qué hacer, qué idear, cómo conjurar aquel peligro que se le echaba encima con el empuje brutal de una disparada de baguales, si él la dejaba sola, si

él no la quería ya sin duda, si a él no le importaba nada de ella?»...

Y *La Negra*, con los ojos fijos en el ahumado techo de juncos de su alcoba, volvía a sentir que una amarga oleada de angustia le subía de nuevo a la garganta.

«¡Ah, ah! ¿Qué iba a hacer ella solita ahora; ella, que desde hacía tanto tiempo no daba un paso sin consultárselo a él; ella, que estaba tan acostumbrada a que él la sacara de todos sus apuros, que ahora mismo, y en cuanto se olvidaba un poco, no se le ocurría otra cosa que ir a preguntarle a él mismo cómo tendría que hacer para vencerle?

»¡Oh, era espantoso, inconcebible aquello! ¡El, James, su James, convertido en enemigo y haciéndola sufrir de esa manera; él, James, su James, porfiando por irse, por abandonarla, sabiendo que ella se moriría con el corazón reventado apenas él se alejara del «puesto»!...»

Y la pobre muchacha, después de enjugar sus lágrimas, continuaba hilando en silencio su ingenua y dolorosa querella contra *El inglés de los güesos*:

«¡Ah, ah! ¿Acaso si él la quisiera, si a él le importara algo de ella no podría mandarle decir a su patrón que, con su licencia, iba a quedarse un tiempo más allí todavía? ¿Acaso pa escribir su libro necesitaba el otro que él estuviera delante? ¿Acaso no tenía él bastante plata? — Ella había visto un montón, y hasta monedas de oro, en el baúl—. ¿Acaso no tenía él plata bastante como para poder quedarse a descansar en donde le diera la gana? ¿Acaso no le podía decir

también al hombre ese que ahí le mandaba sus güesos, y que si no le gustaba que le arreglase las cuentas?

»¡Ah, ah! ¡Tanto miedo con el patrón ahora! ¿Cómo no se acordaba de él antes, cuando sabía decirle que por el solo gusto de verla dentrar en su pieza cada mañana sería capaz de quedarse en la cama toda la vida haciéndose el enfermo? ¿Cómo no se acordaba de que estaba tan apurao por dirse cuando le ofrecía enseñarle pa cuando se sanase aquella punta e cosas que no podían aprenderse sino en una punta de años?

»¡Ah! ¡era inútil!... ¡Lo que había es que él no la quería «ni esto»; lo que había era que él era un falso y un desagradecido, y ella una bruta, que lo que debería hacer era morirse, y se acabó!»

Pero, tras algunos segundos de desaliento y de desorientación completa, la niña no tardaba en reanudar su triste y porfiado soliloquio:

«¿No estaba bien acaso allí, en el «puesto»? ¿Le faltaba algo por suerte? ¿No lo querían todos, desde su padre, que lo enseñaba a trenzar, hasta Bartolo, que le traiba del campo güevos de toda laya e bichos? ¿No hacía ella todo lo posible por servirlo al pensamiento y como a un ray?»

Y al llegar aquí, *La Negra* empalidecía de dolorosa emoción.

«¡Servirlo al pensamiento!... Y pensar que iban ya pa dos días que no había hecho nada por él, nada, ni siquiera entrar en su cuarto, en el cuarto aquel en donde le parecía haber vivido toda su vida!...

»¡Tantos cuidados, tantos sacrificios y tantos disgustos para venir a parar en esto, en este completo abandono de desastre, en esta subversión de cataclismo!...

»¡Ah! Ella había creído, había confiado al principio y en un ingenuo rencor vengativo, que él por lo menos no podría soportar la falta de sus mimos y en que vendría al cabo, todo dolorido, a pedirle que siguiera atendiéndolo como antes, porque sin ella no era posible la vida; pero no sólo no había ocurrido eso, sino que hasta parecía que él ni notara su ausencia, como si no la hubiese conocido nunca, como si no la hubiese dicho tantas veces que sin ella él no servía para nada...

»¡Qué barullo estarían haciendo del cuarto de James, y cómo la madre habría desacomodado ya y revuelto todas aquellas amadas maravillas, que ella cuidaba como a las niñas de sus ojos!...

»El remedio, ¿tomaría solo el remedio James? ¿Podría tomarlo? ¿No haría alguna atrocidad con aquellas inquietantes gotas negras que había que medir con tanto escrúpulo?»

Y en medio de su bárbara angustia, el pobre corazón de mujer de *La Negra* aun halló modo de estremecerse de maternal ansiedad ante la idea de las dificultades con que pudiera tropezar al ingerir su remedio aquel zángano de hombre que la martirizaba, feroz de egoísmo...

«¡Sí, caramba! ¡El era muy descuidado con la medicina! ¿Una vez no había echado por equivocación

como doce gotas en lugar de diez? y ¿no quería tomárselas no más para no desperdiciarlas?

»¡Ah, ah! Pero ella le quitó el vaso y se lo derramó... ¡Ah, ah! ¡Cómo no! ¡El dotor había encargao muy bien que fueran diez gotas nada más!»

Y complacida por el recuerdo amable de aquella escena, casi sonreía ya la muchacha, olvidada de su duelo, cuando de nuevo el otro recuerdo lancinante de la realidad espantosa, irrumpiendo de pronto en su cerebro, la hizo incorporarse con las pupilas dilatadas y como en un sobresalto atroz de pesadilla.

«¡Ay, mamita! ¡No! ¡Aquello no era posible; aquello era el vértigo, la locura, «el acabóse» de la vida!»

Y *La Negra*, sintiendo que toda su alma y toda su carne se contraían de espanto al asomarse al borde de aquel abismo, no pudo más y, abandonando el lecho, se puso a caminar indecisa por la alcoba, turbios los ojos de angustia y retorciendo sus manos...

Después, y como si hubiera buscado aire para sus pulmones y luz para su espíritu, la niña se acercó a la ventana, la abrió y miró un momento afuera...

Pero ni en el sol ni en las ramas de los sauces, que el viento mecía, ni en Bartolo, que junto al pozo abrevaba su caballo, ni en la agria voz de la puestera, que resonaba allá del otro lado del rancho, ni en la perra *Diamela*, que, en una postura inverosímil, se rascaba vertiginosamente el pescuezo, vió la niña otra cosa que una indiferencia uniforme y absurda hacia su gran dolor, que una incapacidad absoluta para aliviarlo en lo más mínimo...

¡Oh! Lo comprendía muy bien. Nada de aquello, nada de lo que veía por la estrecha ventanita de su cuarto, ni de lo que pudiera ver por cualquiera otra ventana abierta sobre el espectáculo del mundo, podía auxiliarla en el grave trance en que se hallaba, podía ayudarla a atrapar de nuevo aquel maravilloso pajarillo azul, que creó su ilusión y alimentó su esperanza, y que, sin que ella pudiera explicarse aún por qué, había huído a traición del tibio nido que lo albergaba amoroso.

Pero aquella indiferencia e inutilidad de los seres y de las cosas ante la magnitud de su drama no asombraban ni indignaban ya a *La Negra*, que en las primeras horas de su duelo hubiese visto como lo más natural y lógico al Sol detenido en mitad del cielo, a las estrellas apagándose y cayendo sobre la tierra en lluvia de yertos pedruscos y a la humanidad entera acudiendo llorosa al espectáculo de su gran cuita...

No; como en una hora de dolor se aprende más que en diez años de dicha, *La Negra*, que no era torpe, había aprendido, entre otras muchas verdades tan útiles como amargas, que hay horas de la vida en que no queda otro recurso que el de recogerse dentro de uno mismo como el caracol dentro de su concha, para tratar de hallar en la pobreza de los propios medios lo que no se halló ni se hallará sin duda en toda la imponente multitud de los recursos ajenos...

Ella sola, con su carita de «mater dolorosa», sin más armas que su corazón hecho pedazos y sus bellos

ojos enrojecidos de llorar, era quien tenía que defender su amor, en tremenda batalla contra todo, y podía estar segura de que si fracasaba no habría en el mundo poder que remediase su derrota, ni elocuencia que consolase su duelo.

«Sí; pero ¿qué hacer?»

Y *La Negra*, después de cerrar la ventana, iba a apoyar con desaliento su frente ardorosa sobre el vidrio, cuando la brusca apertura de una puerta a sus espaldas la hizo estremecerse sobresaltada.

Era doña Casiana, que, sorprendida de hallarla por fin en pie, y que, tomando sin duda aquella actitud como un buen síntoma, le sonreía desde la puerta.

«¡Ah, ah! ¡Más vale así!» —comenzó a decir; pero en seguida, y viendo quizá el fulgor instantáneo de un relámpago de rebelión en las pupilas de *La Negra*, se contuvo y recurrió instintiva a la táctica primitiva de lanzarse a una charla incoherente e hinchada de falsa volubilidad, que ella sospechaba eficacísima, pero que en realidad era como para irritar los nervios de la persona más apática.

—¡Ah, ah! Recién estabámos mirando el maíz con Bartolo... y vieras ché ¡qué lindo que están macollando los choclos! ¿No los has visto?

Y en seguida, y como la niña, con la cabeza inclinada y el ceño hosco, no dijese una palabra, ni la mirase tan sólo, sin vacilar doña Casiana saltó sobre otro asunto cualquiera:

—¡Ah! ¿No sabés? Tu padre hayó en el bajo e las Espadañas el ternero de la barrosa vieja, ¿te acordas?

¡Todo embichao en la cabeza el pobre animalito e Dios!... Dice que quizá va a haber que matarlo...

La Negra, por toda respuesta, volvió bruscamente la espalda a su progenitora y se puso a arañar, con un ruido de ratoncillo, la madera del contramarco de la ventana.

Le importaba tanto a *La Negra* del ternero aquel como de la humanidad en peso, cuya existencia, sin el amor de su James, ya no tenía objeto ni razón de ser para ella, que, inconsciente de su acto, le pagaba al mundo en su misma moneda de atroz egoísmo...

El mundo poderoso, indeferente, aplastaba bajo sus pies aquel drama tremendo de un corazón y de una vida, sin sospecharlo siquiera, y aun es seguro que si hubiera sido posible llamar su atención sobre él, el mundo hubiera replicado alzándose de hombros despectivo y casi ofendido.

«¡Bah! Una chinita»...

La «chinita», por su parte, retribuía al mundo su bestial desamor en una forma más amplia todavía...

Si a ella le hubieran dicho, por ejemplo, que *El inglés de los güesos* se quedaría una hora más en el «puesto» bajo la condición expresa de que Inglaterra desarmase sus escuadras, diera su libertad a Irlanda, Gibraltar a los españoles y el Canadá a los canadienses, ella hubiese respuesto alzándose de hombros y tan extrañada y despectiva como el mundo:

«¿Nada más que eso? ¡Oy, qué pavada!»

Si a ella le hubiese preguntado alguno qué parte sacrificaría del mundo por tornar a ver encendida

dentro de su alma la luz aquélla que antes le embellecía la vida, es seguro que su respuesta hubiese significado para el mundo el más espantoso cataclismo...

No es difícil calcular, pues, cuán poco le interesaría en aquellos momentos la situación del ternero de la barrosa y el efecto desastroso que haría en sus irritados nervios aquella charla materna tan bien intencionada como trivial e inoportuna.

Sin embargo, doña Casiana, haciendo caso omiso de las exteriorizaciones de mal humor de la muchacha, prosiguió, muy animada:

—¡Ah! ¿Sabés?... Recién se acordó Bartolo de que esta mañana se hayó en el campo con Deolindo Gómez, que iba pal pueblo... Parece que él también ha tenido que dir a reclarar como todo el mundo...

Y sin preocuparse para nada de la actitud de *La Negra,* ni reparar en que ésta tenía para el final de cada una de sus frases un despectivo encogimiento de hombros, acompañado de un «¡A mí qué me importa!» tan pueril como perverso, y que, aunque murmurado entre dientes, parecía satisfacer su venganza, doña Casiana se puso a hacer el comentario de su propia noticia:

—¡Ah, ah! ¡Estaba güeno!... ¡Vaya a saber uno lo que habría ido a hablar ¿no? con lo fantástico que es, y lo aparcero del otro!

—¡A mí qué me importa!...

—¡Ah, ah! Las que han de estar bañadas en agua e rosas serán ellas...

—¡A mí qué me importa!

—¡Mira la vieja, y la otra!... ¿cómo es que le dicen?... *El macho tuerto*... ¿no?

—¡A mí qué me importa!...

—¡Qué más quieren!...

—¡A mí qué me impor...

—¿Qué? ¡Pero hablá juerte, m'hija, que no te oigo!

—¡A mí qué me importa!...

Como es de imaginarse, no se necesitaba tanto para que la puestera perdiese los estribos, para que no pudiese sujetar por más tiempo aquel ventarrón de contenida cólera que desde hacía horas la mantenía inflada como uno de esos pobres escuerzos que acosan los muchachos...

Doña Casiana aspiró una gran bocanada de aire, miró instintiva a diestro y siniestro, y después, avanzando el mentón agresivo, preguntó a la muchacha:

—¿Pero decíme, Balbina; decíme una cosa, hija... ¿Qué estás haciendo? ¿Has perdido el juicio?... ¿Te pensás estar así toda la vida? ¡Caramba, también!

Mas como *La Negra* no hiciese otra cosa que repetir, con voz cada vez más baja, su infantil muletilla, doña Casiana aprovechó la oportunidad que se le ofrecía para decirle de nuevo todo lo que ya le había dicho hasta el cansancio, pero que sentía sin duda como una necesidad física de repetir una y mil veces, para desahogar la indignación impotente que le llenaba el alma ante «la canallada» de *El inglés de los güesos*, las injusticias del Destino y la locura de aquella muchacha zonza y emperrada, que quería saber más que su madre...

Y doña Casiana habló, habló vertiginosamente y casi sin tomar aliento por espacio de muchos minutos.

«Ella ya le había dicho todo lo que debía decirle; pero Balbina era una caprichosa y una desobediente, que ya iba a ver ande iría a parar con esas cosas...

»En sus tiempos, cuando una madre decía: «Esto se hace»... esto se hacía, y a ninguna hija se le habría pasao por la cabeza que pudiera ser de otra manera.

»¿No veía *La Negra* el mal que esos dijustos le causaban a su pobre madre, o era que su locura llegaba a tal extremo que ya ni le importaba de eso?

»¡Ah, ah! Ella comprendía muy bien que, en un principio, *La Negra*, en su inocencia de muchacha, hubiese podido entusiasmarse con aquel «cualquier cosa»... de hombre; porque, al fin y al cabo, con toda su cencia, *El inglés de los güesos* no era mas que «un cualquier cosa»; pero después que vió claro, después que se desengañó, ¿por qué no se ponía en razón? ¿Por qué seguía así, haciéndose mala sangre y haciéndosela hacer a todo el mundo?

»¡Caramba! Ella ya se lo dijo en más de una ocasión: «Que no se fiase tanto de aquel hombre, aunque pareciese un infeliz... Que recordase que, como sabía decir el finao su agüelo», casi no hay gringo de esos que no tengan alguna hechuría allá, en su tierra»...

Y tras una pausa, doña Casiana prosiguió, cambiando de tono:

—Mirá Balbina. Ahura que todo ha pasao, ¿querés que te diga una cosa?

Y en seguida, y como si el leve respingo de impa-

ciencia de la muchacha hubiese sido más bien una señal de asentimiento por parte de ésta, doña Casiana se apresuró a seguir, insinuante y amable:

—Vos sabés que don Luis, el pulpero, estuvo en Uropa van pa dos años, ¿no? Güeno. Yo no te lo había querido decir, ¿sabés?; pero Diolindo Gómez, el de «La Indiana», se acordó una vez delante de tu padre que el pulpero se había acordao también de que a él le parecía conocerlo a *El inglés de los güesos* de allá de su tierra, y hasta de que era casao y todo...

Al oír esto *La Negra*, dejó de arañar la madera de la ventana y, volviendo la cara, miró torvamente a la madre.

Doña Casiana insistió, sin embargo, entre desafiante y burlona:

—¡Sí, sí; es cierto! ¿Qué me mirás?

Los ojos negros de la muchacha se fijaron entonces coléricos e interrogadores en los ojos zarcos de la madre... Una palidez acentuada invadió sus facciones, y uno de sus deditos nerviosos se envolvía y desenvolvía maquinalmente con el extremo del delantal.

Después *La Negra* bajó los ojos, le temblaron los labios como si hubiera hecho un violento esfuerzo para contenerse y, por último, preguntó con voz incisiva:

—¿Por qué dice eso?

—¿Y? Porque es cierto—contestó doña Casiana—. ¿O ahura vas a dudar también de lo que te diga tu madre?

—¡Sí!

—Fíjate, Balbina, en lo que decís...

—¡Sí! ¿Por qué dice entonces eso? Si usté sabe muy bien que eso no es cierto, ¿por qué lo dice entonces?

Y al hablar así, la muchacha miraba a su progenitora con una expresión tal en los ojos, que no parecía sino que se hubiese estado dirigiendo a su más cruel y odiado enemigo.

—¡Sí! ¿Por qué dice eso?

Doña Casiana vaciló por espacio de algunos segundos, y después replicó, trémula de cólera y con una mueca de desprecio excesiva en sus labios crispados:

—¡Desgraciada! ¡Para tu madre han de ser todos los malos modales y todas las malas contestaciones, y pa los otros, blandita como manteca, ¿no?... Sos muy viva pa alegar conmigo, ¿no?, y pa faltarme, y con los otros te dejás tratar como trapo, ¿no?... ¡Mejor sería que en vez de ser tan respondona jueras más alvertida pa darte cuenta de ciertas cosas!...

Y doña Casiana continuó, bajando la voz y alargando la barbilla autoritaria hacia la moza, que la interrogaba y la desafiaba con la expresión agresiva de sus ojos sombríos:

—¡Infeliz!... Decíme, infeliz: ¿De quién te imaginas que es la carta esa que ha determinao que al hombre le dentre de pronto esa priesa tan grande de dirse pa su tierra?... ¡A ver, decí!...

La Negra se estremeció visiblemente.

—¿Qué carta?

—¡La carta esa que trujo Bartolo la otra tarde; la carta del sobre colorao!...

La muchacha se alzó de hombros.

—¿Y? ¡Qué sé yo!

—¡No has de saber!... Güeno. ¿Querés que te lo diga yo entonces?... Güeno. Pa que sepás, pedazo de zonza: esa carta es de la mujer del hombre... Diolindo Gómez se acordó...

La Negra se puso primero roja y después pálida, y a través de sus labios, hinchados un instante como para dar paso a alguna atroz palabrota, se escapó por fin su protesta indignada en gritos agudos, que llenaron de lágrimas sus ojos, fulgurantes de cólera, e hicieron retroceder a la madre con una crispación de aturdimiento.

—¡Miente! ¡Miente ese «marica»! ¡Miente como un chancho!...

Doña Casiana, sorprendida por el tremendo arrebato, se quedó un instante sin saber qué hacer; pero muy luego, advirtiendo que la niña se había puesto a sollozar apoyada de bruces sobre el contramarco de la ventana, la interrogó llena de maternal ansiedad:

—¡Pero, hija! ¿Estás loca? ¿Qué tenés ahura? ¿Por qué llorás así?

Mas fueron necesarias un centenar de preguntas semejantes, formuladas con todas las inflexiones que puede darse a la voz humana en tales trances, para que *La Negra* se decidiese a volver su bello rostro, todo bañado en lágrimas, y respondiese a grandes gritos:

—No tengo nada, ¿sabé? ¡Dejéme sola; por Dios se lo pido!

Pero la vehemencia de la muchacha no intimidó esta vez a doña Casiana, ni el ruego supremo tuvo eficacia alguna.

Tras una breve pausa de recogimiento reflexivo, la puestera comenzó con aplomo:

—Mirá, Balbina. Si tu padre, que está con la sangre bastante podrida, no ha tomao una determinación ya...

Pero no pudo continuar.

Inesperadamente, de un salto felino y con un gemido de angustia, *La Negra* acababa de salirse de la alcoba...

—¡Ché! ¿Qué es eso? ¡Oíme!... ¿P'ande vas?

... Pero por más prisa que se dió, cuando doña Casiana llegó a la puerta de la cocina, ya *La Negra* trasponía la linde del patio a todo correr y arreglándose nerviosamente el peinado.

—¡Pero Balbina, oíme, vení pacá te digo! ¿Qué vas a hacer?

...Y la pobre mujer continuó gritando inútilmente, hasta que el vestido rosa de la muchacha desapareció detrás de los matorrales de las cortaderas más próximas...

XIX

En la playa de la laguna de «Los Toros», bajo el sol y el viento y valiéndose de un pedazo de arco de

barril, *El inglés de los güesos*, pensativo y ceñudo, raspaba desganadamente una vieja calavera humana...

¡Ah! En su vida había experimentado míster James un desasosiego espiritual tan hondo como el que sentía en esos momentos mientras iba quitando silenciosamente la dura costra de arena que envolvía el amarillo y carcomido cráneo...

Hasta la hermosa laguna azul, grande como un mar y que, agitada entonces por el viento norte, se cubría de vellocinos blancos, le resultaba aquella mañana sombría y hostil como su espíritu...

Y era que una entrevista muy desagradable, que acababa de tener antes de salir con la puestera de «La Estaca», había hecho culminar su ya largo disgusto...

La pobre doña Casiana, desesperada ante el creciente trastorno de su hija, le había llevado con mucho misterio a un rincón de su alcoba y, una vez allí, enrojecidos los ojos por las lágrimas y mordiendo las puntas de su pañuelo para no estallar en llanto, le había pedido, le había rogado que por Dios, que por su madre, que por lo que más quisiera en el mundo le hiciese la caridad de ayudar a *La Negra* en aquel trance, de suavizarle de algún modo el golpe brutal que la esperaba, aunque para ello tuviera que mentirle, tuviera que engañarla con las promesas falaces de los mayores absurdos...

«¡Ah!... Ella, doña Casiana comprendía que su hija había sido una infeliz y una loca haciéndose aquellas ilusiones disparatadas; pero ¡caramba! también él,

míster «Yemes», un hombre formal y de experiencia.. ¡cómo no vió, cómo no comprendió, cómo no supo desengañarla desde un principio!...»

Al oír tales reproches, *El inglés de los güesos*, sintiendo ofendidos su pundonor de caballero, su seriedad de hombre de ciencia y sus convicciones de hombre práctico, no pudo menos de replicar con energía:

—¡Osted equívoco, siniora!... Mí nunca dijo uno palabro Babino... Osted pode prigunta ello si quiere... ¡Mí no promete nunca nada!

Y terminó con arrogancia:

—...¡Mí viene esto tiera per trabaca, no per ingana siñorito; mí un *gentleman*, siniora!

Y sus ojos azules expresaron una indignación tan sincera y tan profunda, que la pobre doña Casiana, quebrantada como estaba y sin otra esperanza que la bien mezquina de lo que aquel hombre frío y extraño quisiera hacer por su hija, se asustó y dijo, cobarde, tratando de sonreír a través de sus lágrimas:

—Sí, ya sé, míster «Yemes»; decía no más... Demasiado sé que usted no tiene la culpa; que es ella, ella no más, como bien que se lo dije dende un principio. ¡Pero qué quiere, quién iba a imaginarse esta ruina, este castigo de Dios, míster «Yemes»!...

Y no pudiendo más con su congoja, la pobre mujer, apoyándose de bruces en el tablero de su vieja y maciza cama matrimonial, se puso a llorar con unos sollozos tan profundos que hacían sacudir toda su carne...

¡Ah! Míster James había pasado muy malos mo-

mentos y, lo que era peor, los seguiría pasando sin duda alguna.

La puestera se empeñaba en que él volviese a hablar a *La Negra*, tirada allá, en su camita, como una masa inerte, para que la convenciese, para que la tranquilizase, aunque fuera engañándola si era preciso... Pero ¿qué podía él decirle a la niña que no le hubiese dicho ya?

Aquella muchacha no entendía razones; aquella muchacha estaba como loca, y él, míster James, que nunca hasta entonces hizo llorar a una mujer, ni aun quizá a su propia madre, no tenía ya coraje para renovar tales escenas...

—¡Qué cose bárbere!

Y al llegar aquí, míster James se abismó de pronto tan profundamente en sus cavilaciones, que sus pupilas azules se dilataron como las de un maniático y que sus largos dedos ganchudos, aflojándose, dejaron escurrir la calavera humana, que con ruido sordo cayó sobre la arena...

...Y era que *El inglés de los güesos* no solamente no tenía la conciencia tan tranquila como lo había aparentado delante de doña Casiana, sino que, además, estaba experimentando desde hacía días, y ante el dolor y la desesperación de *La Negra*, «una cosa muy rara», una cosa que no había sentido nunca jamás y ante cuya evidencia su viejo egoísmo se pasmaba de asombro...

¿Que amaba a *La Negra?*... Nadie lo sabía mejor que él mismo, que, oculto detrás de la máscara en-

gañosa de su cara y de sus ojos azules impasibles, sentía redoblar su corazón de hombre mozo a cada aproximación de la muchacha, y que en más de una noche de insomnio, y a pesar de la férrea disciplina de su espíritu, llegó a tener miedo de no poder dominarse...

¿Que su corazón de hombre práctico y serio estaba condenado de antemano a ser retorcido por su voluntad como un viejo estropajo?

Tampoco podía ignorarlo *El inglés de los güesos*, que era quien manejaba sus propios asuntos y sabía muy bien, por lo tanto, que no había venido a estas remotas tierras de América en busca de una muchachita de rancho con quien casarse, sino en busca de viejos cementerios indígenas en donde escarbar a toda prisa...

Pero lo que no sabía ni podía comprender *El inglés de los güesos* era el por qué aquel dolor de *La Negra* le preocupaba tanto; por qué aquel sufrimiento de una obscura muchachilla semibárbara y hasta ayer completamente desconocida para él podía dolerle más que su dolor y atormentarle más que su tormento...

¡Ah! El espíritu de míster James, forjado en el yunque de su propia fragua y a los golpes de su propio martillo, no temía su dolor por cierto, ¡no!; lo afrontaba serenamente; más aún: lo desafiaba, lo provocaba si era preciso, sonriendo petulante como un joven atleta; pero... ese otro dolor, el dolor de ella, el gran dolor de *La Negra*, ¡eso era lo que le preocupaba, lo que no podía sufrir...!

Y al comprobar la evidencia de tal absurdo, míster James buscaba la explicación revolviendo en su cerebro, con el mismo afán con que solía escarbar antes, en la playa de la Laguna, en procura de algún huesecillo extraviado.

¡Pero era inútil la diligencia! Míster James no aclaraba un punto el misterio, y, mientras tanto, su alma entera, en un olvido completo del propio dolor, parecía querer marcharse de su cuerpo, en ansias de alivio para aquel dolor ajeno...

¿Qué podía hacer, sin embargo, por la pobre muchacha?... *El inglés de los güesos* no podía hacer nada; porque aunque el único remedio estuviese en sus manos, no podía usarlo, y un remedio que en la oportunidad no puede usarse es lo mismo que si no existiera, que si no fuese un remedio...

Doña Casiana quería, en su desesperación, que él volviese a hablar a la niña; pero... ¿Pero para qué? Míster James, que había comenzado por querer convencer a ésta de lo absurdo de su pena con argumentos tales como los de que él no era un hombre como para ella, «por sus años, por su idioma y por su fealdad»... y de que ella debería casarse y se casaría sin duda «con uno linde mochache», no podía en manera alguna pretender engañarla después con el concurso de semejantes patrañas...

«El, como hombre práctico y serio, había recurrido al sistema más práctico y serio también. Al sistema de «la verdad verdadera». La víctima así no padece dudas... O se resigna o... se muere de dolor.»

Y *El inglés de los güesos,* inclinando aún más el busto, bajó los ojos pensativos.

«¡Dolor, dolor! ¡Morirse de dolor! ¿Podría en realidad alguien, *La Negra*, por ejemplo, morirse de dolor?»

.. Míster James no lo sabía a ciencia cierta... De dolor físico, quizá; pero de doloı moral... «Pšt!»

... Y recogiendo la calavera que estaba a sus pies, *El inglés de los güesos* se puso a examinarla con el entrecejo contraído.

Sin embargo, ¡cuán lejos estaba su pensamiento en ese instante de aquel despojo vulgar, de aquella vieja calavera que reía entre sus manos.!..

Míster James, al revolverlo entre sus dedos ganchudos, no era ya un hombre de ciencia, no era ya un antropólogo, un naturalista; era simplemente «un hombre», un pobre hombre ignaro, que en la costa de una laguna remota, no importaba cuál, ni de qué país del vasto mundo, pretendía, al tropezar con ellos por primera vez, resolver en un minuto, con la afanosa curiosidad ingenua de un niño o de un salvaje, los más complejos problemas que pueda plantear la vida al ceıebro y al corazón de los humanos...

Como nunca hasta entonces su pensamiento había tratado de analizarlos; como nunca hasta entonces había tenido para esos problemas otra cosa que una leve sonrisa entre burlona y despectiva, resultaba que *El inglés de los güesos* no sólo los ignoraba por completo, sino que, en su ignorancia leal y supina, los imaginaba de solución muy fácil para su disciplinado cerebro de estudioso.

¿Cómo era posible que un hombre que comprendió cosas tan serias y difíciles no pudiera comprender esas otras cosas, en cierto modo triviales y risueñas, por poco que se empeñase en ello?

Y, sin embargo, míster James no comprendía nada, sino que todas las sendas del razonamiento le llevaban, por revueltas y complicadas que fueran, al mismo sitio, al mismo claro del bosque, a la misma conclusión de dilema: «Ella o él»...

... Y entonces, algo así como un rubor de virilidad o amor propio ofendidos le subía desde el corazón a los pómulos, haciéndole estremecer:

«¡Qué diablos! El caso era duro; pero ¡qué iba a hacérsele! La vida era lucha y dolor, y estúpido el hombre que a su edad y con su experiencia se metiese en sentimentalismos.

»El, míster James, bien quisiera hacer algo por «esa chicuela»; pero si no se podía... ¿qué remedio?»

Pero en seguida, y tras una sonrisa que más parecía una mueca, míster James tornaba a sumergirse en su soliloquio mental mortificante:

«¡Caramba! El le había hecho toda clase de reflexiones... ¿Acaso no había sabido ella desde un principio que su estada en el «puesto» era una cosa transitoria? ¿Acaso no supo ella siempre, tan bien como todo el mundo, que él tenía que irse a Europa, que él tenía que volverse a su país en cuanto terminase aquel trabajo?

»Sí, ella lo sabía; pero nunca pudo imaginarse que fuera tan pronto: ¡No se vaya, James; quédese un poquito más «aunque sea»!...

Y, ahogada por los sollozos, *La Negra* le miraba, al formular aquel absurdo ruego infantil, con una expresión de súplica tan conmovedora y elocuente, que él, trastornado por completo, apenas si atinaba a decirle torpemente:

«Pero, Babino, sea razonable... ¿Qué saca con que quede unos días más, si de cualquier modo he de irme?

»Yo no sé, yo no sé... —le replicaba ella entonces como una loca—; yo no sé; pero no se vaya, James, que yo sufro mucho, ¡que yo me voy a morir!...

»... ¡Y él era el verdugo; y él tenía que ser por fuerza el monstruo de ingratitud y de injusticia, que, en su ilógica brutal, iba a retribuir a *La Negra* con el más atroz de los castigos su presente espontáneo y magnífico de amor, de belleza, de juventud y de vida!...

»¿Y todo por qué?

»¡Ah! Porque él no podía detenerse... porque *El inglés de los güesos*, «hombre de marcha» de la humanidad, por nacimiento, por educación y por costumbre, tenía como un compromiso moral contraído consigo mismo, y por razón de quién sabe qué arrepentimientos ancestrales, de caminar, de caminar siempre, recta y pausada y metódicamente, para cubrir en la vida la mayor distancia que le fuera posible sobre un largo camino de progreso de antemano elegido y jaloneado por el cálculo...

»Porque para él no fueron ni serían nunca esas bellas flores que en las mañanas de la existencia suelen

sonreír a los que pasan, medio ocultas en los matorrales de las laderas o columpiándose al borde de los abismos; porque para él no fueron ni serían nunca esos hermosos valles de color de esmeralda que, convidando al retozo, se divisan desde la altura como gemas enormes engastadas en el gris elefante de la montaña; porque para él no fueron ni serían nunca los manantiales sonoros que allá, en el fondo de los precipicios, triscan entre las negras piedras como corderos de espuma; porque para él no fué ni sería nunca nada de lo bello o amable que pudiera hallar en la existencia, fuera de los límites estrechos de las dos paralelas inflexibles...

»La sombra de los bosquecillos misteriosos, el agua cristalina de los arroyuelos, el canto de los pájaros y el perfume de las flores; todo eso era y sería más bien para los incapaces, para los abúlicos, para los decadentes, para los poetas y para los locos...

»Para él, hombre de ambición, hombre de marcha de la humanidad, siempre y tan sólo la monotonía, y el sol y el viento y el polvo calcinado de la gran carretera rectilínea; para él, siempre y tan sólo, la misma marcha ansiosa interminable hacia aquel objetivo teórico de antemano escogido, que, con la rigidez de una chimenea de usina, se recortaba austero sobre el fondo engañoso de un horizonte de espejismo...»

¡Ah! Pero esto, tan sabido, se le ocurría de pronto, aquella mañana, muy amargo y desalentador a *El inglés de los güesos*...

«¡Caramba! ¡Bueno era trabajar sin duda; bueno era ceñirse a una severa línea de conducta, si se quería llegar a ser algo en la vida; pero aquello de convertirse en eterno esclavo del propio perfeccionamiento individual, también era al cabo cosa triste...»

A míster James no le importaba nada los veinte años que había sacrificado ya ante el altar del ídolo, ni todos los millones de ansias y de flaquezas juveniles estranguladas al nacer por la férrea mano de la disciplina, que aquellos veinte años representaban... Pero... ¿y el porvenir? ¿y después? ¿y siempre?... ¿Toda su vida había de ser así, inhumana degollación de deseos y un eterno aplastar de flores?...

«¡Caramba! El no ignoraba que a golpes de martillo se forja el hierro; pero no ignoraba tampoco que una vez forjado no se le sigue martillando por toda la eternidad...

»¿Le faltaba forja a él, por ventura? ¡Veinte años tenía de fuego y de bataneo sobre el alma; veinte años durante los cuales no se había tolerado una sola debilidad, ni permitido poner un pie una sola línea más allá o más acá de donde debió ponerlo!...

»El comprendía muy bien que gracias a eso y sólo a eso había logrado destacarse entre sus condiscípulos y ser a sus jóvenes años casi una autoridad en materia científica; pero también sabía que su entrega al propósito no pudo ser más absoluta...»

... Y al pensar así, una como marea de rebelión que solapadamente empujaba el instinto vengativo co-

menzó a invadir el cerebro de *El inglés de los güesos* y a inspirarle las más desalentadoras reflexiones.

«¿Qué había hecho de su vida y qué pensaba seguir haciendo de ella en el futuro?

»—Trabajar, trabajar... ¿verdad?...

»—Bueno, ¿ya para qué?

»—¿Y? Para mejorar su puesto en la sociedad, para aumentar sus medios de acción, y, por ende, sus recursos.

»—¿Y había conseguido eso?

»—Algo sí; pero aun le faltaba mucho... ¡caramba!... aparte de que uno cada vez ambiciona más, él estaba recién a mitad de la jornada...

»—¿Pero en alguna parte debería estar por fuerza la cumbre de su más alta esperanza?

»—¿Y?... Oxford... Cambridge... el decanato de X, ¡qué sabía él! La aspiración no tiene límites...

»—Bien; bien... Suponiendo entonces que alcanzase todo eso y mucho más todavía: la celebridad mundial, la gloria científica más alta y más indiscutible... ¿qué haría después?

»—¿Y? Después descansaría, gozaría por fin de los halagos de la existencia; formaría un hogar con una bella y distinguida mujercita, que lo quisiese mucho...

»—Bueno; pero, ¿qué edad tendría entonces?

»—¿Y? Cincuenta, sesenta años...

»—¡Prety well! ¿Y él creía que el amor está para cuando se quiera llamarlo? ¿Y él creía que a los cincuenta años se pueden formar hogares con bellas mujercitas que le quieran a uno de veras? ¿Que hay en

el mundo muchos hombres de esa edad que puedan jactarse de hincar sus dientes artificiales en las divinas manzanas del amor auténtico?

»—No. ¿Pero no dicen que con el poder y el dinero se consigue todo en el mundo, ¡todo!, hasta el amor mismo?

»—Sí; pero no el espontáneo, el verdadero, el legítimo; el bello amor aquel que proporciona el mayor de los deleites humanos, que es el supremo deleite de sentirse amado como un dios por el ser que constituye precisamente nuestro encanto...

»¡Ah! Bien comprendía que ese amor que se da «por que sí», y hasta con locos alardes de desprendimiento inhumano, no puede obtenerse, sin embargo, con poder o con oro, porque no depende ni de la propia voluntad ni de la voluntad ajena, sino que, como el amor materno, de las leyes sagradas del instinto...

»¿Pudo adquirir alguna vez el poderoso, por la fuerza o por el dinero, el amor de madre que le faltaba?

»Pues lo mismo le ocurrirá fatalmente al que, no habiendo tenido la fortuna de inspirarlo a la edad propicia, o cometido el error suicida de despreciarlo cuando el Destino se lo brindó al pasar como una bella flor perlada de rocío, pretenda después, en un loco afán de no morirse sin haber aspirado la verdadera esencia de la vida, comprar con oro o con prestigios graves este otro amor de mujer que no se vende tampoco ni se obliga...

»¡Ah! ¡No se necesitaba mucho análisis para llegar a estas amargas conclusiones, y no se explicaba ver-

daderamente cómo había podido vivir hasta entonces sin preocuparse para nada de tan graves problemas!

»Resultaba que, en su ciego afán de perfeccionamiento individual, había llegado a olvidarse de que su vida se devanaba al par que sus pasos y de que, al tiempo que avanzaba por el recto camino de sus ambiciones, avanzaba también hacia la muerte...

»Era como si hubiese estado ingenuamente convencido de poder alcanzar todo aquello que se proponía, pero sin entregar nada en cambio. Un soldado de Maratón que llegaría al final de su carrera sobrehumana, no moribundo, sino rebosante de salud y energía...

»—¡Prety well!»

Y con el corazón oprimido por extraña angustia, *El inglés de los güesos* se vió con los ojos de la imaginación allá en «su cátedra» de Oxford, muy honrado, sí, pero muy solo y muy triste y con la cabeza muy blanca, y la vió también a *La Negra*, allí, en su cama, la retinta cabellera toda deshecha y repitiendo entre lágrimas su ingenuo ruego instintivo:

—¡No se vaya, James, que yo me voy a morir!

«¡Ah! ¡La vida era dura también! ¡Todo lo bueno era lo malo, y todo lo malo era lo bueno! ¡Se sufría por errar y se sufría para no errar!... ¡Siempre el dolor en todo!...

»Al fin y al cabo ¿para qué? ¡Para esto!»

Y los ojos azules de *El inglés de los güesos* se posaron, quizás por primera vez, sobre una calavera huma-

na, no ya como ojos de hombre científico, sino como ojos de soñador y de poeta.

«¡Para esto!... ¿Quién le decía a él lo que habría sufrido inútilmente el dueño de aquel mísero despojo, cuando iba desalado por la vida en pos de una ambición? ¿Quién le decía que el cerebro que albergó aquel cráneo mondo no se torturó mil veces por disciplina cuando hubiera deseado tanto no pensar? ¿Quién le decía que el dueño de aquel hueso no fué uno que se retorció el corazón para no ceder al poderoso encanto que le llamaba desde el borde del camino, o uno que murió maldiciendo el bárbaro prejuicio que le empujó por sendas extraviadas para defraudarle la vida?...

»¿Quién le decía que no perteneció a una mujer, a una pobre muchacha enamorada?»

Y al pensar esto, los ojos sabios y prácticos de *El inglés de los güesos* se fijaron curiosos por un instante en una ancha pelvis que estaba allí sobre la arena:

«¿Y por qué no? ¡Bien triangular que era la fosa subpubiana y bien evidente la profundidad de las cavidades cotiloideas!... ¿Por qué no?... Quizás fué no más una mujer, una pobre y bella muchacha que se murió de tanto implorar en vano, de tanto llorar desesperadamente, porque en la tremenda batalla librada en el cerebro de un hombre entre el instinto, padre y defensor de la vida, y un extraño paladín mecánico cayó vencido el instinto...»

... Y, sugestionado por estas reflexiones, *El inglés de los güesos* se inclinaba de nuevo sobre el viejo crá-

neo que tenía en las manos, para tratar de deducir sin duda la edad probable del sujeto al que perteneció aquel despojo, cuando un repentino alertar de teros a su espalda le hizo volver la cabeza.

Y vió, con pasmo de asombro, que, sorteando las grandes cortaderas empenachadas de plata, *La Negra*, con su vestido rosa y sus pasitos menudos, venía hacia él muy de prisa...

XX

Al verlas tan extrañamente silenciosas, se hubiera creído en algún disgusto de familia, o por lo menos en la influencia de aquel gran viento maligno y propiciador de catástrofes que desde hacía cuarenta y ocho horas soplaba implacable sobre los campos...

Doña Pacomia, con dos blancas rodajas de «papa» adheridas a las sienes y sentada ante un barreño, lavaba en él la carne para el puchero y la defendía de la codicia de las moscas con un movimiento mecánico de su mano morena y sarmentosa. *El macho tuerto* aplanchaba unas enaguas, su hermana Carmela cosía doblada en dos en un banquito, y *La Talquina*, apoyada en el contramarco de la puerta, fijaba sus ojos saltones y pensativos en las lejanías polvorosas del horizonte o en las altas copas de los álamos, arqueados por el viento...

Sin embargo, ni la paz doméstica de la familia del

«puesto» 2 de «La Indiana» había sufrido hasta entonces el más leve quebranto, ni podía achacarse tampoco a la influencia del Norte otro daño comprobable que aquel dolorcillo de cabeza que aquejaba a la madre de Deolindo y que, por otra parte, ya tenían casi dominado las dos rodajas de «papa» susodichas...

Lo que había en rigor de verdad quizá era sólo mal humor de impaciencia o cansancio de vanas conjeturas...

¡Ah!... ¡Aquel estallido homicida de Santos Telmo, aquella sangre derramada y aquella «nueva y pecaminosa» pasión de la muchacha!...

En el «puesto» 2 de «La Indiana» en esos últimos días «se ardió» más de una vez el asado en el fuego y «se pegaron» los guisos en el fondo de las ollas... Toda la familia hervía en fiebre de curiosidad; toda la familia, ansiosa de saber más, dilataba las alas de la nariz mirando hacia el «puesto» de «La Estaca», como si hubiese esperado que el viento que volaba al ras de los pastos pudiera traerle algún olor de tragedia...

Si por *El macho tuerto* hubiera sido, Deolindo Gómez habría tenido que estarse día y noche «bombeando», echado de bruces entre los matorrales de paja que circundaban el patio del «puesto» de «La Estaca» y los intereses de «The West Company» hubieran sufrido algún desmedro; pero, por fortuna para la Compañía propietaria de «La Indiana», el mozo había heredado de su respetable progenitora una noción muy clara del deber, y además estaba allí ella, la anciana

autoritaria, funcionando como un regulador de los entusiasmos juveniles:

—¡A ver, Liberata!... ¡Parece mentira!... Delante de la criatura... (La criatura era *La Talquina*, con sus seis lustros y sus ochenta y tres kilos bien cabales.) ¡A ver, Liberata!... ¡Parece mentira!...

Y después de insinuar con un gesto discreto a su hija menor la conveniencia de que se retirara de aquel sitio, en donde los mayores debatían asuntos capaces de ofender el candor de sus oídos, la puestera proseguía, sonriendo ya y bajando la voz:

—¡Sos tremenda, Liberata!... A mí me parece que la que debe de estar enterada quizá sea doña María, la curandera, que sabe visitarlos tan a menudo... ¡Mirá si le diera por cáir pu acá a la viejita!...

Pero *El macho tuerto* se incomodaba:

—¡Salga de ahí, mama!... ¡Está fresca!... ¡Si va a estar esperando una a que caiga alguno e casualidá pa saber las cosas!... Yo digo que muy bien podía Diolindo daıse una güelta por el «puesto» como quien no quiere la cosa...

Entonces la anciana puestera tornaba a ponerse grave, con gran disgusto de sus hijas:

—¿Ah, ah?... ¿Pero vos estás loca, Liberata?...

—¿Y qué tiene?...

—Tiene que no quiero que me lo distraigan a Diolindo... ¿sabés?... ¡Tiene que hay mucho quihacer en el campo!... ¡Eso tiene!...

—¡Bah!... ¡Un ratito!...

—¡Ah, ah!... ¿Y vos vas a recorrer el campo, no?...

¿Vos lo vas a ayudar a *El gayeguito Isidro* a cortar el abrojo grande?... ¿Vos vas a echar los toros a la hacienda?... ¿Vos?...

—Güeno, no se enoje, mama, no es pa tanto...

—No; no me enojo m'hija, pero hay que ponerse en razón...

Y mientras la moza, con un despechado alzamiento de hombros, echaba una mirada llena de ansias hacia el rumbo de «La Estaca», la vieja puestera filosofaba melancólica:

«¡Caray!... Una compriende muy bien... Pero... ¡no todo ha de ser diversión en esta vida!...»

... Pero lo cierto era que desde que Deolindo partió aquella madrugada para ir a declarar «y quizá también pa ver a Santos Telmo», la puestera y sus hijas mayores no habían hecho otra cosa que discutir el drama de «La Estaca» y tejer comentarios:

«¡Pobre!... ¿No?... ¡Cómo estará! ¿Qué irá a decir cuando le cuente todo? Quizá se güelva loco, ¿no?... ¡Y la muy sinvergüenza lo más chata!...»

Pero como estos dichos, cada vez más espaciados, no podían acortar el tiempo, ni menos aún las doce leguas bien cabales que entre la ida y la vuelta habían de pasar por fuerza debajo de la barriga del doradillo que montaba Deolindo, ocurrió al cabo que las moradoras del «puesto» 2 de «La Indiana» poco a poco se fueron quedando en silencio y entregándose, al parecer, en cuerpo y alma a sus ocupaciones respectivas...

Quién sabe cuánto tiempo hubieran permanecido

así, a no haber ocurrido que *El macho tuerto*, que planchaba a golpes y con tanto encono como si la ropa aquella hubiera sido la grupa perezosa del corcel de su hermano, se encaró de pronto con *La Talquina*, que, estoicamente colocada a la puerta—por alguno de esos caprichos «que le había dao por agarrar» de algún tiempo a aquella parte—seguía contemplando el campo con ojos pensativos y tristones.

—Pero... ¡Ché!... ¡Demonio!... ¡Ginoveva!—gritó furiosa—. ¡A ver si salís de áhi de una vez!...

La Talquina, aunque sorprendida por la brusca interpelación de su hermana, al instante replicó con el mismo gesto iracundo:

—¡Avisá, ché!... ¿Qué hago yo?... ¿Querés decir?...

Pero *El macho tuerto*, que en ese momento sentía sin duda un odio feroz contra el Destino, que, por haberla hecho mujer y no hombre, la había inhabilitado para ir a declarar a los juzgados, como su hermano, no la dejó añadir una palabra:

—¡Hacés—volvió a gritar—hacés que te estás áhi como una idiota, con la puerta abierta y haciéndome enllenar la ropa e tierra, eso hacés!...

—¡Salí!... ¡Calláte!...

—¿Cómo calláte?... ¡Mama!... ¡Mirelá a esta mocosa!...

Pero antes de que la vieja puestera, que en esos momentos volvía del revés una robusta «tripa gorda», hubiera tenido tiempo de mover los labios, ya la disputa violenta había encendido los ánimos de las dos mujeres:

—¡Sos una atrevida!...

—¡Mejor!...

—¡Una deslenguada!...

—¡Mejor!...

—¡Una puerca!...

—¿Y vos?... *¡Macho tuerto!...*

Y pareció que iba a ocurrir algo tremendo. Ante aquel apodo injurioso, que no ignoraba sin duda y que su propia hermana, en un impulso irresistible, acababa de arrojarle a la cara como una fresca boñiga, *El macho tuerto* se tambaleó como si hubiera recibido un «trabucazo» en medio del pecho; Carmela, sorprendida, levantó de la costura sus ojillos parpadeantes, y la anciana puestera, dejando caer en el barreño la «tripa gorda» que manipulaba, se puso de pie, tan brusca y amenazadora y resueltamente como en aquellos buenos tiempos en que «se las tenía tiesas» con su difunto marido:

—¿Qué decís, Ginoveva?... ¿Qué li has dicho a tu hermana?...

Y hubo algunos instantes de silencio solemne... *El macho tuerto* alentaba penosamente, mirando a su hermana con ojos estupefactos y lacrimosos, y ésta, aculada en la puerta, la miraba a su vez con la expresión de extravío del que, arrepentido ya de haber arrojado una bomba a sus plantas, tuviera que aguardar aún las consecuencias de la explosión formidable...

Doña Pacomia insistió severa:

—¿Por qué li has dicho eso a tu hermana?... ¿A ver?... ¡Decí!...

Pero como *La Talquina* no respondiera y se limitase a inclinar la frente, y como *El macho tuerto*, de bruces ya sobre la blanca tabla de planchar, iniciase un tímido y cristalino lloro de chicuela infeliz, la madre de Deolindo Gómez, erguida en actitud hierática, ordenó a la atrevida, con el ademán, con la voz y con el gesto:

—¡Camine en seguida pa su cuarto y metáse en la cama, deslenguada!...

Y mientras los ochenta y tantos kilos de carne fresca que representaba *La Talquina* desaparecían, sumisos y estremecidos, en las lobregueces de su alcoba, la puestera, ya más tranquila, agregó, encarándose con *El macho tuerto*, en tono de reproche:

—¡Siempre la has de estar azareando, vos también, Liberata! ¡Tené en cuenta de que es una criatura!...

...Y no hubo más, porque no podía haberlo, porque para eso doña Pacomia había empleado durante cuarenta años todas sus energías y el concurso oportuno de cierta gruesa y descascarada vara de sauce, que aun podía verse a la cabecera de su cama, erguida como una amenaza y respetada como un símbolo...

Sin embargo, la puestera aguardó en actitud avizoradora a que las cosas hubieran vuelto a la normalidad, y sólo cuando *El macho tuerto*, enjugándose las lágrimas, tornó a empuñar la plancha, y Carmela a zambullirse en la costura, se decidió a ocupar de nuevo su asiento ante el fogón y a reanudar la tarea culinaria, con un blando suspiro:

—¡Pobre m'hijo!... ¡Vea que día más fiero le ha tocao!...

Después, y por largo espacio, sólo se oyeron en la pulcra cocina del «puesto» 2 de «La Indiana» además de aquel gran rumor del viento afuera y de los golpes de la plancha adentro, el chapotear cristalino del agua en el barreño y las respiraciones acompasadas de las tres mujeres...

Doña Pacomia pensaba, en tanto que iba examinando cuidadosamente las rosadas «presas» de carne, por temor sin duda a alguna traición de las «queresas», en que, al fin y al cabo, Casiana la de «La Estaca» era más desgraciada que ella con la hija tan «trompeta» que le había tocado en suerte... *El macho tuerto*, olvidada por completo del viaje de Deolindo, de *La Negra*, de *El inglés de los güesos* y de «cuanto Dios crió», barajaba en su cerebro afiebrado mil venganzas pueriles contra su hermana; y, por último, Carmela, la pobre y desdibujada Carmela, volvía una vez más todos sus pensamientos de solterona irremediable hacia la imagen vaga y ya casi mística de cierto mozo desconocido que veinte años antes y en una calurosa tarde de estío le dijo sonriendo y al devolverle el jarro de agua que ella le había alcanzado en el palenque:

—¡Que Dios se lo pague, vida, y... guárdeme esos ojitos!...

XXI

Cuando *La Talquina* penetró en su cuarto no se acostó de inmediato, como podría suponerse y como se lo ordenara la madre con tan resuelta energía. No; tan pronto como la moza hubo cerrado y asegurado interiormente con la tranca la puerta de comunicación con la cocina, fuése cautelosa hacia la otra puerta que había en la alcoba y abriendo los postigos atisbó con curiosidad al través de los vidrios...

Y lo primero que vieron sus claros ojos saltones fué la corta y esmirriada silueta de *El gayeguito Isidro*, que descansaba una vez más de su tarea habitual de cortar abrojo grande, los brazos apoyados en el cabo de la guadaña y la mirada nostálgica perdida en la desolada inmensidad de «aquel tío» de campo, barrido por «aquel tío» de viento...

A *El gayeguito Isidro*—gallego para doña Pacomia y compañía, pero «castellano viejo» en realidad, y del propio Burgos nada menos—; a *El gayeguito Isidro* no le gustaba aquella tarea de cortar abrojo grande que le habían encomendado en el «puesto» 2 de «La Indiana», y con ello demostraba su consecuencia.

Lo mismo le ocurriera sin duda con cualquier otro yuyo, con cualquier otro trabajo, pues nunca había podido encariñarse con oficio alguno, y eso que en sus cinco escasos lustros había practicado más de ciento...

Isidro —alfarero por herencia—había sido después

vendimiador, chico de taberna, peón de cortijo, mozo de tahona, y hasta «mono sabio», según lo afirmaba; pero ninguna de aquellas ocupaciones dejó de ser para él, a los pocos días de practicada, «el oficio más tío de este tío mundo de tíos»...

Además, y probablemente porque no era muy robusto, Isidro sentía que se cansaba pronto, que se cansaba de todo, que se cansaba tanto y de tan aviesa manera, que muchas veces hasta antes de haber comenzado un trabajo ya estaba tremendamente can sado.

Tal le ocurría una vez más en aquel momento en que los ojos de *La Talquina* le descubrieron a través de los vidrios de su alcoba.

Hacía más de media hora que estaba allí, inmóvil bajo el sol y sacudido por el viento, sin decidirse a emprenderla contra aquel macizo de yuyos bravos que parecían desafiarle y burlarse de él con sus locos meneos, porque Isidro era víctima de una de esas abominables crisis de cansancio previo que le eran habituales...

Así, cuando *La Talquina*, llena de risa la gorda cara, tocó el vidrio con los nudillos, para llamar la atención de *El gayeguito*, éste, creyendo sin duda que era doña Pacomia la que golpeaba, se llevó tal «tío cerote», que fué necesario que la moza abriese por completo la puerta de la alcoba para que él se decidiera a detener el vertiginoso y relampagueante voltear de su guadaña.

—¡Ah!

—¡Pst!

La Talquina sonreía leal y bondadosamente como cualquiera mujer enamorada y... correspondida; pero él la miró tan hosco y ceñudo como era fuerza que la mirara desde que es ley de toda humana miseria moral o física eso de aprovecharse brutal e implacablemente de cualquier rara ventaja...

—¡Pst!, Isidro, ¡pst!

Y así, asomando por la puerta entornada su rubia cabeza, que despeinaban los zarpazos del viento, y animado el color de la tez por aquel rosicler de bochorno que la violencia de la posición hacía subir a su cara, *La Talquina* parecía casi bella...

—¡Pst!, ¡pst! ¿Pero?... ¡Isidro!

Al cabo se decidió él a atenderla, y abandonando su guadaña sobre el montón de cortados yuyos, se allegó a la moza muy despacio, como con desgana y enjugándose con el pañuelo el delgado y cenceño rostro.

—¿Qué quieres?

—Nada, Isidro, nada... Quería decirte no más que no te cansés mucho, que está muy juerte el sol...

—¡Toma! ¡No digas! Ven a cortarlos tú, entonces...

—¡Malo!

—Malo no; tonto, dirás...

—¿Por qué, Isidro? ¿Por qué estás siempre con eso?

El estalló brutal entonces:

—¡Toma! ¿Por qué?... Porque ya estoy harto, ¿sabés?... de tí, de la vieja, de tu hermano y de todo el mundo. ¡Por eso!

Y la miraba cínico y cruel, alargando hacia ella, toda acobardada y temblorosa, su afilada barbilla de garduña.

—¡Por eso y porque me da la gana, y no he de quedarme un solo día más en esta casa!...

Ella, al oírle, se echó a llorar de inmediato como una chicuela, con el tímido y cristalino son de un manantial minúsculo oculto entre las piedras.

—¡Ah, no! ¡Por Dios, Isidro! ¿Qué te he hecho yo? ¡Caramba!

Y alargaba instintiva sus gruesos y redondos brazos hacia *El gayeguito* que rehuyó el contacto, severo y despectivo.

—¡Dejáme! ¿Qué me has hecho? ¡Nada! ¡Ya lo sé! ¡Vaya por la noticia!

Y preguntó en seguida, bajando la voz y fijando sus negras pupilas de ratón en los claros y azorados ojos de la muchacha:

—¿Le dijiste por ventura al «tío» de tu hermano...

Pero no pudo terminar la frase, porque en ese mismo instante «el tío» aquel en persona desmontaba de su doradillo en el palenque...

... Y *La Talquina* tuvo que cerrar presurosa la puerta de su cuarto y *El gayeguito Isidro* que volver no menos velozmente a su trabajo...

XXII

La llegada de Deolindo produjo verdadera sensación en la cocina.

—¡M'hijo!...

—¡Diolindo!...

—¡Tan pronto!...

—¿Cómo te jué?...

—¿Y?... ¡Lindo no más, mi madre!... ¿Cómo quiere que me juera?...

—No; decía no más... con este día tan fiero...

—¡A la verdá... que hace un viento!... Pa mí que vamos a tener agua a la fija...

Y aunque sudoroso y cubierto de polvo como si hubiese estado apartando novillos «a rebenque», sonreía satisfecho, paseando sus ojos maliciosos sobre la curiosidad que adivinaba, en tanto que, desplomado en un banquito, se enjugaba el rostro con su gran pañuelo de seda color malva...

¡Ah... el bello muchacho! Tan bueno, tan alegre, tan útil, tan interesante... ¡cómo no iban a amarle sus hermanas y sobre todo la madre!...

—Yo pensaba, m'hijo, que tal vez el doradillo, con la calor, como es tan nuevo... ¿no?

—¡Salga de áhi, mi madre!... ¡Si ahorita no más venía sacándose el freno con las manos!...

—¡Mirálo!...

—¡Ni una espantada, ni un trompezón, mi madre!...

—¡Mirálo!...

—En el juzgao me lo estuvieron cudiciando unos milicos...

—¿Ah, ah?... ¡Mirálo!...

El macho tuerto estaba como sobre ascuas, y Carmela había empezado a pegar una manga al revés...

«¡Qué cosa que siempre había de ser así la madre!... ¡En comenzando a charlar! ¡Y después se enojaba!...»

—Este... ¡Ché!... ¡Diolindo!...

—¿Eh?... ¡Ah!... Mi madre, le truje, ¿sabé?, la «bilma» aquella que medio le estaba haciendo falta, ¿no?...

—¿Ah, ah?... ¡Qué güeno!... ¿Y ande la hayastes, m'hijo?...

—¿Y? En los de los Rodríguez pues; el negocio ese grandote que hay frente a la plaza, ¿se acuerda?

—¡Cómo no me he de acordar, m'hijo!; al padre de esos mozos...

—... Ni me la querían vender, ¿sabé?, porque no les quedaba más que un chiquito...

—¡Mirálos a los gayegos! Al padre lo supe conocer yo cuando vendía pan en las esquilas...

—¡Ah, ah!... Ahura andan diciendo que están por comprar otro negocio, ¿sabé?

—¿Y?... ¡Así no más ha de ser!... El gayego tendrá sus defetos, pero como trabajador es trabajador, no hay que negarle!... ¿Querés un mate, m'hijo?

—No, mi madre; ahorita no puedo... Tengo entoavía que echar los caballos..., ¿no? ¿Y Ginoveva, ande se ha ganao Ginoveva, que no la veo?

Y los ojos sonrientes y extrañados del mozo interrogaban a las tres mujeres, en tanto que éstas in-

clinaban la cabeza en un movimiento expresivo de pesadumbre uniforme.

Al cabo explicó la anciana con acento grave:

«Ginoveva estaba en la cama, por mal hablada, por haberle «largao un dicho muy fiero» a su hermana mayor... ¿Qué le parecía a Diolindo que una mocosa —porque al fin y al cabo Ginoveva no era mas que una mocosa—viniese a faltarle así a Liberata y «pa pior» en presencia de su propia madre?»

—¡Ah, ah!

Y Deolindo, después de haber escuchado a su progenitora muy serio y abriendo mucho los ojos, añadió en tono de ruego y volviéndose hacia la ofendida, que en ese momento se llevaba a los párpados un extremo del delantal:

—¿Y? Güeno, perdonála vos, Liberata... ¡Qué se va a hacer!...

Y no es posible saber lo que *El macho tuerto*, de nuevo lacrimosa, iría a contestar a su hermano, porque antes de que abriese la boca, la voz de la vieja puestera se interpuso autoritaria y resuelta:

—¿Qué es eso? Repará en lo que decís, Diolindo...

El mozo, al oírla, alzó los ojos azorados:

—¿Yo?... Mi madre, ¿yo? ¿qué digo?

—¡Caray! ¡Le estás pidiendo a tu hermana por Ginoveva!... ¿Dende cuándo Liberata gobierna en esta casa, m'hijo?

Deolindo se sonrojó como una niña.

—Dispense, mi madre—murmuró confuso—. No lo hice adrede ..

Y añadió en seguida, tras una leve vacilación:

—¡Perdonéla a Ginoveva, mi madre, yo se lo pido!

Y, aunque algo temeroso, el mozo al decir esto sonreía ya, mirando a la madre, y con la más bella sonrisa de su hermosa boca, casi femenina.

Pero doña Pacomia, tan rígida en sus negros vestidos como una espada dentro de su vaina, después de fijar por un instante en el suelo sus ojos casi invisibles tras los ahumados cristales de sus antiparras, denegó con firmeza.

«¡No!... Ginoveva estaba castigada con justicia y se quedaría en la cama todo el día... Ella —doña Pacomia—; ella venía notando desde tiempo atrás, y por parte de todos, «como un mal intento», es decir, como una intención manifiesta de hacerla a un lado; pero eso no iba a suceder mientras Dios le diera «salú y juerzas»...

Al oírla hablar así, los hijos intentaron una protesta tímida:

—¡Pero mamita, pero mi madre!...

Mas la vieja puestera les hizo callar:

«¡Ni una palabra! ¿O querían acaso que ella fuera una desgraciada como tantas (doña Casiana, verbigracia), una de esas pobres viejas en quienes los hijos se «limpean las manos», o quienes las arrumban en un rincón de la cocina como si fueran cosas inservibles?... ¡Estaban frescos ellos!...»

Y pasaba y repasaba al través de los vidrios de sus antiparras los ojillos chispeantes y agresivos sobre las caras contritas de sus interlocutores, que in-

clinaban la cabeza con la misma humildad uniforme con que solían hacerlo allá en los tiempos pretéritos de la vara de sauce...

Al cabo de algunos segundos, y no viendo, sin duda, por ninguna parte ni el más remoto asomo de rebelión, la madre de Deolindo interrogó a éste, ya conciliadora y afectuosa:

— ¿Pa qué preguntaba por su hermana, m'hijo?

El mozo, tranquilizado, alzó los ojos sonrientes.

—Por nada, mi madre; porque le traiba una doncera. Le traiba unas masitas, ¿sabé?

La puestera volvió a erguirse inquietante.

— ¿Masitas? —dijo—. ¿Masitas?... ¿Y con qué licencia, m'hijo?

El mozo, rojo otra vez como una flor de malvón, sólo atinó a decir vacilante:

— ¿Y? Con la suya, mi madre. ¿Cómo había de ser?

Pero doña Pacomia no se dió por satisfecha.

— ¿Cómo con mi licencia? —dijo —. ¿Vos no me anunciastes nada, Diolindo, me parece?... ¡A ver! ¿Cuándo me pediste permiso pa trairle nada a tu hermana?...

Entonces el mozo trató de explicarse, de justificarse de algún modo.

—Pero, mi madre, ¡cómo iba a decirle, si recién se me ocurrió estando en el pueblo mesmo y al pasar por la confituría!... Yo no pensé, yo no creiba...

Mas no hubo explicación que valiera, y él, Deolindo, envolviendo y desenvolviendo una de sus manos con aquel bello pañuelo de seda color malva, *El ma-*

cho tuerto dando tironcitos a su delantal y Carmela pinchándose los dedos por levantar los ojos de la costura, tuvieron que escuchar íntegramente la severa admonición que el desacato inspiró a la puestera...

«Pero ¡no decía ella! Pero ¿qué les estaba pasando a sus hijos desde hacía tiempo? ¿Qué querían, qué se proponían? ¿De ande y dende cuándo se les había ocurrido que cada uno iba a hacer lo que le diera la gana?...

»¡Pues, señor, estaban frescos; estaban muy etivocaos! ¡Ah, ah! ¡Miren la facha é los mocosos pa querer subirséle a la cara a su propia madre!

»¡Y él, tan luego, Deolindo!... De otros... *(El macho tuerto*, verbigracia)... de otros doña Pacomia no se extrañaría; ¡pero que Deolindo precisamente viniese a darle aquel disgusto...

»¡Caramba! Si ella fuera una de esas madres (doña Casiana), una de esas madres que dejan criar a los hijos «aguachaos» y «a la de Dios, que es grande», vaya y pase; pero demasiao sabían ellos con qué esmero los cuidó siempre y los educó en su respeto!

»A ella no le importaba nada que Deolindo le «trujese» cualquier «osequio» a su hermana; pero lo que ella no quería de ningún modo era que las cosas se hicieran sin su consentimiento y como si en aquella casa cada uno fuese dueño de hacer lo que le «viniera en ganas»...

»¡Ah, ah! ¡no señor!... Hoy son masitas; mañana será otra determinación cualquiera, que el que roba

una «áuja» roba también un «guay», y detrás de la armada se va el lazo entero... ¿Qué le costó a Deolindo decir, por ejemplo, antes de irse: «¡Mire, mi madre, yo tengo pensao de tráirle unas masitas a Ginoveva!...» ¿Acaso iba a negarle ella la licencia?...

»Pero no; más lindo era callarse, ¿verdad?, para decir después: «esto está hecho, y si le gusta, bien, y si no, es lo mesmo!»... A ese paso también podría Deolindo determinar cualquier día, por su cuenta y riesgo, cuándo se había de comenzar la esquila o qué animal habría de carnearse!...»

Pero como todo tiene término en la vida, y como los hijos de doña Pacomia, aleccionados ya por una larga experiencia, se guardaron muy bien de pronunciar una sola palabra, la severa anciana concluyó por rematar su homilía.

—Mirá, Diolindo—dijo a tiempo que se quitaba, para limpiarlas, sus oscuras antiparras, tal vez humedecidas por alguna lágrima sincera—. Mirá, Diolindo; si no juera porque te conozco a jondo y sé que sos incapaz...

—Yo... mi madre...

—¡Calláte!... que sos incapaz de una malicia; te voy a disculpar por esta vez, pero que el caso te sirva de lición y de esperencia pa que te acordés siempre de que en mi casa mando yo y que mandaré hasta que Dios lo permita.

—¡Ah, ah!, mi madre, ¡ah, ah!

—Cuando vos tengás casa, entonces harás lo que mejor te parezca, ¿sabés?

—¡Ah, ah!, mi madre, ¡ah, ah!

—¡Ande vamos a parar!...

Y tras breve solemne pausa, la puestera añadió con aplomo, y al tiempo que se ponía de nuevo sus antiparras:

—A esas masitas me las das a mí no más, que yo veré después lo que determino...

—¡Ah, ah!, mi madre, ¡ah, ah! Como usté mande... Ahí están en las «maletas»...

Y el mozo, serio y sumiso, después de señalar con un movimiento de la barbilla las alforjas de cotín rayado que estaban junto a la puerta, añadió, poniéndose en pie y sacudiendo de su sombrero el polvo blanquizco del camino:

—Güeno, mi madre; con su licencia viá a echar los caballos, ¿no?

Pero la puestera, ya tranquila y sonriente, le detuvo con un gesto.

—Güeno...; pero, m'hijo, ¿cómo te jué?... No me has dicho nada...

El, sonriendo también, pero de un modo que era todo un poema de intriga y de malicia, se encogió de hombros.

—¿Y? ¡Lindo no más, mi madre! ¿Cómo quiere que me juera?

—Digo si le viste a Santos; si reclaraste; si...

Y la venerable puestera se detuvo al reparar recién en la expresión extraordinaria que animaba el rostro de su hijo.

—¿Qué, Diolindo, qué?

Pero el mozo, agitando la cabeza y mirando al través de los párpados entornados, torcía los bellos labios en una elocuente sonrisa, mezcla de compunción y de malicia:

—¡Oh!

—¿El qué, m'hijo, el qué?

—¡Ah, mi madre! ¡Si ustedes... si usté supiese lo que he visto!...

—¡Vos! ¿cuándo? ¿ande?, Diolindo...

—¿Y? Ahura no más, reciencito...

—¿Pero ande, m'hijo, en el pueblo?

El mozo se echó a reír:

—¡Salga de áhi, mi madre, qué pueblo!... Allicito no más, en el campo el vecino, en la laguna é «Los Toros»!...

—¡Ah, ah! ¿Y qué, m'hijo?

—Y... vide y... vide una cosa muy rara, mama...

Y el bellaco, prevaliéndose de la situación, se complacía en prolongar la ansiedad torturante de las tres mujeres, que le rodeaban y se apretujaban ya contra él, como se apiña en los «jagüeles» el ganado sediento en el punto aquel del bebedero en donde vuelca «la manga»...

—¡Ah, ah! ¿Y qué viste, Diolindo?, decí qué viste.

Y mientras todas imploraban, ya juntando las manos, ya engarabatándolas sobre los hombros del mozo, *El macho tuerto*, la más vehemente, no dejaba de mirar con ceño hacia la puerta cerrada y sacudida por el viento, como si hubiese temido que éste fuera a robarle alguna porción de la soberbia primicia que

iba a brotar de aquel agujero maravilloso que era la boca de su hermano...

... Y Deolindo contó lo que habían visto sus ojos, lo que acababa de ver, lleno de sorpresa y deleite, espiando allá, cautelosamente oculto, entre las espadañas de la laguna de «Los Toros», y detenido al pasar por la visión extraordinaria.

«... Ella le abrazaba, ella se hincaba, ella se acostaba en la arena y..., al último, él la alzó en brazos y agarró al tranco, con ella, pa las casas...»

—¡Oy!...

—¡Mirálos!...

—¿Pero estás seguro, m'hijo?

—¡Por esta cruz, mi madre!... Digo lo que vide... ¡Por esta cruz!

—¡Qué me contás!...

Y entre las tres mujeres se cambiaba un relampagueo de miradas de connivencia o de consulta, en tanto que el mozo, esparrancado sobre sus piernas y enclavijados los dedos en el tirador amarillo de los días de fiesta, las contemplaba a su vez, con la cara partida por la más amplia y calculada y mefistofélica de sus sonrisas...

El macho tuerto fué la primera en reaccionar.

—¿Pero vos oíste lo que decían? Porque algo tendrían que decir, ¿verdá?

Deolindo se echó a reír.

—¿Y de áhi? ¿Te pensás que yo estaba encima de ellos pa sentir lo que hablaban?

—No, pero...

—... Los tenía viento abajo, y, además, ¡como pa oír nada eran los chiflidos del Norte entre los huncos!...

Y añadió bajando la voz y sacudiendo de nuevo su sombrero antes de irse y en tanto que los ojos de las tres mujeres se abismaban en el espectáculo mental de aquel cínico y audaz retozo a campo abierto, bajo la gloria del sol y entre los remolinos del viento recio.

—¡Y digan que estaban tan atareaos los dos, que de no me vían a la fija!...

Y muy risueño, se salió de la cocina, dejando a su buena madre y hermanas como hipnotizadas por los ladrillos del piso...

Doña Pacomia contraía el entrecejo, severa; *El macho tuerto* sonreía levemente, y Carmela, con los ojos muy abiertos y desprovistos en absoluto de expresión, mostraba dos manchitas rosáceas en la desolada amarillez de sus pómulos...

Así estuvieron largo rato, silenciosas y pensativas, hasta que de pronto exclamó la vieja puestera, alzando sus manos a la frente y en uno de esos impulsos nerviosos que le eran habituales:

—¡Pero esa madre, digo yo!... ¿Qué hace esa madre? ¡Dios mío!...

... Y *El macho tuerto* y Carmela, despertadas de súbito, se sobresaltaron y enrojecieron como si las hubieran sorprendido en una falta...

XXIII

—¿Verdá que es mentira, James? ¿Verdá que la carta era del hombre?...

Y con la cara muy pálida y la boca entreabierta por la fatiga, *La Negra* clavaba en los de *El inglés de los güesos* sus bellos ojos, suplicantes y escrutadores.

El, sorprendido, tartamudeó en su media lengua:

—¿La carto?... Mí no comprende, Babino.

—Sí; la de la otra tarde, la del sobre colorao; la que le trujo Bartolo.

Y trémula, con las pupilas llenas de angustia, la niña crispaba sus manos nerviosas y hacía aún por sonreír a *El inglés de los güesos*, que, comprendiendo por fin, afirmó con aplomo:

—¡Cierta! Mí dijo cierta, Babino. ¡Aoh, yes!

—¿Era del hombre, verdad?

—¡Ya!...

—¿Del hombre del libro?

—¡Yes, yes!

—¡Ah, bueno!... ¡no ve!...

Pero *La Negra* no se dió por satisfecha, y después de echar una mirada recelosa en torno suyo, agregó con voz precipitada:

—¡Ah, bueno!... Pero tiene que jurarme eso, James, por Dios... Tiene que jurarmeló... ¿Verdá que me lo jura?

El sonrió con tristeza:

—¡Yes! Mí cura también, Babino...

—¡No! ¡Así no!... Tiene que jurarmeló por esta cruz... Así, ¡mire!... Ponga los dedos así.

—Mí pone...

—Ahora, ¡beselós!

—Besa...

—¡Oh!

... Y una como oleada de vida iluminó entonces por un instante la cara morena de la muchacha, mientras que su alto seno se alzaba en un suspiro de alivio.

—¡Oh!... ¡Gracias, James, gracias! ¡Ya decía yo!...

Pero en seguida, con los ojos vagos y una leve sonrisa triste, *La Negra*, como agotada por el esfuerzo, se dejó caer en la arena.

Parecía un pajarillo enfermo, así agobiada, bajo aquel gran viento que alborotaba los rizos de su cabellera mal peinada y que le hacía inclinar mucho la frente para defenderse del polvo que le arrojaba a los ojos.

El inglés de los güesos, conmovido, se le acercó y quiso levantarla.

—Sienta acá, Babino—dijo señalando la silla de tijera—. Sienta acá mecor...

Pero *La Negra*, que a la sazón trataba de disimular su angustia escarbando con un dedo trémulo la húmeda arena de la playa, le rechazó con violencia.

—Dejéme... ¡Oh, también!...

Y él, desconcertado entonces, se quedó sin saber qué hacer, restregando indeciso las recias manos y

vueltos sus ojos azules, enigmáticos, hacia el gran espectáculo del campo barrido por el viento y en donde los albos penachos de las cortaderas se saludaban a porfía bajo el envión de las rachas...

El inglés de los güesos, disgustado y dolorido como no lo estuvo nunca jamás, sentía la necesidad imperiosa de decir algo consolador a la pobre muchacha; pero al mismo tiempo rechazaba avergonzado, por absurdas o inútiles, cuantas frases de condolencia o de mimo le dictaba su emoción de ternura...

«¿Si sabía él por qué lloraba *La Negra* y en dónde estaba el único remedio contra su daño, cómo podía decirle en aquel trance palabra alguna con pretensiones de consuelo?

»¡Ah, no! Si no podía corresponder en forma honesta y práctica al amor de la muchacha; si no podía acercar a sus labios sedientos el dulce licor maravilloso que él solo poseía, no debía tampoco agravar el delito de su egoísmo, con frases cobardes de engaño o demostraciones odiosas de compasión restringida...

»El no era tan torpe como para no darse cuenta de que no le costaría gran trabajo envolver a *La Negra* en las redes de una patraña cualquiera; pero tales procedimientos repugnaban a su espíritu...

»No habiendo engañado jamás a nadie, ni aun a sus peores enemigos, ¿cómo iba a engañar tan luego a aquella pobre chicuela sin malicia y a permitir que se forjara una ilusión insensata para prolongar su martirio?

»¡No! El era demasiado honrado para eso, como era

demasiado enérgico para claudicar en sus convicciones!»

... Y míster James estaba en eso cuando *La Negra*, poniéndose en pie bruscamente, se aproximó a él y le miró cara a cara con esa expresión entre trágica y burlona que suele poner en los ojos humanos el heroísmo de las resoluciones supremas.

El inglés de los güesos se estremeció y una como aura de extraña cobardía pasó a lo largo de sus nervios.

¿Qué iría a decir *La Negra?* ¿Qué argumentos de lógica terrible habría hallado por fin para defenderse, para atacarle, para hacer más dura aún la tremenda prueba en que se hallaban metidos su corazón y su cerebro?

Pero *El inglés de los güesos* se equivocó malamente... *La Negra* no debía de haber concebido ningún argumento nuevo, ni traído a la suprema contienda otras armas que su inocencia y su amor y su pobre corazón destrozado; porque al cabo de algunos segundos de silencio y de un breve parpadeo de duda, levantando al cielo sus bellos ojos, enturbiados de angustia, y uniendo sobre el seno sus crispadas manos, no hizo otra cosa que repetir, con voz trémula, su ingenuo y doloroso e invariable alegato:

—¡No se vaya, no se vaya, James; que yo me voy a morii!

Y en seguida, y como él, sonriendo en una mueca, moviera la cabeza con el aire del que busca la frase más adecuada para denegar una vez más el capricho

absurdo de un niño consentido, la pobre muchacha no pudo contener ya sus nervios y ofreció a los ojos y al corazón de *El inglés de los güesos* el solemne y conmovedor espectáculo de una dolorida pasión que se desborda.

... Y *La Negra* gimió, lloró, se arrastró de rodillas sobre la playa, clamando incoherencias y cubriendo con sus voces los rumores del viento; hasta que, por último, y tras una mirada de sus grandes ojos, en la que puso inútilmente cuanta belleza y elocuencia pueda mostrar en su expresión suprema un ruego de mujer, quiso alejarse de allí, sin duda, pero no pudo...

Apenas había dado dos pasos, cuando la traicionera mano de un síncope la tendió de un empellón sobre la arena...

... Y parecía todavía una muerta cuando *El inglés de los güesos*, que la llevaba en brazos hacia el «puesto», tropezando su angustia y su fatiga en los matorrales de paja, vió, con sorpresa, que un jinete desconocido se alejaba de aquellos lugares sin volver la cara y hostigando impaciente su caballo...

XXIV

Era ya casi de noche cuando llegó, por fin, doña María, la venerable y prestigiosa médica del pago, al «puesto» de «La Estaca».

Le acompañaban Bartolo, que salió a buscarla a eso de mediodía, por mandato de sus padres, acuciados,

enloquecidos, por aquella cantinela dolorosa e incesante de la muchacha: «¡Yo quiero que venga doña María, yo quiero que la llamen a doña María!», y Pantaleón, aquel zángano de hombre que decían su nieto, y que, según mentas envidiosas, descontaba al lado de la anciana octogenaria la más regalada de las vidas...

Doña María había pasado la tarde en el rancho de un tal Ibarra, puestero de «La Indiana», cuya mujer sufría las consecuencias de un «mal parto», y de allá la traía Bartolo al cabo de «un sin fin» de galopes y de pesquisas.

Con una agilidad impropia de sus años, la anciana desmontó en el palenque, y después de entregar a Bartolo las riendas de su viejo «malacara pampa», tan famoso como ella misma, se dirigió resuelta hacia «las casas», con un trotecillo menudo de zorrino...

En el patio, ya obscuro, doña Casiana, sofocada y llorosa, le salió al encuentro:

—¡Ay, señora, al fin! ¡Estoy con unas ánsias!...

—¡Bah, bah, muchacha; no ha é ser pa tanto!... ¿Cómo te va?

Y agregó presurosa, después de besarla maternalmente:

—¡Magináte mis tribulaciones, hija!... ¡La otra en un grito, con un tremendo «entuerto», y tu chiquilín esperandomé ajuera!... ¡Agradecé que este «culantrillo» es como una bendición de Dios, que de no!...

Doña Casiana, toda agitada por la angustia y por la rapidez de la marcha, quiso explicarle, ponerla en

antecedentes sobre lo que ocurría; pero ella no la dejó continuar.

—No me digás nada, m'hija; todito lo sé, todito lo imagino... cosas de la vida, ¿no? Ahorita vamos a ver...

—¡Viera cómo la llama, señora!...

—¿Ah, ah?

—Todito el día no ha hecho mas que clamar por usté la pobre!...

—¡Almita é Dios!

Al llegar a la puerta de la cocina, la curandera tropezó con el padre de *La Negra,* que, recostado en el muro del rancho, fumaba cabizbajo y sombrío, rumiando sin duda su malhumor y su disgusto.

—¿Cómo te va, Juentes? Aquí la tenés ya a tu mujer ahorcándose con un pelo por una nada a la fija...

Y agregó en seguida alegremente:

—¿Y a vos cómo te va? Siempre floriandóte con esos lindos trenzaos, ¿no?

El gaucho, sonriendo con esfuerzo, pero muy respetuoso, estrechó la negra y seca mano que le tendía la curandera.

—¡Cómo quiere que me vaya, doña María, con estas cosas que nos pasan!...

—¡Calláte! ¡calláte!... ¿O vos serás también, como ésta, capaz de ahugarte en una palangana de agua? ¡Parece mentira!... ¡No hay que ser ansina, hombre!...

Y riendo con aquella risa burlona y optimista que tanto amaban sus enfermos, doña María entró en la cocina derribando el rebozo.

—¡La pucha, qué escuro que tienen esto! ¡A ver, pues, si encienden luz, m'hijita!

—¡Sí, señora; sí!

Y las manos temblorosas de la puestera no habían terminado aún de encender el viejo y embetunado candil de hojalata, cuando los ojillos grises de la anciana médica, que chispeaban como cuentas de acero bajo las arcadas de sus cejas enérgicas, habían descubierto ya la extraña silueta de *El inglés de los güesos*, que, sentado ante el fogón, los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos, fumaba silenciosamente su pipa...

Míster James, en aquella actitud, en aquella penumbra y en medio de aquel hostil aislamiento, era la imagen viva de la desolación más tocante.

Tanto fué así, que doña María, al verle, no pudo reprimir una sonrisa ni sustraerse después, y cuando entraba en la alcoba de *La Negra*, recogiendo sus mangas, en un movimiento profesional ya casi instintivo, a la tentación de preguntar a la afligida madre en voz muy baja:

—¿Es ése, no?

—¡Ah, ah!

—¡Hacéme el favor, ché!... ¡Si parece un pavo apestao, mesmamente!...

Y juntas desaparecieron en la silenciosa estancia de la enferma, dejando a *El inglés de los güesos* otra vez solo en aquella gran cocina, tan desolada entonces como su espíritu y de donde todas las cosas amigas y familiares, desde el candil parpadeante hasta

las negras paredes, parecían rechazarle como a un ingrato o como a un intruso...

Mucho tiempo permaneció míster James así, inmóvil, con la pipa apagada entre los dientes y fijos los ojos en el suelo. Después se puso en pie muy despacio, y tras un largo desperezo dolorido, tornó a quedarse inmóvil, mirando con fijeza la llama aquella del candil, que agitaba incansable sobre el tajón su aleteo irregular y torpe de mariposa que agoniza...

Detrás de él, su sombra, al proyectarse, quebrada, sobre los muros de barro y sobre el ahumado techo de juncos, parecía un gigante monstruoso, que, metido allí por equivocación o para hacer daño, tuviera que doblarse para caber en el rancho...

Y fué estando así, y como hipnotizado por la llama, las cejas casi juntas y los rasgos faciales contraídos por el esfuerzo mental, que *El inglés de los güesos* hizo de pronto una extraña mueca y que en sus fríos ojos azules brilló un instante una lágrima...

Después, y tan agobiado como si llevara cien años sobre la espalda, caminó lentamente y se metió en su covacha...

XXV

Como siempre, y como en todas partes en casos semejantes, el nieto de la médica se había tomado el mejor sitio del fogón, y asentada su oronda humanidad sobre el banco más cómodo que encontró en la cocina de «La Estaca», se aplicaba a conciencia a la

tarea de asar en el rescoldo el más apetitoso de los pollos que halló en el gallinero de *La Negra.*

Estaba tan gordo el nieto de la médica, que al inclinarse sobre el fogón para remover con la punta del cuchillo el sabroso manjar que chirriaba sobre las brasas, su pescuezo, su frente y sus mejillas rebrillaban al resplandor de la lumbre como si estuviesen rezumando la dorada enjundia de aquellos millares de aves escogidas que los grandes prestigios morales y profesionales de la abuela atrajeron para regalo de su exigente cuanto espacioso estómago.

Porque hay que saber que, aparte de su haraganería ingénita y de aquella desmedida afición a las cosas buenas, Pantaleón no era un mal hombre.

¡Ni un vicio, ni una aventura pecaminosa, ni siquiera un mal talerazo allá en el ambiente propicio de las pulperías!...

En los treinta y pico de años que llevaba a la pretina de la celebrada médica del pago, Pantaleón no había echado sobre su robusta y popularísima personalidad otras máculas que aquellas tan visibles como inocentes que provenían del ejercicio diario de sus aficiones culinarias...

Sin embargo, Pantaleón no era querido, y a no ser por el gran amparo que le prestaba la abuela, a quien casi no había familia que no debiese alguno de esos servicios de horas aciagas que no se olvidan nunca, el mozo lo hubiera pasado menos bien sin duda alguna...

La mayoría de los vecinos del pago, hombres y mu-

jeres hechos a la privación y al trabajo y que hubieran perdonado quizás a *El ñeto e la médica* que fuera borracho, ladrón o pendenciero, no podían soportar, sin embargo, «la gran vida» que a favor de múltiples circunstancias se venía proporcionando desde hacía tantos años aquel bribón, a la vista y paciencia de todo el mundo...

En ciertos ranchos afligidos por la enfermedad de algún deudo y aleccionados ya por la experiencia, al verle llegar así, rozagante y arrojando golosas miradas de entendido sobre las gallinas que andaban por el patio, de buena gana le hubieran soltado los perros... Pero ahí estaba la abuela, ahí estaba aquella doña María, tan buena, tan amada y tan respetable, por su edad, por su abnegación y por su «cencia»; aquella doña María, que no solamente traía en sus viejas y sarmentosas manos negras la luz de la esperanza y la salvación de las vidas, sino que, además, todo un muestrario de humanas virtudes...

¿Y quién era «el guapo» capaz de atreverse, sin ofensa para la moral o para la lógica, a poner tan sólo un mal gesto a los desmanes gastronómicos de «lo que más quería en el mundo» aquel prodigio de viejecita que curaba todos los males de la carne y del espíritu con el desinterés más absoluto, y que a los ochenta y cuatro años no vacilaba todavía para montar a caballo, a cualquier hora y con cualquier tiempo, para acudir en socorro de algún desgraciado, que las más de las veces no tenía «ni un mal cordero guacho criao en las casas» para retribuirle favor tan inmenso?...

¡Ah, no! Porque si Pantaleón era un «aprovechador» y un «angurria», su ilustre abuela, en cambio, constituía el más noble y perenne ejemplo de austeridades y de desprendimientos de que hubiera memoria en el pago.

Con lo que era y con lo que sabía, la anciana médica hubiera podido hacerse una fortuna «y hasta andar arrastrada en coche como un manate»; pero como no tenía «ni un chiquito de orgullo, ni un chiquito de codicia, ni un chiquito de regalona siquiera», ahí andaba la pobre como una santa, de acá para allá, en su malacara viejo y maceta, repartiendo a ciegas y a manos llenas el pan mil veces bendito de su corazón y de su «ciencia»...

Y así, se daba el caso de que quien en veinticuatro horas, y sin más remedio que una cataplasma de pan mojado en el estómago, curó al ricachón don Lino Costa de aquel supuesto «callo» (1) que le roía las entrañas, y contra el cual se había estrellado inútilmente toda la ciencia del doctor Paláu y de otros médicos del pueblo; que quien conjuró en un minuto el gravísimo peligro a que se halló expuesta, tras un parto, la mujer de don Serapio Aguilera, el de «La Blanca Chica», dándole a beber oportunamente una simple infusión de pluma de avestruz tostada; que quien le curó el empacho a Deolindo Gómez, moribundo, con «agua del rescoldo puesta al sereno», y, lo que es más, le engordó después, como ternero de in-

---

(1) Epitelioma.

vernada, a fuerza de «té de cinacina»; que quien libró en quince días a Domingo Carabobo de aquella enfermedad hedionda y rebelde que se le estaba devorando vivo; que quien hizo, en fin, tantas maravillas, no dejase de darse «una trotiada» cada semana por lo menos hasta el rancho de aquel don Sotelo—«que le decían»—, un pobre indio nonagenario y ciego, nada más que para hablarle de Dios y llevarle golosinas...

Además, y como si todo esto no hubiera sido suficiente para asentar los prestigios de la anciana médica sobre las bases más sólidas, nadie ignoraba en el pago que de aquel verdadero torrente de obsequios que el reconocimiento público hacía llover a diario sobre su ranchito, semioculto entre matorrales de plantas salutíferas, no todo caía en el gaznate famélico de su nieto Pantaleón, sino que buena parte de ello iba a remediar discreta o misteriosamente muchas necesidades inconfesables de los vecinos pobres.

«¿Ande jué a parar, de no, el pañolón aquel de merino negro que le regalaron a la viejita las hijas del administrador de «La Estancia Grande» cuando le curó tan lindo con carqueja aquel nacido tremendo que tenía en el cogote, y que amalaya no le curara nunca? ¿Y? ¡Jué a parar a manos de aquella pobre arrastrada de Filomena, cuando la echaron de «La Gués» con el muchacho a cuestas!...

»¿Quién le estuvo mandando a la finada «Concesión» una gallina toditos los santos días pa que se hiciese caldo porque la pobre vasca no almitía otra cosa en el estógamo? Ella, doña María; ella, la santa

siempre, que, teniendo «tanto güeno pa comer», se conformaba, ¡alma e Dios!, con su eterna presita de mano de capón cocida en el puchero, y que más de una vez montó a caballo de madrugada y con las tripas chiflando pa dir a atender a algún enfermo...

»¡Ah, ah! Como pa ponerle trompa a Pantaleón era la cosa y entoavía, cuando ella mesma, siempre que le ofertaban algo en la casa ande llegaba, sabía decir con su más lindo modo y mientras se arremangaba las mangas pa dentrar: Yo nada, m'hija... Pero, eso sí, atiendanmeló a Pantalión por favor, que viene durito e frío...»

Y no pudiendo hacer cosa más práctica, las gentes del pago, entonces, y con especialidad las mujeres, más económicas por temperamento y, por lo tanto, más ofendidas, se vengaban del mozo, ya cambiando burlonas miradas, ya colgándole los apodos más hirientes. Así, jamás criminal veterano o empedernido matrero social alguno los tuvo más variados.

Pantaleón era unas veces «Don Cómodo»; otras, «La vejiga de grasa»; otras, «El gato capón»; otras, «El guacho de doña María», «La Comadreja empachada», «El ternero mamón», etc., etc.; sobrenombres todos, como se ve, inspirados por una íntima y uniforme sublevación del espíritu femenino y doméstico ante el espectáculo de sus odiosos desmanes...

En los fogones de las estancias o en los mostradores de las pulperías era frecuente oír decirse a los mozos:

—Acomodáte vos, Pantalión...

O bien:

—¡Caray! Sirváse no más, aparcero. ¡Ni que juera el ñeto e la médica!

Pero a Pantaleón todo eso se le importaba «un pito», y la mejor prueba de ello era que cada día se ponía más exigente y más gordo, y que, no haciendo aún media hora que había llegado al «puesto», ya estaba allí en la cocina como único dueño del fogón y removiendo sobre el ardiente rescoldo el cuerpecillo inanimado y chirriante del mejor de los pollos del gallinero de «La Estaca»...

—¡Ché, chiquilín, dame sal!

Bartolo, que, sabedor de la leyenda pantagruélica que adornaba al mocetón, le había estado considerando con esos grandes ojos de admiración y de curiosidad temerosas con que los niños suelen mirar las fantásticas reproducciones gráficas de los gigantes de sus libros de cuentos, se puso bruscamente de pie, sujetándose a dos manos la holgada pretina de su bombacha.

—Sí, señor; sí...

—También, si hay, un poquito e manteca; me haces el favor, ¿no?

—Sí, señor; sí...

—¡Perfetamente!

Y el monstruo se restregaba las manos mirando con ojos de verdadera concupiscencia el tierno manjar que tenía sobre las brasas...

—Aquí está—dijo a poco Bartolo—. ¿Le alcanzará, don...?

—¡Ah, ah! ¡Perfetamente!... Y ahora me das, si te parece, un platito y pan, o gayeta u lo que haiga...

—Sí, señor; sí...

—¡Perfetamente!...

Y mientras el muchacho desaparecía en la alcoba de sus padres para ir a revolver en los profundos cajones de la vieja cómoda, Pantaleón se aplicó muy grave, y contrayendo mucho las cejas, a la ardua tarea de embadurnar con manteca la periferia de su asado, que recomenzó a chillar con brío y a envolverse en las airosas espiras de un humo azul muy agradable al olfato.

Ni siquiera tuvo el mozo una mirada para el padre de *La Negra*, para aquel mohino dueño de casa que allí, a su lado, con el sombrero sobre los ojos y la cara entre las manos, parecía sumido en las más hondas y tristes reflexiones.

«¡Caray! Si por cada enfermo que asistía la agüela Pantaleón hubiera tenido que conmoverse, y sobre todo que dejar de comer, ¡ya haría «una punta e tiempo» que se hubiera muerto de tristeza y de hambre!»

Además, al nieto de la médica no le gustaba charlar cuando estaba cocinando.

—Uno se distrai—decía—, y después le sucede cualquier estropicio a la comida...

Pero comiendo era otra cosa.

Entonces Pantaleón se ponía alegre y comunicativo y hablaba por los cuatro costados; masticando vigorosamente y haciendo expresivos gestos con su gruesos labios barnizados de grasa.

Por eso sin duda, sólo cuando Bartolo le proveyó de cuanto necesitaba, y él, apartando un poco su banco del fogón, para estar más cómodo, se hubo entregado a la tarea de comerse el pollito, con grande y ruidoso acompañamiento de regüeldos y de chasquidos, Pantaleón demostró recién algún interés por sus vecinos.

—¿Y ustedes no cenan?

Quizá porque no supiera qué contestarle, Bartolo se limitó a mirar al nieto de la médica con unos ojos tales de abiertos y de azorados, que no parecía sino que éste le hubiese propuesto descaradamente que se dejase devorar como aquel infortunado pollito de *La Negra* que estaba crujiendo entonces entre las muelas del monstruo; pero don Juan, arrancándose con esfuerzo al sopor que le dominaba, repuso con displicencia y mirándole de reojo:

—¡Ah, ah! ¡Como pa cenar está uno! ¿Le parece?...

Pero Pantaleón, con la boca llena y masticando a más y mejor, no se conmovió en lo más mínimo.

—¿Y por qué no? ¡Caray!... Por no comer no se gana nada, mientras que comiendo...

—... Se cura la muchacha, ¿no?

Y el viejo, después de sonreír desdeñoso, iba a agregar algo sin duda, cuando Pantaleón, mirándole severamente con aquellos ojos «de sapo pisao» que tenía—al decir de *El macho tuerto*—y deteniendo por un segundo el taco de pan que se llevaba a la boca, le interrumpió con firmeza:

—¡Se sana si ha de sanar, amigo, y a eso ya lo dirá

mi mama María, que pa eso ha sido llamada y pa eso vino!...

Pero en seguida, y a tiempo de dispararse el taco de pan hacia el fondo del gaznate, agregó, ya en tono muy diverso:

—¡Cha! ¡Si sabe mi mama María! ¡Sólo yo sé lo que sabe! ¡Si hasta a veces parece que tuviera endeveras algo e santa, como dicen!...

Y había un timbre de convencimiento tan sincero, tan leal y tan elocuente en la voz del nieto de la médica, que el padre de *La Negra*, sintiendo sin duda que el ala de lo sobrenatural le abanicaba la cara, inclinó un instante la frente pensativa, para alzarla muy luego y decir a Bartolo con voz firme:

—¡A ver, m'hijo; poné la pava, pues!...

Y mientras el muchacho hacía la diligencia, volvió de nuevo, pero ya con cierta timidez, sus ojillos cabrillantes de ansiosa curiosidad hacia el nieto de la sabia médica, hacia aquel iniciado único en el misterio de su prodigiosa ciencia, que en esos momentos aplicaba toda su energía a arrebañar el plato de hojalata con un mollete de miga grande como un puño.

—¿Y?... Diga don... ¿Y usté crai que doña María le hallará remedio al daño, al mal que tiene mi chica?...

Pero en seguida, y como avergonzado, desvió los ojos y tornó a fijarlos en el fuego crepitante, restregándose las manos y «sacándose mentiras» de sus viejos y recios dedos de trenzador de lazos.

Pantaleón se tomó tiempo para contestar.

Primero miró a don Juan con cierto aire de extrañeza; después colocó muy despacio el plato vacío sobre los ladrillos del fogón, y, por último, sin mirar a nadie, y a tiempo que se limpiaba la grasa de las manos en la lona de sus alpargatas nuevecitas, se expidió lentamente:

«¿Y?... ¡Que sábia él! ¡A sigún!... Eso dependía de lo que tuviese la muchacha y de que no juera a estar «muy pasada», porque a veces acontecía—¡la gente era tan baguala!—que sabían llamarla a la agüela cuando ya el enfermo estaba por estirar las patas...»

—¡Ah, ah!

Y don Juan, tan vivamente interesado como pudiera estarlo cualquier otro padre en el caso, se acomodó en el banco y alargó hacia el mozo su ansioso mentón exornado de rala barba blanquizca.

—¡Ah, ah!

—¡Sí, señor!

Y mientras que con su ojo izquierdo seguía atentamente las evoluciones del mate que preparaba Bartolo, el nieto de la médica prosiguió, escéptico:

—¡Son más bárbaros algunos!... Vea de no, amigo, la vez pasada... No sé si se lo habrán contao... ¿nó?... ¡Güeno!... Un chico e diez y ocho meses, ¿sabé?, hijo de un tal Cepeda... ¡No sé si lo conoce!... Ese que suele dir a ayudar al «puesto» 3 de «La Indiana» pa la curación de las majadas...

—¡Ah, ah!... ¿Justo Cepeda, uno picao de virgüela, que supo estar también en «La Blanca»?...

—¡Ah, ah! ¡Mesmamente!... ¡Trai! ¡Alcanzá, chiquilín!

Y después de apoderarse así, y antes de que se le hubiese ofrecido, de aquel primer mate «copetón» que acababa de cebar Bartolo, y previa una larga «chupada», el nieto de la médica prosiguió su relato.

—¡Güeno! Como l'iba diciendo, cayeron una mañana a buscarla con mucha priesa a mi mama María, porque el chiquilín aquel se les había empachao, asigún dijeron...

—¡Ah, ah!

—... Y cuando llegamos al «puesto» resultó que ya no había nada que hacer, porque el muchacho estaba las boquiadas...

—¡Ah, ah!

—¿Y sabe por qué?

—¿...?

—¡Pues, amigo, porque había tenido un empacho de año en su pancita, y aquella gente inorante y bruta, recién se acordaba de llamarla a mi mama María pa que se lo quebrase!... ¿Qué me dice?

—¡Barbaridá!, ¿no?... Güeno; pero aquí en el caso...

—¡Claro, amigo!... ¡Y digamé si no es eso una brutalidá, dejar pasar ansina a la criatura, cuando a su debido tiempo mi mama María se los hubiera curao como con la mano...

Y terminó sentencioso:

—¡Vea, han hecho, pa mí, mesmamente que pasarle el cuchillo por el pescuezo a la criatura!... ¡Tomá!, ¡ché!, chiquilín.

Bartolo recogió el mate, y don Juan aproximó su banco al del mozo.

—¡Ah, ah! Pero vea don... Aquí mi chica...

Pero el nieto de la médica, sin atenderle, reanudó, riendo, su charla:

—¡Ja, ja!... Es como el caso e la muerte el finao Hoyos, van pa una punta de años... Afigurése que mi mama María, que lo tenía curando lo más bien de un empacho macuco de matambre u picana é potro que había agarrao, no lo dejaba comer nadita más que caldo... ¡Güeno!... ¿Y sabe lo que hizo una noche el bárbaro?... ¡Agarró una cataplasma é lino u no sé qué, que tenía puesta en la barriga, y... ¡zas!... se la zampó todita en un descuido!... ¡Ja, ja, ja!...

—¡Hagáme el favor!... ¡Mentira parece!...

—¿Mentira? Vea. ¡Por esta cruz! Si quiere, pregunteseló a mi mama María, que está áhi bien viva y sana y que no me dejará mentir... ¡Se la comió todita a la cataplasma. ¡Sí, señor! Como oye... ¡Se la comió todita, y se murió al día siguiente!...

—¡Ta güeno! ¡Y así no más será!...

—¡Todita, sí, señor!...

Y tras un breve compás de silencio y después que Bartolo le hubo alcanzado un nuevo mate, el nieto de la médica prosiguió, ya en tono serio:

—Vea, amigo; a mí me sabe dar una rabia de ver una gente así tan bruta... Pero ella, mi mama María... ¡Ella sabe tener una pacencia la pobre!... ¡Nunca se enoja, creáme, ¡nunca!... Más bien la he visto llorar en ocasiones como una criatura al ver cómo por la

brutalidá de unos padres se iba del mundo un angelito!... ¡Ché, chiquilín, cambeá la cebadura; hacé el favor!...

—¡Cambee, pues, hijito!...—ratificó el padre.

Y Pantaleón, tras un breve silencio, amenizado aquella vez por un sonoro regüeldo, dijo con aire indiferente:

—Aquí no sé cómo será... ¿Qué tiene al fin la muchacha? ¿Cosa e mujeres, ¿no?

—Asigún; vea.

Y bajando la voz y aproximando su asiento cuanto pudo, el padre de *La Negra* comenzó con misterio:

—Vea; usté sabe lo que son las muchachas, ¿no?... Las muchachas cuando son así, tiernitas, ¿no?

—¡Ah, ah! ¡Ah, ah!

Y Pantaleón, mientras tanto, no dejaba de dirigir inquietas miradas de reojo al mate de Bartolo, como si hubiese temido que fuera a escapársele y a echar a volar por esos campos...

—¡Ah, ah! ¿Y de áhi?

—Y de áhi, que se nos haiga alborotao medio fiero, ¿sabé?... con este hombre grande que tenemos aquí de agregao... ¿no sé si lo vido alguna vez?... un extranjero, un...

—¡Ah, ah!... *¿El inglés de los güesos*, no?

—Eso es; el mesmo...

—¡Ah, ah! He oído acordarse a varios del asunto... Deolindo Gómez me parece... ¿Y de áhi?

—Y... güeno, y ahura risulta que ella está como loca por él; pero al ñudo, porque, como usté comprien-

derá, eso no puede ser: él tiene que dirse muy pronto pa su tierra...

—Dicen que él es un mal hombre, ¿no?

El viejo meneó la cabeza.

—¡Y qué sé yo!... Malo no creo que sea... Pa mí más bien que es un infeliz; un sabio, ¿sabé?; uno de esos tocaos de la cabeza que sólo tienen alvertencia pa sus libros; pero ella, la chica, con esas fantasías de que saben enllenarse las mujeres...

Pantaleón tuvo una leve sonrisa:

—Dicen que le ha salido medio querendona, ¿no?

Un leve tinte purpúreo invadió la apergaminada cara del viejo al oír la torpeza, y sus ojillos grises relampaguearon un instante; pero se contuvo y sólo dijo al cabo, en tono resentido, pero firme:

—Querendona no sé que sea m'hijita, ni que haiga tenido tampoco otros caprichos; pero si a usté le parece...

Pantaleón, diplomático, no le dejó continuar.

—Más vale así—se apresuró a decir—; más vale así, y dispense... No sé; me habían dicho..., pero más vale así. ¿Y?

Tras una breve pausa, el padre de *La Negra* reanudó con esfuerzo:

—Y... ahí está hecha una ruina y una miseria la pobre criatura; ella, tan sana endenantes que parecía mesmamente una flor—aunque me esté mal el decirlo, ya que soy su padre—, toda trasijada y llorona ahora, y, pa pior, matandóse a porrazos güelta a güelta con ese mal tan fiero que la agarra... ¡Yo no sé!..

—¡Ah! ¿Le da el mal?

—Sí señor, sí. Dende el día en que lo lastimó el hijo é Telmo al hombre ése, y que ella al verlo se jué redondita al suelo, ya quedó pa siempre ansí, lisiada.

—¿Ah, ah?

—Y ahura es una cosa bárbara, amigo, ¡cada vez más pior! A cada rato la agarra como una ansia y se nos queda como muerta... Yo no sé... ¡Caray!

—¡Ta güeno!...

Y mientras Pantaleón, el labio belfo alargado, se restregaba la sotabarba, meditando sin duda el pronóstico de su experiencia, el padre de *La Negra*, con los codos otra vez sobre las rodillas y la cara otra vez entre las manos, pensaba que la vida era una porquería muy grande, y se preguntaba, con ganas de llorar a gritos, qué pecados pudo cometer él, en su sencilla vida de puestero y de trenzador de «guascas», para merecer tanto castigo...

Y fué estando así que sintió de pronto que le tiraban suavemente de la manga.

—¡Tata! ¡Tata!

—¿Eh?

... Y era Bartolo, el pobre Bartolo, que, en un movimiento a la vez ansioso y tímido, inclinaba hacia él su cabezota inocente de borrego humano, para hablarle al oído, con discreto y apagado acento:

—¡Tata! ¡Tata!

—¿Qué quiere, m'hijo?

—¡Tata! ¿No cenamos hoy? ¡Yo tengo un hambre!

Pero como en el mismo instante en que su padre

iba a contestarle habló el hijo de la médica, el pobre muchacho debió de interrumpir su súplica y recobrar su primitiva posición en el banco, es decir, el busto muy erguido, las manos sobre las rodillas y muy abiertos los grandes e infantiles ojos, preñados de tristeza, de desaliento y de sueño...

—Vea, don...

—Diga.

—Vea. Anque yo esté seguro de que mi mama María ha de hallarle remedio a la enfermedá de su hija, porque élla los tiene pa toda laya de males; pa mi gusto y experencia no habrá quizás daños más peores que éstos que saben agarrar las muchachas cuando se encariñan ansina y medio al cuete con un hombre...

—¿Ah, ah?

Y el pobre padre de *La Negra* se acomodó en el asiento para atender al mozo con todos sus sentidos.

—Vea—continuó éste con una sonrisa—, vea; al principio, yo crai, yo pensé, que se tratase de otra cosa, ¿sabé?... de otra cosa más fácil ¿no? ¿me compriende?

El viejo, con los ojos fijos y la boca entreabierta, negó con la cabeza. Pantaleón, entonces, procuró ser más claro.

—Pero..., ¡caray!, amigo... Quiero decir una de esas cosas, ¿sabé?, unas de esas desgracias que le saben acontecer tantas veces a las muchachas por confiadas... ¿Me compriende ahora?

El viejo, con una sonrisa nerviosa, se removió sobre el banco.

—¡Ah, ah! ¡Cómo no!...

Pero en seguida, súbitamente, le fulguraron los ojillos, y dijo mirando con arrogancia ofendida al nieto de la médica, que le observaba a su vez con el entrecejo contraído:

—Pero... ¿Me parece que eso no hace al caso, amigo, que yo sepa?

Pantaleón se echó a reír.

—¡Ah, ah! Justo y cabal—dijo—. Ahura que lo sé, en fija que no... ¿Pero endenantes? ¿Ah, ah?

Y se alzaba de hombros, como en presencia de la cosa más natural del mundo; pero al padre de *La Negra* no debió de saberle nada bien la sospecha aquella del mocetón, porque, después de ruborizarse ligeramente y de gruñir un «¡avise!», que era todo un poema de fiero y paternal orgullo y que tuvo la virtud de dejar por un instante suspenso y silencioso a su indiscreto interlocutor, bajó la cabeza, y agitándola entre sus manos huesudas y crispadas gimió con desaliento:

—¡No ve, amigo!... ¡Hagamé el favor! ¡Hagamé el favor! ¡La gran perra!...

...Y fué aquella inoportuna circunstancia la que eligió el pobre Bartolo para renovar ante su padre la fervorosa súplica animal e instintiva de su vigoroso organismo de muchacho de doce años, que, en pie desde las cuatro de la mañana y ayuno desde esa hora, se hubiera engullido heroicamente un matambre a la faz del amor, de la gloria o de la muerte...

—¡Tata! ¡Tata!

El viejo, irritado, se volvió hacia él bruscamente.

—¿Qué hay? ¿Qué quiere?

—¡Tata! ¿No cenamos? ¡Yo tengo hambre!

Y había una elocuencia de necesidad apremiante tan conmovedora en la voz del muchacho, que hubiera sido como para darle un novillo entero...

Pero su padre, disgustado como estaba, le reprendió con dureza.

—¡Deje de fastidiar, amigo! ¿No le da vergüenza? ¡Su hermana muriéndose y usté hecho una angurria! ¡Aprienda a ser hombre!

Y no hubo más. Para que se cumpliera esa práctica ancestral de nuestra nerviosa raza latina, que no come en cuanto una emoción ingrata le escarabajea en los plexos, allá fué el pobre Bartolo, abochornado y triste, a tender su recadito en el ángulo más obscuro de la vasta cocina y a rumiar el dolor de la casa, tan ayuno como la hermana, como el padre, como la madre, y hasta quizá como la curandera misma...

...Y no se había dormido aún el chicuelo sobre aquel duro lecho espartano de su recado, que trascendía a sudor de caballo, a lana de oveja y hasta quizás un poço a zorrino, cuando la madre, silenciosa y enjugándose los ojos, apareció en la cocina.

El viejo se volvió con sobresalto al oírla entrar.

—¿Y?

—Y, ahí está—repuso la puestera entonces—; ahí está; no hace mas que llorar y redepente la agarra como un hipo...

—Sí... ¿Pero qué dice la médica? ¿Cómo la haya?

—¿Y? No dice nada... Le dió unos polvos, y ahura me mandó que me saliera, porque quería hablarla a solas... ¡Yo no sé!

Y la pobre mujer, desalentada y llorosa, tomó un banco y se sentó junto a su marido, sonándose con fuerza...

Así estuvieron por largo rato, en silencio y como abstraídos en la contemplación de las brasas del hogar mortecino, que poco a poco se iban ocultando bajo un sudario de blancas cenizas...

Y sólo cuando Bartolo comenzó a roncar, allá, en el ángulo obscuro en donde tendiera su recado, habló por fin el nieto de la médica, para decir, con tono convencido, pero en voz tan baja como si hubiese hablado consigo mismo:

—Ahura la dentra a consejar... ¡Ah, ah!

Doña Casiana, al oírle volvió hacia él sus ojos lacrimosos y fatigados.

—¿Cómo dice?

Pero antes de que el mozo hubiese tenido tiempo de contestarle, el áspero grito de una lechuza rasgó el silencio de la noche...

—¡Cruz diablo!...

E iba a sonreír Pantaleón, sin duda, alguna broma, cuando el ave agorera, después de repetir por dos veces su estridente chirrido, y posada, al parecer, sobre el techo del rancho, se puso a castañetear su pico con insólito brío.

Pantaleón sonreía meneando la cabeza; pero los padres de *La Negra*, estremecidos, se miraron mutua-

mente con todo un poema de angustia y de dolor retratado en los ojos:

—¿Has visto, Juan?

—¡Ah, ah!

—¡Cuando yo te digo que a mí el corazón me anuncea una desgracia, Juan!...

Y la pobre doña Casiana, quebrantada y llorando, se abatió sobre el hombro de su marido.

—¡Ay! ¡Yo no puedo más, Juan! ¡Yo no puedo más!

—¡Vamos, hija, vamos!

Pero, a pesar de sus esfuerzos heroicos por contenerse y por «ser hombre», don Juan concluyó por sucumbir a la tremenda congoja que le invadía, y estrechamente abrazado a su abnegada compañera de veinte años, lloró también, como ella, su desaliento infinito, sin escuchar a Pantaleón, que repetía en tonta cantinela: «¡No es pa tanto! ¡No es pa tanto!»; pero oyendo, sí, el tijeretear hueco y siniestro del pájaro fatídico, que, instalado siempre en la cumbrera del rancho, continuaba impasible «cortando una mortaja».

XXVI

Pese a las pompas del bello día estival y al honor, no frecuente, de andar luciendo una camisa nueva, a cuadros blancos y rojos, y unas alpargatas azules, sin mácula aún de sudor de caballo, de sangre de alimaña, de chorreadura de mate o de barro de la laguna, Bartolo no parecía satisfecho, sin embargo, aquella

mañana, mientras, en compañía de su fiel *Diamela*, andaba registrando cuidadosamente los frondosos matorrales de yuyos que crecían en torno del viejo «jagüel» abandonado.

—¡Cha con los bichos de porra! ¡Ni que lo hicieran adrede! ¡Antes sabían andar «así», en tropilla, y ahura, ni uno pa remedio!...

Y alargando el morro en un gesto de pueril despecho, el hermano de *La Negra* se rascaba el cuello, mirando indeciso hacia el bruñido disco del Sol, ya muy alto, mientras la perra, cansada de olisquear la maleza, le miraba a él a su vez y como si hubiera querido decirle, en el mudo lenguaje de sus bellos ojos leales:

—¡Es al ñudo, ché; completamente al ñudo!...

Pero Bartolo, que tenía contraído un compromiso solemne con su hermana, «con aquella pobre *Negra* que había estado tan enferma», no quería ni podía resignarse a semejante fracaso.

«¡Caray! ¡Alguno tenía que haber! ¡Si no hacía tanto que él vido una punta!...»

Y como aguijoneados por un mismo deseo y por una misma esperanza, el muchacho y la perra se lanzaban de nuevo, resueltamente, a la búsqueda.

Así transcurrió largo rato, hasta que, de pronto, *Diamela*, que olfateaba allí, en el preciso sitio donde en tiempos pretéritos la tosca manga de cuero del viejo jagüel, ya muerto, volcó tantas veces, como una bendición de Dios y ante los belfos sedientos, el cristalino torrente de sus entrañas; allí *Diamela*, que olis-

queaba sin mayor entusiasmo, tuvo de pronto un estremecimiento de sorpresa y se irguió después muy rígida, meneando significativamente su negra y flexible cola.

De un salto, Bartolo se juntó con ella.

—¿A ver? ¡Salí!... ¡A la m...! ¡Ya estuvo!...

Y apartando la perra con un brazo e iluminada la cara de infantil alborozo, el chico se arrodilló en el yuyal y pudo ver por fin, al alcance de su mano, lo que con tanto empeño estaba buscando desde hacía horas, es decir, un sapo, aquel feo y vulgarísimo sapo que, enfundado en su viejo y granuloso mameluco color de barro seco, se aplastaba cuanto podía sobre la húmeda tierra, para disimularse, y le miraba, palpitante la garganta, con sus dorados ojillos socarrones.

—¡Ah, ah! ¡Macanudo!...

Y Bartolo, en un impulso de contento indominable, se echó sobre la perra y la cubrió de caricias:

—¡Ah lora!... ¿Sos una gaucha, sos una tigra, *Diamela!*... ¡Mirá; ahorita, en cuanto lleguemos a las casas te viá dar un cacho e carne... un cacho e carne... ¿sabés? «así» de grandote, anque se enoje mi mama!... ¡Güeno!... Ahura estáte quieta...

Y apartando con suavidad pero con firmeza el animal, que, excitado por los halagos, trataba de treparse sobre él y de lamerle la cara, Bartolo, con esa práctica y despreocupación características de los muchachos de campo, se apresuró a atrapar el sapo y a envolverlo cuidadosamente en su raído y descolorido pañuelo color rosa:

«¡Ah, ah! ¡Macanudo! Ahura no diría *La Negra* que él era «un embécil» y un mal hermano... La cosa no podía haberle salido mejor. Viejo parecía el sapo, y era más que seguro «que no lo vieron nunca ojos de mujer»... ¡Ah, ah!... «¡Ojos de mujer!»... ¿Por qué se empeñaría tanto su hermana en que al sapo aquel «no deberían haberlo visto nunca ojos de mujer?»...

»¿Acaso no miraban las mujeres lo mesmo que los varones? ¿Acaso se morían los sapos cuando las mujeres los miraban?

»¡Ah! Bartolo entendía tan poco eso del sapo como todas aquellas otras cosas que estaban pasando en el «puesto» y en la familia desde algún tiempo a esa parte!

»¡Ya lo creo!... Primero, aquel gran odio de *La Negra* hacia *El inglés de los güesos*; después, aquella gran amistad; más después entoavía, eso de que *La Negra* se enfermara porque el míster no quería casarse con ella... Lo de la médica que venía y la curaba en un redepente con un yuyo cualquiera, y pa remate, este diantre de sapo, «que no deberían haber visto ojos de mujer», y del que parecía depender ahura la vida de su hermana, a juzgar por el afán con que se lo pedía!...

»¡Sí! A Bartolo todo eso le resultaba tan complicado y absurdo y desprovisto en absoluto de lógica, que por más que fuera enemigo de pensar «en cosas difíciles», como lo demostró plenamente en la escuela, no podía substraerse, sin embargo, a la tentación de analizarlo.»

Y Bartolo razonaba así:

«En primer término, eso de que su hermana se disgustara tanto porque *El inglés de los güesos* no se quisiese casar con ella era un bolazo sin agüela...

»¡Chá, qué afán ni qué necesidá!... ¿Acaso *La Negra* era una vieja ya para casarse? ¿Acaso no había en el mundo cosas mucho más lindas que eso? (Tortas fritas, pasteles, un peludo grandote a medio meter en una cueva; el relojito aquel que míster James le había prometido...) ¿Acaso no era posible que todos fueran amigos y se quisieran sin obligación de casarse los unos con los otros?

»¡Caray!... A él, por su parte, ni falta que le hacía la cosa, y por más que Ciriaco, aquel muchacho entecao y granujiento, que sabía venir con don Cepeda pa la descascarriada, le hubiese hablado con tanta insistencia de «lo lindo que era aquello», ¡palabra que le parecía que si alguno viniese a proponerle semejante cosa él saldría «¡matando!» y no pararía hasta escuenderse en una vizcachera!...

»¡Ah, ah! ¡Y el otro también, el míster!... ¿Por qué no se casaba «también» el míster con *La Negra?* ¿Qué le costaba hacerle el gusto a la pobre muchacha, ya que la quería tanto como decía, y ya que era un hombre grande y como para eso?...

»¡Salgan de ahí todos!... El era muy bruto porque nunca pudo aprender nada en la escuela; pero le parecía que en la ocasión era el único que pensaba «como la gente»...

»... El padre, «con cara é perro»; la madre, también

«con cara é perro»; *La Negra*, todito el día llorando, y hasta él, el míster, antes tan alegre y tan güeno, ya no decía una palabra, como si hubiese perdido el habla!...

»Y menos mal entoavía que vino doña María y la curó a *La Negra*. Y... hasta en el caso mismo de la cura de su hermana por la celebrada médica del pago encontraba Bartolo incongruencias absurdas.

»Si la habían curao a *La Negra* tan lindamente con el yuyo aquel, que ya no lloraba y hasta se raiba en ocasiones, ¿pa qué quería su hermana ahora este remedio nuevo del sapo, en vez de «seguirle metiendo» al yuyo, que le hizo tanto bien?

»¡Ah!... Bartolo no entendía una palabra de todo aquel enriedo, y, lo que era peor, cada vez se afirmaba más en la creencia de que no lograría entenderlo nunca...»

Pero esto no impidió que el hallazgo del sapo acelerase aquella mañana los latidos de su corazón generoso, al pensar el muchacho en lo mucho que iba a alegrarse *La Negra* al verle llegar por fin con lo que le solicitara con tanto misterio y tanto encarecimiento...

Sin embargo, y como no hay satisfacción completa «en esta vida», en el momento en que pisaba el estribo, le sobrevino a Bartolo una ingrata duda...

Y fué por esto:

«*Diamela* había visto el sapo, y... *Diamela* no era varón...»

XXVII

La Negra salió corriendo de la cocina, con tanta despreocupación y aturdimiento, que atropelló a don Juan y a doña Casiana, que estaban allí bajo el alero...

—¡Aya!...

—¡Epa, amiga!...

—¡Jesús, hija!

—¡Oy!... Me pegué... ¡Oy, cómo me pegué en la rodilla!... ¡Oy, oy, oy!..

—¿Qué? ¿Te hicistes daño? ¡Caramba!...

—Sí... no... ¡Oy, oy, oy!...

—Pero... ¡qué embromar! ¿A ver, hija?...

Y ambos se apretujaban junto a la moza, llenos de paternal ansiedad.

—¿A ver?...

Pero ella les tranquilizó en seguida.

—¡No!... Nada .. No es nada... ¡Ya se pasó!... ¡Qué pechada!, ¿no?...

Y se reía al decir esto, luciendo la blancura de sus dientes y aquellas dos pálidas rosas que la salud comenzaba a poner de nuevo en sus morenas mejillas...

—¡Ah, ah! ¡El susto que se pegarón!, ¿no?

Ellos entonces, con esa blandura cobarde y temblona con que suele reñirse a los chicos después de recogerles sanos y salvos de entre las ruedas de algún vehículo, quisieron amonestarla.

—¡La ocurrencia también, hija, por Dios!

—No se ande agitando, amiga. ¿Pande iba, pues, tan apurada?...

Pero *La Negra* les hizo una carantoña, y sin contestarles se fué corriendo, a través del patio, hacia aquel galponcillo en donde *El inglés de los güesos* guardaba sus hallazgos antropológicos y en donde esa mañana resonaba incesantemente su martillo...

Don Juan y doña Casiana la siguieron con ojos de inquietud y de ternura hasta que dió la vuelta del rancho, y luego se miraron pensativos, meneando la cabeza:

—¡Quién iba a creer!, ¿no?

—¡Ah, ah! Con razón saben decir, ¡caray!, que los muchachos son mesmamente que los pájaros: hoy están que se mueren y...

—Decí más bien milagro. ¡Esa bendita mujer! Decí.

Y la puestera, conmovida, alzó sus ojos zarcos al cielo, para implorar sin duda una vez más todos los beneficios de Dios en favor de la vieja y santa mujer autora de aquel milagro. Y en verdad que para los habitantes del «puesto» de «La Estaca», y sobre todo para doña Casiana, la curación de *La Negra* había tenido los caracteres de una verdadera e inexplicable maravilla...

«¡Caramba! ¡Una muchacha que se está muriendo a chorros; una muchacha enloquecida y en cuyo auxilio mental se han agotado ya todos los argumentos de los cerebros sanos que la rodean, reaccionando así

de pronto y apenas habla con aquella mujer, apenas le hace ésta unos pocos remedios «sin nada del otro mundo!»

¡Ah! Si la fama de la vieja curandera del pago hubiese menester de propagandas para cimentarse, por cierto que nada fuera más eficaz ni concluyente que la divulgación de ese maravilloso y único caso de la hija de don Juan Fuentes, el puestero de «La Estancia Grande» y alias *El engañao!*...

¡Mire que doña Casiana había vuelto y revuelto en su magín los recuerdos conmovedores de aquellas horas inolvidables, y aun interrogado hasta el cansancio a su hija! ¡Pero en vano todo!

La Negra, poniéndose seria y contrayendo mucho sus cejas enérgicas y tan bien dibujadas que recordaban las alas de las golondrinas cuando se recortan sobre el fondo limpio del cielo, juraba y perjuraba que la médica no le había dicho cosa que no supiera ya la madre; ella, doña Casiana, por su parte, no «vido» ni oyó nada que no fuese de lo más vulgar y corriente, tanto en las acciones como en las palabras y gestos de la celebrada curandera...

La puestera podría repetir con la fidelidad más absoluta el diálogo que sostuvo aquella noche con doña María cuando ésta abandonó por fin la alcoba de la enferma, después de hablar a solas con ella.

—¡Puff! ¡Si lo recordaba patente!

«Cuando la médica salió de la pieza de *La Negra* abajándose las mangas de la bata y sonriéndose con esa sonrisa tan linda que tenía, ella, doña Casiana,

que ya no podía más con su alma, se precipitó ansiosamente a su encuentro.

»—¡Señora! ¿Qué me dice?

»Y entonces doña María, sin dejar de «raírse» ni de arreglarse las mangas, le respondió encogiéndose de hombros:

»—¡Es una inocente, ché! ¿sabés?

»Y ella, con el corazón en la garganta y las piernas que se le dueblaban, le había respondido:

»—¡Ah, ah! Pero ¿cómo la haya, doña María? ¿La haya muy mal? ¡Digáme por favor!

»Entonces doña María le puso la mano en el hombro y le dijo estas mesmas palabras:

»—No, m'hija, no; ¡tranquilizáte y no te aflijás!... Yo espero que, si Dios y la Virgen nos ayudan, hemos de salir medio bien del trance...

»—¡Ay, señora! ¡Bendita sea su boca! ¿Qué remedio hay que darle ahura? ¡Digáme, madrecita; digáme, providencia é los pobres!...

»Y, media loca é la cabeza como estaba, áhi no más quiso ella, doña Casiana, arrodillarse pa besarle las manos a aquella santa; pero la médica no la dejó:

»—Estaté quieta—dijo; y agregó en seguida—: ¿Y? ¿Qué podés darle? Un poco é te de cedrón... de torongil, de reíz de myricuyá o de «yerba el gato». ¡Cuaiquier cosa!... Si no tenés, te lo mandás al chico de un galopito hasta casa... Ya sabés que a mí no me falta ningún yuyo...

»Y doña María, después de quedarse un ratito ca-

llada y pensativa, añidió bajando la voz y como pa que los hombres no la oyesen:

»—Vos sabés, hija, que estos males del corazón saben ser muy fieros, sobre todo pa nojotras las zonzas de las mujeres, y que no son males tampoco que haigan de curarse con yuyos... Pero, en fin, yo te la he hablao, yo te la he aconsejao a tu muchacha lo mejor que he podido, y espero que con la ayuda de Dios...

»Y terminó raíndose con picardía:

»—Andá; vela si querés y... ¿a que ya la hayás otra a la mocosa?...

»Y ansí jué efetivamente: Agatas se hubo ido aquella santa (con el sinvergüenza del ñeto), ella dentró en la pieza é *La Negra* y se la hayó lo más tranquila, pensando...»

Por eso era que a la puestera de «La Estaca» no le quedaba otro recurso que creer en un milagro; por eso era que cada vez que el recuerdo del suceso acudía a su memoria, doña Casiana elevaba a Dios sus zarcos ojos agradecidos, impetrando todos los bienes celestes y terrenos en favor de la ilustre médica del pago, y por eso era también, en fin, que siempre, y en el momento preciso en que la madre de *La Negra* iba a abandonar por otras atenciones esa preocupación casi constante de su sencillo espíritu, tenía invariablemente en sus gruesos labios, con una leve sonrisa, una mueca entre despectiva y burlona.

Y era esto último, porque cada vez que recordaba las diversas incidencias de la noche aquella no podía

dejar de acordarse también del muy sinvergüenza de Pantaleón, el nieto de la médica.

«El angurria, no solamente se comió el único pollo Brahama del gallinero y todo el pan y la manteca que había en la casa, sino que de yapa se llevó entoavía aquel bozalito tan gaucho que su marido estaba terminando de trenzar pa quedar bien con don Lucas, el administrador de «La Estancia Grande»...

»—¿Sabé que me está gustando el bozalito ese?—le había largao a Juan, el muy trompeta, en el preciso momento de las expansiones agradecidas y lacrimosas. Y Juan, como era natural, ¿qué iba a decirle? había tenido que responderle lo más fino:

»—Vea, lo estaba terminando por encargo..., pero si es de su gusto, lleveló no más»...

... Y el monstruo se lo había llevado, como podría haberse llevado sin duda aquella noche hasta las entrañas de los deudos de *La Negra*, si en ello hubiese puesto voluntad...

XXVIII

En el galponcito, y sentado sobre una pila de cueros vacunos, que por su rigidez y colorido parecían tablas forradas en terciopelos varios, *El inglés de los güesos* contemplaba el último de los cajones que acababa de precintar de hierro y que contenía, muy bien acondicionadas para el largo viaje, algunas de

las piezas más interesantes de su colección antropológica.

Era el cajón número 3 B, como lo indicaban grandes caracteres en rojo, y había sido construído con verdadera habilidad e inteligencia, lo que no obstaba para que míster James lo estuviera mirando con una expresión tal que no parecía sino que aquel cajón fuese el peor del mundo o que dentro de él hubiesen encerrado contra su voluntad alguna de las partes integrantes de su persona...

Pero, en realidad, míster James no veía aquel cajón, por más que en apariencia lo estuviera mirando.

Con el busto agobiado, la mano izquierda en el mentón, el codo en la rodilla y acariciando distraídamente con los dedos de la otra mano las sedosas guedejas de un cuero «yagüané» que quedaba al raz del suelo, *El inglés de los güesos* estaba pensando una vez más en *La Negra*, en su amor desdichado y en aquella ciega inconsciencia de niño del Destino torpe, que así arrojaba las semillas sin mirar en dónde...

Ahora que *La Negra*—en virtud de quién sabe qué fenómeno psicológico, de qué extraña facultad del alma femenina, que él desconocía, que no pretendía averiguar, pero que agravaba sin duda la profunda depresión de su espíritu—; ahora que *La Negra* parecía haberse conformado con su desgracia, y que ella y que todos en el «puesto» estaban otra vez tranquilos y felices, él, míster James, era el único que no sonreía, el único que continuaba sufriendo, el único que desde el amanecer hasta la noche no tenía reposo al-

guno, porque en cada minuto nuevo sentía crujir su corazón bajo la garra de una angustia creciente, como si aquel gran dolor suyo, ignorado y heroico, hubiese sido un aro de hierro que actuara sobre la víscera por la presión de un tornillo...

Al principio, al ver reaccionar a la niña, *El inglés de los güesos* había experimentado una verdadera alegría...

Fué aquello para él un gran alivio moral; fué como si un soplo de brisa, barriendo las pesadas nieblas de remordimiento que obscurecían su espíritu, lo hubiese dejado de pronto tan límpido y sereno como suelen dejar la bóveda del cielo los repentinos chubascos estivales...

«¡Qué más quería, «my God»! ¡A aquel «brujo diablo» de la médica habría que levantarle sin duda un monumento!...»

Pero después *El inglés de los güesos* empezó a experimentar un sentimiento extraño, un sentimiento tan injustificado y absurdo para su concepto y lógica, que al principio se preguntó muchas veces si estaría por volverse loco...

Resultaba que esa conformidad de *La Negra*, que fuera para él y para todos como una verdadera bendición del Cielo, se había convertido al cabo en una nueva pena para *El inglés de los güesos*, en una suerte de torcedor maldito que le estrujaba el alma y no le dejaba en paz ni a sol ni a sombra...

«El se alegraba, era verdad, de lo ocurrido; pero... ¡caramba, también!... ¿No era ya demasiada confor-

midad esa de *La Negra?* ¿No era ya absurdo y chocante aquello de verla llegar a cada rato a preguntar tonterías, con una indiferencia verdaderamente impropia de la situación en que se hallaban?»

¡Ah! Míster James no quería sin duda que la muchacha sufriese; pero aquel cambio tan radical como inhumano le producía un malestar tan hondo, que más de una vez pensó en que si acaso no sería menos duro para él que *La Negra* sufriese como antes...

«—¿Y después que tenga los cajones allá, en Uropa, ande los va a poner?... ¿Su casa quedará cerquita del museo, no?...

»—¡Prety well!...»

... Y, para reconfortarse, *El inglés de los güesos* evocaba la famosa y dramática escena de la playa de la laguna, que le parecía ya un sueño.

La bella muchacha despeinada y con los negros ojos llenos de inmensa súplica, arrastrándose a sus pies sobre la arena:

«—¡No se vaya, James; que yo me voy a morir!»...

Pero hasta esas evocaciones, lejos de aliviarle, acrecentaban su malhumor y su tristeza:

«¡Aquellos ojos, aquella postrer mirada de *La Negra!...*»

Y las pupilas azules de míster James se ponían turbias de angustia, porque, ante el recuerdo inolvidable de la expresión de ruego supremo que vió ese día en los bellos ojos de *La Negra*, y que, no obstante, resistió impasible, *El inglés de los güesos* experimentaba el mismo efecto que si en el aro atroz aquel que

le ceñía la entraña hubiese aplicado una mano torpe toda una vuelta nueva de tornillo...

«¡Ah, él también!... ¿Qué derecho tenía ya, él también, para esperar de nadie alguna de esas cosas que suelen valer más que un mundo y cuyo otorgamiento, sin embargo, sólo puede obtenerse de los nobles impulsos de la generosidad humana?

»¡Ninguno! El derecho que tiene el ladrón a la confianza del prójimo; el perro hidrófobo, a un asilo en nuestra alcoba; la víbora ponzoñosa, a la caricia de la mano...

»¡Sí! ¡Quien resistía a un ruego como el que él resistió aquella mañana en la playa de la laguna de «Los Toros», a un ruego así formulado por los más bellos ojos de mujer que hubo en el mundo, tenía por fuerza que estar maldito de Dios; tenía, por razones de equidad y de lógica, que estar inhabilitado en absoluto para pedir cosa alguna de esas que sólo dependen de la mayor o menor capacidad de ternura que pueda haber en el corazón de los hombres!»

... Y, sin embargo, y aunque parezca absurdo, más cruel que esto le resultaba aún a *El inglés de los güesos* aquella espina de duda que a última hora había venido a clavarse en su cerebro y a envenenarle la vida.

La conformidad de *La Negra*, esa conformidad repentina y rara, si se quería, pero no por ello menos evidente y que le planteaba una verdadera situación de dilema, porque ni él era doña Casiana, para creerse que aquel «brujo diablo» de doña María pudo curar a la niña con un yuyo, ni era tampoco «tan ruin» como

para sospechar que aquel grande y bello amor de *La Negra* pudo ser tan sólo una veleidad de momento, un capricho pasajero de muchacha fogosa y mal criada...

«¡No!... Por más que «otros» lo pensaran así, a *El inglés de los güesos* le parecía ya entonces que cada vez que los ojos zarcos de doña Casiana le miraban era para decirle invariablemente, entre vengativos y burlones: «¡Tomá, inglés zonzo, pa que te metás con las criollas!...» ¡No!... Por más que «otros»... lo creyeran así, él tenía fe en la lealtad de *La Negra;* él se resistía y se resistiría siempre a acusarla de semejante vileza!...»

... Y, sin embargo, la duda atroz, la duda inaguantable seguía clavándole los dientes en la entraña, con ese encono casi sádico con que los perros hacen crujir el caparazón de las «mulitas»...

«¡Ah!... El sería un loco, un miserable, todo lo que se quisiera; pero habría sido tan feliz yéndose con la seguridad absoluta de que al irse se llevaba consigo y para siempre, arrancado de cuajo, el único corazón de mujer que había hecho acelerar los latidos del suyo, aquel único y dolorido e ignorante corazón virginal que en un rancho obscuro de un país remoto le hiciera experimentar las emociones más hondas de su vida, le dejara entrever las maravillas de un mundo nuevo, en cuya existencia no había creído en serio nunca, a pesar de haberle sido garantizada tantas veces por sus sabios maestros y por las formidables bibliotecas de Cambridge y de Oxford!...»

... Y esta continuada tensión nerviosa trastornaba sin duda a *El inglés de los güesos*, que unas veces sentía como impulsos locos de llamar a *La Negra*, para gritarle en la cara todos sus reproches, y otras, una depresión tan honda, que llegaba a preguntarse si acaso no estaría enfermo, y todo aquello tan raro, todo aquel trastorno no fuera sino la consecuencia de un mal físico...

Pero bien pronto se convencía de lo contrario: es decir, que de lo que él estaba enfermo, muy enfermo, estúpidamente enfermo, era del alma, de algo mucho más delicado y sensible que la carne, y que contra su mal, por más que se empeñase, no había otro remedio que aquel heroico y bárbaro que él mismo empleara en *La Negra* con tan resuelta energía.

«La verdad verdadera, y después... resignarse o morirse...»

Pero como, a pesar de haberse dicho cien veces y en todos los tonos esa «verdad verdadera», ni se resignaba ni se moría, era que *El inglés de los güesos*, en aquella hermosa mañana de estío, que tan amablemente convidaba a la vida y al retozo, estaba allí, en el galpón del «puesto», sentado sobre una pila de cueros de vaca y con el aspecto más tétrico del mundo...

Míster James se sentía sin ganas de trabajar, sin ganas de hacer nada... Todo le resultaba hostil o pálido o sombrío; todo, el cielo, los árboles, el campo; el bello cuadrángulo dorado que el Sol metía por la puerta, y hasta un negro escarabajo claudicante, que acertó a pasar por allí: —Un «candado» o «torito» para

Bartolo, pero para él, *Diloboderus abderus*, de la clase de los Insectos, del orden de los Coleópteros, suborden de los Pentámeros y grupo de los Lamelicornios—, uno de esos pobres «candados» o «toritos» a los cuales la cruel voracidad de las hormigas suele vivisecar al extremo de que, despojados por completo de sus órganos ventrales, quedan convertidos en fúnebres cáscaras que andan, se le antojó un símbolo de la espantosa vacuidad de su espíritu, de lo que sería sin el amor de *La Negra* su desolada existencia en lo futuro...

... Y había recogido aquel mísero bicho y lo estaba examinando con verdadero interés, para ver sin duda hasta dónde llegaba la gravedad de su daño, cuando *La Negra* se presentó de pronto a la puerta del galpón:

—¡Viera, James—comenzó a decir; pero se interrumpió en seguida para preguntar curiosa:

—¿Qué? ¿Qué está haciendo?...

—¡Nada!... Un bicho...

Y, despectivo, dejó caer al pobre «candado», que, sin fuerzas para más, se quedó pataleando, de espaldas sobre el piso...

—Un bicho...

Pero ella, intrigada, insistió:

—¿Un bicho?... ¿A ver?... ¡Ah, ah!... ¡Es verdad!... Un «candado»... Bartolo les sabe poner yugo como a los güeyes pa hacerlos tirar de un palito...

Y añadió en seguida y después de haberse inclinado para mirarlo:

—¡Pobre! ¡Vea de qué hechura me lo han dejao las hormigas! ¡Está todito vacido!, ¿no?...

Y, sin más, puso resueltamente su pequeño pie sobre el mísero coleóptero, que crujió, al aplastarse, como una hoja seca o como crujía a cada rato el corazón de *El inglés de los güesos* en el torniquete de aquella conformidad inhumana de «la muy sinvergüenza»...

—¡Pobre bicho!... ¿no?...

—¡Aoh, ya!...

Y mientras la niña volvía sus ojos inquietos hacia otra parte, él la miró como si la hubiera odiado, como si aquel escarabajo vacío que acababa de «despenar» su pie menudo hubiese sido un hermano «del alma» a cuya venganza se aprestara...

—¡Ah, ah! ¿Ya cerró el otro cajón, no?

Y *La Negra* añadió, sin esperar la respuesta y agitándose como un pájaro que se dispone a volar de nuevo:

—Yo también he estado de le trabajar, ¿sabé?... Ya le arreglé todito el baúl...

—¡Thank you, miss!...

—... En el cajón blanco le puse todos los libros... ¿no?... ¡Quedó enllenito!... En el otro he encomenzao a poner ahora las demás cosas, ¿no?... El reló, el «mircoscopio», la lámpara...

El la miró con ceño, como enojado:

—Mi dició osted qui eso lamparito queda per osted, Babino; queda ricuerda...

La Negra se sonrojó un poquito, y después de mirar

hacia el otro lado, replicó, inclinando la cabeza y mordiéndose un dedo, en ademán de indecisión y de pueril embarazo:

—¡Ah, ah!... Ya sé... Pero es que yo no la quiero, James... ¿Pa qué?...

Y volviéndose por completo hacia el fondo del galpón y sin levantar la cabeza, alargó un pie y, apoyándolo en el tacón de la bota, imprimió a todo su cuerpo aquella suerte de titubeo con que exteriorizaba siempre las vacilaciones de su espíritu...

El sintió al oírla que el despecho y la ira, en una cálida oleada, le subían desde el corazón hasta la frente, y se quedó hosco y silencioso, mirando el suelo...

«¡Esto más le faltaba!... «¡Pa qué!»... ¡Tenía razón *La Negra!*... «¡Pa qué!»... ¡El era un imbécil, que se llevaba su merecido por meterse en sentimentalismos a su edad, y sobre todo con cierta clase de gente!...»

Después, sin decir palabra ni observar que *La Negra* continuaba en el mismo sitio y entregada siempre a aquel bailecito sugerente, *El inglés de los güesos* recogió el martillo y, sin saber en realidad qué era lo que iba a martillar, se allegó a la puerta y miró afuera.

Y el bello espectáculo de aquel cielo azul y límpido, o el de aquel gran campo que amarillaba en la plena madurez de sus pastos, debieron de modificar quizá sus ideas, porque *El inglés de los güesos*, muy resuelto, retornó casi de inmediato al punto de partida y, depositando suavemente el martillo sobre el cajón nú-

mero 3 B, miró a *La Negra*, y sus labios temblaron como si hubiera ido a hablar, como si hubiera ido a decir con mucha vehemencia algo que ya no le cabía en el alma; pero... al cabo, y como tantas otras veces, *El inglés de los güesos* no dijo nada, y bajando la cabeza volvió a tomar el martillo y se puso a restregar ceñudamente con «el macho» del mismo uno de los flejes de hierro del cajón, en el que en realidad no había nada que restregar...

Y medió un largo compás de silencio.

Ella siempre con la cabeza inclinada, siempre mordiéndose un dedo y siempre agitando su bello cuerpo flexible en un vaivén indeciso, y él alisando con el martillo, pero cada vez con mayor desgana, el fleje aquel que no necesitaba ningún alisamiento.

Afuera, el sol caía sobre el patio como una lluvia de oro, y era tal la calma de la atmósfera, que hasta las más tiernas y delgadas ramillas de los sauces se recortaban sobre el fondo del cielo con una inmovilidad absoluta de cosas dibujadas...

Alguno de los varones de la casa, Bartolo o su padre, debía de haber regresado ya sin duda de sus tareas matinales, porque la roldana del pozo trabajaba activamente, alborotando con su agudo gemido a los pavos, que le replicaban desde el gallinero con su gorgotear desafiante...

Diamela entró en el galpón, olisqueó el «candado» muerto, curioseó por los rincones, intentó, sin éxito, algunas «fiestas» en honor de los que allí estaban tan silenciosos, y al cabo, convencida sin duda de que en

aquella dependencia de la casa no había nada digno de verse, se sacudió vigorosamente, haciendo castañetear sus largas orejas, y se fué por donde había venido, agitando como un látigo la delgada y flexible cola...

Y se hubiera dicho que, para romper su mutismo, *La Negra* sólo hubiese estado aguardando la salida del animal, como la de un testigo importuno, porque fué marcharse *Diamela* y volverse ella y avanzar con lentos pasos hacia *El inglés de los güesos*, que bajó aún más la cabeza y se puso a frotar el fleje del cajón con tanto brío como si en ello le hubiera ido la vida...

—¡No se enoje, James!—comenzó la niña, en voz de ruego; y después de tomarle el martillo de las manos, de inclinar también la cabeza y de aplicarse a su vez a dar golpecitos en el cajón que tenían delante, agregó en el mismo tono conciliador y tímido—: ¡No se enoje, James...; pero es que yo tenía, que yo quería pedirle otra cosa, ¿sabé?... Otra cosa mejor...

El, al oírla, levantó los ojos, entre alborozados y sorprendidos:

«¿Otra cosa? ¡Lo que *La Negra* quisiera, el alma, la vida!»

—¡Ah, ah! ¡Cómo no!

Y tras una sonrisa escéptica y un ligero alzamiento de hombros, *La Negra* continuó vacilante y sin dejar de dar golpecitos con el martillo:

—¡Mire!... Una cosa... ¡dos cosas!... quisiera pedirle. Quisiera que me diera, James...

—Dice, Babino... ¡dice!...

—¿Y? ¡Güeno!... Yo... yo quiero un pelo, un pelo suyo... ¡sabé!

Y en seguida, roja como una amapola, dejó de martillar y volvió la espalda a *El inglés de los güesos*, toda encogida y trémula...

El, que no le había entendido, se le acercó solícito y ansioso.

—¿Qué, Babino, qué? Mí no oye, mí no comprende osted...

Y como otras veces, y allá, en tiempos más venturosos para ambos, fué menester todo un proceso de interrogaciones, de «¡tsts!» despectivos, de alzamientos de hombros y hasta quizá alguna lágrima, para que *El inglés de los güesos* lograra enterarse al fin de lo que pretendía *La Negra*...

—¡Aoh! ¡Uno pilo!... ¿E pir qué uno pilo, Babino?...

—¿Y? ¡Güeno!... ¡Yo lo quiero, y a usté no le importa!...

—¡Aoh! ¡Ya! ¡Ya!...

Y, sin saber qué hacer, *El inglés de los güesos* sonreía lleno de embarazo, los ojos azules muy abiertos, y deflocando entre sus dedos ganchudos uno de aquellos largos mechones leonados que le caían sobre la frente:

—¿Cóme hace, Babino?... ¿Mí aranca?

Y la miraba interrogador e ingenuo, como dispuesto a quitarse la cabellera a puñados a la menor indicación de la muchacha.

Pero ella le detuvo con un ademán.

—No, espere; dejemé a mí.

Y extrayendo del bolsillo de su delantal una tijera, que llevaba sin duda en previsión, y que era aquella misma vieja y ennegrecida tijera materna y familiar que conoció al nacer, que admiró tanto de niña por sus prestigios de cosa prohibida y rara, y que manejó por fin más tarde hasta el cansancio en sus obligadas tareas de mujer, *La Negra*, con la cara grave y el entrecejo contraído, cortó con mano temblorosa tres hebras de oro de la revuelta cabellera de míster James, que, serio también, como en la celebración de un rito, inclinaba ante ella la cabeza...

—¡Ya está! ¡Gracias!... ¡Muchísimas gracias, James!...

El inglés de los güesos, ante lo exiguo del despojo, miró sorprendido a la muchacha.

—¡Aoh!... ¡Pero eso mucho poco, Babino!... ¡Toma más, carambo!...

Y, en un impulso de generosidad pueril, le ofreció otra vez su leonada pelambrera...

Pero *La Negra* no aceptó. «Con aquellos tres pelos tenía bastante»...

Y contrayendo las cejas se aplicó cuidadosa a envolverlos en la falanjeta del índice izquierdo, mientras *El inglés de los güesos* la miraba entre curioso y conmovido...

—¡Güeno!... James, yo me voy..., ¿no?...

Y agregó en seguida, y después de mirar instintivamente hacia el lado del Sol:

—¡Vea que ahorita no más va a ser hora de almorzar!... ¿Va a seguir trabajando?...

El la miró entonces con unos ojos que eran un poema de desolación y de ansiedades.

—¡Aoh, sí! ¡Aoh, no!...

¡Qué sabía míster James en ese momento si iba a seguir o no iba a seguir!. . ¡Lo que sabía era que mucho mejor estaría muerto y enterrado junto a las osamentas indígenas, allá, en la playa de la laguna de «Los Toros»!...

—¡Ta luego, James!...

—¡Ta luogo, *Nego!*...

Y *El inglés de los güesos*, con «un nudo» más grande en la garganta que si se hubiese tragado el martillo, miraba alejarse a la niña, cuando ésta, al llegar a la puerta, se volvió con sobresalto.

—¡Oy! James...

—¿Qué, Babino, qué?

—... Que me olvidaba de lo mejor. ¡Caramba!

Y se explicó entonces.

«James quería dejarle a ella un recuerdo... ¿no?... una cosa que pa que siempre que la mirase se acordara de él, ¿no?...»

—¡Aoh, yes!... Osted moi buena conmigue, Babino... Mí no olvida nunca, ¡nunca!

Y bajando los ojos, *El inglés de los güesos* volvió a apoderarse, con mano trémula, del martillo que estaba allí, sobre el cajón:

—... ¡Aoh, ya!... ¡Nunca! ¡Nunca!... Babino...

—¡Ah, ah!... ¡Cállese!...

Y sin que él advirtiese el dejo de escepticismo y de amargura que había en aquellas palabras de la muchacha, *La Negra* prosiguió resueltamente:

«Sí, ella quería un recuerdo de míster James; pero no la lamparita ni ninguna de esas cosas que él se empeñaba en dejarle... Ella quería tan sólo que antes de irse él terminara de trenzar aquel lacito que había comenzao pa el invierno y que, no sabía por qué, después dejó a la mitada...»

A pesar de la depresión de su espíritu, *El inglés de los güesos* se rió al oirla:

«¿El lazo?... ¡Pero qué cosas tenía *La Negra!*... ¡Ja, ja!... ¡el lazo!... ¿Y para qué quería aquella porquería?...»

Pero ella se puso seria.

«¡Oh!... Eso a él no le importaba... Ella lo quería, y se acabó. ¿Si él deseaba endeveras complacerla?...

—¡Aoh, yes!.. Babino, mí quiere, mí mocho quiere...

Y giraba ya en torno los ojos escrutadores, como buscando aquel adefesio de lazo, que recordaba haber visto rodando por allí con los «tientos» resecos, más duros y retorcidos que garabatos de alambre...

—... Mí mocho quiere, pero mí pierde; mí no sabo dónde ponió Bertolo eso «buasco».

Y sonreía mirando a *La Negra*, con expresión amable y un tanto embarazada.

Pero la niña, grave y concisa, aclaró el punto.

«Al lacito lo tenía ella guardado y se lo daría luego. . ¡Bien podía James, si quería, concluirlo antes de irse,

trenzando todas las tardes un poquito, aunque más no fuera!...»

—¡Aoh, yes!...

Y se marchaba ya *La Negra*, balanceando su cuerpo flexible y muelle, a la manera como se mecen bajo la brisa los barnizados astiles de las totoras, cuando *El inglés de los güesos* la llamó con un «*¡Nego!*» que más bien pareció un gemido...

—¿Qué, James, qué?...

—¿Osted no es inocado conmigüe, *Nego?*

Ella, al oírle, primero le miró ruborizándose y con aquella fiera expresión de potranca asustada que ponía a veces en sus negros ojos ardientes, y después dijo, pálida ya, inclinando mucho la cabeza y a tiempo que retrocedía de nuevo hacia la puerta:

—No, James; yo no... yo no... ¿Por qué?...

—¡Perdónami, *Nego!*...

—Sí, James, sí...

—¡Mí no tiene el culpa!...

—No, James, no...

Pero como él, enternecido por su emoción, quisiera apoderarse de una de sus manos, para besárselas como antes, *La Negra*, apartándose y volviéndose bruscamente, echó a correr hacia afuera...

XXIX

Cerca del gallinero, y al pie mismo de un frondoso matorral de «yuyo colorado» que la ocultaba casi por

completo, *La Negra*, apresurada y ansiosa, abría un hoyo en el suelo, valiéndose de la vieja cuchilla de la cocina.

El sol meridiano caía a plomo sobre su cabeza, mal protegida por un rojo pañuelo que, al desgaire sobre las crenchas sedosas, asombraba toda su cara de un uniforme tinte purpúreo, y al borde de la bella boca, entreabierta por la fatiga, del fino y altivo labio, un mador de carne vigorosa y joven perlaba de rocío tenuísimo el terciopelo impalpable de su florida pubertad morena.

Con su rara belleza así exhibida entre el torrente de oro líquido que el Sol volcaba sobre la tierra, *La Negra* podría haber hecho la fama de un pintor, *La Negra* hubiera podido hacer palidecer de envidia a mil mujeres de todas las alcurnias; pero nada estaba más lejos de su pensamiento en aquellos instantes que su belleza, que el efecto que pudieran ejercer sus gracias en el ánimo de quienes la mirasen...

Inquieta, contraído el entrecejo y suspendiendo tan sólo su activa labor para atisbar de vez en cuando hacia la casa, por entre el intrincado varillaje del matorral compacto, *La Negra* se aplicaba con sus cinco sentidos a abrir en la tierra reseca y entretejida de raicecillas minúsculas aquel redondo agujero que poco a poco se iba agrandando, irregular y torcido como la cueva de una alimaña.

¡Sólo Dios y ella sabían la importancia de la tarea que estaba realizando y lo que le había costado el ponerse en condiciones de comenzarla!...

... Primero y ante todo, aquella haraganería o torpeza de Bartolo para conseguir el sapo, que la había tenido «con la sangre frita», y después, esa curiosidad tremenda e incorregible de la madre, a cuyos claros y movedizos ojos casi nada podía pasar inadvertido.

Para proporcionarse la cuchilla y aquella caja de fósforos que guardaba entonces en el seno, la pobre muchacha había pasado «las penas negras», pues tan pronto como entraba en la cocina—y eso «que adrede dentró y salió una punta e veces»—, tan pronto como entraba en la cocina, ya caían sobre ella los ojos escrutadores de doña Casiana, para seguirla y perseguirla en todos sus movimientos, como si en realidad hubiese sospechado alguna intriga.

Y *La Negra*, que deseaba evitar a todo costo preguntas importunas, no se atrevía a apoderarse de ninguna de las dos cosas, pareciéndole que en cuanto lo intentase, y por disimulo que pusiera en ello, iba a oír la voz de doña Casiana interrogándola ingenua:

—¿P'ande llevás la cuchilla, m'hija?... ¿Pa qué querés los fósforos?...

¡Ah!... Para apoderarse de ambos objetos, *La Negra* había tenido que recurrir por último a una verdadera estratagema: irse a su cuarto y empezar a hacer allí grandes ruidos removiendo las cosas...

... Doña Casiana no tardó «un Ave María» en presentarse a la puerta de la alcoba, restregando un plato de hojalata y preguntando intrigada:

—¿Qué, ché, qué te pasá?

Y *La Negra*, que a la sazón investigaba debajo de su cama, le repuso muy seria:

—¡Nada, mama!... Un bicho... Vide un bicho...

—¿Un bicho?

—¡Ah, ah!... ¡Un bicho más raro, viera!... Colorao y verde... Se ganó por aquí...

Y no fué necesario más para que, dejando a su progenitora, el plato en una mano y la robusta humanidad doblada en forma inverosímil a objeto de atisbar debajo de la cama, *La Negra* pudiera salir del cuarto y recoger sin ser vista la cuchilla, que estaba sobre la mesa de la cocina, y la caja de fósforos, que estaba sobre el fogón, junto al candil...

«Pero por fin, y gracias a Dios y a la Virgen, ya tenía allí todas las cosas que necesitaba, ¿no?... El sapo encerrado en la caja de te, la cuchilla, los fósforos, los tres cabellos de oro de James, anudados en pareja amorosa con otras tres hebras de ébano suyas...»

«¡Con tal de que no viniese alguno a jorobar, entonces!...»

.. Y mientras que con manos febriles proseguía su tarea de abrir aquel hoyo misterioso en la tierra endurecida y reseca, *La Negra*, el corazón dilatado por una dulce emoción de esperanza y de fe, recorría una vez más, mentalmente, las solemnes instrucciones que le diera doña María, la celebrada médica del pago, en aquella hora suprema, inolvidable, de su retorno a la vida...

Y sentía ganas de llorar de ternura y de agradeci-

miento infinitos hacia aquella anciana y prodigiosa mujer que todo lo sabía, que todo lo podía, que para todo tenía algún remedio, y en cuya seca y huesosa mano, generosamente tendida al borde del abismo, halló su razón el más firme e inesperado asidero para poder asomarse de nuevo a la esperanza...

«¡Ah!... ¡Aunque viviera mil años, *La Negra* no podría olvidar nunca aquel gran favor de doña María!... Ella hubiera querido ser rica, tan rica como lo era don Luis, el patrón de «La Estancia Grande», por ejemplo, pa regalarle a la ilustre médica del pago todo un rodeo de vacas... ¡qué un rodeo!... dos rodeos, todos los rodeos y toda la estancia entera, sin reservarse mas que un chiquito e campo ande pudiera vivir con su James!...»

La Negra, al igual que doña Casiana, tenía como estereotipado en la mente el diálogo aquel que sostuvo con la curandera cuando las dejaron sola allí, en su pieza silenciosa y mal alumbrada por aquella vela de baño que «se corría toda»; porque la madre, con la prisa, la había puesto torcida en el viejo candelero de cobre...

«—¡Güeno!—le había dicho la médica después de esforzarse vanamente en convencerla con las mismas razones de todos—. ¡Güeno!... Como vos sos una muchacha inocente, una muchacha sin pecao, yo viá'cer que ese hombre no se vaya... ¿Qué te parece?

«—¡Oh, señora!... ¿Y cómo?...»

Y *La Negra* recordaba con una leve sonrisa el efecto de bendición celeste que experimentó al oír aquella

proposición de maravilla, formulada así por la sabia médica, en el tono de la seguridad más absoluta.

«—¿Y cómo, señora, cómo?...—había casi gritado sentándose en la cama y con las manos juntas—. ¿Y cómo, señora?...

»Y ella, la vieja, haciéndola acostar de nuevo con suavidad, pero con firmeza, le había explicado entonces:

»—Estaté quieta... Como vos sos una muchacha sin pecao...

»—Sí, señora, sí...

»—... como vos tenés el alma limpia como el agua...

»—Sí, señora, sí...

»—... yo viá a ayudarte, yo viá a enseñarte cómo tenés que hacer pa que ese hombre no se vaya, por más que quiera dirse...

»—¡Oh, señora!... ¿Nunca?...

»—¡No!... ¡Nunca!... Ahura calláte y óime.»

Y a continuación, y mientras que ella, emocionada y sumisa, tendida de espaldas en su cama, con la respiración ansiosa y los negros ojos abiertos como sobre una obsesión de maravilla, la escuchaba en silencio y aprobando tan sólo con el aletear de sus largas pestañas, la curandera, cual un hada benéfica, le había cedido, le había regalado, el infalible y estupendo recurso:

«—Mirá y oíme bien: Vamos a hacerle, te voy a enseñar a hacerle «una liga» a ese hombre, y verás si se va a dir o no por ingrato que sea.

»Primero, tenés que conseguir de cualquier modo

que te dé tres pelos de la nuca, ¿sabés?, de ningún otro lao... Después que tengás esos tres pelos del hombre, habrás de procurarte un sapo, un sapo bien grande y viejo, ¿me compriendés?...; pero ha de ser un sapo al que jamás haigan visto ojos de mujer y al que vos, de consiguiente, no deberás mirar tampoco pa que «la liga» no se corte...

»Cuando tengás la alimaña aquélla, la hacés guardar—un suponer—por tu hermano en una caja e lata o de cualquiera otra cosa, pero que sea juerte, como pa que el sapo no pueda dirse, y entonces, esperás a que sea un domingo, y a eso de mediodía, es decir, cuando el Sol esté bien arriba, en mitá del cielo, te vas por áhi, por los yuyos, y sin que naides te vea ni lo malicee siquiera, abrís un hoyo en el suelo, un hoyo bien projundo, ¿entendés?... metés allí la caja con el animal adentro y tapás en seguida el aujero apisonando con cuidao la tierra...

»Después—y pa esto ya deberás haber arreglao antes la cosa—, después agarrás los tres pelitos del hombre, ataos en yunta con otros tres pelos tuyos, uno sacao de la frente y los otros dos de cada lao de las sienes, que es ande Dios nos ha puesto la juerza del pensamiento, y los quemás, casal por casal, allí mesmo sobre el hoyo aquel...

»—Sí, señora, sí...

»—Güeno. Yo te garanto que si hacés las cosas ansina como te he dicho, no se te va a dir ese hombre, ni anque sea brujo...

»—Sí, señora, sí...»

Y doña María, cuyo perfil se recortaba en sombra y con exageraciones absurdas sobre la pared de la alcoba y en cuyos ojillos grises veía *La Negra* como una extraña fulguración sobrehumana, había proseguido:

«—Pero de dos cosas te tenés que guardar, chiquilina; óime muy bien...

»—Sí, señora, sí...

»—... Primero, que naides... ¿me entendés?... ¡naides!... ni tu mesma madre, llegue a enterarse del remedio que te he dao, porque en seguida perdería su virtú, y hasta quizá sucediera que al hombre ése se le reventara el corazón...

»—¡Oy!... Sí, señora, sí...

»—... ¿Ni anque te pregunten, ni anque te reprendan, ni anque te castiguen, no?...

»—No, señora, no...

»—Güeno. También será preciso que desimulés delante de ese hombre, que te mostrés contenta... que hasta te raigas... ¿Qué?...

»—¡Nada!... ¿Que quién sabe si podré, señora?...

»—¡Ah!... Es que tenés que poder... si no estás perdida... porque «la liga» se cortará en cuantito ese hombre malicee lo que estás haciendo... ¡Ah, ah!...

»—¡Ah! Güeno, señora, ¡ah, güeno!...

»—¿Vas a hacer lo que te digo?...

»—¡Oh!... sí, señora... ¡Vea!... ¡Por esta cruz!... ¡Que me caiga muerta!...

»—¡Perfetamente!... Entonces no hay más que hablar... ¡Estás salvada!...

»—¡Oh!...»

... Y fué en aquel momento, y cuando la vieja médica, incorporándose, se inclinaba sobre su rostro para despedirse, que ella, en un impulso irresistible y loco, le había echado los brazos al cuello y la había besado mil veces, sollozando sobre su negra y arrugada cara todo su infinito agradecimiento...

Y la niña, después de sonreír entre conmovida y avergonzada ante el recuerdo de aquella escena, tornó a ponerse seria, y sacudiendo el polvo de sus manos, miró con ojos interrogadores el hoyo aquel que estaba haciendo.

«Ya estaría bien hondo... ¿no?... ¡Caray!... ¡le daba hasta el codo!...»

Pero, no obstante su convicción, y en el deseo, sin duda, de hacer muy bien las cosas, *La Negra* cavó aún, volvió a cavar todavía más, ya empleando la cuchilla de la cocina, ya tan sólo sus deditos doloridos y ennegrecidos de tierra...

—¡Güeno!...

Y con un sordo martilleo de sangre en las arterias, y después de mirar una vez más hacia la casa, *La Negra* inició por fin la operación solemne.

La caja de te, con el sapo dentro, fué colocada cuidadosamente en el fondo de la fosa, que poco a poco se colmó con la tierra que las manos nerviosas desmenuzaban, barrían y aplanaban, y después, cuando el hoyo estuvo bien lleno, *La Negra*, en pie, se aplicó a apisonarlo con el tacón de la bota, vueltos los ojos inquietos y desconfiados en dirección a la casa...

La niña temía, presentía que la madre iba a llamarla, o que Bartolo iba a venir a curiosear por allí antes de que hubiera terminado la operación, y esto contraía su bello entrecejo y ponía vibraciones nerviosas al borde de sus labios, torcidos por un rictus de angustia...

Y no eran vanos sus temores, pues de pronto vió a Bartolo que, revoleando una guasca, cruzaba el patio lentamente en dirección al galpón, para avisar sin duda a *El inglés de los güesos* que el almuerzo estaba ya listo...

—¡Oy! Dios...

Y sofocada de ansiedad y sintiendo que el corazón, enloquecido, le saltaba dentro del pecho, *La Negra* se dejó caer de rodillas al pie del matorral, y febrilmente concluyó de cegar la excavación, amontonando sobre ella con ambas manos la tierra sobrante y afirmándola a puñetazos...

Después extrajo del seno la caja de fósforos y un papelito, que desplegó con dedos temblorosos y en el que se veían, retorcidos en complicado y minúsculo enredo, la seda luciente de sus cabellos y el oro pálido de los de míster James...

... Y había quemado ya una de las tres amorosas parejas, después de besarla con un beso temeroso y furtivo, y estaba pensando, con sobresalto de angustia, si aquel beso «de más» no perjudicaría los resultados de la tremenda prueba, cuando la voz de Bartolo, resonando allá a lo lejos, por el lado del galpón, la hizo dar un respingo.

—*¡Negra!*... *¡Negraaa!*... ¿Ande estás?...

Entonces, jadeante, desesperada, sopló, sopló «por si acaso» y como para borrar los efectos de aquel beso imprudente, sobre los extremos de sus dedos rosados, sobre el recuerdo de aquella pareja capilar que ya no existía, y rápidamente, a continuación, quemó las otras, en tanto que la voz paciente de su hermano seguía llamándola, ya de cerca, ya de lejos, sin variar la fórmula, pero con las entonaciones más diversas...

—*¡Negraaaa!*... *¡Negraaa!*...

Cuando por fin se levantó la muchacha, toda trémula, Bartolo, que con su inseparable *Diamela*, estaba a la sazón en medio del patio, siempre gritando y revoleando siempre aquella guasca blanquizca que tenía en la mano y que era una manea para ovejas, se vino apresuradamente hacia ella:

—¿Ande estabas, *Negra?*...

Ella le contestó con otra pregunta:

—¿Ya está la comida?...

—¡Ah, ah!... ¿Qué estabas haciendo?...

—Nada, ché, nada...

—Y mientras se restregaba las manos con el delantal, para quitarles un poco la tierra, *La Negra* dirigía inquietas miradas a la perra, que se aproximaba demasiado, olfateando, hacia el lugar del «sacrificio».

—... Nada, ché... ¡Juera, *Diamela!*... ¡Juera!... Estaba, ¿sabés?...

Pero como en ese mismo instante las investigaciones olfativas del animal le resultaran alarmantes, *La Negra*, excitada como estaba, gritó violenta:

—¡Eh!... ¡ché!... ¡Demonio! ¡Juera!... Llamá a esa perra odiosa... ¡Caramba!...

E iba a recoger ya un hueso, un cascote, algo que arrojar a aquella indiscreta, cuando Bartolo, diplomático, silbó al animal, que vino en seguida sumiso y cariñoso a restregarse en sus torcidas piernas...

—Venga acá, venga acá... ¡pobrecita!... que me la retan...

—¿Ah, ah?... ¡Mira si me pisa la planta!...

—¿Planta?... ¿Qué plantaste?

—¡Nada!... Amapola... ¡Vamos!...

Pero no habían dado muchos pasos en silencio, cuando Bartolo, volviéndose bruscamente hacia su hermana, le dijo con expresión intrigada y grave:

—¡Ché, *Negra!*... ¡Qué cosa más rara!... En el galpón, ¿sabés?...

Ella se detuvo con sobresalto.

—¿Qué? ¿El qué, ché?...

—Nada... que el míster, ché... Que cuando dentré al galpón me ha parecido patente que el míster estaba llorando...

... Y *La Negra*, al oírle, se puso intensamente pálida y se apoyó en el cerco del gallinero, como si hubiese sufrido un desvanecimiento...

XXX

El inglés de los güesos debía marcharse al día siguiente, y, como es natural, el acontecimiento pro-

vocaba nerviosidades y trastornos en el «puesto» de «La Estaca».

Don Juan, doña Casiana y hasta el mismo Bartolo, dueño por fin del famoso relojito tantas veces prometido por míster James, andaban activísimos.

Doña Casiana, porque debía preparar las provisiones de boca para el viajero; don Juan, porque se preocupaba del cuantioso bagaje del mismo, que había que transportar anticipadamente hasta la estación ferroviaria más próxima, y Bartolo, en fin, porque, como buen correo del «puesto» que era, a cada rato tenía que montar su tordillo viejo y charcón para desempeñar algún mandado...

Además, habían estado allí aquella tarde, aumentando la emoción y el trastorno, personas tan espectables como el doctor Paláu y como míster Jewel, el grave administrador de «La Indiana», que fueron a saludar al naturalista...

La puestera aseguraba que no sabía en dónde tenía la cabeza y que no deseaba otra cosa que terminar con aquel trajín para echarse de una vez en la cama.

Tan sólo *La Negra* y *El inglés de los güesos* aparecían extrañamente ajenos al general movimiento. Tan era así, que mientras don Juan se impacientaba porque ya anochecía y cierto famoso carro no llegaba de «La Estancia», y mientras doña Casiana se quemaba los dedos en su prisa por desplumar un par de gordas gallinas con el auxilio del agua hirviendo, ellos, a espaldas de la casa, descontaban el tiempo, en la tranquilidad aparente más absoluta.

El inglés de los güesos, en cuerpo de camisa y descubierta la leonada cabeza, concluía de trenzar su ya célebre lazo, y *La Negra*, sentada junto al muro de barro, los codos sobre las rodillas y la morena carita entre las manos, le miraba en silencio, mientras la tarde moría en el horizonte con la bella serenidad de una existencia honrada y larga...

Hacía ya rato que se había entrado el sol, y bajo el tinte gris y uniforme del crepúsculo, que avanzaba invadiéndolo todo, los últimos vestigios de oro y de grana que aun iluminaban el cielo por el lado del ocaso íbanse esfumando al correr de los minutos, como se esfuma la ilusión de las vidas al correr de los años...

El inglés de los güesos, muy serio, trenzaba, lubricando los tientos con jabón amarillo—un sistema moderno que acababa de aconsejarle don Juan, después de insinuar, despectivo, que «naides» trenzaba en verano—y à cada instante se detenía para ver si había vuelto a resultarle «alguna de esas feos berujones» que tanto hacían reír al padre de *La Negra* cuando empezó a enseñarle «el oficio»...

Míster James no estaba satisfecho de su obra, y a no haber sido por la insistencia llorona de la muchacha, ya habría tirado al «sangriento diablo» aquel adefesio, según su opinión y la de cuantos lo miraron, con mala voluntad o sin ella, al correr de los tiempos.

«—¡Está todo desparejo!...» «¡La hechura el iñidido es lo que hay que ver!...» «¡Vea cómo ingirió el tiento!...» «¿Pa qué podrá servir esta guasca?...» «¡Ni pa atar terneros quizá!...»

Durante esa tarde, y a medida que su labor adelantaba bajo los ojos vigilantes de la muchacha, míster James había tenido que escuchar más de cien observaciones y comentarios por el estilo.

Hasta el grave míster Jewel aconsejó, con acento de convicción profunda:

—Osted debió incarga eso mecor alguno hombro dil oficio...

No es de extrañar, pues, que, en medio de las preocupaciones de su espíritu, aquellas críticas, tan uniformemente desfavorables, para sus habilidades de trenzador contribuyeran a aumentar la evidente desgana con que *El inglés de los güesos* realizaba la tarea.

Cada vez que alguno de esos comentarios se producía, míster James miraba a *La Negra* con ojos entre interrogadores y desalentados, como pidiéndole autorización para abandonar aquel empeño; pero la niña, sacudiendo la cabeza con energía, le animaba resuelta:

—¡Siga, James, siga!... No les haga caso... ¡Qué saben!...

Y *El inglés de los güesos* seguía, seguía ajustando sobre «la tripa» y uno por uno los ocho tientos llenos de quebraduras y mal «desvirados», mientras un sutil escarabajeo de angustia le cosquillaba los plexos...

Se hubiera dicho, al ver la melancólica expresión de su cara, que, al par de aquella trenza, míster James hubiera estado rematando también su vida ante el solemne agonizar de la tarde...

La Negra tampoco estaba alegre; pero se veía a las claras que su situación espiritual era distinta.

Sobre el alma de *El inglés de los güesos* pesaban quizá la amargura y el desaliento; en el alma de *El inglés de los güesos* ya no había tal vez sino dolorosa resignación, deseos de concluir, ansias de olvido...

En el alma de *La Negra*, por el contrario, todo era aún ansiedad y lucha.

Mientras que, impasible en apariencia, observaba la tarea de *El inglés de los güesos*, el cerebro y el corazón de la niña eran dos calidoscopios por donde las ideas y los sentimientos más contrarios pasaban atropellándose, como fugitivos de las tremendas batallas que a cada instante libraban en su espíritu la duda y la fe, la esperanza y el desaliento...

La Negra creía firmemente en la virtud de «la liga» sabia; estaba convencida de la infalibilidad de la médica; pero era tanto lo que arriesgaba en aquella prueba suprema, en aquel «cara o cruz» de la vida, que no podía substraerse a la invasión de unos terrores locos que la asaltaban de repente, haciendo abismar sus ojos sombríos como en la contemplación de alguna cosa lejana...

«¿Y si se fuera no más? ¿Y si ella se hubiese equivocado en alguna de las operaciones de preparación de «la liga»?... ¡Ah, ah! ¿Qué hacía entonces?...»

... Y a veces le daban ganas de montar a caballo y de irse de un galope a preguntarle a doña María si tal o cual cosa estuvo bien hecha, o si tales o cuales otras podrían influir en la eficacia del sortilegio...

Pero esas graves dudas eran barridas también bruscamente por verdaderas oleadas cálidas de esperanza

y de fe, que, inundando el corazón de la niña, la hacían estremecer de inefable deleite.

«¡No; no era posible!... Cuando doña María daba un remedio... ¿Ah, ah?... ¿No lo curó a don Lucas?... ¿No la curó a la mujer de don Serapio Aguilera?... ¿No la curó a doña... ¡No! Ella hacía mal... Ella era una desagradecida y una sinvergüenza al pensar en esas cosas... ¡Mire si doña María llegase a saberlo!...»

Y mientras *El inglés de los güesos*, los dedos pringados de jabón amarillo y encorvando el alto busto sobre el extremo del lazo, proseguía su labor silenciosa, la niña, con las rodillas estrechamente ceñidas por los brazos, trataba de deducir de algún gesto, de alguna actitud de su amigo, algo que le revelase la proximidad del milagro inminente...

«¿Cuándo y en qué forma iría a producirse aquel fenómeno?... ¿Diría no más James, en el momento menos pensao, que ya no quería dirse, y... no se iría, o sucedería alguna cosa tremenda para impedirle el viaje, algo así como una tormenta juriosa, de viento, de agua y piedra?...

»No; tormenta no podía ser... Una tormenta no puede impedir que una persona se vaya si quiere dirse... A lo más la obligará a esperar un día, dos días... Pero... ¿y después?...

»¡Ah, no!... Doña María había dicho bien clarito que con «la liga» no se iba a dir James ni aunque juera brujo... Ella no habló nada de un día ni de dos días; habló de toda la vida, de pa siempre...»

Por eso *La Negra* se estremecía cada vez que *El inglés de los güesos* contraía el entrecejo o desviaba los ojos de su labor, porque se imaginaba que iba a iniciarse la confesión estupenda de capitulación y de entrega...

Pero el míster no decía nada, y en medio del crepúsculo creciente, empezaba ya a confeccionar el botón de la presilla, tironeando con mucho brío, uno por uno, los extremos de los ocho tientos, que se erguían agresivos y rígidos como si fueran otras tantas puntas de un penacho de acero.

—*¡Nego!...*

La niña sintió que el corazón se le detenía por completo.

—¿Qué, James, qué?...

—¡Hace el fevor; tiene aquí!...

Y entonces, juntas las cabezas, que se recortaban como siluetas chinescas sobre la palidez del horizonte, él siempre grave y pensativo y ella despechada e inquieta, remataron silenciosamente la obra.

—¡Very well!...

—¿Ya está?

—¡Yes!... ¿Mocho fea, verdá, Babino?...

—No, James, no... ¡Está lo más lindo!... ¡Muchas gracias!...

—¡Aoh, no!...

... Y se puso a arrollar desganadamente el lazo, mientras la niña, con la cabeza baja, miraba el suelo, y mientras, de allá, del lado del Este, y desde la obscuridad del campo, invadido por la noche, llegaba has-

ta sus oídos el traquear hueco y distinto del carro de «La Estancia», que por fin llegaba...

—El caro...

—¡Ah, ah!...

Después, a tientas, porque ya casi ni se veían las caras, ella tomó el lazo, que él le entregaba con manos indecisas.

—¡Ah, ah!... ¡Gracias!... ¡Muchas gracias!... ¿No?

—¡Vamos! .. *Nego*...

—¡Ah, ah!...

Pero la niña no se movió del sitio, y con la cabeza más inclinada aún y sosteniendo con las dos manos el lazo que mantenía por delante, a la altura de las rodillas, se limitó a ejecutar, apoyando un pie sobre el tacón de la bota, aquel leve balanceo de cuerpo que le era característico...

—¿Qué, Babino, qué?...

—¡Nada! ¡Nada!...

Y, sin mirarle, se aplicó, resuelta, a hacer un agujero en el suelo con el tacón en que se apoyaba...

Entonces *El inglés de los güesos*, que se había inclinado hacia ella, para descubrir sin duda la expresión de su cara, se irguió lentamente, con un hondo suspiro, y se quedó a su vez cabizbajo e inmóvil...

... Así transcurrió un minuto solemne.

En medio de la obscuridad y del silencio, el corazón de *La Negra* latía cada vez más tumultuosamente, y la blusa de brin, que el mozo había recogido y que mantenía oprimida contra el pecho, se fué deslizando poco a poco hasta caer en el suelo...

—*¡Nego!...*

—¡James!...

Y pareció que el cielo y que la tierra y que el silencio y que la noche y que el aire tibio y el perfume de los pastos maduros, todo se conjuraba, todo se unía resuelta y armoniosamente para empujar, para precipitar a aquellos dos seres en el vértigo loco de la conjunción suprema...

—*¡Nego!...*

—¡James!...

Pero aquello duró sólo un minuto.

En el instante mismo en que sus recias manos se alargaban ya, temblorosas, hacia la grácil silueta de la niña, que, toda estremecida, se refugiaba en la sombra, *El inglés de los güesos* tuvo de pronto como una brusca reacción mecánica.

—¡Aoh, no!... ¡My God!...

Y clavado en el sitio con la rigidez de una espada, ceñido el busto por su obscuro «waistcoat» y con aquel penacho de pelo que la brusquedad del movimiento había erguido sobre su rubia cabeza como un crestón o como una garzota, *El inglés de los güesos* parecía una armadura de acero más bien que un hombre...

... Después, y cuando Bartolo se puso a informar a alguno, desde el otro lado del patio y a voz en cuello, que en su reloj ya eran «las siete y veinte», *El inglés de los güesos* recogió su blusa, y con un suspiro de esfuerzo se dirigió hacia la casa.

—¡Vamos, *Nego!...*

Y ella, toda agobiada y trémula, le siguió como una sombra...

Pero antes de penetrar en la cocina, y a la vez que oprimía sobre el seno y como en una íntima caricia ardiente los toscos rollos del lazo aquel que habían trenzado «para ella sola» las recias y amadas manos «del hombre de su destino», *La Negra* alzó los ojos al cielo y los paseó por la bóveda inmensa, en un ruego mudo.

... Y vió entonces que desde el cenit, y como una gota de plata fundida, una gran estrella caía resbalando vertiginosa sobre la comba hialina de la bóveda azul e iba a perderse en las negruras del horizonte, allá al Sudeste, allá por donde la vieja médica tenía su rancho...

XXXI

Ya instalado en el sulky con don Lucas, el administrador, que había querido reservarse el derecho de conducir hasta la próxima estación ferroviaria al huésped ilustre de «La Estancia Grande», *El inglés de los güesos* se despedía de los moradores de «La Estaca».

Comenzaba a caer la noche y la clásica melancolía del crepúsculo, sumada en el caso a las naturales tristezas de toda despedida, acentuaba la emoción general, engolando las voces y alargando las caras...

—¡Si alguna vez güelve por estos mundos y estamos vivos, ya sabe, míster!... ¿no?...

—¡Aoh! ¡Yes!... Don Cuan... ¡Aoh! ¡Yes!... ¡Moches gracies!...

—¡No se olvide don «Yemes»; en la balijita va la sal!...

—¡No, siniora, no!... ¡Moches gracies!... ¡Moches gracies!...

—¡Mandemé una carta, míster, que yo le via'mandar una «así» grandota!...

—¡Sí, Bertolo, sí!... ¡Moches gracies!...

Y mientras, erguido el alto busto y la dorada cabeza descubierta, *El inglés de los güesos* contestaba maquinalmente a aquel tiroteo de interpelaciones ingenuas, sus fríos ojos azules, animados de un brillo extraño, se volvían ansiosos hacia *La Negra*, que, algo alejada del grupo de los suyos, era la única que, después de haberle estrechado silenciosamente la mano, estaba allí inmóvil, los brazos caídos a lo largo del cuerpo y acariciando, distraída, una de las afelpadas orejas de *Diamela*...

¡Ah!... No era aquello por cierto lo que *El inglés de los güesos* había esperado de ella para la hora solemne de la separación definitiva... ¿Cómo podía callarse *La Negra?* ¿Cómo podía estarse así, inmóvil y mirando las cosas con ojos vagos e inexpresivos, cuando sabía que el coche iba a partir de un segundo para otro, cuando sabía que en aquel mismo instante iba a romperse de un tirón brutal y para siempre toda aquella prodigiosa urdimbre invisible de hilos de amor y de esperanza con que el ciego Destino había vinculado sus vidas tan distintas, con la misma arbitrariedad

con que en la selva primitiva une la tela del ñanduty, las guías de una mosqueta con las espinas de una tala?...

Pero era que *El inglés de los güesos* no podía oír desde el sulky los latidos del corazón de la niña, ni advertir al través de las faldas el nervioso temblor de las rodillas de la pobre muchacha, que, con las mandíbulas contraídas para no gritar de excitación y de angustia, seguía esperando, seguía aguardando el milagro estupendo, que ya no podía postergarse, que tenía por fuerza que surgir también de un segundo para otro, de cualesquiera de aquellos largos segundos, todos emocionantes, todos solemnes, que estaban desfilando desde hacía veinticuatro horas, con la imponente lentitud de siglos...

Por eso, al ver de reojo que, desde lo alto del sulky, las pupilas azules de *El inglés de los güesos* la buscaban por fin, interrogadoras e inquietas, la niña, creyendo llegado el supremo instante, sentía que las piernas se le doblaban y hacía gemir a *Diamela* bajo la crueldad inconsciente de sus uñitas nerviosas...

Pero no ocurrió nada, sin embargo, y don Lucas, a quien impacientaban ya aquellas despedidas interminables de los puesteros, pues tenía el serio compromiso de hallarse de vuelta en «La Estancia» a la hora de comer, porque era su cumpleaños y habían hecho pasteles, arreó bruscamente su magnífica yegua colorada.

—Bueno... ¡Vamos!... ¡Iru!... *Pancha*...

—¡Oy!...

Pero en el momento en que el brioso animal inicia-

ba el arranque, en que se abrían las bocas para la postrer despedida y en que *La Negra*, como despertada de un sueño, hacía un movimiento como para lanzarse en pos del vehículo, la voz de don Juan, resonando recia, detuvo bruscamente a todos:

—¡Pare, don Lucas, pare!...

El administrador, sujetando la yegua, que se abalanzaba excitada, volvió con fastidio su cara redonda y roja.

—¿Qué?

—¡Viene uno, don Lucas!...

—¿Quién?... ¿Quién es?...

—No sé... Pero viene a media rienda... Quizá sea no más míster «Jégüel» o alguno de «La Indiana»...

Y todos entonces, hasta la misma *Negra*, volvieron la cabeza para mirar al que así llegaba, para individualizar cuanto antes a aquella visita extraña, que todavía no era sino una silueta informe, un negro y misterioso bulto, que entre las sombras crecientes y a través de las lagunas de niebla que llenaban «los bajos», se aproximaba al «puesto» a toda prisa...

—¿Quién es?...

Bartolo se alzó de hombros.

—¿Y?... Míster «Jégüel» no es...

—¡De ande!...

—¿Santos Telmo?...

—¡Salí de ahí!...

Y el viejo puestero agregó, después de levantar la frente para mirar a la manera como miran los baguales y los guanacos:

—Trai un bayo, ¿no?...

—¡Ah, ah!... Parece...

Pero la duda de Bartolo duró poco, pues, no bien el jinete hubo surgido del bajo, cuando su voz atiplada de muchacho gritó con sorpresa:

—¡Oy!... ¡Pero si había sido don Panta; pero si es el «ñeto e la médica»!...

—¿Sí?... ché, ¿no digás?...

—¡Ya lo creo!...

—¡Ah, ah!... ¡Es verdá!...

Y al comprobar el aserto del muchacho, todos los moradores de «La Estaca» se miraron con inquietud y extrañeza:

—¡Qué raro!, ¿no?

—¡Ah, ah!...

—Solo. . ¿eh?

—¡Ah, ah!...

Y se oía ya el alentar poderoso del bayo de Pantaleón, que llegaba, cuando el administrador, impaciente por los pasteles o molestado por aquella distracción de los puesteros, que quizá le pareció inurbana, interrogó a don Juan con violencia:

—¡Pero, diga, hombre!... ¿Es míster Jewell o no es míster Jewell?...

—¡No, señor, no!... Es el ñeto e la mé...

Mas no pudo concluir la frase, porque con un «¡Y entonces qué jorobar!...» el administrador de «La Estancia Grande» aflojó bruscamente las riendas, y la briosa yegua, arrastrando el sulky, se lanzó al camino como una exhalación, en el mismo instante en que el nieto

de la célebre médica del pago, «en pelos», «en cabeza», medio desnudo y todo trágico, hacía «rayar» su caballo cubierto de espuma ante el grupo atónito de los habitantes de «La Estaca» para gritarles la tremenda nueva:

«Doña María acababa de morir allá en su rancho y él no sabía qué hacer...»

XXXII

Diamela, que dormía hecha un ovillo junto a la puerta de la cocina, despertó con sobresalto...

Quizás oyó algún ruido, quizás creyó que lo oía...

Pero lo cierto es que ya no volvió a acostarse, y que, sentada sobre los cuartos traseros, palpitante la lustrosa nariz y muy erguidas las largas orejas, que el rocío había jaspeado de plata, se puso a observar con cierta inquietud aquella gran invasión de niebla pesada y densa que casi llenaba por completo el patio del «puesto», que esfumaba las siluetas de los ranchos y de los árboles humedecidos y goteantes, que por todos los sitios se introducía, y que hasta a ella misma, y como con un aspersor invisible, le había trocado en gris aquel terciopelo retinto de su lomo..

Pero como, aparte de ciertos y familiares rumores, provenientes del corral de las ovejas, y de uno que otro tímido pío de ensayo entre el frondoso follaje de los sauces inmóviles y amustiados bajo su enorme carga de agua, no oyera *Diamela* otro ruido ni sospechoso ni interesante, no tardó en abandonar aquella con-

templación, para entregarse de lleno a la íntima tarea de combatir, en diversos sitios de su cuerpo, otros tantos focos de comezón, que la humedad sin duda exacerbaba.

Y como siempre, como llegaba a hacerlo a veces, hasta en las circunstancias menos adecuadas o más comprometidas del pastoreo o de la caza, la perra de Bartolo se rascó, se rascó con uñas y dientes, hasta la exageración, hasta el infinito, adoptando las posturas más extravagantes y grotescas y empleando en ello tanto tiempo, que cuando se dió al fin por satisfecha, ya un tenue rosicler de aurora comenzaba a teñir la niebla por el lado del corral de los caballos, piaban pajarillos por todas partes y el gallo más viejo del gallinero, con su voz engolada, alzaba su grave canto...

Entonces *Diamela* se quedó un instante inmóvil y como sorprendida. Se hubiera dicho que pensaba...

Pero en seguida, no más, y recuperando toda su animalidad con un ruidoso bostezo, en el que mostró groseramente hasta el fondo de la garganta, se puso a andar lentamente por debajo del alero y a lo largo del muro de barro de la cocina, muy arqueado el lomo y oliendo con aire entendido hasta las más minúsculas e insignificantes basurillas...

Después, y como una bandada de «mixtos» madrugadores viniera a posarse, vibrante de vida y de gorjeos, en aquel trozo de patio negro que dejaba libre la invasión de la niebla, *Diamela* los espantó con una zurda cabriola de cachorro que juega, y en seguida se metió muy despacio, y siempre olfateando, por el co-

rredorcito cubierto aquel que llevaba al otro lado de la casa, es decir, hacia el corral de las gallinas, hacia el lavadero de doña Casiana, hacia el jardín de *La Negra* y hacia donde el sol salía...

Y fué en el momento en que surgía al pie mismo del gran sauce en donde estaba la batea de la puestera, que la perra, distraída como iba y con la luz del amanecer de cara, experimentó un sobresalto que la hizo engarabatarse toda y recoger nerviosamente una pata...

Le pareció sin duda una víbora aquel extremo de lazo mal trenzado que, descendiendo del árbol, se tendía sinuosamente delante de la puerta...

Mas *Diamela* reaccionó en seguida, y después de comprobar su error por medio de un minucioso olisqueo de aquella larga y despareja trenza que trascendía a jabón, fué y examinó también una silla de enea tumbada al pie del sauce y un pequeño zapato de *La Negra* y, por último, levantando los ojos hacia la copa del árbol, meneó festivamente la cola e hizo con su afilado hocico algunos visajes expresivos de reconocimiento y simpatía...

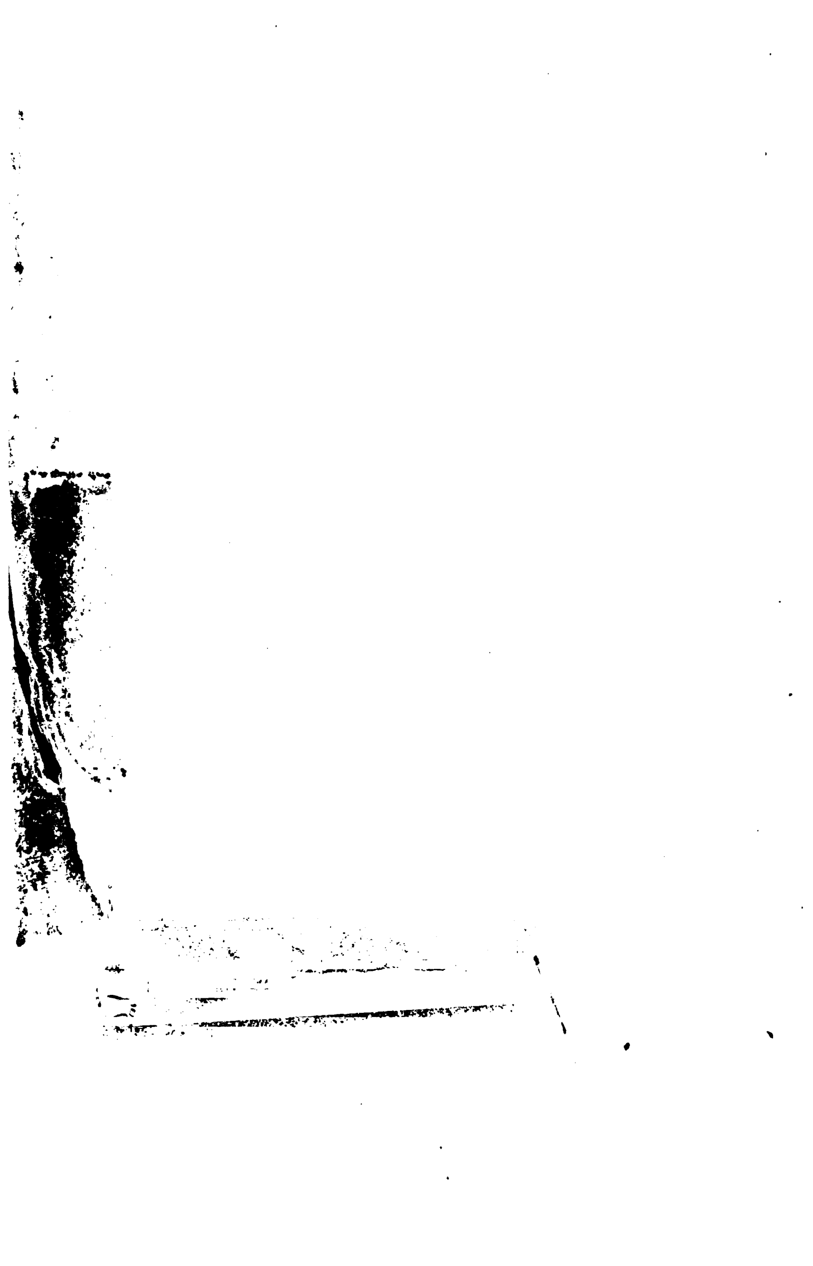
Pero como nadie respondió a su halago, sino que, por el contrario, una gran bandada de «mixtos» que allí estaba se alzó del árbol y se perdió volando entre la niebla, en larga guirnalda de flores amarillas, *Diamela*, después de detenerse un momento para rascarse una vez más el pescuezo, se puso a andar lentamente en dirección al gallinero, siempre observándolo todo, siempre olfateando las cosas...

Cuando llegó por fin al pie de un gran matorral de «yuyo colorado» que por allí había, algún indicio cierto debió de excitar su curiosidad o sus instintos, porque tras breves segundos de vacilación, se lanzó a cavar resueltamente.

La tierra estaba blanda y como recién removida, de tal manera que las patas vigorosas y prácticas no tardaron nada en sacar a las luces del día y de la vida una obscura caja de hojalata, y de la caja aquella, que se abrió por azar bajo los choques, un viejo y moreno y solapado sapo, al que la perra atrapó instintiva, pero al que abandonó muy luego, tal vez por repugnancia, tal vez porque en aquel mismo momento la voz de doña Casiana le llegó desde la casa, primero como un alarido salvaje, después como el ulular de una fiera...

... Y el sapo entonces, sin prisa alguna y en dos o tres saltos torpes y perezosos se acogió al húmedo amparo de una quínua, y desde allí se puso a contemplar con sus ojillos socarrones el soberbio espectáculo del nacer del día, la pompa extraordinariamente magnífica que la Naturaleza desplegaba aquella mañana, como si hubiese querido distraer, a fuerza de luz y de colores, la atención de los hombres y de las bestias, para que no pensaran, para que no dudaran, para que siguieran confiando siempre en la equidad de sus leyes y en su poder soberano...

FIN




U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003324572

